

REM

3

T. 1136687 C. 71338349

213

100

REFLEXIONES
SOBRE
LAS GRANDES VERDADES
DE LA FE.
REFLEXIONES
CHRISTIANAS.

DE LA PASION
DE NUESTRO SEÑOR JESU-CHRISTO
POR
EL S. JOSEPH VASQUEZ DE...

REFLEXIONES

CHRISTIANAS.

241
7.

REFLEXIONES
CHRISTIANAS
SOBRE
LAS GRANDES VERDADES
DE LA FE,
Y SOBRE
LOS PRINCIPALES MISTERIOS
DE LA PASION
DE NUESTRO SEÑOR JESU-CHRISTO.

POR
EL P. JOSEPH FRANCISCO DE ISLA.



MADRID MDCCLXXXV.
POR D. JOACHIN IBARRA IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

CHRISTIANAS

SOBRE

LAS GRANDES VERDADES

DE LA FE

Y SOBRE

LOS PRINCIPALES MISTERIOS

DE LA PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESU-CHRISTO

POR

EL P. JOSEPH FRANCISCO DE ILLA



R. 142864

TABLA

De lo que se contiene en esta
Obra.

DIA PRIMERO.

MEDITACION PRIMERA.

<i>Del fin del hombre,</i>	Pag. I
PUNT. I. <i>El hombre está en el mundo para servir á Dios,</i>	2
§. I. <i>El hombre no está en el mundo sino para servir á Dios,</i>	3
§. II. <i>Hasta donde se extiende la obligacion que tiene el hombre de servir á Dios,</i>	8
§. III. <i>Que es lo que el hombre, que sirve á Dios, puede esperar, así en la otra vida, como en la presente,</i>	14
PUNT. II. <i>Todas las demas cosas de la tierra fuéron criadas para el hombre,</i>	19
§. I. <i>Que se debe entender por estas palabras: Todas las cosas de la tierra,</i>	ib.
§. II. <i>Que reglas debemos seguir y practicar para usar de todas las cosas de</i>	

<i>la tierra , segun la intencion de su mismo Criador,</i>	25
§. III. <i>Quanta necesidad tenemos, y quanto nos importa seguir estas reglas,</i>	34
MEDIT. II. <i>Sobre la Pasion de Christo en general,</i>	42
PUNT. I. <i>Christus passus est. Jesu-Christo padeció,</i>	44
PUNT. II. <i>Passus est pro nobis. Pade-ció por nosotros,</i>	48
PUNT. III. <i>Relinquens exemplum, ut sequamini. Para que me imiteis , y sigais mi exemplo,</i>	51

DIA II.

MEDITACION PRIMERA.

<i>Del mayor impedimento para conseguir nuestro fin ; es decir : Del pecado mortal,</i>	55
PUNT. I. <i>Que cosa es el pecado mortal,</i>	ib.
§. I. <i>Es el único mal respecto de Dios,</i>	57
§. II. <i>Es el único mal respecto del hombre,</i>	62
§. III. <i>El pecado es el único mal, sin mezcla de algun bien,</i>	69
PUNT. II. <i>Castigos del pecado mortal,</i>	73
§. I. <i>Penas del pecado en los Angeles</i>	

<i>rebeldes,</i>	ibid.
§. II. <i>Castigo del pecado en la persona de Adan,</i>	79
§. III. <i>Castigos del pecado en una multitud de otros hombres,</i>	84
MEDIT. II. <i>Del pecado venial,</i>	90
PUNT. I. <i>El pecado venial es la cosa que mas aborrece Dios, y mas castiga despues del pecado mortal,</i>	91
PUNT. II. <i>El pecado, que solo es venial en la apariencia, es muchas veces mortal en la realidad,</i>	96
PUNT. III. <i>El pecado, que ciertamente no es mas que pecado venial, es ciertamente disposicion para el mortal,</i>	100
MEDIT. III. <i>Oracion del Huerto,</i>	107
PUNT. I. <i>Que excesivas fuéron las penas interiores de Jesu-Christo,</i>	108
PUNT. II. <i>Adonde buscó Christo el consuelo en su tristeza y en sus penas,</i>	113
PUNT. III. <i>Que consuelo encontró Jesu-Christo en sus penas y agonías,</i>	117

DIA III.

MEDITACION PRIMERA.

De la Muerte, 119

PUNT. I. *Lo que hay de incierto en la muerte,* 120

PUNT. II. *Lo que hay de cierto en la muerte,* 125

PUNT. III. *Lo que hay de cierto y de incierto en la muerte,* 129

MEDIT. II. *De los diferentes géneros de muerte,* 133

§. I. *La muerte del pecador,* *ibid.*

§. II. *La muerte de un hombre tibio,* 139

§. III. *La muerte del Christiano fervoroso y verdadero,* 142

DIA IV.

MEDITACION PRIMERA.

Del Juicio, 146

PUNT. I. *Del juicio particular,* 147

§. I. *Recogimiento solitario y forzado en el tribunal de Dios. Que verá en él el pecador,* 149

§. II. <i>Vanos pretextos aniquilados en el justo tribunal de Dios, que responderá el pecador?</i>	159
§. III. <i>Desórden condenado segun toda su extension, y segun toda su malicia en el severo tribunal de Dios. A quien recurrirá el pecador,</i>	164
PUNT. II. <i>Del juicio universal,</i>	169
§. I. <i>Comparacion con multitud de Gentiles,</i>	171
§. II. <i>Comparacion con una multitud de Fieles,</i>	173
MEDIT. II. <i>El Salvador en poder de los Judios. De el sacrificio que hizo, por lo que tocaba á sus amigos,</i>	178
PUNT. I. <i>Lo que Jesu-Christo padeció de los amigos pérfidos,</i>	179
PUNT. II. <i>Lo que Christo padeció de los amigos flacos, é inconstantes,</i>	185
PUNT. III. <i>Lo que Christo padeció de los amigos constantes y generosos,</i>	188

D I A V.

MEDITACION PRIMERA.

PUNT. I. <i>De las penas del infierno,</i>	ibid.
§. I. <i>Un fuego devorador,</i>	193
§. II. <i>Un Dios enemigo,</i>	199
§. III. <i>Un gusano roedor,</i>	202
PUNT. II. <i>De la eternidad de las penas del infierno,</i>	205
§. I. <i>Eternidad de las penas: esto es verdad,</i>	ibid.
§. II. <i>La pena de la eternidad; esto es cosa terrible,</i>	213
§. III. <i>La eternidad de las penas. Esto habla con nosotros mas de lo que podemos imaginar,</i>	219
MEDIT. II. <i>Del pensamiento del infierno,</i>	221
PUNT. I. <i>Un gran reconocimiento en los mas ingratos,</i>	222
PUNT. II. <i>Un gran fervor en el servicio de Dios á los flacos, y á los mas tibios,</i>	227
PUNT. III. <i>Un gran temor á los mas justos,</i>	231
MEDIT. III. <i>Christo en los Tribunales. Del sacrificio que hizo en ellos de su honra,</i>	233
PUNT. I. <i>El Rey de Reyes tratado como un vil esclavo,</i>	234
PUNT. II. <i>La misma sabiduría, el Sa-</i>	

<i>bio de los Sabios tratado como un loco, y como un mentecato,</i>	238
PUNT. III. <i>El Santo de los Santos tratado como un infame ladron,</i>	242
MEDIT. IV. <i>De la perfecta conversion en la párabola del hijo Pródigo,</i>	244
PUNT. I. <i>Desaciertos del hijo Pródigo,</i>	245
§. I. <i>Principios de sus desaciertos,</i>	ibid.
§. II. <i>Progresos de sus desórdenes,</i>	248
§. III. <i>Consequencias de sus desaciertos,</i>	249
PUNT. II. <i>Arrepentimiento del hijo Pródigo,</i>	251
PUNT. III. <i>Recibimiento del hijo Pródigo,</i>	254

DIA VI.

MEDITACION PRIMERA.

<i>De los frutos de la penitencia, ó de la necesidad que tenemos de hacer una vida penitente y mortificada,</i>	260
PUNT. I. <i>Grandes deudas que pagar,</i>	262
PUNT. II. <i>Inveteradas, y perversas costumbres que corregir,</i>	267
PUNT. III. <i>Tibieza y relaxacion en el servicio de Dios que vencer,</i>	271
MEDIT. II. <i>Jesu-Christo en el Pretorio</i>	

	<i>de Pilatos, y en el calvario. Del sacrificio que hizo en él de su cuerpo,</i>	277
PUNT. I.	<i>Azotes á la columna,</i>	278
PUNT. II.	<i>La coronacion de espinas,</i>	282
PUNT. III.	<i>La crucifixión,</i>	286
MEDIT. III.	<i>De la preparacion para la muerte,</i>	289
PUNT. I.	<i>Vivir como quien puede morir inmediatamente,</i>	290
PUNT. II.	<i>Vivir como quien con efecto ha de morir inmediatamente,</i>	293
PUNT. III.	<i>Vivir como si efectivamente hubiéramos muerto ya,</i>	298

DIA VII.

MEDITACION PRIMERA.

	<i>Jesu-Christo Redentor, ó de la redencion de Jesu-Christo,</i>	302
PUNT. I.	<i>La necesidad que tenemos de la redencion de Jesu-Christo,</i>	304
PUNT. II.	<i>La abundancia de la redencion de Jesu-Christo,</i>	310
PUNT. III.	<i>Obligaciones que nos impone una redencion tan copiosa,</i>	312
MEDIT. II.	<i>Jesu-Christo al morir. Del sa-</i>	

<i>crifcio de su vida, que hizo en la Cruz,</i>	316
PUNT. I. <i>Desasimiento de Jesu-Christo de los vínculos mas estimables, y mas dificultosos,</i>	317
PUNT. II. <i>Constancia de Jesu-Christo en los mas vivos dolores.</i>	324
PUNT. III. <i>Confianza de Jesu-Christo en medio de las mas terribles pruebas,</i>	328
MEDIT. III. <i>Sobre el uso del Crucifixo,</i>	330
PUNT. I. <i>Amar á Jesu-Christo,</i>	331
PUNT. II. <i>Temer á Dios,</i>	336
PUNT. III. <i>Atender á nuestra salvacion, y á la de nuestros hermanos,</i>	339

D I A V I I I.

<i>Jesu-Christo Cabeza, ó la vida de Jesu-Christo en los Christianos,</i>	345
PUNT. I. <i>En qué consiste la vida de Jesu-Christo en nosotros,</i>	346
PUNT. II. <i>De qué nos sirve la vida de Jesu-Christo en nosotros,</i>	351
PUNT. III. <i>A qué nos obliga la vida de Jesu-Christo en nosotros,</i>	356
MEDIT. II. <i>Jesu-Christo en el sepulcro,</i>	359
PUNT. I. <i>Extrema soledad de Jesu-</i>	

<i>Christo en el sepulcro.</i>	360
PUNT. II. <i>Absoluta dependencia de Jesu-Christo en el sepulcro de la voluntad agena,</i>	366
PUNT. III. <i>Union inseparable de Jesu-Christo en el sepulcro á la divinidad,</i>	367
MEDIT. III. <i>De la conversion de algunos grandes Santos,</i>	370
PUNT. I. <i>Se convirtieron siendo poco mas ó ménos de nuestra misma edad,</i>	371
PUNT. II. <i>Despues de su conversion en nada se perdonaron,</i>	375
PUNT. III. <i>Despues de su conversion jamas se desmintieron,</i>	379

DIA IX.

MEDITACION PRIMERA.

<i>Jesu-Christo , Maestro , modelo y Juez,</i>	382
PUNT. I. <i>Jesu-Christo Maestro y Legislador de los hombres,</i>	383
PUNT. II. <i>Jesu-Christo , imágen y modelo de los predestinados,</i>	389
PUNT. III. <i>Jesu-Christo , Juez soberano</i>	

<i>de los vivos y los muertos,</i>	394
MEDIT. II. <i>Jesu-Christo resucitado, ó de</i>	
<i>la gloriosa vida de Jesu-Christo des-</i>	
<i>pues de su Resurreccion,</i>	397
PUNT. I. <i>La vida nueva que debemos</i>	
<i>hacer, como sinceramente converti-</i>	
<i>dos,</i>	398
PUNT. II. <i>La vida gloriosa que debemos</i>	
<i>esperar, como fieles imitadores de</i>	
<i>Christo.</i>	404

D I A X.

<i>De la bienaventurada vida de Jesu-</i>	
<i>Christo en el cielo,</i>	407
PUNT. I. <i>Jesu-Christo en el cielo no tie-</i>	
<i>ne mas que padecer,</i>	409
PUNT. II. <i>Jesu-Christo en el cielo no tie-</i>	
<i>ne mas que desear,</i>	412
PUNT. III. <i>Jesu-Christo en el cielo no tie-</i>	
<i>ne mas que temer,</i>	416
MEDIT. <i>De la perseverancia,</i>	420
PUNT. I. <i>Inmutabilidad de Dios: pri-</i>	
<i>mer motivo de nuestra perseveran-</i>	
<i>cia,</i>	421
PUNT. II. <i>La grande, y larga pacien-</i>	
<i>cia de Dios: segundo motivo de nues-</i>	

<i>tra perseverancia,</i>	427
PUNT. III. Eternidad de Dios : tercer	
<i>motivo de nuestra perseverancia,</i>	433



REFLEXIONES

CHRISTIANAS.

DIA PRIMERO.

MEDITACION PRIMERA.

Del fin del hombre.

El hombre está en el mundo para conocer á Dios , para amarle , para servirle , y para merecer de este modo la salvacion y la bienaventuranza eterna : todas las demas cosas que estan sobre la tierra fuéron criadas para servir al hombre ; es decir , para ayudarle á conseguir este fin.

Estas son las dos grandes verdades, que ahora se proponen á nuestra meditacion. El fin de ella no es excitar

nuestro reconocimiento á Dios por el beneficio de la creacion, ni por el servicio que las criaturas nos tributan; sino imprimir profundamente en nuestro corazon la grandeza de nuestro destino, y el fin de todas las cosas criadas, para movernos á llorar nuestra ceguedad por lo que toca á lo pasado, y á tomar una fuerte resolucion de gobernarnos en lo futuro por las reglas de la verdadera prudencia; cuya propiedad es dirigir todas las cosas á su legítima institucion, y á su verdadero fin.

PUNTO PRIMERO.

El hombre está en el mundo para servir á Dios.

Esta primera verdad debe ser el fundamento y la basa de la conducta del hombre sobre la tierra. Para penetrar bien toda su extension consideremos lo primero, que el hombre ni está, ni puede estar en este mundo, sino para servir á Dios: lo segundo,

hasta donde se extiende esta obligacion de servir á Dios : lo tercero, qué es lo que puede esperar sirviendo á Dios, así en la otra vida, como en la presente.

§. I.

El hombre no está en el mundo sino para servir á Dios.

Dios era Dios por toda una eternidad , sin que hubiese mundo en el mundo. Contento el Supremo Sér con su sér mismo , habia pasado sin el mundo siglos de siglos , y sin él podia eternamente pasar. Crió al mundo con un solo simplicísimo acto de su divina voluntad : trabajando , digamoslo así, sobre la nada, fabricó todo este conjunto tan hermoso y tan admirable, que vemos y admiramos : colocó en él al hombre , para quien se habia hecho todo lo hecho : *Dixit, & facta sunt: mandavit, & creata sunt.*

Pero dexemos lo que toca á los demas : pensemos únicamente en lo que pertenece á nosotros mismos. Habia

durado el mundo mas de seis mil años, sin que en él se acordase nadie de mí. ¿Que cosa era yo un siglo ha? ¿Donde estaba entónces? En fin, halléme sin saber como, en el mundo. ¿Quien me traxo á él? ¿Yo mismo? Era nada, y la nada nada puede hacer: *Ipse fecit nos, & non ipsi nos.* ¿Traeríame al mundo la casualidad? ¡Término chímérico! Fuera de que la casualidad no puede hacer cosa alguna perfecta y permanente; esto que se llama *casualidad*, no es otra cosa, que una concurrencia de causas, ya sean libres, ya necesarias, cuya conjuncion y cuyos efectos á la verdad son desconocidos á nosotros; pero nada se le oculta á aquel que las congregó, y las puso en movimiento: así pues lo que se llama casualidad puede serlo para mí; pero respecto de Dios es una obra premeditada y dispuesta con inefable sabiduría.

Pero mis padres, aquellos que se cree me traxéron á este mundo, ¿no fuéron los autores de mi ser? De esa manera me hubieran formado sin defectos, sin imperfecciones, una vez

que hubiesen sido los artífices de la obra , aunque no fuese mas que por su misma gloria , y por su propia utilidad. Pero no ; mis padres pueden decir con la madre de los Macabeos: *Nescio qualiter in utero meo apparuistis; neque enim ego spiritum, & animam donavi vobis.* Yo no sé como , ni de que manera fuisteis formados dentro de mis entrañas ; porque ciertamente no fui yo la que os dí el alma , el espíritu de la vida , ni tampoco la que ordenó y dispuso vuestros miembros , para que resultase de ellos un cuerpo tan hermosamente organizado. El Criador del mundo es el que formó al hombre desde su misma concepcion , y el que dió el sér á todas las cosas que existen.

Luego ninguna cosa puedo decir, ni pensar racionalmente de mí mismo, miéntras no suba con la consideracion al primer origen , y á la causa universal de todo lo criado. Dios es el que hizo en mí todo lo que soy : Dios el que formó este cuerpo que tengo, siendo tan vil y tan material , como

efectivamente lo es en sí mismo ; sin embargo, así en el uso, como en la distribución de sus miembros no dexa de ser un milagro, y un esmero del poder y de la sabiduría : *Manus tuæ fecerunt me, & plasmaverunt me totum in circuitu.*

Dios me dió este espíritu de vida, esta porcion preciosa de inmortalidad, esta imágen del poder que él mismo tiene para pensar, para querer, y para obrar sin apremio. Esto supuesto, vamos discurrendo.

¿A que fin me traxo Dios al mundo ? ¿Con que intento me colocó en él ? Porque una sabiduría tan admirable como la que se descubre en la fábrica de mi sér, no es posible que obrase á ciegas, y sin algun designio. ¿Pues que fin pudo tener quando me crió ? Ya sé que se pudo pasar sin mí, y tambien, que se pudo y se supo pasar sin el mundo entero. Si hubiera otro sér mayor y mejor que el suyo, pudiera trabajar por la gloria de aquel sér superior á él. Pero no : siéndolo él todo, y mereciéndolo todo, es impo-

sible que se hubiese propuesto otro objeto que á sí mismo : luego me hizo para él , y no me pudo hacer para otro, que para él , tanto , que el derecho que tiene sobre mí y sobre todo lo criado es inagenable : quando él dexé de ser Dios , podré yo comenzar á ser de otro; pero miéntras tanto , ni él mismo , con ser Dios , me puede dispensar en que sea todo suyo. No era necesario que yo exístiese ; pero una vez que exísta , es necesario que no pueda ser de otro, que de Dios.

¡O Dios mio , solo criador , y solo conservador de mi sér ! ¡ Que triste , que dolorosa imágen se representa á mis ojos ! Porque al fin , ¿ que ha sido hasta aquí toda mi conducta , sino un desórden , un trastorno , una extraña y continua injusticia ? He vivido , poco mas , ó ménos , como si hubiera sido criado para mí mismo. ¿ A quien he amado , sino á mí mismo ? ¿ Por quien he trabajado , sino por mí mismo ? Asegurábame con la consideracion de que lo mismo hacia la mayor parte de los hombres ; pero estas

eran tan ciegas, tan indignas, tan ingratas criaturas como yo. Esto es lo mas que puedo decir; ¿pero su descamino podrá nunca justificar el mio?

¡Quanto os debo, Señor, porque os hayais dignado de abrimme los ojos en este dia! Bien merecido tenia, que estuviesen siempre cerrados á estas saludables verdades: *Notam fac mihi, Domine, viam tuam.* Hacedme conocer, hacedme, mi Dios, penetrar cada dia mas y mas qual es mi verdadero destino.

§. II.

Hasta donde se extiende la obligacion que tiene el hombre de servir á Dios.

Desenvolvamos mas esta verdad (*el hombre fué criado para servir á Dios*) de manera, que siempre nos la hagamos propia y personal.

Soy de Dios: luego debo servir á Dios: esto es evidente; pero no solo soy de Dios, sino que soy de solo Dios: ningun otro contribuyó á mi ser, ó si algun otro contribuyó, fué solo como

instrumento de su voluntad : luego á él solo debo servir : á ningun otro debo atender , ni aun á mí mismo : intencion pura , simple , invariable de agradarle , y de glorificarle. Soy todo de Dios : el alma , el cuerpo , las facultades , la vida , el movimiento , todo es de él : luego todo debo ser de Dios. No hay excepcion , no hay repartimiento. No le doy mas que lo que ya es suyo ; la mas mínima cosa que le quitase , se la defraudaria , no estaria contento , todo es de él , y todo debe ser para él.

Soy siempre de Dios : él me crió , él me conserva : conservarme es como estarme criando todos los instantes. En el mismo punto en que me dexase de conservar , me volveria á reducir á la nada : en el mismo instante en que cesase de concurrir conmigo , quedaria sin movimiento : nada podria hacer , ni pensar , ni obrar , ni hablar , ni querer : luego toda la vida , y todos los movimientos de la vida : luego en la juventud , y en la vejez : luego todos los dias , y todos los instantes de

cada dia , debo ser siempre de Dios, debo estar siempre ocupado en Dios, debo aplicarme siempre á agradar á Dios. Todo el tiempo , que dedico á qualquiera otra cosa , es tiempo perdido : todo negocio, toda empresa que me desvie de esto , ó es delito , ó es disposicion para él. Todo empleo de mis facultades , de mi salud , de mis fuerzas , de mis talentos , que me separe de Dios , es hurto , y es cierta especie de indigna , de sacrílega usurpacion.

En fin , crióme Dios , y me conserva Dios sin interes, y sin que nadie le obligue á hacerlo : luego debo ser todo suyo por estimacion , por generosidad, y por puro reconocimiento. Debo servirle , aunque no esperára otra cosa de él : debo olvidar la esperanza de toda otra recompensa , y tenerme por poco generoso , si soy capaz de moverme á obrar por otra cosa , que por su mayor gloria , y por solo el gusto de acreditarle mi amor.

¡Qué perfeccion ! ¡Qué campo tan dilatado de nobles obligaciones ! Sin embargo , desafio al hombre mas ol-

vidado de las suyas, y al mas lleno de amor propio, á que me diga si en todo esto hay cosa que no sea muy justa, y á que imagine alguna excepcion racional contra unas verdades tan sólidas, y tan bien fundadas.

Llámanse estas verdades *principios*, ó verdades fundamentales: principios, porque llevan consigo su misma evidencia: para conocerla, basta penetrar los términos, y hacer reflexion á ellos: principios, porque casi no necesitan de prueba, ántes bien ellos sirven para probar todo lo demas. *Verdades fundamentales*, porque son como el cimiento, sobre el qual se debe levantar todo el edificio de la religion, de la perfeccion, y de la santificacion. Nada sólido se puede fabricar, sino á proporcion de las profundas raices, que echan en el corazon, y en el espíritu; pero sobre estos cimientos ¿á qué elevacion no puede subir el edificio?

Por eso se enseñan estas verdades á los niños, aun ántes que tengan uso de razon; pero es necesario repetirlas sin cesar, así á los mas perfectos, co-

mo á los que tienen verdadero deseo de serlo. Esto , y nada ménos nos manda el primero , el máxîmo mandamiento de la ley , aquel que comprehende en sí todos los demas : Amarás al Señor Dios tuyo por estimacion , y por eleccion , con todo tu corazon , con toda tu alma , y con todas tus fuerzas. *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo , ex tota mente tua , & ex omnibus viribus tuis.* Verdades tambien , que lo son de todas las Religiones , y de todos los tiempos , porque estan comprehendidas en las primeras nociones de *Criador* y *criatura* : para penetrarlas no es menester ser christiano , ni judío , basta ser hombre. Ni el christianismo , ni el judaismo hicieron mas que desentrañar mas y mas estas verdades , que estaban como envueltas dentro de su misma semilla.

Muchos tienen el nombre de christianos , que jamas tuvieron Religion , ó si la tuvieron , la perdieron. No pocos quisieran que no hubiese otra Religion que la natural ; si estos piensan como hablan , si se gobiernan con efecto se-

gun los principios de la Religion natural, no los pedimos mas por ahora : como crean de buena fé que Dios es Autor de su ser, presto los reducirémos á todo. Esta sola consideracion : *T'o no me hice á mí mismo , otro me hizo* , los obligará á respetar al gran Hacedor de todo , y á estudiar lo que este puede esperar , y desear de ellos. En este estudio tardarán poco en descubrir ciertas obligaciones , que , como ellos las desempeñen con fidelidad , les facilitarán auxílios para ser perfectos christianos. Los primeros hombres que hubo en el mundo , no tuvieron por muchos siglos otros principios que estos para gobernarse : ¿ y á qué elevada santidad no arribaron ? Sin hablar de otros , Abrahan encontró en ellos la obligacion de abandonar su patria , de sacrificar su único hijo , de hacer una vida pura , inocente , desprendida de todo lo terreno , y de ejercitarse en todo género de buenas obras.

Confesemos , pues , que hasta ahora hemos tenido muy poca religion , ó que hemos usado muy poco de ella. La

Religion es cierto que estaba dentro de nuestro corazon : bastante nos decia, ó por mejor decir , nos lo decia todo, si hubiéramos querido prestar la atencion ; pero el tumulto del mundo, el embarazo de los negocios, y el miedo, que teníamos de mudar la vida , fuéron causa de que no la quisiésemos entender : otras mil voces sofocaron esta , y no se pudo hacer percibir.

¡ Ah , Señor ! hoy me veis aquí pronto á escucharos : hablad ; ¿ pero qué me podeis decir ? Hombre , criatura , sé de solo Dios , pues solo Dios te dió el ser : sé todo de Dios , porque Dios te dió todo lo que eres , y todo lo que tienes : sé siempre de Dios , porque miéntras existes , siempre te conserva : sé de Dios por puro reconocimiento , pues Dios te dió el ser por puro amor.

§. III.

Que es lo que el hombre , que sirve á Dios , puede esperar , así en la otra vida , como en la presente.

Puede esperar , dixere poco , debe es-

tar muy seguro de que Dios será tanto de él, como él fuere de Dios: será todo suyo, si él fuere todo de Dios: será siempre suyo, si él fuere siempre de Dios: será tan perfectamente suyo, como si no hubiera otro hombre en el mundo, si él fuere solo de Dios, como si no hubiera mundo para él, ó si no hiciere mas caso del mundo, que en quanto se refiere á Dios.

Considerémos aquí quanta es la inmensa bondad y liberalidad del Dios que nos crió: tenia derecho para pedirme que fuese todo suyo, sin prometerme nada: ya habia recibido bastante de su mano, y no seria mucho que fuese todo de él solo por lo que ya me habia dado. La consideracion de los beneficios recibidos se reputa en el mundo por motivo suficiente para que el interesado se dedique enteramente al servicio de su bienhechor. Un Grande de la tierra se considera con derecho á todos los obsequios de aquellos, que llama criaturas suyas. Todo hijo debe amar y servir á su padre, aunque no espere de él herencia, ni

gratificación : el que faltase á esto se tendria por un desnaturalizado , por un ingrato , por un monstruo.

Mas Dios tiene derecho para decirme : si me sirvieres , no harás mas que lo que debes , y no tengo obligacion á agradecértelo ; pero si no me sirvieres , como es de tu obligacion , en virtud de los beneficios que has recibido de mi mano , te castigaré con el mayor rigor , te condenaré. Los Legisladores nunca dicen : el que guardare la ley será premiado ; solo dicen : el que la quebrantare será castigado. El amo dice al criado : obedece , y no te haré mal ; pero si no obedecieres , experimentarás mi rigor. En fin , suponiendo que todo trabajo merece recompensa , pudo Dios prometerme en premio de mis servicios una recompensa proporcionada á la naturaleza de estos ; es decir , natural , temporal , limitada , que se acabase con la muerte.

Pero Dios soberanamente liberal y generoso , Dios tan zeloso de mi bien , como de su propia gloria , quiso hacer dependiente mi felicidad de su servi-

cio. Sírveme, me dice, no pienses en otra cosa, que en servirme: yo cuidaré de tí, yo pensaré en tí, yo me entregaré á tí: *Ego ero merces tua magna nimis*. ¡Que recompensa! ¡Y quien podrá comprehender quanto vale! Pero esta recompensa se dirige principalmente á la eternidad.

Sin esperar á la otra vida, ¡que no hace Dios en esta con aquellos que se entregan á él plenamente, perfectamente, constantemente! Coloca su habitacion dentro de su alma, reyna en ella con todas sus luces, con todas sus gracias, con todos sus consuelos. Siempre tiene puestos en ellos sus divinos ojos, estalos mirando con infinita complacencia. Vela su providencia sobre su conducta con mas atencion, con mayor amor, que la madre mas cariñosa de su único hijo, á quien tiernamente ama. Desvia de él á todos sus enemigos, anticipase á sus súplicas, y aun á sus mismos deseos.

Luego es muy justo, luego es muy necesario que yo sea todo de Dios. Vos, mi Dios, me mandais que os

sirva; y si no lo hago, me amenazais con los mayores castigos, con las mas grandes miserias: ¿pero puede haberla mayor, que no amaros, ni servirnos? Es tanto mayor esta miseria, quanto trae consigo otras innumerables: nuestro corazon fué criado para Vos, y no encontrará reposo miéntras no descansa en Vos: *Fecisti nos Domine ad te, & inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.*

Tomemos nuestro partido, demos principio á nuestra bienaventuranza en la tierra: bien lo podemos hacer. Es la tierra un paraíso para aquel que solo quiere contentar á Dios. Gobiérnale Dios, como si no tuviera otra cosa que gobernar sino á él: por el contrario, es la tierra un verdadero infierno para aquel que se niega á las solitudes de todo un Dios: padece mucho, padece sin mérito, y este infierno es como un preludio del otro; con esta diferencia, que en el infierno presente quiere Dios que le amemos, y nosotros no queremos: en el futuro le quisiéramos amar, pero no podré-

mos, y este no poder será nuestra mayor desesperacion.

PUNTO II.

Todas las demas cosas de la tierra fuéron criadas para el hombre.

Para comprehender perfectamente y con fruto esta segunda parte, debemos considerar lo primero, que se entiende por *todas las demas cosas de la tierra*: lo segundo, que reglas debemos seguir y practicar para usar de ellas, segun la intencion y los desig-nios de Dios: lo tercero, que necesario, y que ventajoso nos será conformarnos con estas reglas.

§. I.

*Que se debe entender por estas palabras:
Todas las cosas de la tierra.*

Llámase así todo lo que no es Dios. Por tanto, no solo se entiende el Cielo, la tierra, y todo quanto se compre-

hende en su vasta extension , como astros , plantas , brutos , metales ; no solo se entienden los hombres , con quienes estamos precisados á vivir , y nos pueden hacer tanto bien , ó tanto mal por lo respectivo á Dios ; sino tambien todas aquellas cosas , que los Filósofos llaman modos , como la salud y la enfermedad , la vida larga , ó breve , las honras , ó las humillaciones , la prosperidad y la desgracia , las riquezas y la pobreza , la ciencia y la ignorancia , la virtud y el vicio , la estimacion y el desprecio. Porque aunque muchas de estas cosas pueden estar en el hombre , no son el hombre mismo : pueden subsistir sin nosotros , como nosotros sin ellas.

Explicado esto así , digo que Dios concedió al hombre estas cosas para que le condujesen á su fin. No quiere decir esto , que todas ellas sean como un presente con que Dios le regala , ni mucho ménos , que todas vengan de él inmediatamente. Seguramente no es Dios Autor de la ignorancia , ni del vicio : tampoco lo es de ciertas cosas,

que solo subsisten en la imaginacion, ó son efectos del corazon, ó de la pasion del hombre desreglado : tales son la honra y el desprecio, la gloria y la ignominia.

Lo que únicamente se quiere decir es, que todas estas cosas, vengan de donde vinieren, ó ya sea de Dios que las hace, ó permite que se hagan ; ó ya del hombre, que las inventa, ó las imagina, la intencion de Dios es, que el hombre se sirva de ellas para la gloria del Criador, y para su propia santificacion.

Luego, hablando en rigor, ninguna cosa se hizo para el hombre, todas se hicieron para Dios ; pero se dice, que las criaturas se hicieron para el hombre en quanto puede aprovecharse de ellas, para conocer mejor á Dios, para aficionarse mas á su servicio, y para hacerle sacrificios dignos de su grandeza y de su infinita magestad.

Por consiguiente todas las cosas de la tierra se deben mirar únicamente como medios, y como auxilios para caminar á Dios. Pierden todo su sér

respecto de nosotros , digamoslo así, siempre que las miramos á otras luces: ó por mejor decir , ellas siempre subsisten , pero para nuestra condenacion, siendo así que fuéron criadas para nuestra salvacion eterna. Admirablemente explica el Sabio este pensamiento: Las criaturas , dice, se convirtieron en ocasion de ruina y en lazo peligroso para el hombre necio , sin discrecion y sin prudencia : *Creaturæ factæ sunt in tentationem animabus hominum , & in muscipulam pedibus insipientum.*

El lazo y el desórden consisten en esto : Luego que el hombre dexa de considerar á las criaturas como meros medios para caminar á Dios , hace de ellas su fin , y por decirlo así , las substituye al mismo Dios : esta es una especie de idolatría. Ellas ocupan todos sus pensamientos , está como encantado con ellas , y le corrompen el corazon. A ninguna cosa tiene ya amor sino á ellas , consume sus fuerzas , emplea todo el tiempo en buscarlas , y en asegurarse la posesion. No debiera

pensar en las criaturas, sino para excitarse á amar á Dios; y no piensa en Dios, ni recurre á Dios, ni hace oracion á Dios, sino para que le conceda mas pronta, mas fácil, y mas abundante posesion de las criaturas: apénas se acuerda de que hay Dios. Debiera gozar de Dios, y usar simplemente de las criaturas; pero hace todo lo contrario: usa, por decirlo así, de Dios, mirándole como de paso; y todo su descanso, todo su consuelo, y todas sus delicias las pone en las criaturas. Lleno, y como impinguado de los bienes de Dios, se desvia de él, y se levanta contra él. Raza perversa y maldita, Pueblo sin corazon y sin fe, ¿así correspondes á tu Dios y á tu Soberano Bienhechor? *Generatio prava & perversa! Hæccine reddis Domino, popule stulte, & insipiens?*

¿Pero la criatura se hará insensible á esto? No por cierto, responde San Pablo: padece violencia, gime, y nos sirve contra toda su voluntad, quando usamos de ella para ofender á Dios, ó para algun otro fin, que para el de

agradarle : *Omnis creatura ingemiscit, & parturit usque adhuc.* Expresion metafórica, con que se nos significa, que Dios nos hace bien con cierta especie de amargura y de disgusto, quando abusamos de las criaturas. Serviríase de ellas para perdernos y para confundirnos, á no estar por medio las leyes de misericordia y de paciencia, que se ha propuesto por cierto determinado tiempo ; pero al fin algun dia se las dexarán las manos libres á las criaturas ; solo esperan, que los verdaderos hijos de Dios se separen de los hijos ingratos y rebeldes. Entónces empleará el Señor en nuestro suplicio todas las criaturas que habia destinado para nuestra salvacion : *Armabit creaturam ad ultionem inimicorum.*

Llorémos aquí la desdicha de la mayor parte de los hombres, y la ceguedad lastimosa, en que viven, acerca del destino de todas las cosas. Lamentemos sobre todo nuestra propia desdicha, y el extraño trastornamiento de todo, en que hemos vivido hasta ahora. Porque ¿quien hay que mas, ó

ménos no tenga mucho de que reprehenderse y de que humillarse?

En adelante remediarémos semejante descamino, y cantarémos con los cinco Niños del horno de Babilonia: Bendecid al Señor todas las criaturas, pues todas sois obra de su divina mano: *Benedicite omnia opera Domini Domino.* ¿Pero con quien hablo yo? Esas son criaturas insensibles, que ni me pueden entender, ni pueden alabar á Dios. Dícese, que las criaturas bendicen á Dios, quando nosotros le bendecimos por el bien, ó por el mal que nos viene de ellas: quando las consideramos como canales, por donde se deriva á nosotros el poder, la justicia, y la misericordia de Dios: quando usamos de ellas, segun la intencion del Señor, que las crió.

§. II.

Que reglas debemos seguir y practicar para usar de todas las cosas de la tierra, segun la intencion de su mismo Criador.

Todas las criaturas son buenas y

son útiles. Lo mismo se puede decir el dia de hoy, que se dixo al principio del mundo: *Vidit Deus cuncta, quæ fecerat, & erant valde bona.* Vió Dios todo lo que hizo, y todo lo halló excelente. Pero no todas las criaturas son buenas siempre, ni para todo. En el taller de un artífice todos los instrumentos son propios para el oficio; pero unos son buenos para cortar, otros para pulir, y otros para desbastar: tambien en la Medicina todos los remedios tienen su utilidad; pero el que es antídoto para cierto mal, seria un mortal veneno para otro. De la misma manera, dice San Bernardo, todas las cosas nos las ha dado Dios para nuestro bien; pero para nuestro bien en modos muy diferentes: unas para mantener la vida y las fuerzas corporales, otras para enseñarnos, algunas para instruirnos y para recrearnos; muchas en fin para probarnos y para corregirnos: *Donata sunt nobis omnia ad aliquam utilitatem; sed alia ad sustentationem, alia ad eruditionem, quædam ad delectationem, postremò etiam non*

pauca ad correctionem. Conviene pues usar de todas las cosas segun el designio de Dios, y respecto á nosotros segun la presente necesidad. Porque lo mismo que en cierto tiempo nos puede ser bueno, puede no serlo en otro; y aquello que en algunas ocasiones nos sirve para complacernos, debe servir en otras para mortificarnos y para confundirnos.

Prescribamos ahora dos reglas ciertas y generales, que pueden extenderse á todas las situaciones imaginables, en que nos podemos hallar durante el curso de la vida, respecto á todas las cosas criadas. Entre estas, unas nos son indispensables y absolutamente necesarias, sin las cuales no podemos pasar; otras no lo son tanto, y en cierta manera podemos usar, ó no usar de ellas libremente. Podemos dexarlas, ó tomarlas, como mejor nos pareciere, ó por lo ménos podemos desearlas, ó pretenderlas, ó no dársenos nada por ellas.

Las criaturas que nos son necesarias, son todas aquellas, que sirven para

nuestra conservacion , para mantener las fuerzas y la salud , como la comida , la habitacion , el vestido , el descanso , y alguna recreacion de tiempo en tiempo.

La regla que se debe seguir en el uso de este género de cosas , es tomar de ellas lo puramente necesario , dar gracias á Dios , y hacer á su grandeza un sacrificio de todo lo superfluo. Este género de criaturas , decia un varon santo , nos anuncian con eloqüente silencio estas tres palabra : *Accipe , redde , time . Accipe obsequium , redde beneficium , time judicium .* Recibe los beneficios que te hago : agradécelos á aquel de quien y para quien los recibes : pero no abuses de ellos , temiendo que me venga rigurosamente de tí. ¡Quantos desórdenes enmendaría desde luego la observancia de esta primera regla ! Ya no habria delicadeza , ni intemperancia , ni pérdida de tiempo , ni diversion , que se tomase á título de diversion. ¡Sin quantas cosas nos podríamos pasar ! *Quam multis non indigeo !* Se viviría en una especie de guerra , y de continua

mortificacion contra todos los apetitos desordenados. ¡Y que fondo de riquezas no sobraria para emplearlas en obras de caridad!

Esto lo llama San Pablo usar de este mundo, como si no se usára de él: *Qui utuntur hoc mundo tamquam non utantur.* Y á esto parece que quiere obligar á los Christianos. En esta clase de criaturas necesarias se puede tambien contar un infinito número de objetos, que se presentan á nuestros sentidos, sin que nosotros lo podamos remediar. No está en nuestra mano dexar de ver el Cielo y la tierra, los hombres con quienes vivimos, su diferente modo de pensar y de proceder. No está en nuestra mano dexar de oir mil especies, unas tristes, otras alegres, que se cuentan á la que salta, ó por algun justo motivo que haya para referirlas.

Entre todas las cosas que se pueden oir, ó ver en el mundo, siempre hay alguna, que pueda servir para levantar el corazon á Dios. La regla es no dexar de hacerlo, ni malograr la

ocasion. Por eso á vista de los astros, de las plantas, de las flores, de los mas viles insectos entraban los Santos en una especie de contemplacion sobre el poder y la sabiduría de su Autor. A vista de un magnífico Palacio levantaban la consideracion á la habitacion de Dios. En el trato con los malos, y en las injusticias que padecian de ellos, admiraban la paciencia de Dios, que las sufria. Quando oian hablar de una batalla, seguian hasta el tribunal de Dios á tantos ilustres pecadores como perecen en ella. Esto es lo que llamaban buscar á Dios en las criaturas, y á las criaturas en Dios.

En órden á las criaturas de que podemos usar, ó no usar á nuestro arbitrio son aquellos *modos* de que hablamos poco ha. Tenemos libertad para abrazar tal género de vida, ó para tomar otro; para aplicarnos á ciertos estudios, ó para quedarnos en nuestra ignorancia; para entregarnos á la virtud, ó para abandonarnos al vicio. No está en nuestra mano ser pobres, ó ricos, honrados, ó menospreciados, &c.

Pero en nuestra mano está desear la gloria, las riquezas, la salud, la reputacion, trabajar por adquirirlas, ó no dársenos nada por esto; ántes bien inclinarnos mas á lo mas baxo, á lo mas penoso, á lo mas vil.

La regla que en esto debemos seguir es mantenernos acerca de todas estas cosas en una suma indiferencia, en un perfecto equilibrio, hasta que habiéndolas considerado con respecto al servicio de Dios, que debe ser nuestro único fin, exâminemos y juzguemos de buena fe, si nos desvian, ó nos acercan á él: porque entónces ya no hay lugar á la indiferencia, es preciso absolutamente, ó renunciar nuestro fin, ó abrazar todo aquello que nos ayuda á conseguirle, y aborrecer todo lo que se opone á este logro. Esto nos quieren decir estas palabras: *Todas las cosas de la tierra fuéron criadas para el hombre, es decir, para ayudarle á conseguir su fin.* De donde se infiere, que es necesario tomarlas, ó dexarlas, precisamente en quanto conducen, ó perjudican á nuestro gran-

de intento. Por tanto, si la cosa está en nuestro poder, si nos es libre la elección, ninguna diferencia debemos hacer entre todas las cosas criadas; de suerte, que por lo que toca á nosotros no debemos desear, ni solicitar la salud mas que la enfermedad, las riquezas mas que la pobreza, la honra mas que la desestimacion, la vida larga mas que la corta; sino que en todas estas cosas solo debemos desear y solicitar, como lo piden la razon y la prudencia, aquello que nos conduce á nuestro fin.

El uso de esta regla es mucho mas necesario, quando aquellas cosas sobre que se delibere tienen mayor correlacion con el estado general y permanente de nuestra vida; por exemplo, quando se trata de abrazar un estado, ú otro, de quedarse en el mundo, ó de entrar en Religion, de admitir un empleo, una dignidad, ó renunciarla, &c. con todo eso se puede y se debe usar de la misma regla, quando se ha de tomar un partido, que es incierto, ó dudoso en orden á la salvacion y á la perfeccion.

Por eso nunca se pone en deliberacion , si uno debe ser verdadero Cristiano , porque seria delito y aun locura la resolucion de no serlo : delibérase sobre los medios que se han de abrazar para conseguirlo. ¿Que cosas son las que me acercan á Dios? ¿Que es lo que hasta ahora me ha acercado mas á él? ¿Los ejercicios espirituales, el recogimiento, el retiro, la penitencia, una ocupacion provechosa y moderada? Pues haré propósito de aplicarme, y de aficionarme á esto mas que nunca. ¿Que es lo que mas me ha apartado de Dios, ó lo que mas me puede apartar en adelante? ¿El pecado, la imperfeccion, la infidelidad á la gracia, las ocasiones peligrosas, el demasiado esparcimiento en el mundo, las amistades demasiadamente estrechas, ó demasiadamente naturales, mis ocupaciones, aun las mas útiles, aun las mas santas, por distraerme demasiadamente en ellas, por entregarme á ellas con demasía con inmoderado deseo de desempeñarlas con lucimiento? Pues todo esto lo he de renunciar sin

perdonar á nada , sin limitacion y sin reserva. En una palabra, ¿esto, ó aquello en que conducen para la eternidad ? *Quid hoc ad æternitatem ?* Esta será en adelante mi divisa , y la única regla por donde me gobernaré. Bien puede ser que la empresa sea alta y dificultosa ; pero sin esta conducta ¡ quantos descaminos , quantos desórdenes he cometido hasta aquí ! ¡ Y de quantos mucho mayores estoy amenazado para el resto de mi vida ! Considerémos bien esto , y no dudaremos.

§. III.

Quanta necesidad tenemos , y quanto nos importa seguir estas reglas.

Necesidad de seguirlas , porque solo siguiéndolas podemos cumplir lo que hemos prometido á Dios de ser suyos , de ser todos suyos , de ser solo suyos , y de ser siempre suyos. El mayor obstáculo , y para muchos el único que encuentran en el cumplimiento de esta obligacion nace de las criaturas. A no

ser el desordenado amor que las profesan, no habria para ellos cosa mas dulce, ni mas natural, que levantar el corazon á Dios, y colocar en esto todo su consuelo y todo su descanso. Al páxaro le detienen preso en la tierra unos lazos de suyo bien débiles y bien flacos; pero bastantes para estorbarle que vuele rápidamente hácia el Cielo, hendiendo los ayres. Todo lo que podemos hacer por Dios, miéntras no observemos estas reglas se reducirá á un mero afecto de estimacion y de preferencia, que se queda en pura especulacion. Esto no es servir, ni amar á Dios con el corazon, sino con la boca. Dios es nuestro fin, así lo decimos; pero sin decirlo queremos nosotros ser el fin de todas las criaturas. Dios solo tiene en nosotros unos adoradores hipócritas y doblados: nosotros tenemos tantos sinceros adoradores, quantos son los objetos criados, que referimos á nosotros mismos, y no á Dios. Mas realidad, y ménos discurrir: *Filioli, non diligamus verbo, sed opere & veritate.*

Por lo que toca á lo mucho que nos importa seguir estas reglas, se puede decir, que de esto depende nuestra felicidad de muchos modos. En esto consiste la seguridad de nuestra inocencia: es imposible pecar, como las sigamos. El pecado no es otra cosa, que un apego á la criatura contra el derecho, y el intento del Criador.

Son estas reglas como el compendio de la sabiduría christiana: por ellas se distinguieron los Santos del comun de los demas hombres. Con muy poco estudio, y con escaso ingenio natural supieron muchas veces mas que sus Maestros. No se sabia donde habian aprendido máximas tan nobles, ni modo de pensar tan sólido y tan elevado. En dos, ó tres reglas de conducta bien observadas consistia toda su habilidad.

En fin la práctica de estas reglas nos hace superiores á todos los acaecimientos de la vida. Hallámonos como elevados á una region muy superior á la tierra: desde ella todas las cosas se ven, poco mas, ó ménos, á

una misma luz: lo alto, lo baxo, lo mas, lo ménos no nos causan alteracion alguna, que no podamos calmar con un momento de reflexion. De todo se saca provecho. Hasta el mismo mal se convierte en bien, segun aquella sentencia: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.*

Levántase uno sobre sí mismo, y se ennoblece, por decirlo así, uniéndose á Dios; pero se degrada y se envilece, quando se pega á la criatura. El corazon se transforma en lo que ama. Soy Dios si amo á Dios: soy tierra si me dedico á la tierra. ¿Que tengo yo con el mundo, siendo como soy superior al mundo, y mas grande que él? El fué criado para mí, y yo fuí criado para Dios: *Quid tibi cum mundo, qui major es illo?* ¿Adónde está aquella nobleza de nuestro primer origen? ¿No descendemos nosotros de la casa del mismo Dios? *Ipsius, & genus sumus.* Pues elevémonos sobre todo. En todo lo demas es vicio la elacion; pero en este particular es virtud, es loable, porque está colocada en su lu-

gar. Ser del Príncipe, servir al Príncipe de eso se hace gloria, es como reynar. Llámanos Dios, quiere tenernos por suyos, quiere que le sirvamos, quiere que seamos sus amigos, sus confidentes, sus privados. Dígnase de ser zeloso de nuestro corazon, declárase su pretendiente. ¡Que honra! ¡Y no la admitimos! ¡Y se lo dilatamos! ¿Que se diría de una Reyna que dexase al Rey su esposo por entregarse á unos viles esclavos, ó de una doncella labradora, que se resistiese á dar la mano á uno de los mayores Monarcas?

Es uno dichoso dedicándose á Dios: vive desdichadamente entregándose á las criaturas. ¡Quantas y quantas veces lo hemos experimentado! Siempre en deseos, siempre en esperanzas; nunca contentos, porque nunca satisfechos. Un nada que falte lo emponzoña todo: pásase en ensayos toda la vida.

¿Que cosa me ha podido impedir hasta ahora el estar contento, que no pueda y no deba impedirme el estarlo tambien en adelante? ¿Faltaránme nunca

estorbos, concurrentes y zelosos? Engañaránme, suplantaránme, venderánme como hasta aquí. La muerte á mas tardar me privará ciertamente de todo lo que me ha detenido hasta ahora.

Mas para ser amigo de Dios no es menester mas que quererlo : ninguno me puede estorbar esta dicha: *Amicus Dei ecce nunc fio, si voluero.* En esto sí que no temo ni violencia, ni injusticia, ni capricho, ni mal humor. Todo lo gano renunciándolo todo. ¿Será posible, que aun enseñados por nuestras propias desgracias nunca nos hemos de desprender? ¿Y por qué sufre Dios á un mundo tan pérfido y tan inconstante, sino para que busquemos un amo mas fiel, que nunca pueda morir, engañarnos, ni mudarse?

Concluyamos con el *Padre nuestro*, aplicando á nuestro asunto todas las peticiones que le componen.

Padre nuestro, que estás en el Cielo. Luego el Cielo es mi patria y mi herencia. ¿Pues como he de poder yo amar á la tierra, pegarme á la tierra, ni pensar en establecerme en la tierra?

Santificado sea el tu nombre. Dios mio, todas las criaturas fuéron hechas por Vos: luego todas deben glorificar vuestro santo nombre. Pero ninguna criatura ha recibido de Vos mas beneficios que yo: luego yo debo daros mas gloria que todos, ó por mejor decir, de todas me debo valer para glorificaros.

Venga á nos el tu Reyno. Espero reynar algun dia con Vos. ¡Ah! ¿quando llegará este venturoso dia? Mientras llega, Vos, Señor, reynaréis en mí: todas mis potencias estarán sujetas á Vos, y entónces yo mismo reynaré, porque es reynar el serviros.

Hágase tu voluntad, así en la tierra, como en el Cielo. De esta manera reynais Vos en los Angeles, mientras los Angeles reynan con Vos. Hablad, Señor, y os oiré como ellos: mandad, y como ellos os obedeceré.

El pan nuestro de cada dia dánosle hoy. Esto es todo lo que en adelante quiero de las criaturas: lo necesario, lo necesario, y lo necesario para hoy, sin pensar en lo que ha de ser mañana:

Lo demas solo es bueno para sacrificároslo á Vos. ¡Que inocente hubiera sido yo, si me hubiera contentado con esto! ¡Pero ay de mí, que he experimentado muy á mi costa, que la abundancia es el manantial de todos los pecados!

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.
¡O que memoria tan triste de lo mucho que he delinquido en el abuso de las criaturas! Bien me lo castigaron ellas mismas muchas veces. Olvidad, Señor, mis ofensas, y olvidaré yo las que me ocasionáron mis culpables inclinaciones. Vendiéronme los hombres, persiguiéronme los hombres; pero en esto no hiciéron mas que vengaros á Vos. ¿Como puedo sentir el mal que ellos me hiciéron, si contribuyó para que os buscase á Vos mas sinceramente?

Y no nos dexes caer en la tentacion.
¡Pero será posible, mi Dios, que todavía me tienta yo á buscar fuera de Vos mi felicidad y mi consuelo! Espero que no; pero soy tan flaco, y las criaturas tie-

nen tantos atractivos.... La misma necesidad de usar de ellas es una gran tentacion ; ¡ pero quantas he añadido yo por mi gusto á mis verdaderas necesidades !

Mas libranos de mal. No temo otro mal , que el de mis inclinaciones , el pecado , el infierno : estos verdaderos males no pueden tener otro origen. Por lo que toca á los demas males casi me atreviera á desearlos. Como no tuviera pasiones , serian pruebas , y no serian males.

MEDITACION II.

Sobre la Pasion de Christo en general.

Si consideráramos á Christo como un hombre ordinario , podriamos discurrir , que si padeció mucho fué por su mala suerte , y que no estuvo en su mano dexar de padecer. Si creyéramos que padeció sin respeto alguno hácia nosotros , considerariámos sus trabajos , como los de tantos otros , que refieren las historias de personas desgraciadas , que nos son

indiferentes. En fin, si no supiéramos las diferentes razones que le determinaron á querer padecer tanto, á lo mas le mirariamos con compasion, y acaso tambien con cierta especie de reconocimiento; pero nunca nos adelantariamos absolutamente á pretender imitarle.

Es pues de la mayor importancia llenarnos bien de estas tres consideraciones en esta Meditacion preliminar. Quien padece: por quien padece: para que padece; y no meditar misterio alguno de la Pasion, sin tener muy presentes estas tres circunstancias.

Explicólas el Apóstol San Pedro todas tres en estas breves palabras de su primera Epístola canónica, cap. 2. *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus. Christus passus est*: primer punto. *Pro nobis*: segundo punto. *Relinques exemplum ut sequamini*: tercero punto.

PUNTO PRIMERO.

Christus passus est. Jesu-Christo padeció.

Primera circunstancia. El que padece es Jesu-Christo. Esto es, el Hijo Unigénito del Padre, el Dios de la gloria. Aquel á quien le son debidos en supremo grado el descanso, las delicias, todo el respeto, todo el honor, y toda la gloria por su misma naturaleza.

Jesu-Christo; es decir, el hombre mas inocente, el mas santo, el mas irreprehensible que hubo, ni pudo jamas haber. A ninguno hizo mal, y á todos hizo bien. *Pertransiuit benefaciendo & sanando omnes.* Aunque no fuera Dios ¿no debia esperar todo género de reconocimiento, y toda suerte de buen trato de aquellos á quienes habia hecho tantos beneficios?

Jesu-Christo; es decir, un Dios hombre y un hombre Dios, en cuya mano estaba no padecer. Esto lo mostró bien, pues tantas veces predixo él mismo sus tormentos, y los salió á recibir con entereza, echando por tierra

á sus enemigos solo con dexarse ver de ellos, y no se pudieron levantar hasta que les dió licencia.

Padece pues Jesu-Christo. Vos, mi Dios, lo estais viendo, y lo veis tranquilamente. ¡Y lo permitís y lo ordenais! Padece; y vosotros, Ministros suyos, vosotros, Angeles del Cielo, llorais amargamente: *Angeli pacis amarè flebant.* ¡Pero no tratais de acudir á defenderle!

¿Pues ahora quien soy yo, que rehuso padecer, que me quejo de lo que padezco, que murmuro como si me hicieran injusticia, mandándome padecer, que acaso blasfemo quando no acuden presto á socorrerme? ¿Quien soy yo? Un gusano de la tierra, aun mas que hombre: *Ego vermis, & non homo.* Un vaso de barro en manos del ollero que le fabricó, y puede hacerle pedazos quando le diere la gana: un hombre mas dependiente de Dios, que lo está de mí el mas vil insecto, sobre el qual me atribuyo un imperio arbitrario de vida y de muerte, que le piso, le estrello, le hago tortilla pura-

mente por mi antojo , por mi capricho , por hacer ostentacion de mi fuerza y de mi libertad.

¿Quién soy yo ? Un infeliz pecador por el pecado original , un pecador perverso y abominable por la multitud de mis pecados personales , una víctima , que mil veces se libró del infierno , merecedora desde su primera culpa de la suerte de Lucifer , y de los Angeles rebeldes.

¿Quién soy yo ? vuelvo á preguntar. Un hombre defectuoso , insoportable quizá á todos los demas hombres por su soberbia , por su orgullo , por su altanería , contra quien estan pidiendo justicia al dueño comun de todos tantos y tantos como han sido maltratados , aborrecidos , y perseguidos por mí.

Pero aunque fuese otra cosa , aunque fuese inocente , aunque fuese un santo , ¿seria por ventura algo en comparacion de Jesu-Christo , mi Criador , mi Redentor , mi Rey , mi Maestro ? ¿Y pudiera yo desear ser tratado de otra manera que él ?

A vista de esto, mas que Dios y los hombres me traten como fué tratado Jesu-Christo. En lo exterior pobreza extrema, menosprecios, injurias, blasfemias atroces, horribles calumnias, abandono, retiro de los amigos, triunfo, insulto, y befa de mis enemigos, injusticias de los que me quieren atropellar, dolores sensibles en todas las partes de mi cuerpo, enfermedades insufribles y desesperadas: en lo interior temores, ansias, escrúpulos, crueles agonías, dudas congojosas de mi salvacion. En diciéndome á mí mismo: *Jesu-Christo padeció*, ¿tendré algo que replicar? Trátame Dios como trató á su Hijo, sin hablar de otros motivos que puede tener. ¿No debe bastar esto para consolarme? ¿Pero no ha tenido razon para esto? ¿No es el soberano dueño de todo? ¿No es su voluntad la regla de toda justicia? ¿Quien se atreverá á pedirle cuenta de lo que hace? *Dominus est: quis potest dicere illi, quare sic fecisti?*

¿Pero estamos por ventura en este caso? ¿Que es lo que padecemos? ¿Que

es lo que hasta ahora hemos padecido? No mas que los trabajos que nos han producido nuestras pasiones y nuestros desórdenes : fuera de esto casi nada. Y aun en esos trabajos, ¿quantos alivios, quantos consuelos hemos recibido de Dios, al mismo tiempo que parece abandonó enteramente á su Hijo? Padezca yo pues lo que padeciere, lo debo sufrir con resignacion y con valor: esta es mi obligacion, y esta es tambien mi resolucion.

PUNTO II.

Passus est pro nobis. Padeció por nosotros.

Segunda circunstancia. Por nosotros, por mí en particular padeció Jesu-Christo. Si está oprimido de una tristeza mortal, si está cargado de oprobrios, si está despedazado á azotes: *Dilexit me, & tradidit semetipsum pro me,* fué porque me amó, y para librarme del infierno. Yo no podia librarme por mí mismo, ni otro alguno me podia librar. Fué para merecerme el Cielo, y

para enseñarme lo mucho que vale por lo mucho que le costó.

Padeció Jesu-Christo por mí, cuyos pecados contribuyéron á su pasion, como causa única y principal. Por mí, que era su enemigo: por mí, cuyo injurioso olvido, cuya ingratitude, cuya obstinacion en la imperfeccion y en la maldad tenia muy previstas. ¿Que circunstancias de estas se pueden encontrar en todo lo que yo pueda padecer?

Padezco; pero padezco por mí mismo, y para mí mismo. Todo el provecho de mis trabajos sufridos con paciencia es para mí. Acabó lo que falta en mí para una perfecta redencion, y soy cooperador de mi salvacion eterna. Padezco; pero por un dia de trabajos redimo muchos meses, y quizá muchos años de tormentos en la otra vida. Padezco; pero padeciendo me perfecciono en la práctica de las virtudes mas sublimes: paciencia, resignacion, desprecio de mí mismo, y del mundo, que se me dexa conocer, quando me da tanto que sufrir. Padezco; pero es

para incorporarme y unirme mas con Jesu-Christo. En tanto me parezco á él en quanto padezco con él, y toda la gloria, todo el mérito del hombre consiste en parecerse á tan divino original.

Pero á lo ménos no sean inútiles mis trabajos. Conmigo habla quando dice: No llores tanto por mí, que te olvides de llorar por tí: *Nolite flere super me, sed super vos flete.* Mi mayor trabajo es, que te aproveches tan poco de los tuyos. Pídote tu corazon. Si hallares otro que haya hecho por tí tanto como yo hice, dásele en buen hora: convengo en ello. Bien merecia yo, que puramente por amor padecieses únicamente por mí, así como yo padecí únicamente por tí; pero no te pido tanto. Padece tambien por tu provecho; pero no me pongas en parage de que te condene, padeciendo mal, ó no queriendo absolutamente padecer.

PUNTO III.

Relinquens exemplum, ut sequamini.

Para que me imiteis, y sigais mi exemplo.

Tercera circunstancia ¿por que, y para que padece Jesu-Christo? Para enseñarnos lo que merece el pecado, como se aplaca un Dios, contra el qual se cometió, y que debemos hacer para aplacarle á su imitacion. Pudo darse por satisfecho con un solo suspiro suyo: esto seria bastante para satisfacer á su justicia; mas no seria bastante para contentar su bondad. Esta merece todo quanto puede padecer un hombre, mas que sea Dios, ¿quanto mas lo que es capaz de padecer un puro hombre? Fuera de eso padece Jesu-Christo para enseñarnos hasta donde llegó la grandeza del amor que nos tiene. No solo quiso salvarnos, sino tambien facilitarnos la salvacion, excitar nuestra generosidad, confundir nuestra cobardía, y desvanecer todos nuestros pretextos: *Ecce quomodo amabat.*

Puede ser, es verdad, que hasta aquí hayamos padecido demasiado; ¿más por que? por fuerza, por necesidad, porque no lo podíamos remediar. De aquí nace, que nos atrevemos á decir: esto ya es demasiado: de aquí el exâgerar nuestros trabajos: de aquí el alabarnos del gran sacrificio de nuestra paciencia: de aquí el miedo de hacer demasiado, y la solicitud en descargarnos, buscando mil desahogos inútiles, peligrosos, y acaso nada inocentes.

¡O, y que de otra manera procedieron los Santos! Yo soy el pecador, yo soy el culpado, decian ellos: ¿que mal ha hecho este inocente cordero: *Ego sum qui peccavi: ego iniquè egi*. Por lo que toca á mí sé bien, que solo recibo lo que tengo bien merecido; ¿pero Jesu-Christo que pecados cometió? ¿que cosa reprehensible se pudo hallar en él? *Nos quidem digna factis rependimus, hic autem quid malì fecit?*

Estimaron, y amaron tanto los Santos á Jesu-Christo, que no tuvieron

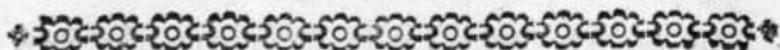
libertad para dexar de imitarle. Los trabajos, decian ellos, fuéron honrados, canonizados, y como divinizados en la persona de nuestro Soberano Maestro. No permita Dios que nosotros nos gloriamos en otra cosa: *Cruz pretiosa* (exclama uno de los mismos Santos) *quæ decorem de membris Domini mei suscepisti, bona cruz diu desiderata, solícite amata, sine intermissione quæsitâ, & aliquando jam concupiscenti animo præparata.* ¡O cruz preciosa, que fuiste honrada y consagrada desde que fué enclavado en tí el cuerpo de mi Divino Salvador! ¡O buena cruz, por tan largo tiempo deseada, tan ardientemente apetecida, y tan continuamente solicitada, la que ya en fin veo preparada para el logro feliz de mis amorosas ansias!

Parece un enamorado, que se derriete en ternuras con el objeto de su cariño. Y con efecto lo es; porque es un discípulo amante de Jesu-Christo, quando estaba para subir á la cruz, objeto de su amor. Prosigue hablando con ella de esta manera: *Securus & gaudens ad te venio. Suscipe me ab ho-*

minibus , & redde me Magistro meo , ut per te me recipiat , qui per te me redemit.
 A tí vengo lleno de seguridad y de alegría. Sácame del poder de los hombres , y restitúyeme á la presencia de mi Divino Maestro , para que me reciba por tu medio el que por tu medio me redimió.

¡Que tranquilidad! ¡Que invencible valor! En fin , queriéndole baxar de la cruz despues de dos dias , exclamo: *Ne permittas Domine Jesu Christe famulum tuum solvi , & ab hominibus humiliari.*
 No permitais , Señor mio Jesu-Christo , que los hombres me hagan padecer la humillacion de morir fuera de la cruz.

No deben parecer extraños , ni excesivos en San Andres estos afectos. Conocia á Jesu-Christo , y le amaba. No reconocia otra gloria , que la de imitarle en vida y en muerte. Amémosle como le amaban los Santos , y presto pensarémos como pensaban ellos.



D I A II.

MEDITACION PRIMERA.

Del mayor impedimento para conseguir nuestro fin ; es decir : Del pecado mortal.

El pecado mortal nos aparta de nuestro fin ; hace que tengamos por Dios á la criatura : luego es el mayor impedimento de nuestra obligacion , y de nuestra felicidad. Es necesario pues enmendarlo por lo pasado , y prevenir sus funestos efectos para lo futuro ; pero estos efectos no se comprehenden bastante , y para comprehenderlos debemos considerar lo primero , *que cosa es el pecado mortal* : lo segundo , *como se castiga el pecado mortal*.

PUNTO PRIMERO.

Que cosa es el pecado mortal.

Hagamos desde luego seria refle-

xión sobre esta bella máxima de San Juan Chrisóstomo : una sola cosa se debe temer en el mundo : esta es el pecado. A esto se viene á reducir toda la Religión : sobre este exe se mueve, y gira toda ella : *Una res est pertemiscenda : peccatum : hic cardo, hæc summa totius Religionis.* Estaba tan penetrado de este principio, que en virtud de él era superior á todos los demas temores. Por eso á los Príncipes que le amenazaban con el destierro y con la muerte, para desviarle del cumplimiento de su obligacion, les solian decir sus cortesanos : Señor, ese es un hombre, que no conoce al miedo : sola una cosa teme en este mundo, esto es, el pecado : *Ille homo nil nisi peccatum timet.* Pero ¿por que razon solo se ha de temer al pecado ? Lo primero, porque es el único mal respecto de Dios. Lo segundo, porque es el único mal respecto del hombre. Lo tercero, porque es el único mal sin mezcla de bien.

§. I.

Es el único mal respecto de Dios.

Es una injuria que se hace á Dios, una ofensa de Dios, un menoscupio de Dios. Dice Dios : *Haz esto , así te lo ordeno : no bagas lo otro , así te lo mando.* Y el hombre cierra los oídos por no oírlo , ó bien se atreve á decir : no quiero obedecer.

¿Pero quien es el que dice : no quiero obedecer? Una vil criatura , un puñado de tierra , un miserable insecto , que conserva Dios entre el infierno y la nada. Un hombre cargado , colmado de beneficios de Dios , á quien mantiene Dios , á quien Dios da el movimiento para obrar , y se vale de los mismos beneficios de Dios para ofenderle , de su entendimiento , y de su libertad para ultrajarle. ¿Pero á quien habla así? A su Criador , á su Padre , á su Maestro , á su Soberano , á aquel , cuya magestad adora el Cielo y la tierra , respetan su voluntad , obedecen sus leyes , sin tener valor para dexarlo

de hacer jamas. ¿Y por que habla así? Por contentarse á sí mismo, ó por satisfacer á alguna otra criatura de quien hace su Dios y su fin. ¿Y que es lo que le manda Dios? Cosas infinitamente justas, infinitamente santas: cosas, de que depende su perfeccion, la tranquilidad de su vida, y toda su felicidad: cosas, que le dicta su misma conciencia, y que no puede dexar de aprobar su misma razon natural.

Es verdad que nuestra desobediencia nada quita ni pone á la persona de Dios. Siempre es igualmente grande, igualmente poderoso, igualmente feliz; pero su misma independenciam y su misma grandeza no aumentan la indignidad de nuestra desobediencia. Tu pecado no hace daño á Dios; ¿pero será esto porque tú no lo intentas? ¿No haces todo lo que puedes para destruirle? ¿Depende de tí el no introducir la rebelion y el desórden en su imperio, el no causarle amarguras, enojos, y disgustos mortales? ¿No se queja de tí, como si efectivamente le causarás todos estos daños? Si no se

los causas, no queda por tí, sino porque él no los puede padecer. Disparas á una ave, pero vuela tan alta, que no la alcanza el tiro; ¿será esto porque no tenias gana de matarla? Ibas á envaynar un puñal en el pecho de tu enemigo; pero le encuentra defendido por adentro con una fuerte cota: ¿te deberá dar gracias porque no le quitaste la vida? Lo que por una parte parece que disminuye la malicia del pecado, se la aumenta por la otra. Dios es tan independiente, es tan Dios, que ninguna cosa le puede dañar: ¿y tú, hombre insensato, hombre temerario, tienes atrevimiento para ofender á tan alta Magestad?

Si nosotros fuéramos Príncipes Soberanos, y un vasallo nuestro tuviera osadía para decirnos: no quiero obedecer, puede ser que en esto no nos hiciese mucho daño; ¿pero que pensaríamos? ¿que haríamos con él? Nada somos, y con todo eso, ¿con que ojos miramos á los que se oponen á nuestra voluntad? Sobre todo, ¿si los hemos hecho bien, si los hemos promovido,

si son criaturas nuestras, si son nuestros hijos, si todo lo que tienen se lo hemos dado nosotros, si son gentes de nada, unos lacayos, unos viles esclavos?

No ofende el pecado á Dios personalmente, esto es, no hace daño á su persona; pero Dios es protector de la equidad y del buen orden: por tanto no puede ménos de desaprobar el pecado, y darse por ofendido de él, ni mas ni ménos que un Legislador no puede dexar de indignarse al oír hablar de un insigne facineroso, y prorrumpe en la expresion de: es menester librar al mundo de aquel monstruo. Es cierto que aquel hombre no le hizo mal alguno personal, no importa: ofendió aquel principio de la rectitud natural, que inclinã á aborrecer los delitos, y á solicitar su castigo. Ni el Juez que le condena al suplicio fué tampoco ultrajado; pero le condena, porque es protector de la ley, que fué violada por él.

Luego hasta ahora no habia yo comprendido bien, que cosa era el

pecado. Miraba solo al exterior de mi desobediencia : juzgaba como aquellos hombres , que en nada aciertan á pensar. Solo pensaba en contentar mi passion , y no me acordaba de que desagradaba á Dios , y ofendia su soberana rectitud. Ahora ya he abierto los ojos. Es necesario que el mortal se rinda al inmortal , y que nunca compare su propia voluntad con la voluntad de Dios : esto es justicia , es poner las cosas en el órden que deben tener. Nunca volveré á decir : *¿que significa un pecado?* ¿ Es mas que un pensamiento , una palabra , una accion que se nos escapa? Nunca volveré á decir : *esto es una bagatela* , porque Dios hace muy diferente juicio de las cosas. El pecado le desagrada , le enoja , le contrista : *¿que nos ha hecho , para que le queramos ofender y contristar?* A San Policarpo no le pedian mas que una palabra de desprecio contra Jesu-Christo para perdonarle la vida ; *¿pero que respondió el santo viejo?* *Ochenta y seis años ha que le sirvo , y nunca me hizo el menor mal , sino siempre mucho*

bien: ¿como quieres que yo blasfeme contra mi Rey, que me salvó?

§. II.

Es el único mal respecto del hombre.

Cáusale infinitas pérdidas, y le hace merecedor de todo género de castigos. Esta mañana era yo hijo de Dios, agradable á sus divinos ojos, objeto de su cuidado y de su proteccion. Todos los pensamientos que tenia cerca de mí eran de paz y de bondad: velaban los Angeles sobre todos los accidentes que me podian suceder. Habia amontonado inmensos tesoros de merecimientos: todas mis acciones, aun las mas mínimas, me podian adquirir un grado mas de mérito y de gloria. Pero caí en una tentacion: un deleyte, un gusto, que se pasó como un relámpago, me despojó de todos mis bienes, y me dexó enteramente desnudo.

¡O, y que bien empleados estarian aquí los lastimosos ayes del Profeta! ¿Que se hizo de aquella Jerusalem tan

florida, tan poderosa, que era habitacion de su Dios, centro de todos los bienes del Cielo, y de los de la tierra? Andasela buscando en ella misma, pero no se la encuentra: todos los que la ven la insultan y la befan con burlas muy amargas. ¿Es esta aquella Princesa, que era la alegría de los ciudadanos, la envidia de los extranjeros, y la admiracion de todos los que la miraban? *Hæccine est urbs perfecti decoris, gaudium universæ terræ?* Una sola noche convirtió una Ciudad tan considerable en un horroroso desierto: *Inter Civitatem maximam, & nullam unica nox interfuit.* ¡Ah, que en mucho ménos tiempo me puso á mi en estado mas lastimoso un solo pecado! En un momento perdí el mérito de toda mi vida, el fruto de tantas penitencias, de tantos gemidos, de tanta oracion, y de tanta observancia.

Pero aun esto es poco. Dios me aborrece, y quiere absolutamente, que no lo ignore yo; si todavía me conserva algun resto de bondad, es únicamente con la mira de que puedo vol-

ver en mí. Los demonios le están pidiendo licencia para exterminarme: *Vis? imus.* Solo esperan á la mas mínima señal. Dela Dios; y vesme de repente en los infiernos. Mucho atrevimiento fué el mio, quando tuve valor para pecar en su presencia: mucho mayor quando persevero en el pecado, y añado al primero otros mas graves: atrevimiento que llega á ser furor, quando acaso hago vanidad de mi pecado, y me saboreo en él. ¿No se cansará Dios, y no estará ya quizá cansado? ¿No se armarán acaso contra mí las tempestades? ¿No me amenazan á mí las enfermedades mortales, las calamidades públicas? Sí. El infierno y yo solo estamos á dos dedos de distancia.

Pero dirás: estos son males, que no se ven y no se experimentan: *Peccavi, & quid mihi accidit triste?* Muchas veces he pecado; ¿pero hasta ahora que mal me ha sucedido? Lo mismo soy hoy que ayer, y acaso mas feliz, que el dia antecedente: gozando estoy del fruto de mi pecado; pero consultemos

á la fe. Ella nos hará ver en nosotros una horrorosa transformacion: éramos Angeles, y nos presentará el espectáculo de feísimos demonios. Un solo pecado puso entre San Miguel y Lucifer aquella espantosa diferencia, que no sabe trasladar al lienzo la viva imaginacion, la arrebatada fantasía del mas diestro pintor. Si una hermosísima dama se fuese á mirar al espejo, y se hallase con el semblante cubierto de lepra, ó tan abominable, como se pinta al demonio, ¿tardaria en buscar remedio á tan terrible dolencia? La fe es nuestro verdadero espejo: tambien lo es la Sagrada Escritura. Consultemos estos dos espejos, y veámonos en ellos.

Suelen algunos consolarse con que es tan fácil borrar el pecado, como cometerle. Acaso será esto verdad respecto de aquellos á quienes les cuesta mucho el resolverse á pecar. Los mismos motivos que los hicieron titubear, ó que por largo tiempo los contuviéron, metidos en la ocasion, pueden impelerlos á salir luego del pecado, porque es cierto que no pierden de re-

penite todas sus fuerzas por él. ¡Pero yo pecco á sangre fria , conozco que voy á ofender á Dios , que voy á exponerme á mi eterna condenacion , y no me hace fuerza ! ¿Me la hará mayor quando sea necesario detestar el pecado ? ¿Lo que no me pudo contener tendrá virtud para mudarme ? ¡El pecado fácil de borrar ! ¿Pues no fué necesario para esto , que se hiciese hombre todo un Dios , que padeciese , y que muriese ? ¿Podría le nunca borrar ninguna pura criatura ? ¡O quantos y quantos perecen por la necia presuncion de que es cosa muy fácil reconciliarse con Dios !

Otros se aseguran en la misma multitud de pecadores. No puede ser gran mal (dicen allá para consigo) el que tantos y tantos le cometen , el que tantos y tantos le desprecian. Si entre una multitud de justos fuéramos solos nosotros los pecadores , temeríamos mas al pecado. Pero á la verdad él no es menor en el juicio de Dios , que si solos nosotros fuéramos los pecadores. Todos los hombres perecieron en el

diluvio ménos siete justos. A toda la Ciudad de Sodoma consumi6 el fuego, ménos á la familia de Loth. Todos los Angeles rebeldes fu6ron precipitados en los abismos. Todos los pecadores impenitentes serán condenados, y este ser4 el n6mero mayor.

En fin, no parece creible que una accion pasagera pueda causar tanto mal. ¿Y seria creible, que una herida, al parecer muy ligera, que dos granos de veneno pudiesen dar la muerte? ¿Que uno se pudiese ahogar en el agua de un estanque? ¿Que una injuria hecha á un Príncipe tenga pena de la vida?

¡O Cielos! pasmaos de asombro, y vosotras, puertas del Empireo, llorad inconsolablemente: *Obstupescite cæli super hoc; & portæ ejus desolamini vehementer.* ¿Que es lo que ha hecho mi Pueblo? Dos males que no se pueden comprehender. Pero él se perdi6: ¡ó que furor! *Duo mala fecit populus meus.* Aun despues de esto yo le dixi: vuelve sobre tí; pero él no quiso, y fu6 adelante en su rebellion: *Et dixi, rever-*

tere aversatrix Israel ; & non est reversa.

Pues sienta todo el peso de mi cólera, sean su tormento sus mismos gustos y pecados. Perder mi gracia, perder todos sus derechos á mi gloria, eso no le da pena, porque no conoce lo que es. Pues pierda su reposo, su salud, su reputacion ; acaso sentirá esto mas. Pero no : eso seria hacerle mucha gracia. Que se ciegue, que se endurezca, que viva muy tranquilo en medio de su iniquidad. Y baxe al Infierno coronado de rosas, y triunfante por haber prevalecido contra mí.

¡O frágiles apoyos, sobre los cuales tantas veces me aseguré en mi pecado! Ahora sí que veo vuestra debilidad y vuestra ilusion. Ahora sí que sé lo que merece el pecado. Si Dios no me castiga, y ántes bien, si en la apariencia me favorece, ¿quien sabe si es porque me reserva para los tormentos eternos? Ya tiene asestado el arco : ya va á explicarse su cólera. ¡Mi Dios! ¡y habrá quien pueda vivir un solo instante en la duda de si está bien, ó mal con Vos!

¡Podrá uno descuidarse un punto, vi-
viendo en un estado tan funesto! Muy
digno es de ser castigado el hombre,
que tiene atrevimiento para burlarse,
para desafiar vuestros castigos. ¿Y no
es desafiarlos, y burlarse de ellos el
tener valor para divertirse, y para ale-
grarse, quando Vos estais irritado con-
tra él?

§. III.
*El pecado es el único mal, sin mezcla
de algun bien.*

Hablando en rigor, no hay otro ver-
dadero mal, sino este. En todos los
demas males me puedo consolar, di-
ciendo: Dios lo ve todo, Dios lo puede
todo, y Dios me ama.

Consumido Job de miserias, de tra-
bajos y de enfermedades, decia: *Aun-
que me mate, esperaré en él.* Tobias decia
á su hijo: *Si tememos á Dios, tenemos
todo lo que hemos menester: ménos malo
es caer en manos de hombres iniquos, per-
der la honra y la vida, que pecar en la
presencia de Dios.* Todo quanto nos pue-

de suceder en este mundo de bueno y de malo, todo es equívoco, todo indiferente ménos estar en desgracia de Dios. La vida y la muerte, la salud y la enfermedad, la honra y la ignominia, los bienes y la pobreza, todas son cosas equívocas, que pueden ser premio, y pueden ser castigo. Pero todo es malo, mi Dios, quando el hombre es enemigo vuestro. Todo es bueno quando Vos le amais, y quando él os ama.

En virtud de esto, ¿que no despreciaron, y que no padecieron los Santos ántes que pecar! ¿Por que se dexaron atormentar tanto los Mártires? ¿No fué por no ofender á Dios, apostatando, ó haciendo en lo exterior que apostataban? ¿Por que padecieron las Vírgenes tantos combates, y por que hicieron tanta penitencia los Confesores y los solitarios? ¿No fué por no cometer ni un solo pecado mortal en toda su vida? San Benito, San Bernardo, San Francisco se revolcaron desnudos entre las espinas, se metieron entre la nieve, y en estanques helados. San

Martiniano entre carbones encendidos, por vencer una tentacion, por no cometer un pecado. ¡Yo he cometido tantos! ¡Yo los cometo todavía con tanta facilidad! En fin, ¿que no hizo el mismo Dios para impedir el pecado? Envió al mundo á su propio y Unigénito Hijo. Murió el Hijo, tanto por satisfacer por él, como para impedirle. Con el fin de desterrarle envió Jesu-Christo á sus Apóstoles, y todo quanto se trabaja á nombre de Dios, todo es por este único fin.

¡O mi Dios, y si Vos me inspirais á mí este santo odio al pecado, que el pecado os inspira! Vos mismo decís en vuestra Sagrada Escritura, que el pecado os contrista, os aflige, excita vuestra cólera, os causa grandes disgustos y crueles amarguras. ¡Ah Señor! hacedme comprehender bien lo que significan estas expresiones figuradas. Experimenté yo en mí estos efectos, que Vos os apropiáis (y que no os pueden convenir) solo para imprimir en mi corazon un grande horror al pecado.

Por lo demas, que comprendas, ó no comprendas estas verdades, que pienses en ellas, ó no pienses, que las creas, ó no las creas, no por eso mudarán las cosas de situacion, ni de naturaleza. Si no piensas en ellas, ó no las quieres creer, solo adelantarás el hacerte mas culpable. Dios te manda que las pienses: ¿que te ha hecho Dios para no darle este gusto? ¿Y que te has hecho tú á tí mismo para tratarte, como si fueras enemigo tuyo? Si no tienes piedad de tu alma, tenla á lo ménos de aquellos que tienen mas fe que tú. Despedázalos el corazon tu conducta, tu frialdad, tu insensibilidad en todo lo que toca á Dios y á tus mismos eternos intereses: derramarian toda su sangre por excusar el dolor que esto los causa. ¿Que quieres tú que hagan ellos para obligarte á amar á Dios, y amarte á tí mismo? Habla, y verás que presto lo executan. Pero al fin, ¿por que se inquietan, ni que cuidado los da tu salvacion, sino porque ven el abismo en que vas á precipitarte? Jerusalem, Jerusalem, infiel Je-

rusalen , conviértete á tu Dios y á tu Señor : *Jerusalem , Jerusalem , convertere ad Dominum Deum tuum.*

PUNTO II.

Castigos del pecado mortal.

Hasta cierto tiempo en la mayor parte de los hombres hace mas impresion el miedo , que el amor ni la obligacion. Por eso conviene cargar la consideracion sobre los castigos que llama hácia sí el pecador , quando se aparta de su fin , y dexa á su Dios por la criatura. Considerémos pues los castigos y las penas del pecado : primero en los Angeles rebeldes : segundo en la persona de Adan : tercero en tantas otras , cuyo deplorable fin no podemos saber.

§. I.

Penas del pecado en los Angeles rebeldes.

Sabemos por la fe la historia de estos desgraciados espíritus; ¿pero quien

puede tener fe, quien puede usar de la fe que tiene, quien puede penetrar vivamente lo que en este punto nos enseña la fe, y no ser poseido de asombro, de estupor, y de consternacion?

Baxemos con la consideracion á los Infiernos: exâminemos á Lucifer, Príncipe de los demonios: obliguémosle á que nos responda en nombre de los demas: *Quomodo cecidisti de cælo Lucifer?* ¿Por que caiste desde lo mas alto del Cielo hasta lo mas profundo de los abismos en compañía de la innumerable tropa que arrastraste tras de tí? Esto es lo que nos responderá.

Poblábamos nosotros las alturas en el lugar de nuestra creacion: éramos una multitud de espíritus celestiales. Habianos Dios prevenido y adornado con todo género de gracias, tanto en el órden natural, como en el sobrenatural: éramos capaces de glorificarle, y de hacer que fuese glorificado eternamente. Hízonos la proposicion de que habíamos de adorar al Verbo, á su Hijo, igual y consubstancial con él. Hinchado yo entónces de orgullo co-

mencé á dudar: despues respondí resuelta y atrevidamente: no; jamas me humillaré á tanto: elevaréme sobre lo mas encumbrado, y seré semejante al Altísimo: *Ascendam & similis ero Altissimo*. Pensaron como yo otros innumerables; y de repente nos hallamos todos precipitados en el abismo donde nos ves: no rompe el rayo las entrañas de las nubes, ni se dispara á la tierra con mayor velocidad: *Vidi Satam descendantem sicut fulgur*. Ardemos, y eternamente arderémos. Este fué el principio, y estas las conseqüencias de nuestro pecado. ¡Juicio terrible sin duda! ¡Pero quanto tenemos que reflexionar sobre la conducta de Dios con estos Angeles rebeldes, y sobre su desdichada suerte! *Ecce qui serviunt ei non sunt stabiles, & in Angelis suis reperit pravitatem. Quanto magis qui habitant domus luteas.*

Luego en todas partes se puede uno condenar. Ni aun el mismo Paraiso es inaccesible al pecado y á las penas del pecado. Luego aunque uno se halle exento de los vicios carnales y grose-

ros , aunque sea un Angel , restan siempre pecados del pensamiento y del corazón , que le pueden perder y condenar. Luego nunca me debo asegurar en los dones de la naturaleza , ó de la gracia , que quizá puedo hallar en mí. Lisonjeémonos todo quanto queramos: no somos Angeles , ni tenemos tan nobles qualidades , ni tan admirables disposiciones para el bien , ni tanta capacidad como ellos para glorificar á Dios. El entendimiento algunas veces solo sirve para causarnos mas funestos descaminos. Las grandes luces piden á proporcion mayor fidelidad. Los grandes talentos traen consigo mayor obligacion de dar mas estrecha cuenta de ellos.

Luego basta un solo pecado , un primer pecado , el menor pecado en linea de grave , una simple complacencia , ó morosa delectacion en un objeto prohibido para asociarnos á los demonios. Luego la multitud de los pecadores no disminuye la enormidad , ni el castigo del pecado ; ni el número sin número de condenados hará mas

ligeros , ó mas tolerables nuestros tormentos. Luego es cosa terrible inducir á otros á pecar. Este fué el pecado que hizo á Lucifer mas culpable , y mas digno de castigo , que todos los demas Angeles rebeldes.

Pero no por eso es mas excusable el que recibe el escándalo , ni el que se rinde á las sugestiones , sean de quien fueren. Los que imitaron á Lucifer en su rebelion todos le acompañaron al Infierno. Luego ni la infinita bondad de Dios , ni su natural misericordia suspenden siempre el brazo de su indignacion. Es infinitamente bueno ; pero es infinitamente justo , y es infinitamente terrible.

Hablemos ya mas personalmente con nosotros mismos. Los Angeles no cometieron mas que un pecado : yo he cometido una innumerable multitud de ellos. Ellos solo pecaron de pensamiento , y á lo mas mas de deseo : yo he pecado con las acciones mas feas , con las obras mas detestables , y acaso en todas especies. La mayor parte de los Angeles no hizo mas que seguir el

mal exemplo : yo no solamente le sigo, sino que tambien se le doy á otros. Para aquellos nunca hubo perdon , para mí le ha habido muchas veces, y aun ahora mismo estoy en parage de conseguirle. Dios me aprieta , me espera , me llama , me solicita.

¿De donde nacerá esta diferencia? De que sin duda me ama Dios mas que á ellos : esta es la razon. ¡O, y mil veces sea bendito! Pero si no me vuelvo á él , si reincido otra vez , quanto es mas digno su amor de mi reconocimiento , mas le irrita mi ingratitud, y mas le mueve á la venganza. Todo lo debia temer despues de la primera caida ; ¿pues que no deberé temer despues de tantas reincidencias? ¡Dichoso aquel que jamas pierde de vista estos saludables pensamientos , con los quales será dificultoso pecar ! ¡Infeliz el que huye de ellos , y no procura con el mayor estudio tenerlos siempre presentes , sabiendo que ellos le han de contener ! ¡Mas infeliz que todos el que teniéndolos siempre á la vista , y conociendo su importancia , no por eso

se detiene, y dexa de pecar! ¿Puede haber prueba mayor de un corazon empedernido? Si no la obstinacion de los condenados, no hay otra que se le parezca mas.

§. II.

Castigo del pecado en la persona de Adan.

Sabemos su desgraciada suerte, como no ignoramos la de los Angeles rebeldes. Engañada Eva por el demonio en figura de serpiente, comió del árbol vedado: Adan por complacerla come tambien con ella. Uno y otro pierden la gracia y la amistad del Criador. Eran inmortales, y fuéron condenados á morir. Fuéron arrojados del Paraiso que habitaban. No se da Dios por satisfecho: á todos sus descendientes los declara reos de su delito: acaso mas de la tercera parte de los hombres no verán jamas á Dios por aquel solo pecado. Los mas inocentes, aun aquellos mismos á quienes se le habrá perdonado el pecado original, tendrán

que sufrir el hambre, el trabajo, las enfermedades, estarán sujetos á la ignorancia, y á la mas vergonzosa rebelion de la concupiscencia contra la fe, y contra la razon. En fin, aun despues que Dios haya perdonado á Adan, haciendo novecientos años de penitencia, le será preciso trabajar en cultivar la tierra, comer el pan con el sudor de su rostro, ver un homicidio en su familia, y sufrir hasta la muerte que sus malos hijos le den en rostro con que él fué la primera causa de todos sus desórdenes.

Todo esto es tan terrible, que acaso no acertarémós á comprehenderlo. Tengamos en buen hora dificultad en comprehenderlo; pero creámoslo, pues así nos lo ha revelado Dios: inculquemos en este punto hasta estar bien persuadidos á él. ¿Y que inferirémós entónces?

Lo primero, que no debemos hacer juicio del pecado por sola su apariencia: no hay cosa mas engañosa. No creía yo que fuese este un mal tan grande. Lo mismo pudo decir Adan.

¿Pensamos por ventura, que nuestro primer Padre previó todas las resultas de su desobediencia? Solo le habian dicho: Tú no morirás, y él lo creyó. Nunca diré pues: el pecado parece poca cosa, á vista del terrible rigor con que Dios le castiga. Al contrario diré: ¿Dios castiga el pecado con tanto rigor? Luego es preciso que sea una cosa muy monstruosa el pecado. Nunca lo habia comprendido bien, ahora lo comprehendo, y jamas me olvidaré.

Inferirémos lo segundo, que tan terribles son las pasiones dulces y tranquilas, como las mas violentas. Un genio dócil, blando y suave inclina á la complacencia: témese afligir á un amigo, desagradar á una persona, con quien uno ha de vivir siempre. ¿Que dirá? ¿que pensará si no le doy gusto, si cara á cara le resisto? Esta fué la tentacion del primer hombre, dice San Agustin: *Noluit contristare delicias suas.* No quiso contristar á su muger, en quien tenia todas sus delicias. ¿Pero admitióle Dios esta excusa? Presentóme la fruta aquella muger que tú

mismo me diste, y yo comí de ella. ¿Valióle esta disculpa? ¡Ah respetos humanos! ¡ah temores de las criaturas contra las leyes del Todopoderoso, á quantos habeis condenado! ¡A quantos estais condenando cada dia!

Inferirémos lo tercero, que si Dios castiga tan terriblemente, así en mí, como en todos los demas hombres, sin excepcion el pecado de otro, ¿como castigará mis pecados propios y personales? ¿Como debo temer que los castigue? Que los castigue en mí con el mayor rigor es justicia, y lo debo temer. ¿Pero no tendrá derecho á castigarlos tambien en aquellos que me pertenecen? ¿No tendré yo parte en tantas calamidades como otros padecen acaso por mi culpa? Yo soy dueño de mi destino; ¿pero soylo tambien del de los otros, para no rezelar que padezcan ellos por mis pecados, no dándose por satisfecha la Divina Justicia con solo mi castigo?

Inferirémos lo cuarto, cotejando el castigo de Adan con el de los Angeles rebeldes, que si alguna vez castiga

Dios sin misericordia , como en los Angeles , nunca perdona sin una rigurosa satisfaccion , como en Adan. Para ser uno perfecto y verdadero penitente , es menester que en cierta manera se vea tanta diferencia entre lo que fuimos ántes de pecar , y lo que somos despues de haber pecado , como se vió entre Adan inocente , y Adan pecador. Adan dueño de la naturaleza , y Adan esclavo de ella , fué el primer modelo , que nos propuso Dios de la proporcion que debe haber entre la ofensa y la satisfaccion. Nunca prescribirán contra esta regla todas las pretensiones del amor propio.

¡O , y que engañado me halló en mis cuentas ! Justificaba yo mis pecados por su aparente ligereza : justificábalos por el origen de ellos. Parecíame que eran hijos de la fragilidad y de la ligereza , mas que de la malicia y de la mala voluntad : esto me tranquilizaba. Olvidábame de lo que estoy padeciendo personalmente por el pecado del primer hombre , sin embargo de que al parecer no tuve parte en él.

¡Que engaño ! Pero no nos contentemos con reconocer nuestro error. ¿Que propósito debo hacer para en adelante ? ¿De que medios me valdré , que medidas tomaré para que sean mas eficaces ? Porque seré mucho mas culpable , si movido hoy de estas verdades, no son en adelante la regla de mi conducta.

§. III.

Castigos del pecado en una multitud de otros hombres.

Sin hablar de todo el género humano sepultado en las aguas del diluvio , ni del incendio de aquellas Ciudades, que perecieron por el fuego del Cielo, ¿quantos murieron en el mismo acto del pecado , y puede ser del primer pecado ? ¿No hemos conocido nosotros mismos á mas de uno ? Traigamos á la memoria la historia de su deplorable fin. ¿Que cosa mas trágica, que lo que referia un gran Religioso de cierto jóven , que solo contaba catorce á quince años ? Ignoraba todo género de

malicia : engañóle , y pervirtióle un compañero suyo despues de haber comido juntos. Aquella misma noche le postró en la cama una maligna calentura : perdió luego la cabeza , y murió en este estado dentro de dos dias. Pocas horas despues se apareció á su seductor todo penetrado de llamas , y le dixo: ¡Infeliz de tí! tú me condenaste.

El que tuviere dificultades en creer esta historia , mírela á lo ménos como una parábola. Es de fe , que un solo pecado mortal merece el infierno ; y las muertes repentinas no se hicieron solo para los grandes pecadores. Es cosa terrible caer en las manos de Dios vivo. Luego todos deben temer caer en ellas: luego el que se arriesga á experimentar los efectos de su cólera , y á vivir un solo instante en un estado en que no quisiera morir , ¡ah , y si en este punto se abriera á mis ojos el infierno ! ¿quántos vería en él de mi misma edad , de mi misma condicion , de mi mismo temperamento ? Diríame uno de estos: yo fuí lo que tú eres , Christiano como tú ; pero en fin me perdió el orgullo,

la ambicion, el interes, la vanidad, una desordenada inclinacion, y el total olvido de Dios. Veinte veces y mas me arrepentí como tú: oí, leí, medité las mismas verdades sin atencion: moviéronme, pero sin fruto y sin perseverancia. Viví tranquilo, como vives tú, enfermé, morí, y estoy condenado. Esto es hecho, no hay remedio eternamente.

Volvamos los ojos, ántes de acabar, al número de nuestros pecados. Acordémonos de aquellos infelices tiempos, en que olvidados de Dios, estábamos entregados á la pasion que nos dominaba; pasion de odio, de venganza, de avaricia, de interes, de ambicion, de envidia, de amor impuro y sensual. ¿Estábamos entónces un solo instante sin ofender á Dios? ¡Que negras trayciones! ¡Que crueles injusticias! ¡Que calumniosas detracciones! ¡Que cuentos, que chismes tan envenenados! ¡Que refinamiento en el desórden, en la malicia, y en los deleytes de la carne! ¿Era esto ser Christiano? ¿Pensaba uno siquiera que lo era?

Pero aun en el mismo tiempo en que vivimos mas arreglados, ¿lo estábamos por ventura tanto, que dexásemos de ser grandes pecadores? Aquella culpable y afectada omision de nuestras mas esenciales y mas importantes obligaciones, ya de devocion y de penitencia, ya de las que eran propias de nuestro estado y de nuestros empleos, ya de aquellas, que pedian la caridad y la justicia:

Aquel modo tan imperfecto, y algunas veces tan pecaminoso en sus principios y en sus circunstancias con que hacíamos el bien, caritativos por vanidad, ó por interes; humildes por la esperanza de dominar; zelosos por humor, ó por capricho; laboriosos por codicia; devotos por hipocresía y por ostentacion:

Aquel abuso de las cosas sagradas; profanacion, ó inutilidad de los Sacramentos; confesiones sin sinceridad y sin contricion; comuniones con una conciencia poco limpia, ó tranquila en sus afectadas ignorancias; reflexiones, arrepentimientos sin fruto y sin en-

mienda ; oraciones y rezo aun de obligacion , sin atencion y sin fervor: ^{sup}

Aquellos diferentes modos con que hacemos personales nuestros los pecados ajenos , malos exemplos en una edad , en un estado , ó en un empleo donde los debíamos dar buenos ; condescendencia en cosas ilícitas , que debiéramos impedir ; consejos perniciosos , ó indiscretos ; zumbas imprudentes , que desviaban de la virtud á los que la querian seguir ; conversaciones libres inmodestas , escandalosas , que inducian á pecar : No consideremos cada uno de estos pecados de por sí ; juntémoslos en un monton ; considerémoslos unidos. El año tiene trescientos sesenta y cinco dias : treinta años de una vida racional componen cerca de once mil. El justo peca siete veces al dia : el hombre sin temor , ni amor de Dios peca mas de treinta ; pero no contemos mas que diez veces , al cabo de treinta años , son mas de cien mil pecados.

¡ Buen Dios ! ¿ y será exâgeracion decir , que mis pecados son mas que

los cabellos de mi cabeza? *Multiplicati sunt super capillos capitis mei.* ¡Ah, y quien diera agua á mi cabeza, y convirtiera mis ojos en dos fuentes de lágrimas para llorar mi maldad! *Quis dabit aquam capiti meo, & oculis meis fontem lacrymarum!* ¡Ah, Señor, no entreis en juicio con vuestro pobre siervo! *Non intres in iudicium cum servo tuo, Domine.* Si Vos mirais de cerca mis maldades, si las contaís, si las pesais, y si entraís á juzgar mis propias justicias, ¿que será de mí?

Concededme, ¡ó gran Dios! contra mí mismo la perspicacia y las luces de vuestro juicio. Ya comienzo á sentir el insoportable peso de mis cadenas: ayúdame, Señor, á romperlas, y toda mi vida te ofreceré sacrificio de alabanza, y accion de gracias. Toda mi esperanza la coloco en tu bondad: en aquella sangre que derramaste por mí, y que tantas veces he pisado, he profanado yo: en vuestra promesa de que nunca os dedignareis de recibir un corazón contrito y humillado: *Cor contritum, & humiliatum, Deus non despi-*

cies : finalmente , en esta misma confianza , la qual me asegura , que nunca será confundido el que esperó firmemente en tu misericordia : *In te Domine speravi , non confundar in æternum.*

MEDITACION II.

Del pecado venial.

Si hemos concebido el debido horror al pecado mortal , facilmente le concebirémos igual , poco mas , ó ménos , al pecado venial. Esto por tres razones , que serán la materia de nuestra Meditacion. Primera , porque despues del pecado mortal no hay en el mundo cosa que Dios aborrezca mas , ni que castigue con mayor severidad , que el pecado venial. Segunda , porque muchas veces el que parece pecado venial en la apariencia , es mortal en la realidad. Tercera , porque aunque efectivamente no sea mas que venial , siempre es disposicion para el pecado mortal.

PUNTO PRIMERO.

El pecado venial es la cosa que mas aborrece Dios , y mas castiga despues del pecado mortal.

U no de los puntos mas dificultosos en la Teología es explicar en que consiste la diferencia esencial entre el pecado mortal y venial : como se puede componer que uno sea menosprecio de Dios , y otro no lo sea. Así en el uno como en el otro siempre es Dios el que habla , siempre es Dios el que dice: *Haz esto , ó aquello , yo te lo mando : no bagas esto , ó lo otro , yo te lo prohibo.* Siempre es hombre el que no quiere atender por no oír , ó el que dice allá para consigo : *No obedeceré , no quiero negarme este gusto.*

Por tanto muchos Teólogos , aun entre los Católicos , opinaron por largo tiempo , que esta diferencia solo provenia de la pura bondad de Dios , el qual , en atencion á nuestra fragilidad , no quiso prohibir , so pena de su eterna desgracia , muchos puntos de suma me-

nudencia , cuya observancia encontraria inmensas dificultades. Esta opinion fué despues abolida y condenada. Hoy todos los Teólogos convienen en que hay intrínseca y esencial diferencia entre el pecado mortal y venial. La dificultad está en explicar con limpieza y con claridad en que consiste esta diferencia ; sobre lo qual es preciso confesar , que apénas se entiende lo que dicen , especialmente quando se habla de los pecados que se cometen con plena deliberacion , y de aquellos , que para pasar á ser mortales y de la primera magnitud , no les falta otra cosa, que un poco mas de materia. En fin, sea como fuere , siempre es desagradar á Dios , siempre es ofenderle , quando no sea formalmente menospreciarle ; y por unánime consentimiento de los Teólogos no es lícito cometer un solo pecado venial , aunque dependiese de eso la conversion de todo el mundo. Dios es todo ; la criatura es nada : luego de ninguna manera es comparable el mayor mal de la criatura con la menor ofensa de Dios. Venga acá uno,

que conozca bien á Dios, y él comprenderá, él confesará la verdad de esta proposicion.

En virtud de ella sabemos los terribles castigos, que Dios ha hecho en los hombres, aun en esta vida, por faltas muy ligeras, sin contar las penas, que los reserva en el purgatorio, el qual, fuera de la eternidad y de la desesperacion, se puede considerar como una especie de infierno. ¿Como quiso Dios que fuese tratado aquel pobre Israelita, á quien cogiéron cortando un poco de leña en el dia de Sábado? Que muera, que sea apedreado, respondió el Señor, quando le consultaron, que se habia de hacer con él. ¿Como trató él mismo á aquel Profeta, que contra su órden se apartó del camino real, para tomar un bocado en casa de otro Profeta? Luego que volvió á seguir su camino, salió un leon del bosque, y le hizo pedazos. La muger de Loth por una inconsiderada curiosidad fué repentinamente convertida en estatua de sal. David perdió setenta mil vasallos solo por la ligera vanidad de haberlos

querido contar. Todas estas no fuéron mas que culpas veniales en sentir de los Expositores. Nunca premió Dios las mas heroycas virtudes á proporcion de la severidad con que castigó las faltas mas ligeras, considerándose el premio precisamente por lo respectivo á esta vida. Por una desconfianza, al parecer bien poco considerable, se le negó á Moyses la entrada en la Tierra de promision, que habia merecido con quarenta años de los mas importantes servicios.

La razon de esto es, porque, en cierto sentido, todas las virtudes de los hombres honran ménos á Dios, que le injuria una sola falta: las virtudes de los hombres en tanto honran á Dios, en quanto son efecto de su divina gracia, y estan unidas con los méritos de Jesu-Christo nuestro mediador; pero el pecado es enteramente obra del hombre y ofensa de Dios.

¿Hago reflexion á esto, quando digo tantas mentiras ligeras, quando en el rezo y en la oracion me dexo llevar de distracciones voluntarias, quando

me impaciente, y me quejo tanto de mis trabajos, quando no hago caso de murmuraciones, de apodos, de zumbas un poco satíricas y mordaces, quando me entrego con demasía á mis resentimientos, quando me descuido en acciones, ó en palabras ménos decentes, ménos circunspectas, ó ménos consideradas? ¿Hago reflexiõn á esto, quando condesciendo en perder el tiempo inútilmente, quando hago poco caso de las obligaciones de mi estado; quando en el descanso, en la diversion y en la comida atiendo mas á contentar mi apetito, mi amor propio y mi sensualidad, que á conceder á la naturaleza aquello que la es necesario? La primera virtud sólida, ó por mejor decir la única virtud, sin la qual todas las demas son una mera ilusion, es la pureza del corazon, y el horror aun á las culpas mas ligeras.

Pongamos los ojos en las dos criaturas mas santas que hubo jamas en el mundo, la Virgen y San Juan Bautista, esto fué lo mayor que se vió en ellas. La Virgen nunca cometió ni un solo

pecado venial: el Bautista no hizo mas penitencia que otros Santos, ni fué el mayor hombre de todos los nacidos sino precisamente porque fué mas inocente y mas puro, que todos ellos. Acabemos una vez de hacer verdadero concepto de las cosas. Sirvamos á Dios á su modo: rindámonos á sus órdenes y á su voluntad. Lo que sobre todo quiere de nosotros es, que estemos atentos á su ley, que no la quebrantemos, ni en la mas mínima parte de ella; sin esto desapueba, ó le agrada muy poco todo lo demas. ¿Sabes el propósito que debes hacer, quando te vuelves á Dios de veras? Sea tu primera y tu principal resolucion el no cometer jamas el mas mínimo pecado con plena advertencia, y con entera deliberacion.

PUNTO II.

El pecado, que solo es venial en la apariencia, es muchas veces mortal en la realidad.

No hay cosa mas verdadera, ni

mas terrible ; pero tampoco la hay mas eficaz para inspirarnos un grande horror á todo género de pecado , que esta consideracion. En el siglo en que vivimos ninguno se puede quejar de la falta de hábiles Directores , y de insignes Moralistas. Con todo eso , si les propusieran algunas questões , que embarazados se hallarian? ¿Hallaríanse muchos , que nos explicasen con claridad , con limpieza y con toda precision que materia es suficiente para que llegue á pecado mortal ; v. g. una murmuracion , un chisme , unas palabras libres , ó equívocas , ciertas acciones indiscretas , ciertas demostraciones tiernas y cariñosas en punto de pureza? Y aun supuesta la materia suficiente , ¿nos enseñarian por ventura á conocer , si se consintió , ó no se consintió deliberadamente ; á discernir el deleyte , ó la complacencia , que resulta naturalmente del mismo pensamiento , del que nace de la reflexiõn que se hace sobre él ; á distinguir la complacencia , que es enteramente libre de la otra que no lo es , ó á lo sumo no es mas

que semivoluntaria; y en fin, á diferenciar todo esto del deseo consumado, sin confundirle con el incoado, ó imperfecto? No se peca quando se obra con buena conciencia: esto es cierto; mas para obrar con buena conciencia, ¿quanta diligencia debemos aplicar para informarnos bien de nuestras obligaciones? Basta una diligencia moral, nos responden. Bien. ¿Y que viene á ser esa diligencia moral? porque no es cosa tan fácil de comprehender, ni tan fácil de explicar.

Por otra parte, ¿quantas circunstancias pueden variar la especie del pecado, y hacer que pase á ser mortal el que era venial de su naturaleza? El mal exemplo que se da, el escándalo que se excita, las malas conseqüencias que se siguen, y no se conocen hasta mucho tiempo despues. Acaso se ignorarán entónces: ¿pero no habia obligacion de saberlas? ¿Será excusable esta ignorancia? ¿Y no podria ser la misma ignorancia otro pecado diferente? ¿Hacen estas reflexiones aquellas personas, que no reparan en cometer muchos

pecados veniales, solo por no vivir con tanta opresion? ¿quieren siquiera tomarse el trabajo de hacerlas? ¿y serán capaces de hacerlas estando tan poseidas de sus pasiones? ¿Pero si por no quererlas hacer, ó por no quererlas hacer bien, se hallase que el pecado era mortal, serian mas excusables y ménos delinqüentes á los ojos de Dios?

¿Y que dirémos de aquellas personas, que para instruirse, ó para desahogarse buscan de propósito ciertos Directores, ó consultan ciertos libros de doctrina acomodada, que las dilaten el corazon, y las ensanchen la conciencia? ¿Quantos y quantos se ven muy alegres y muy tranquilos con ciertas opiniones, que solo sirven para debilitar su fe, y para que vivan mas á sus anchuras? Pero estos al fin ya siquiera consultan; ¿mas quantos hay, que se gobiernan por los principios, y por las decisiones que ellos mismos se forjan, cuya ilusion reconocen, quando calmada la pasion miran las cosas á sangre fria?

¿Que remedio para todo esto? ¿Un

sumo horror á todo pecado venial? ¿Temo hasta la sombra, hasta el pensamiento, hasta la ocasion del pecado? pues muy verosimil es, que nunca le cometeré, ó á lo ménos no será muy considerable, sin que plenamente lo conozca. Esto no es ser escrupuloso; ántes por el contrario es asegurarse contra los escrúpulos. Pocos padece el que está bien resuelto á no permitirse cosa alguna, que sea en ofensa de Dios; pero el que no se hallare con esta generosa resolucion padecerá muchas veces horrosos sobresaltos. ¡Y que terribles serán estos en la hora de la muerte!

PUNTO III.

El pecado, que ciertamente no es mas que pecado venial, es ciertamente disposicion para el mortal.

Castigo ordinario de Dios, pero muy justo. ¿Porque en que disposicion se halla el que no quiere evitar el pecado venial? En la de decir allá para consigo una de dos cosas: *Esto des-*

agrada á Dios, pero no importa: eso no me da cuidado. No sé si esto desagrade á Dios; pero desagrádele, ó no le desagrade, no tengo gana de exáminarlo.

¿No merece por uno y por otro que Dios le trate con el mayor desprecio y con la mayor indiferencia? ¿Y en que para aquel á quien abandona Dios de esta manera, dexándole á su propia conducta? ¿Hállanse por ventura almas tibias y negligentes, que tardan mucho tiempo en caer en pecado mortal? Háblase mucho de los terribles y ocultos juicios de Dios; de aquellos grandes golpes de su divina justicia, que trastornan los cedros del monte Líbano, y derriban las estrellas del Empireo. Sobresaltámonos algunas veces, y vivimos inquietos y asustados. A la verdad no siempre los juicios de Dios son tan profundos como á nosotros nos parece. Aquel venerable anciano, persona de respeto y autoridad, que estaba tenido por un varon exemplar, cayó escandalosamente en un vergonzoso pecado, que hizo mucho ruido. Pero vamos á buscar el origen. Mu-

chos dias ha que su tibieza en el servicio de Dios , los muchos pecados veniales , que deliberadamente cometia , dispusiéron al justo Juez á privarle en una hora menguada de aquella gracia particular con que le protegia. Muéstreme una persona verdaderamente generosa en el servicio de Dios , á quien haya sucedido semejante desdicha.

Pero aunque Dios no le hubiera castigado con aquella justa privacion, ¿las culpas veniales , que tan intrépidamente cometia , no le hubieran acostumbrado poco á poco á las mas graves? A estas conduce insensiblemente la passion. El pecado venial apaga , ó á lo ménos amortigua en el alma las luces del Cielo ; debilita la fe , borra del corazon la impresion de las verdades eternas , va preparando la voluntad á consentir , y disponiendo el cuerpo y la imaginacion á gustar de los deleytes prohibidos ; disipa la atencion y la vigilancia , hace al hombre presuntuoso , y le precipita en las ocasiones. De esta manera por modo de disposicion va el pecado venial llevándonos poco

á poco, y como paso á paso hasta el mortal. Por eso enseñan los Maestros de la vida espiritual, que la habitualidad en el pecado venial muchas veces es mas peligrosa, que la del pecado mortal, y que es mas de temer el estado de la tibieza, que el de la relaxacion. ¿Pero esto como puede ser? Voy á explicarlo.

De dos modos pueden dos hombres caer en una caverna profunda y tenebrosa. Uno cae de repente, abriéndose, ó hundiéndose la tierra que pisaba: el otro se va resbalando poco á poco, y como por grados, hasta que llega á lo mas profundo. El primero aturdido con su caida comienza á dar gritos y alaridos para que le socorran, ó volviendo despues en sí hace por sí mismo diligencias para salir de aquel abismo. El segundo, como no cayó de repente, y se fué poco á poco acostumbrando á ir perdiendo la luz conforme se iba resbalando, le parece que fácilmente podrá volver á subir siempre que quiera, y no se mata por gritar, que vengan á socorrerle; y así, ó se quedará

sepultado en aquella sima , ó le costará grandísimo trabajo salir de ella. A este modo el que cae en un pecado impellido de una vehemente pasion , no tiene paz consigo hasta haber salido de él por medio de una dolorosa confesion. Pero el pecado en que se fué cayendo por medio de una larga serie de faltas pequeñas, no espanta , no atemoriza: apénas conoce uno que ha caido en él, ó no lo quiere conocer. ¿No bastará esto para concebir un sumo horror al pecado venial?

Mas si nos ha quedado algun rastro de reconocimiento y de generosidad, ¿hemos de andar regateando con Dios? ¿Tendremos valor para negarle cosa alguna despues de tantos beneficios como hemos recibido de su liberalísima mano? ¿Despues de tantos Sacramentos, de tantas misericordias, de tantas demostraciones de amor y de proteccion , como ha hecho con nosotros en tantas ocasiones? ¿Con que le hemos correspondido á tantas gracias, sino con olvidos, con ofensas, y con ultrages? ¡Y es posible que todavía

estamos dudosos sobre el partido que debemos tomar! ¡Es posible que nos hemos de contentar con lo necesario, y aun apénas con lo necesario! ¡Y no me muero de confusion! ¡Y esta confusion no será poderosa á lo ménos para hacerme en lo por venir mas vigilante y mas fiel! *Vox dilecti pulsantis aperi mihi soror.* Jesu-Christo está llamando á la puerta: ábreme, dice, alma christiana y hermana mia, desde que me digné unirme á tu naturaleza. ¿No nos agravia, no nos injuria en mostrarse ansioso de nuestro corazon, y en pedirnosle? ¡Ah si conocieras tú, si supieras tú quien es el que te le pide! Si te pide algo, es únicamente para darte mas: *Si scires donum Dei, & quis est qui dicit tibi, da mihi!*

Concluyamos glosando algunos versículos del *Miserere.* *Cor mundum crea in me Deus, & spiritum rectum innova in visceribus meis.* Dadme, mi Dios, un corazon puro, sin mezcla de afecto alguno terreno, no solo pecaminoso, pero ni aun extraño, impertinente, ó forastero. Para darme este corazon acaso

será preciso que os digneis criármelo de nuevo, porque sin esto desconfio que el mio pueda jamas llegar á ser tan puro. A la pureza de este corazon añadid tambien que sea derecho, sincero y justo: *Spiritum rectum*: nada de doblez, nada de artificio: con él me engañaría á mí; pero nunca os engañaría á Vos. Un corazon quiero que sea únicamente vuestro, como Vos lo mereceis.

Ne projicias me à facie tua, & spiritum sanctum tuum ne auferas à me. No me arrojéis, Señor, de vuestra presencia por mis culpas pasadas, no apartéis de mí vuestro santísimo espíritu. Es cierto que lo tengo muy merecido; ¿pero que sería entónces de mí? O nada me mandeis, ó dadme aquello mismo que me mandais.

Redde mihi lætitiã salutaris tui. No ha sido siempre tan desgraciada mi suerte, que me haya podido olvidar de lo que sentia en aquellos dichosos dias en que os era fiel. Restituidme aquel género de gusto, aquella especie de consuelo, que me movió á renun-

ciar tan alegremente mis pasiones y mis vanidades.

Spiritu principali confirma me. Haced, Señor, que me afirme inmovilmente en este gran principio : *Dios es todo, y la criatura es nada, de manera que ninguna tentacion me pueda jamas hacer titubear en él.*

MEDITACION III.

Oracion del Huerto.

No nos engañemos, ni nos lisonjemos. Ninguno puede ser de Dios, no es posible desempeñar perfectamente nuestras obligaciones respecto de Dios, sin tener mucho que padecer, y sin hacerle grandes sacrificios : sacrificio de la tranquilidad y de la quietud, sacrificio de los amigos, sacrificio de la estimacion y de las conveniencias, sacrificio del cuerpo y de la misma vida. Todos estos sacrificios hizo Jesu-Christo en su pasion de un modo muy excelente.

Acompañémosle con la considera-

cion en el Huerto de las Olivas. Considerémos lo primero, que excesivas fuéron en él sus penas interiores: lo segundo, adonde buscó el consuelo: lo tercero, que consuelo encontró.

PUNTO PRIMERO.

Que excesivas fuéron las penas interiores de Jesu-Christo.

Lo que podemos conjeturar es lo siguiente. En primer lugar se muestra triste, angustiado y pavoroso. Esta fué la única vez que se habian observado en él por todo el espacio de su vida semejantes afectos. En segundo lugar se queja, y jamas se le habia oido quejar. ¿Pero en qué términos se queja? En los mas fuertes y en los mas vivos, siendo así que nada deseaba tanto como padecer: *Tristis est anima mea usque ad mortem.* Si no me diera fuerzas la divinidad, la tristeza me quitaría la vida. En tercer lugar, no parece que puede estarse quieto en un sitio, ni hallar descanso en cosa alguna.

Ora , medita , y no encuentra consuelo en su oracion , ni en sus meditaciones. Va á buscar á sus Discípulos , y al punto se aparta de ellos. Quanto mas ora mas se aflige , hasta llegar á sudar gotas de sangre en tanta abundancia , que bañan su sagrado cuerpo , y corren á regar la tierra : *Et factus est sudor ejus , velut guttæ sanguinis decurrentis in terram.*

Si se ha de juzgar de los efectos por las causas , precisamente habian de ser extremas sus congojas. Veíase cargado con todos los pecados de los hombres , los quales se los habia apropiado á sí mismo. ¡Quanto le afligiría presentarse en este estado á los ojos de su Eterno Padre ! Veía el ningun fruto de sus trabajos , respecto quizá de la mayor parte de los hombres : veía arder ya en los infiernos una infinita multitud de ellos , aunque anticipadamente se les habian aplicado los méritos de su muerte , y perderse miserablemente otra inmensa multitud de ellos , aun en medio del Christianismo , auxiliados con tantas gracias : veía aun

entre los mas justos , aun entre sus mas fieles Discípulos , que apénas se encontraría quien tuviese bastante generosidad para imitarle ; que los mas le servirían como esclavos , siendo muchos los que despues de tantas demostraciones de su amor no querrian hacer mas que lo preciso indispensablemente para no condenarse. Quizá no fué esta la menor de sus penas.

Con dificultad llegará el caso de que nosotros tengamos tan justos motivos para afligirnos , ni que experimentemos jamas en nuestras aficciones y trabajos afectos tan sensibles á la naturaleza. Por lo ménos es cierto, que hasta ahora no nos han hecho sudar sangre nuestras penas : *Nondum usque ad sanguinem restitistis.*

Con solo eso , sin tratar de los trabajos exteriores , ninguno hay que no tenga alguna pena interior. A este le atormentan las dudas y los escrúpulos. No acierta á persuadirse , que Dios esté satisfecho de él : parecele que ve siempre abierto el infierno debaxo de sus pies : duda que haya para él miseri-

cordia. Supongo que este trabajo solo está en su viva aprehension ; mas no por eso es ménos real. Le deseca , le consume , y le hace vivir muriendo.

Aquel á quien Dios ha dado luz para conocer sus faltas pasadas , se mira á sí mismo como un objeto de abominacion. No se puede sufrir , viéndose como anegado en un mar profundo de maldades : sus pensamientos y sus reflexiones solo sirven para hacerle odiosa , é insoportable la vida.

El otro se siente brumado con el peso de la vida regular , que ha abrazado por Dios. Los ejercicios espirituales le causan tedio ; todo lo hace con pesadumbre y con disgusto. La oracion es un tormento para él , la soledad se le hace intolerable. Mira con envidia á los seglares entregados á sus pasiones , y apénas puede resistir á la tentacion.

Uno se aflige de todo lo que está por venir. ¿Que le sucederá? ¿En que parará? Por una parte tiene muchos enemigos , por otra se ve destituido de talentos , de empeños , de bienes , y de

todo recurso. Algunos oprimidos de una enfermedad habitual, de una tediosa y negra melancolía, temen casi igualmente el vivir, como el morir. Un vivir inútil, pesados á sí mismos, y de carga á su familia; un morir sin haber hecho penitencia. Y aunque la hayan hecho, no saber precisamente qual será su paradero. En todos estos diferentes estados, y contra males tan diferentes ves aquí el remedio universal.

Jesu-Christo consumido de tristeza, exhausto de fuerzas, postrado en su misma sangre, agonizando en fin, y á punto de espirar. Pon los ojos en él tú, hombre, qualquiera que seas, por infeliz que te consideres, por afligido que estés. ¿Pero y que mas? Nada mas: mírale, remírale, y no apartes los ojos de ese divino objeto. Una sola ojeada ha sostenido, ha fortificado, ha consolado á otros mil. No le pierdas de vista hasta que te sientas fortalecido. Aquel es mi Dios: así lo creo, y le estoy viendo tanto, ó mas afligido que yo.

Es el hijo amado del Padre Eterno:

no le puede aborrecer : luego no está todo perdido porque yo me vea atribulado. Es el brazo de Dios ; es la virtud de Dios. ¿Pues qué maravilla es, que la flaqueza humana desmaye, quando parece que estaba casi para desmayar la fortaleza divina ? ¿Podrá resistir el hisopo al viento, que estuvo para derribar al cedro ? Pero si el Hijo de Dios se reduxo á mis flaquezas , fué para comunicarme su fortaleza y su virtud. Aquella sangre que fluye por todos los poros de su cuerpo , es el remedio de todas mis fragilidades.

Pues no permita Dios que yo me desespere. Redúxose mi Salvador á tal estado para merecerme las gracias que corresponden al mio. Unido siempre á él me mantendré mas firme que el monte de Sion, sin que alguna tribulacion sea capaz de hacerme titubear.

PUNTO II.

Adonde buscó Christo el consuelo en su tristeza y en sus penas.

En Dios , con Dios , y en ninguna

otra parte fuera de Dios. Dexa á sus Discípulos á la entrada del Huerto. ¿A que fin buscar tantos confidentes para comunicarles nuestros trabajos? Solo sirve para incomodarlos y para afligirlos: si nosotros tenemos nuestros trabajos, ellos tienen tambien los suyos: si esto no fuere hoy, será mañana: ese desahogo no sirve para nuestro alivio. Despues de algunos momentos de suspension, en que parece como que estan adormecidas nuestras penas, vuelven á atormentarnos como ántes, y acaso con el remordimiento de algunas faltas mas. Esto es como aquellos que se rascan mucho, quando les sale alguna roncha: agitóse mas la sangre, encónase mas, y pagan muy caro aquel momentaneo gusto.

Lleva Christo consigo á tres Discípulos. Es cierto que en nuestras penas interiores podemos buscar consuelo, desahogándolas en el pecho de un buen amigo, solicitando sus oraciones y sus consejos. Esto es buscar á Dios en el hombre; pero se busca al mundo, quando en nuestros desconsuelos interiores

nós dirigimos á amigos imperfectos. Estos nos dirán: ¿á que fin tanta observancia? ¿para que es matarse tanto? déxate de esos escrúpulos: es imposible perseverar largo tiempo en una vida tan estrecha y aun tan extravagante. Esto es todo lo que puedes esperar de su relaxacion.

Un instante despues dexa Christo aun aquellos tres amigos escogidos, y se aparta un poco de ellos. Aun aquellos consuelos humanos, que se buscan con buen fin, y puramente por Dios, pueden hacerse naturales y terrenos, si nos detenemos en ellos mucho tiempo. Volvémonos luego á Dios.

¿Pero qual fué la oracion del Salvador? Postrado en tierra, ó en señal de su profundo respeto, ó porque no se podia mantener en pie, ni de rodillas, oraba así: *Padre, si es posible, pase de mí este caliz; pero sobre todo hágase tu voluntad, y no la mia.* ¡Admirable oracion! digna por cierto del Hijo de Dios, y de los imitadores del Hijo de Dios.

No, no hay cosa mas divina, que

tanta repugnancia á padecer con tanta resignacion en el padecer. Si el Salvador hubiera tenido ménos repugnancia á los tormentos, acaso diríamos nosotros, que no le podíamos imitar. Pero ahora gimamos, desahoguemos nuestro corazon delante de Dios: en eso no hay pecado; mas en todo caso estemos atentos á lo que nos dice, y seamos fieles en ejecutarlo.

Oracion corta. Por afligidos que nos hallemos, aunque tengamos el alma entre los labios, podremos decir otro tanto. Oracion repetida y continuada todo el tiempo que duró el trabajo. Nada se consigue sin la perseverancia. Oracion tierna: *Padre mio*. Si es mi Padre el que me castiga, ¿de que me aflixo? Trátame como quisiere con toda libertad: solo temo el golpe de un juez irritado. Oracion condicional: *Pase de mí, si es posible, si lo juzgais conveniente*. Si hablara con otro que con su Padre, diría absolutamente: *Pase de mí, líbrame de este trabajo*. Pero mi Padre todo lo ve, todo lo puede, y sé que me ama; pues haga lo que quisiere,

mi Padre es : *Sæviat quantum volet: Pater est.*

¡O, y quantas veces en el discurso de nuestra vida tendrémos necesidad de practicar estas importantes lecciones todos los que vivimos! Acudamos á Dios: en él se encuentra todo. Pero vuelvo á decir: acudamos solo á Dios, ó á los hombres únicamente por Dios.

PUNTO III.

Que consuelo encontró Jesu-Christo en sus penas y agonías.

Grande por parte de Dios, á quien recurrió; ninguno por parte de los hombres. Pero por grande dicha suya no habia puesto en ellos su esperanza.

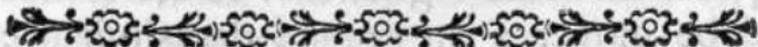
Envióle pues su Padre un Angel del Cielo. ¿Seria para librarle de la muerte? No; pero desde aquel punto en adelante padecerá sin alentar la menor queja, morirá sin dar la mas mínima señal de sentimiento, ó de impaciencia. Esto es mucho mas que no padecer, ni morir.

Verdad de fe. Las oraciones fervorosas siempre alcanzan aquello que se pide, ú otra cosa mejor. Esto es verdad, so pena de que Dios no oyó á su propio Hijo. Pero el Hijo fué oído, y con efecto desde aquel instante ya no hubo mas temor, ni mas agitacion, ni mas tristeza : *Surgite , eamus.*

Y miéntras tanto ¿donde estaban los tres Discípulos escogidos ? Muy cerca del Señor , pero durmiendo. Comenzaron á velar , y cansáronse presto. Solo Dios tiene paciencia para sufrir por mucho tiempo la presencia y los lamentos de un afligido : solo él sin fatigarse nos puede consolar , y hacer compañía por mucho tiempo. Del abatido , del desgraciado , del enfermo, del perseguido todos huyen. Los amigos de la diversion y del interes, que es lo mismo que decir todos los amigos desaparecen por lo mismo que solo lo eran del interes y de la diversion.

Renunciemos pues todo humano consuelo : ninguno busquemos sino en Dios y por Dios. Pero no esperemos

á vernos en trabajos para entregarnos á él; mereceríamos entónces, que nos abandonase y nos remitiese á aquellos en quienes colocamos nuestra confianza. Busquemos á Jesu-Christo donde está mas descubierto; esto es, en la Iglesia, ó en los pobres. Hagámosle fiel compañía para que él nos la haga á nosotros. A esto nos veremos reducidos quando ménos lo pensemos.



DIA III.

MEDITACION PRIMERA.

De la Muerte.

Descamínase el hombre de su fin por el pecado mortal: desvíase de él por el venial; pero se vuelve á meter en el camino derecho por la atenta consideracion de sus postrimerías, y de las desdichas á que nos expone el olvido de Dios, y del fin que tuvo en sacarnos de la nada, y colocarnos en

este mundo. Muerte funesta, juicio terrible, infierno eterno.

Comencemos por la muerte, y considerémos la muerte en general, y las diferentes especies de muerte.

Tres cosas se pueden distinguir en la muerte: lo que hay en ella de incierto: lo que hay de cierto, y lo que tiene de mixto; esto es, de cierto y de incierto. Lo incierto nos debe empeñar en suma vigilancia: lo cierto nos debe mover á un grande desasimiento: lo cierto y lo incierto nos debe inspirar un constante fervor. No hay cosa mas eficaz que estas tres consideraciones, para acercarnos cada dia mas y mas á nuestro verdadero fin, y para hacer que nunca nos desviemos de él.

PUNTO PRIMERO.

Lo que hay de incierto en la muerte.

El tiempo, el lugar, y el modo con que hemos de morir. ¿Será aquí, ó en otra parte, quando mozos, ó quando viejos, de repente, ó de pensado?

¿Quién lo puede decir? ¿Quién se atreverá á asegurarlo? En vano se fia ninguno de su juventud, de su robustez, de su complexión, de que no tiene mas que treinta años, de que nunca padeció enfermedad, de que goza una salud, que puede dar envidia. Un mes ha ¿quien diría á aquel sugeto conocido mio: esos mismos que concurren hoy á darte el parabien por la nueva dignidad, dentro de un mes llorarán tu muerte, y concurrirán á tu entierro? Pásase el mes en hacer las prevenciones necesarias para tomar posesion del nuevo empleo. Hácia el fin de él se siente alguna pesadez de cabeza: amánese con ella, y se llama al Médico, que ordena algunos remedios para el dia siguiente: miéntras estos hacen su efecto, acomete al paciente un insulto de apoplexía: alborótase, atropéllase toda la familia; pero el enfermo perdió enteramente la razon y los sentidos: entra en la agonía, y espira dos horas despues. A vista de esto, ¿en que nos podemos fiar?

Pero dirás: esos accidentes son muy

raros. Bien está: supongamos que no hubiesen sucedido mas que una vez: esa primera vez debe hacernos temer la repetición de la segunda, y esta la de otras ciento. ¿Pero quantos de estos accidentes vemos cada dia? Este se levanta por la mañana á la hora acostumbrada: enciérrese en su gabinete para trabajar en él: á las ocho se siente indispuerto, y á las nueve no hay tal hombre. Aquel, despues de haber pasado una noche muy inquieta, sale por la mañana á sus negocios: á dos pasos de su casa elévasele un vapor, cae en el suelo, levántanle, y espira. El otro, despues de haber cenado alegremente en compañía de sus amigos, y con el bocado en la boca, por decirlo así, inclina la cabeza sobre la mesa; no se sabe lo que es; llámanle, grítanle, muévenle, levántanle; pero todo es en vano: ya está muerto.

¡O, que son accidentes raros! Séanlo en buen hora; ¿mas serán por eso ménos terribles? ¿Y si la muerte los coge en mal estado serán ménos lamentables? ¡Bello consuelo! cogióme de repente.

Pero si esas sorpresas visibles y ruidosas no son frecuentes, ¿dexaránlo de ser las invisibles, y aquellas que no se conocen? El que cae malo sin haber hecho las prevenciones que quisiera hacer para morir bien, ¿no se halla sorprendido? ¿Y qué disposicion podrá hacer en aquel estado? ¿Por donde le ha de venir la conversion al que voluntariamente la dilató para el tiempo de la enfermedad?

¿No es de fe, que serán sorprendidos aquellos que deliberadamente se determinan á vivir en el estado en que no quisieran morir? Amodorráronse y durmiéronse las Vírgenes necias con la esperanza de que todavía tardaría en venir el Esposo: *Moram autem faciente Sponso, dormitaverunt omnes, & dormierunt.* El siervo perezoso y divertido dixo allá para consigo: mi Amo no vendrá tan presto: *Moram faciet Dominus meus.* Pero el Esposo y el Amo llegaron de repente, sin que ya hubiese tiempo para encender las lámparas, ni para prevenirse.

Luego todos podemos ser sorprendidos.

didos en virtud de estas razones generales. Pero tú y yo quizá mereceremos serlo por la razon particular de nuestra poca vigilancia y de nuestra temeraria presuncion en la paciencia y en la misericordia de Dios. ¿Por que no nos sacó de este mundo algunos dias ántes de haber hecho aquellos exercicios, ó al principio de la Quaresma, sin darnos lugar á la confesion que hicimos para cumplir con la Iglesia en tiempo de Pasquas?

Mil gracias pues por lo pasado, pero vigilancia para lo futuro. No pasemos un solo dia, ni durmamos una sola noche en un estado en que no quisiéramos morir. ¿Quien perdonará esta locura á hombres que tienen fe?

Por tanto, si actualmente sentimos en nuestra conciencia alguna cosa, que nos turbe, que nos dé cuidado, no nos arriesguemos á comparecer delante de Dios ántes de haberla puesto en órden. No nos contentemos con exâminar precisamente, si nos hemos confesado con toda la sinceridad posible: exâmine-mos tambien, si entónces estábamos tan

distraídos , que no conocíamos lo malo, ó tan apasionados , que lo pretendíamos excusar. ¿Nos sentíamos tan contritos , tan resueltos á mudar de vida, que Dios nos hubiese perdonado? Ahora á costa de alguna inquietud y de algunos pocos escrúpulos podemos ahorrar muchos otros para el resto de nuestra vida , sobre todo para el tiempo de una muerte repentina , en que todo se hace de priesa y sin prevencion.

PUNTO II.

Lo que hay de cierto en la muerte.

Es verdaderamente , que , mas tarde, ó mas temprano , todos hemos de morir , y que en muriendo , todo lo hemos de dexar , y todo nos ha de dexar á nosotros. Dexarémos pues nuestros empleos , nuestros honores , nuestros parientes , nuestros amigos , y todas las conexiones que teníamos. En un instante perderémos aquel cargo que nos habian confiado , aquella fama que habíamos adquirido , aquel fruto de nues-

tros incesantes desvelos. Perderémos aquella vida, que tanto amábamos, y cuya conservacion nos costó tanto afan y tantas inquietudes. Quanto mas prendido teníamos el corazon á todo esto, mas nos costará separarnos de ello: todos nos verán partir, y todos nos dexarán marchar sin hacer grande sentimiento.

Despues de nuestra muerte todas las cosas seguirán su curso ordinario como ántes. ¿Que falta hace en el mundo un hombre mas, ó menos? Los héroes de la guerra, los hábiles Ministros, los grandes Magistrados, los ingenios mas distinguidos, todos desaparecen. ¿Quantos hemos alcanzado nosotros en el espacio de treinta, ó quarenta años, que se fuéron á la sepultura? Otros ocupan los puestos que ellos ocupaban. Otros los llenan un poco mejor, ó un poco peor: nada importa, al fin se llenan, y para nada se echa ménos á ellos.

Llegará dia en que se diga de nosotros lo mismo que se decia de ellos: está malo, está muy malo; le han ad-

ministrado los Sacramentos ; parece que tocan á muerto ; acaba de espirar. Por algunos dias se hablará algo de tí, y puede ser que se hable mas mal, que bien. Acabados los funerales y el entierro , en aquellos primeros dias irán algunos amigos á visitar á tus parientes , de mero cumplimiento , y por bien parecer : concluidas estas ceremonias, eterno olvido de tí , como si jamas hubiera habido tal hombre en el mundo.

Tus herederos , ó los que ocuparen tu lugar se afligirán por pura ceremonia , y quando mas por caridad. Aquellos que estuviesen quejosos de tí , no harán poco si pueden contener su interior alegría. Los que solo eran amigos para la diversion , para el gusto, y por el interes , se consolarán muy presto , si no te necesitaban mucho. No podemos prudentemente persuadirnos á que no se discurra así en nuestra muerte , puesto que nosotros no hemos procedido de otra manera en la muerte de los demas. Nuestra misma Religion nos prohíbe el exceso en llorar á los

difuntos, y la mayor parte de los vivos se acomoda muy bien con esta filosofía.

Pero hagamos un poco de reflexión sobre esto. En obsequio de semejantes amigos se sacrifica muchas veces el alma, la conciencia, la honra, la obligacion, y hasta la misma vida. Por esos empleos distinguidos, que solo pueden servir de materia para mas terrible cuenta, se enciende en el alma tanta ambicion, tanta emulacion, y tantas ansias. Por amontonar esas riquezas se fabrican tantos enredos, se padecen tantos afanes, se cometen tantas violencias, y tantas injusticias.

Tengamos juicio á cuenta de otros, y nunca demos motivo á que otros le tengan á la nuestra. Anticipémonos á sacrificar á Dios voluntariamente aquello mismo que la muerte nos ha de obligar á sacrificarle por una triste necesidad: *Opus est ut voluntate fastidias, quo te vide necessitate cariturum.*

No atendamos pues ya á otra cosa, que á morir á todo: *Quotidie morior.* Acábense ya estos vastos proyectos

por un futuro tan distante y tan contingente. Afuera todo amigo que no me encamine á Dios con sus buenos consejos, y con sus mejores exemplos.

Ensayémonos para morir bien cada año, cada dia, y cada hora. Desembarracémonos tanto de las cosas, como de las personas que nos distraen, que nos impiden, que nos apartan del perfecto servicio de Dios. Aprendamos á contentarnos con poco, á excusar todo lo que no nos fuere absolutamente necesario, á vivir sin el mundo, y sin mas comercio con él, que el preciso, é indispensable. Por el contrario procuraremos grangearnos amigos, y entablar correspondencias con el otro mundo, en que hemos de venir á parar por toda la eternidad.

PUNTO III.

*Lo que hay de cierto y de incierto
en la muerte.*

De cierto un paradero eterno; de incierto qual será este paradero. Es

cierto que me espera una eternidad feliz, ó desgraciada; ¿pero qual de las dos me tocará? No lo sé. Es cierto que el árbol permanecerá eternamente en el lado donde cayere, al Mediodia, ó al Aquilon; ¿pero á qual de estos lados caerá? No lo sé. ¿Estoy por ventura en gracia? Pero dado caso que lo esté, ¿sé por ventura lo que me reserva Dios en castigo de tantas reincidencias, é infidelidades? ¿Se dormirá el demonio, si Dios le da licencia para tentarme?

Es cierto que ordinariamente se muere como se vivió; bien, si se vivió bien; mal, si se vivió mal; pero puede suceder lo contrario extraordinariamente. Sobrados exemplos se citan para temer otro mas. Aunque se viva bien, todavía es incierto como se morirá; ¿pero si se vive mal, será muy incierto que no se ha de morir bien?

¿Pues quien nos podrá asegurar contra unos riesgos tan comunes? Un grande, un constante fervor en el servicio de Dios. Es cierto que no se puede merecer la gracia de la perseverancia

final ; pero se debe pedir , y se puede alcanzar : *Suppliciter emereri*. Aquel á quien su conciencia le acusare de una vida tibia y habitualmente descuidada , tendrá entónces muy largos y muy malos ratos , pero merecerá tenerlos.

No siempre se sabe lo que pasa entónces ; mas alguna vez ya permite Dios que se sepa. De un Religioso jóven se refiere , que poco tiempo ántes de espirar se le notó una extraordinaria inquietud y agitacion. Forcejaba con el brazo , como quien empujaba á otro que importunaba. Pronunciaba entre dientes estas tres palabras : *Loco, sabio, sabio* , á manera de un hombre dudoso y vacilante : despues repitió quatro veces consecutivamente estas otras : *No, no, no, no, mi Dios, no: vuestra locura es sabiduría*. ¿ Quien puede dudar que entónces padeció alguna violenta tentacion contra la Fe?

El Religioso , que no vivió verdaderamente como tal ¿ no deberá temer , que en aquel momento decisivo de la eternidad , volviéndose á Dios , en lugar

dé recibir la gracia de su proteccion; le responda: anda, y dí que te protejan los Dioses á quien serviste? ¿Donde estan ahora esos Dioses? *Ubi sunt Dii, in quibus habuistis fiduciam? Surgant, & opitulentur vobis.*

Acabemos pues de entender, que en solo Dios debemos confiar. En sus manos hemos de caer, y ninguno podrá librarnos de ellas. Dichosos de nosotros, si caemos en manos de su misericordia: *Videte ergo quod ego sim solus, & non est alius Deus præter me.* Alma fiel, ten por amigo á aquel, que quando todo el mundo te dexa, no te dexará, ni permitirá que perezcas en esos dias malos: *Illum dilige, & amicum tibi retine, qui, omnibus recedentibus, te non relinquet.* El es tu Padre, tu Hermano, tu Eposo; pero no te sirva esto para descuidarte. Amale, sírvele como él te ha amado y te ha servido.

MEDITACION II.

De los diferentes generos de muerte.

Hasta aquí solo hemos meditado lo que en la muerte es general y comun á todos los hombres. Todos generalmente estan ciertos de que han de morir, todos inciertos del tiempo y modo con que han de morir; todos, por lo general, igualmente inciertos del paradero que tendrán despues de la muerte. Descendamos ya á alguna cosa mas particular, y considerémos lo primero la muerte de un pecador; lo segundo, la muerte de un hombre tibio; lo tercero, la muerte de un verdadero y fervoroso Christiano.

§. I.

La muerte del pecador.

Por lo comun le coge de repente, y quando ménos lo pensaba. Así se lo tenia Dios amenazado, y así lo tenia él bien merecido. Mas de una vez con-

sintió él mismo en exponerse á este peligro, y en cierta manera como que desafió á la divina justicia con sus injustas y afectadas dilaciones. Acabóle pues un accidente repentino: no tuvo tiempo, ni aun pensamiento de arrepentirse, ni de poner en orden su conciencia. ¡Que cosa mas desgraciada! En medio de sus divertimientos, de sus ocupaciones, de sus deleytes, de sus malas amistades; en el infeliz estado de la culpa, y acaso tambien atestado de sacrilegios, fué de repente arrebatado y presentado ante el tribunal de Jesu-Christo. Para aquellos que sabian bien la mala vida que traia, ¡que dolor, quando tuviéron noticia de su trágico fin!

Si la muerte no le coge del todo de repente, le da uno, dos dias, ó muy poco tiempo para disponerse. ¿Pero que tiempo? de enfermedad, de inquietud, de dolores, de pervigilios: un tiempo muy breve y muy impropio para ningun negocio de importancia, para exâminar á fondo cosa alguna, para excitarse á una viva contricion,

para dar alguna prueba sólida de fidelidad. Todo se hace entónces de priesa, sin órden y sin reflexi3n. Pecador, penitente, moribundo y muerto en veinte y quatro horas. ¡Que mas dudosa que semejante conversion! ¡Y qual será mas probable que su insuficiencia!

Si le coge en fin la muerte en una enfermedad, que le dexee libre el uso de la razon, y con todas sus potencias despejadas, ¡que tristes reflexi3nes sobre su vida pasada, sobre sus disposiciones presentes, y sobre su cercano peligro! He recibido los Sacramentos; ¿pero me habrá perdonado Dios? ¿No ha sido la necesidad la que me ha obligado á volverme á él? Es cierto que lo he dilatado todo quanto he podido: si no fuera la enfermedad, no me hubiera determinado á hacerlo. Acaso dexé yo al pecado, ó no sino el pecado me dexa á mí. ¿Será hoy mas sincera mi conversion, que tantas otras en el discurso de mi vida, que duraron tan poco tiempo?

Pero suponiéndome reconciliado con Dios, ¿quanta será mi perseverancia?

¿No se me vendrán á la memoria mis desórdenes pasados? ¿No me detendré en este recuerdo con alguna pecaminosa complacencia? Al dolor de perder la vida ¿no acompañará el de separarme para siempre de aquellos objetos prohibidos, que me la hacian tan deseable? ¿Y este solo pecado no será bastante para que Dios haga justicia en mí de todos los demas?

Se le consuela, se le alienta, se le asegura todo quanto se puede; ¿pero que razon hay para asegurarle? Por el contrario, ¿no hay graves fundamentos para creer que se le lisonjea?

Dios es infinitamente misericordioso, no hay duda; pero por lo mismo él fué tan malo, porque creyó que Dios era tan bueno. Tuvo atrevimiento para decir: es así que pecco, pero Dios me lo perdonará. No fué á la verdad un hombre públicamente escandaloso; mas para perdernos basta una pasion, aunque haya habilidad para tenerla muy oculta. Anímale el Confesor á que espere el perdon de sus pecados; pero la Escritura parece que

dice lo contrario , y aun el mismo Confesor le ha hablado muchas veces en el discurso de su vida , como nos habla la Escritura : *Ego quoque in interitu vestro ridebo , & subsannabo vos.*

Aquí puede tener lugar lo que referia un famoso Misionero. Habia hecho mision en cierta Ciudad , donde se convirtió un caballero jóven de vida muy descerrajada. Al cabo de dos , ó tres años , estando haciendo mision en otra parte , le llamaron para que fuese á confesar en una posada á un caballero forastero , que se hallaba muy de peligro. Conociéronse luego que se vieron. Y bien , hijo mio , le dixo el Padre , ¿en que estado estamos? ¿habeis perseverado? ¿habeis cumplido lo que prometisteis á Dios? No , no , Padre mio , respondió el caballero : volví á caer , y soy tan malo , ó peor de lo que era ántes. No creo que haya misericordia para mí , porque he abusado mucho de ella. El Misionero le procuró esforzar con mucha dulzura , proponiéndole todas las razones que podian alentar su confianza. Pero aquí el

enfermo. ¡Ah, Padre mio! lo que ahora me decís es muy contrario á lo que tantas veces os he oido en el púlpito y en el confesonario. Allí predicais el Evangelio, aquí me engañais, perdonad que os lo diga, yo estoy condenado. No por eso dexó de confesarse, y de recibir los Sacramentos; pero murió muy conturbado, y repitió siempre estas palabras: *A mí me lisonjean; pero Dios me va á hacer justicia.*

Conocer uno que no está bien con Dios, dudar si está, ó no está bien con Dios, y no acudir prontamente al remedio, vivir tranquilo y sin sobresalto, es un horrible furor. Volvamos luego sobre nosotros, pero perseveremos: haya por lo ménos algun intervalo entre el pecado y la muerte. A la verdad ya es bien tarde. Puede ser que ya venga de camino el Señor, que ya llegue, que ya llame á la puerta. No salgamos de esta meditacion sin disponernos para morir, y tambien sin resolvernos á vivir como hombres perfectos, como verdaderos Christianos. ¡Mil veces infeliz de aquel, que ha-

biendo hecho estas reflexiones, se dexa sorprehender de la muerte!

§. II.

La muerte de un hombre tibio.

Raras veces, ó por mejor decir, nunca dexa de estar acompañada la tibieza de grandísimos pecados. Por eso las almas tibias estan expuestas, ó las falta poco para estarlo, á los mismos accidentes que los grandes pecadores. Así pues, si las sorprehende una muerte repentina, ¿quien podrá responder á su salvacion, ni como podrán ellas mismas responder de ella? Pero dexemos esto á un lado, y veamos lo mas favorable que las puede suceder.

Adviértelas á estas almas floxas y descuidadas del gran peligro que corren; pero este es un language que no entienden, ó no quieren entender: el pensamiento de la muerte las contrista, las estremece, porque estan muy pegadas á la vida. Por eso huyen de él, y olvidándose ellas de la muerte, las

parece que la muerte se ha de olvidar de ellas. Si se las aprieta sobre este punto, si se las habla con claridad, ¿pues que, responden con desabrimiento, estoy acaso desahuciada? ¿no hay tiempo para eso? ¿Esta tarde, ó mañana despues de la accesion no tendré lugar para confesarme?

Si la enfermedad apura un poco, huyen de todo pensamiento que los pueda afligir, y pierden el fruto que estos pensamientos pudieran producir, de ablandar una alma dura, á quien ninguna cosa ha podido hacer fuerza. Si estan en sí, si se hallan capaces de discurrir, ¿que juicio harán de sus pasadas inclinaciones? Descubren pecados, ó por lo ménos se les excitan mil dudas en aquellas mismas cosas en que jamas se las ofreció alguna. Apenas se acuerdan de confesion en que puedan confiar. Veinte, treinta años de una vida bastantemente racional; pero ni siquiera una virtud sólida, apenas fe, apenas temor de Dios. Siempre solicitadas de la gracia, siempre atormentadas de remordimientos, y siempre

infieles, siempre rebeldes. ¡Tener por juez al que nunca amaron, teniendo tantos motivos para amarle! ¿Esto es lo que yo prometí á Dios?

Ven delante de sí á los compañeros de su tibieza y de su desorden. Antes eran amigos, y ya son enemigos. Míranlos, y al instante baxan los ojos, ó los vuelven á otra parte. Por el contrario ven á otros, que hicieron una vida exemplar y fervorosa: al instinto de su misma conciencia se los hace distinguir de los demas, y los está diciendo interiormente: Estos son tus jueces: ¿por que no los creias? ¿por que no los imitabas, en lugar de reirte de ellos y de perseguirlos? Pudístelo hacer, debístelo hacer: ¿por que no lo hiciste?

¿Seria mucho haber sido virtuoso, haberse hecho un poco de violencia en el discurso de la vida, para lograr paz y quietud en estos instantes de tribulacion? Los que se echan la cuenta de que ese es un negocio de dos, ó tres dias, no saben bien quanto duran, y quanto cuestan esos dias. Pregún-

tenselo á los que se viéron en algun peligro próximo de morir, si estuviéron capaces de hacer algunas reflexiões. La intrepidez y el valor á vista de la muerte, una de dos, ó es un insigne efecto de la gracia, ó es el colmo de la obstinacion y del empedernimiento. Gracia insigne no la merece una alma tibia, ántes bien positivamente es indigna de ella. Resta pues que sea una insigne insensibilidad.

Nunca pues nos podemos asegurar de aquella paz equívoca, con que murieron al parecer los que sirviéron mal á Dios. No son lo que aparentan, y se puede temer que padezcan alguna ilusion.

§. III.

La muerte del Christiano fervoroso y verdadero.

Aunque sea repentina, siempre es envidiable. Nos sobresaltamos al oir, que uno de aquellos famosos Stíltas fué muerto por un rayo, ó al ver que á un hombre santo le quita la vida un

repentino accidente de apoplexía. Quiso Dios perdonarlos las congojas y los espantos de la muerte: desde la salud pasaron á la gloria. Así hubiéramos muerto todos en el estado de la inocencia, sin enfermedad, sin dolores, y sin agonías: esto es lo que todos naturalmente deseáramos, dice San Pablo: *Nolumus spoliari, sed supervestiri.*

Si tienen poco tiempo para morir bien, tampoco necesitan de mas. Tienen ya en orden todas sus cosas, se han confesado, y mil veces se han juzgado á sí mismos con rigor y aun con nimiedad. No esperan á que los avisen. A la menor apariencia de peligro acuden á los Sacramentos de la Iglesia. No quieren que se pida á Dios por su vida; ántes positivamente ruegan que no se haga.

Si hacen algunas reflexiones, ¡que piadosas, que devotas son! No he vivido tan mal, que me avergüence de vivir todavía mas tiempo: tampoco temo el morir, porque he servido á un buen Señor. Mucho temo á Dios; pero por su infinita misericordia todavía le

amo mucho mas. Tengo por mi Juez al único verdadero amigo mio : nunca pensé que era cosa tan dulce el morir.

Si alguna vez permite el Señor que esten inquietos y temerosos de sus terribles juicios , ese es su purgatorio : es no mas que una prueba , y su vida pasada los asegura. Sal , alma mia , ¿que temes? Quarenta años ha que sirves á Dios : ¿le podrás olvidar ahora , ni podrás tú temer que él te olvide ? Mi Dios , ¿por que os retirais de mí ? ¿por que os ocultais? Pero no , Señor : yo muero como murió vuestro Hijo : este fué mi deseo , esta es mi gloria , y ésta es mi mayor confianza. Vuelve á su espíritu la calma , y espira en paz.

En vano procura el hombre justificarse y asegurarse , quando la fe le perturba y le condena. Pero en vano se esfuerza el demonio á desesperarle , quando la fe , la razon , la bondad de Dios , los méritos de su Redentor , y sus propias obras le aseguran : *Reposita est mihi corona justitiæ , scio cui credidi.* Así muere el justo ; ¡y es posible que no se piense mas en esto ! *Ecce quo-*

modo moritur justus ; & nemo est qui cogitet.

Pregunto ahora : ¿de estos tres géneros de muertes qual esperas ? ¿qual escoges ? ¿qual deseas ? En tu mano se dexa la eleccion. La primera es horrible , pero estás amenazado de ella. Has cometido muchos y muy enormes pecados ; has perseverado en ellos largo tiempo. Aun no estás en paz contigo mismo : una tempestad de truenos te estremece , una enfermedad te sobresalta. Jamas te has resuelto con eficacia á vivir christianamente. ¿Pues como puedes dexar de temblar ?

La segunda es por lo ménos dudosa. Y la duda en materia tan importante , ¿como es posible que no oprima el corazon ? *Ad littus æternitatis.* Estar á la puerta de la eternidad , no ser ya posible volver atrás , y caminar adelante con paso firme y seguro ; ¡ó Cielos !

La tercera es dulce , consolada y envidiable : *Delectabiliter moritur.* A vista de un justo , que muere tan dulcemente , el pecador mas endurecido

exclama sin libertad : ¡ó, y quien me diera á mí morir de esta manera ! *Fiant novissima mea horum similia.* Pero es preciso merecer esta muerte : ella es fruto de muchos combates , de una constante regularidad , de un gran fervor , y de un perfecto desasimiento. No importa , mi Dios : cueste lo que costare , yo quiero servirlos. Vos lo mereceis ; pero ademas de eso , yo trabajaré para alcanzar de vuestra misericordia una dulce muerte , una dichosa eternidad. Esto me basta : *Moriatur anima mea morte justorum.*



DIA IV.

MEDITACION PRIMERA.

Del Juicio.

Terribles son los juicios de Dios. Para penetrar bien el santo terror que deben excitar en nuestros corazones, considerémoslos separadamente el juicio

particular, y el juicio universal, haciendo de ellos dos puntos de meditacion.

PUNTO PRIMERO.

Del juicio particular.

Aquel mismo Christiano pecador, ó tibio, á quien hemos visto sorprendido repentinamente de la muerte, ó turbado, é inquieto sobre su eterna suerte al tiempo de morir, y obligado á dexar por necesidad y sin mérito todo aquello que no quiso sacrificar por virtud y por Religion; á ese mismo le hemos de acompañar ahora con la consideracion hasta el tribunal de Dios.

La continua disipacion en que vivió, le impidió siempre conocer bien á Dios, conocer bien á las criaturas, y conocerse bien á sí mismo. El orgullo y el interes de sus pasiones le hicieron inocente, ó á lo ménos disculpable á sus ojos, y no le dexaron condenarse á sí, y hacer justicia á Dios. El exceso de su amor propio no le permitió tra-

tarse con el rigor que merecian sus culpas y sus desórdenes : perdonóse, contemporizó con su amor propio , en vez de pensar en aplacar á Dios , y en desarmar su cólera.

Espira , y en un instante se muda la escena : mírale ya solo , verdaderamente solo , presentado ante el tribunal de Dios. Por fuerza se observa allí un silencioso recogimiento : ¿ y que verá en aquel solitario teatro ? En él quedarán aniquilados todos los vanos pretextos ; ¿pero que responderá ? Allí será condenado el desórden segun toda su extension y segun toda su malicia : ¿á quien recurrirá ? Oid esto , y comprehendedlo bien vosotros los que os olvidais de Dios , y le disputais el imperio de vuestro corazon. En sus manos habeis de venir á caer , y ninguno habrá que os pueda librar de ellas : *Intelligite hæc qui obliviscimini Deum , nequando rapiat , & non sit qui eripiat.*

§. I.

Recogimiento solitario y forzado en el tribunal de Dios. ¿Que verá en él el pecador?

Gran desórden es aquella extraña disipacion, en que por la mayor parte vivimos los Christianos : apénas encontramos en el espacio de un año dos, ó tres momentos desocupados para recoger nos en nuestro interior. Todos se excusan con la necesidad de aplicarse á sus negocios, á sus estudios, á su cargo, á su comercio, á sus empleos ; pero el mal viene de otra parte. Hay infinitos hombres, que solo se alimentan del bullicio y de la perpetua agitacion : este es su elemento. A falta de negocios propios se cargan voluntariamente de los agenos. En todo se meten, en todo han de hacer papel. Han de saber todo quanto se dice, y todo quanto pasa. Conócese la inquietud de aquellas almas en su continuo bullicioso movimiento. El que los viere creerá que tienen sobre sí el gobierno de todo el Universo. No saben estar

un instante á solas con Dios y consigo mismos.

Lo mas peligroso que hay en esta disipacion es , que con ella jamás se tiene fe viva , ni se hace cabal concepto de las cosas como son. Se juzga y se habla de ellas segun el informe de los sentidos , y segun los demás hablan y juzgan. No se conoce á Dios, porque es invisible ; pero aunque fuera visible á los ojos corporales , la aplicacion á otros mil objetos impediria que se le conociese. Tampoco se conoce uno mas á sí mismo ; porque un interior desconcertado no encuentra en eso mucho gusto : desvia de sí propio su atencion , y de ninguna cosa huye mas , que de pensar en conocerse.

¿ Pero esto ha de durar mucho tiempo ? Ciertamente no. La muerte se va acercando á largas jornadas. El alma separada del cuerpo verá á Dios , y se verá á sí claramente. A qualquiera parte que se vuelva no verá mas que esto : su juez y sus obras ; malas , ó buenas.

Verá á Dios. El mundo , y todo lo

que en él nos tiene presos, todo lo que nos embelesa, todo lo que nos divierte, todo lo que nos sirve de apoyo, de consuelo, y de recurso en el mundo, todo desapareció para siempre. Ya no hay negocios, ya no hay amigos, ya no hay paseos, ya no hay espectáculos, ya no hay diversiones, ya no hay noticias, ya no hay tertulias, ya no hay libros, ya no hay estudio: Dios y nosotros, nosotros y Dios: todo lo demás un horroroso desierto. Esta interior soledad, á la qual no queremos, ó (como nosotros decimos) no nos podemos acomodar, será entonces inevitable y necesaria. Hasta que llegue este tiempo, en vano nos dicen, y nos repiten sin cesar, que Dios es todo, y que la criatura en su comparacion es nada. O acaso no lo creemos, ó á lo ménos no lo comprendemos, ni lo percibimos, y procedemos poco mas, ó ménos, como si la criatura fuese todo, y Dios fuese nada. Por aquella y para aquella es toda nuestra estimacion, todo nuestro afecto, y todas nuestras atenciones, y to-

das nuestras ansias : para Dios nada, ó á lo sumo el desecho de nuestras fuerzas : apenas algunas breves oraciones, algunas reflexiones pasajeras, que no nos hacen la mas mínima impresion.

Pero al fin veremos y conoceremos á su tiempo. ¡O que espantosa mudanza! ¡Un gusano de la tierra solo, y delante de la Magestad de Dios! ¡Un espíritu fuerte, un incrédulo solo, y abismado en el resplandor de la verdad de Dios! ¡Un hombre distinguido, honrado, lisonjeado, cortejado, solo y sin defensa delante del poder de Dios! ¡Un pecador abominable solo, y precisado á sostener todo el peso de la santidad de Dios! ¡Que pasmo, que terror!

Del Rey Baltasar dice la Escritura, que á la primera vista de aquella animada mano, que escribia en la pared la sentencia fatal de su condenacion, prorrumpió en un espantoso grito; mudósele el color del semblante; apoderóse de su corazon un terrible espanto; conmoviéronse todas las entrañas; chocaban una contra otra las

piernas con el temblor. Débil imagen del pecador á su primera entrada en el otro mundo, y á la primera vista de su Juez.

¿Que pensaré yo entónces de todo lo que hice, y de lo que dexé de hacer ahora? ¿La memoria de lo que pude y de lo que debí ser, me consolará en el dolor de haber sido lo que fuí? *In illa die peribunt omnes cogitationes eorum.* Comenzaré entónces á formar nuevas ideas de todas las cosas. ¿Que es lo que entónces apreciaré únicamente? Ciertamente no mas que aquello que estima y aprecia la Fe. ¿Y que es lo que aprecia esta? Estimaré en mí lo que ahora estimo en los demas, quando me los represento en el tribunal de Dios, acompañados únicamente de lo bueno, ó de lo malo que hicieron: estimaré aquello mismo que algunas veces envidié en sus personas, y que me movió á exclamar: ¡*Quien fuera como estos!*

Luego lo erramos miserablemente, dirán entónces los pecadores llenos de confusion y de vergüenza: *Ergo erravimus!* Es cierto que yo creía, pero no

como veía. Luego todos vivimos muy engañados, y (digámoslo claramente) mas, ó ménos, todos padecemos alguna ilusion. Representándonos en la imaginacion la pintura mas viva de las cosas del otro mundo, que pueda formar la mas fuerte meditacion, pasaremos siempre de una especie de noche obscura y tenebrosa á la resplandeciente luz de un sereno y clarísimo medio dia. Estos grandes objetos solo hacen su efecto en el recogimiento y en el retiro. Amémosle, solicitémosle. Si la soledad nos causa tedio, acordémonos de que, mal que nos pese, hemos de venir á parar en ella, y acaso muy en breve.

Fuera de que la disipacion nos impide conocer bien á Dios; tampoco nos permite conocernos á nosotros mismos: ó á lo ménos hace que nunca nos conozcamos sino en general y confusamente. ¿Pero estamos acaso en la inteligencia de que ni Dios nos puede conocer, ni puede hacer que nosotros nos conozcamos de otra manera? Si esto es así, salgamos de ese error: *Ar-*

quam te , & statuam te contra faciem tuam. Con una sola ojeada verémos en Dios, como en un tersísimo espejo , la historia general de nuestra vida. Pero en esta historia general distinguiremos claramente hasta las mayores menuencias : ni la mas mínima se nos esconderá.

Hay en la Geografía cartas de diferentes especies. Haylas tan reducidas, que en un brevísimo espacio representan todo el Universo. Figúranse en ella las Ciudades mas numerosas con un solo punto , y muchas ni aun se figuran. Hay otras en que casi se pueden ver y contar todas las casas : y otras en fin de un plan tan dilatado y tan distinguido , que se pueden reconocer hasta los patios , las salas , y aun los rincones de las mismas casas.

Esto sucederá en el juicio. Desde el primer uso de la razon hasta el último suspiro de la mas prolongada vida se nos hará presente cada accion en particular con todas sus mas menudas circunstancias. Olvidémoslas , distraigámonos , disipémosos , no pensemos en

ellas. No importa : todas se nos traerán á la memoria , sin que la totalidad perjudique en nada á la extension de cada parte : pensamientos , que pasaron como un relámpago ; palabras , que se nos escaparon con la mayor velocidad ; acciones , que se hicieron casi sin reflexion ; omisiones , de que , por lo comun , no se hizo caso ; pecados ajenos , de que nosotros fuimos causa , ó con el consejo , ó con el disimulo , ó con el mal exemplo. Hasta en las mismas obras buenas , el fin con que las hicimos , la hipocresía disfrazada en devocion , la vanidad en misericordia ; el interes , el resentimiento y la emulacion en zelo ; el amor sensual en verdadero. Las circunstancias que echaron á perder el buen fin : comiézase bien , y acábase mal ; hácese lo que se quiere , y no lo que se debe ; domina el humor , el respeto humano y la ocasion. La accion es absolutamente buena ; pero se introduce el orgullo y la complacencia ; se juzga , y se condena á los que hacen ménos. El microscopio que abulta , y , por decirlo así , anato-

miza los objetos, no es mas que una imperfectísima figura de la luz, que Dios ha de añadir á nuestras luces naturales. ¿Que pensarémos de tantas culpas, comparadas sobre todo con la santidad de Dios, y con el otro cúmulo de gracias, igual en muchos al de sus innumerables pecados? No hablamos ahora de los pecados enormísimos; estos ya se ve que no se pueden fácilmente olvidar: *Arguam te, & statuam te contra faciem tuam.*

Se nos hace molesto vivir alguna vez con ciertas personas, que tienen muy en la memoria lo que nosotros tenemos ya olvidado, y nos pueden dar en cara con ello. ¡Que desconsuelo, que confusion, quando se quiere hacer una confesion general, haber de sufrir la vista, ó el repaso de una multitud innumerable de culpas, que, consideradas cada una en particular, nos habian parecido poca cosa! ¡Pero ay! que por mas que las desmenucemos, nunca será mas que uno de aquellos planes confusos, ó de aquellas cartas generales, de que hablamos poco ha.

Nunca digamos: esta no es mas que una falta. Esas faltas, acumuladas unas sobre otras, suman millones. Jamas dexes de hacer acto alguno de virtud, por pequeño que sea, para que el número de los actos virtuosos contrabalancee al de los defectuosos. No hay que asegurarnos con que el juicio está distante: la falta que cometieres hoy, no se tendrá ménos presente, ni será ménos condenada, ni ménos castigada, que si la hubieras cometido en aquel mismo día. No nos ocultemos nuestros pecados, ni las causas de donde provienen: no son menores, porque nosotros no queramos conocerlos; y Dios descubrirá, y hará patente toda su malignidad, por mas colores y artificios con que los pretendamos disfrazar. Velemos, oremos, humillémonos, perdónameos á los demas, no juzguemos nunca á otro: sobre todo sean sinceras y dolorosas nuestras confesiones. Aun así y todo, no nos librarémos de mucho temor, de mucha confusion, y siempre tendrémos harta necesidad de la misericordia de Dios, y de los méritos de Jesu-Christo.

§. II.

Vanos pretextos aniquilados en el justo tribunal de Dios. ¿Que responderá el pecador?

Ahora le lisonjea su orgullo. Conviene en que es flaco y miserable; pero no quiere convenir en que sea tan culpado, ni tan iniquo. Hácele ingenioso su pasión para justificar todas sus cosas, ménos quizá los pecados mas groseros, y aun estos los quisiera tambien excusar. Pero todos son mil frívolos pretextos, de que se admiran y se compadecen las personas tranquilas y desinteresadas. Mas entónces, no habiendo otro interes, que el de la verdad y el de la justicia, á sola la luz de la fe y de la conciencia se pondrán todas las cosas en su lugar.

De dos hombres que nos representa la Escritura dando cuentas á su Señor, el uno enmudeció á los cargos que se le hiciéron: *At ille obmutuit*: el otro quiso responder; pero por su misma boca se condenó: *De ore tuo te judico.*

¿Qual de las dos cosas es mas terrible? ¿ó no tener que responder á los cargos del Juez, ó no encontrar otros descargos, que los que justifican mas su propia condenacion? Pues uno de estos dos extremos nos ha de tocar.

¿Atreveráse entónces ninguno á decir, ni aun á pensar, que le faltó la gracia; que Dios le pidió cosas imposibles? Luego yo (le respondería el Señor) era un tirano, mis juramentos fuéron otros tantos perjurios, y mis promesas otras tantas ilusiones. ¿Y no estás bien desengañado ahora que me conoces? Pero aun ántes que me conocieras tan bien como me conoces ahora, ¿la idea sola de un Dios, que no puede ser sino la equidad misma, no era mas que bastante para desengañarte? ¿No te enseñó tu propia experiencia, que se puede vivir siempre que se quiere, ó que á lo ménos siempre se puede pedir y alcanzar la gracia para vivir bien? ¿Fuiste jamas fiel á los primeros auxilios, sin haber recibido un visible aumento de gracias y de consuelos? *At ille obmutuit.*

Mira si tienes otra cosa que alegar en tu descargo: *Narra si quid habes, ut justificeris.* Pero guárdate bien de alegar descargos, que te hagan mas delinqüente, y te condenen por tu misma boca: *De ore tuo te judico.*

Yo viví como vivia el comun: los mas de los hombres que conocí no eran mas arreglados, ni mas escrupulosos que yo. Y dime: ¿eso mismo no era bastante para que desconfiases de tu conducta? ¿Que otra señal mas clara te dí de reprobacion, que la de seguir á la muchedumbre? ¿No declaré expresamente, que el término del camino ancho, por donde entraban los demas, era la muerte eterna? *Lata via est que ducit ad mortem.*

Pero mi genio era tan ardiente, eran tan vehementes mis pasiones::: ¿Y por eso los habias de cebar y fomentar? Era tan flaco::: ¿Y por lo mismo te habias de ir á meter en la ocasion? ¿A que fin leer tantos libros frívolos y peligrosos? ¿A que fin tantas visitas inútiles? ¿A que fin acompañarte con aquellos que solo podian lisonjear tus

malas inclinaciones, y autorizar con sus exemplos y con sus consejos tu des-
acertada conducta?

Domináronme los respetos huma-
nos. ¿Que pensarian, que dirian de mí,
si me vieran devoto y reformado? Por
lo mismo te habias de declarar por la
virtud tan descubiertamente, que los
mismos respetos humanos te ayudasen
á no volver atrás, ni arrepentirte. ¡Con
que tú temias á los hombres! ¿Y que
mal te podian hacer? Pero no me te-
mias á mí, que podia perder para siem-
pre tu cuerpo y tu alma. Ahora lo ves
bien; mas era menester haberlo visto
ántes para remediarlo con tiempo.

Tenia tantas ocupaciones :::: eran
tantos los negocios que me embaraza-
ban y me robaban el tiempo :::: ¡Con
que ni tu salvacion, ni tu perfeccion
era para tí el grande, el importante,
el único negocio á que se debian pos-
poner todos los demas! ¿Todas las con-
veniencias y toda la importancia que
te figurabas en los otros no se compre-
hendia soberanamente en este?

Mi estado me obligaba á vivir con

el mundo:::: Pero su misma corrupcion te obligaba á vivir con él no mas que en quanto lo pidiese la necesidad, y previniéndote con infinitas precauciones.

Era todavía mozo:::: daba tiempo al tiempo, y esperaba otro mas oportuno para volver sobre mí, y para hacer penitencia:::: Pero quando yo dixes: *Velad, mirad que he de venir como el ladron, quando ménos se le espera;* ¿con quienes hablaba yo, sino con aquellos que viven mas descuidados, muy confiados en su edad, en su salud, y en su robustez? ¿Quantos mozos tan mozos como tú, y acaso tambien, quantos cómplices de tu maldad muriéron á tu vista, y casi á tu mismo lado? Aturdístete, pero no te enmendaste.

Veía á las criaturas y todo lo que en ellas me encantaba... No consideraba las verdades eternas, ni aun apénas las creía... Todo esto te constituía en una absoluta necesidad de vivir mas retirado y mas recogido, meditando cada dia con mayor cuidado aquellas verdades, que solo te podian hacer impresion, despues de largo tiempo, de

profundas y serias reflexiones. ¿ Por que te encargaban tanto, que te retirases á unos santos exercicios? ¿ Los hiciste alguna vez? ¿ Pero como los hiciste, y como te aprovechaste de ellos?

¡ Tristísimo estado! vuelvo á repetir. ¡ Verse uno precisado á callar, cubierto de vergüenza y de confusion, ó á confesar que es culpado, que es verdad todo lo que se le imputa, y que sus descargos solo pueden servir para justificar mas su condenacion! Pues considerémoslas ahora como infaliblemente nos han de parecer entónces, y no como nos parecen al presente, ni como pueden parecer á otros, que no son mejores Christianos, ni mas fieles que nosotros.

§. III.

Desórden condenado segun toda su extension, y segun toda su malicia en el severo tribunal de Dios. A quien recurrirá el pecador.

En este mundo muchas veces es absolutamente imposible la exácta pro-

porcion entre la satisfaccion y la ofensa. Es condenado un reo á la horca, al cuchillo, ó á la hoguera por haber dado veneno, robado, ó asesinado á dos, ó á tres personas. ¿Que mas se pudiera hacer con él, si hubiera quitado la vida á dos mil?

En otros tiempos por dos años y aun mucho ménos de una vida desareglada imponia la Iglesia penitencias públicas, que habian de durar hasta la muerte. ¿Que mas podia pedir por cincuenta años de la vida mas abominable y escandalosa?

En el tribunal de la confesion se pueden contar los pecados del penitente hasta cierto número: en pasando de ahí todo lo demas es un caos impenetrable. Impónensele todas las penitencias que se pueden, y por todo el tiempo que él las pueda cumplir. A esto se reduce toda la proporcion que se puede imaginar en este género.

Pero en el tribunal de Dios será exâcta, será exâctísima la proporcion. El pecado grave será castigado como pecado grave; el mas ligero no se que-

dará sin castigo, y el infeliz condenado distinguirá en la intension de sus tormentos el grado preciso que corresponde á cada una de sus culpas, y á cada una de las circunstancias que la acompañaron.

Así pues se engañan mucho aquellos que se echan esta cuenta: si me he de condenar por un pecado mortal, quiero condenarme por mil. Nace este engaño de que acá entre los hombres con un mismo suplicio se castiga á un gran facineroso, y á otro que no lo es tanto. Delante de Dios no es así. Es cierto que por lo que toca á la duracion es igualmente eterna la pena de todo pecado; pero en su intension y en su vivacidad tiene límites mas, ó ménos estrechos, segun fué mas, ó ménos grave, mas, ó ménos multiplicada la culpa. El infierno del Cristiano, del Sacerdote, del Religioso, y el infierno de Judas no es el mismo, que el del Gentil: el del hombre profano, y el de un hombre del mundo no es el mismo, que el de Coré y Aviron, ni el de Herodes, ó el de An-

tíoco. Comparado el uno con el otro apenas se puede llamar infierno.

Guardémonos pues de multiplicar culpas con esa seguridad: todo será castigado en la otra vida con la última precision: *Usque ad novissimum quadrantem*. Nunca nos debemos cansar de repetirnos esto mismo. ¿Pero se concibe bien lo que se quiere decir en esto? ¿Se proporciona la satisfaccion, en quanto es posible, á las culpas que se cometen? ¿No se da oidos al amor propio? ¡O, y que engañados nos hallarémos! Persuadámonos bien á esta verdad.

Pero ya si á lo ménos quedara alguna esperanza de remedio. El reo condenado por jueces subalternos espera alguna gracia, alguna moderacion en la pena de un tribunal superior. Pero el que fué condenado por Dios, ¿á quien apelará, sino que sea de Dios irritado á Dios misericordioso? *Quid dicam? aut quid respondebit mihi, cum ipse fecerim?* Pero ya no hay lugar á la misericordia: comenzó el reynado inmutable, inflexible y eterno de la mas rigurosa

justicia : *Non miserebor amplius.*

Clamarán entónces contra el infeliz pecador las llagas del Salvador : *Sanguis fratris clamat ad me.* Angeles de Guarda , Santos Patronos , María , Abogada y refugio de pecadores , no os hallaréis presentes á este juicio particular. Pero aunque os hallárais ¿no es así que lavaríais vuestras manos en la sangre del culpado ? ¿No es así que le insultaríais en su miseria ? ¿No es así que alabaríais á Dios , porque al fin se habia hecho justicia á sí mismo ? *Lætabitur justus , cum viderit vindictam : lavabit manus in sanguine peccatoris.*

Quedará pues el hombre solo , sin mas compañía que el bien , ó lo bueno que hubiere hecho. ¿Pero si lo bueno es ménos que lo malo ? ¿Si su penitencia fué defectuosa ? Es hombre perdido , y perdido para siempre. ¡Hombre perdido para siempre ! ¿Se ha considerado bien esto ? *Intellexistis hæc omnia ?* No ciertamente. ¿Pero se considerará en adelante ? Puede ser que mucho mas que hasta aquí. Miétras tanto la vida se pasa , y el dia de aquel juicio claro,

justo , terrible , formidable quizá será esta noche , y acaso dentro de una hora. ¡Y habrá quien pueda ocuparse en sus vanidades! ¡Y habrá quien pueda estar tranquilo ni un solo momento!

PUNTO II.

Del juicio universal.

¿A que fin el juicio universal, quando se acaban los siglos , ademas del juicio particular de cada uno en el mismo instante de la muerte?

Dexemos las razones comunes que saben todos. La necesidad de reparar las injusticias que se cometieron contra el Salvador , no solo durante su vida mortal , sino por largo tiempo despues : la gloria que se debe á los justos , á proporcion de lo mas , ó ménos que fuéron desconocidos en esta vida ; por el contrario , la confusion que merecen los malos , especialmente los que fuéron hipócritas y perversos : perversos y al mismo tiempo dichosos en este mundo. Dexemos , vuelvo á decir,

estas razones generales, y meditemos otra, que nos toca mas de cerca, de la qual por consiguiente sacaremos mas provecho.

Regularmente nos pretendemos justificar á nosotros mismos por via de comparacion y de cotejo. Tenémosnos por bastantemente buenos, ó á lo ménos no nos consideramos tan malos, careándonos con otros, que nos parecen peóres. Celebrarásé pues un juicio universal, en que por la misma via de comparacion, careándonos con infinitos otros, nos hallarémós tambien condenados, y absolutamente inexcusables. Compararásnos entónces Jesu-Christo, lo primero, con los que, no habiendo recibido la gracia del Christianismo, fuéron ménos viciosos que nosotros: estos serán una multitud de Gentiles. Lo segundo, con los que dentro del Christianismo no tuviéron mas auxílios que nosotros, ni de otra especie que los nuestros, y algunas veces tuviéron ménos, sin embargo de lo qual fuéron perfectos, é irreprehensibles Christianos: estos serán una multitud de fieles.

§. I.

Comparacion con multitud de Gentiles.

De aquellos que, sin ser Christianos, fuéron ménos viciosos que nosotros. Digo *sin ser Christianos*, porque si hubiera rayado en ellos la luz de la fe, si Tiro y Sidon hubieran visto las maravillas que se obraron en Cafarnaum y en Bethsaida, hubieran creído, y entónces, dice el Salvador, hubieran hecho penitencia, cubiertos de ceniza, y vestidos de silicio. Muchos se hubieran convertido y serían santos. Podemos formar concepto de esto, por la virtud de tantos Christianos de las Indias y de el Canadá, de que hacen mencion las historias y las relaciones. Pudiéramos entónces decir con aquel antiguo: *Vidi Christianos: ego non sum Christianus.* ¡O América! allá te volvemos tu oro y restitúyenos tú nuestros Christianos.

Pero aun considerándolos sumergidos en sus funestas tinieblas, y abandonados de Dios, si muchos Gentiles

no fuéron virtuosos , fuéron á lo ménos, no tan viciosos como muchos de nosotros. Ménos murmuradores , ménos falaces , ménos disimulados , ménos vengativos , y acaso tambien ménos impúdicos ; En quantos de ellos se encontró siempre mas buena fe , mas compasion , mas desinteres y mayor rectitud ! ¿ Quien puede leer el moral de Platon , de Sócrates , de Ciceron , de Epitecto , y de Confucio , sin confesar que si se observase bien , mudaría mucho de semblante el Christianismo ?

¡ Mas ay ! que alguna vez se encuentra entre nosotros tan poca honradez , tan poca virtud , aun puramente moral , sin embargo de ser esta la única cosa de que freqüentemente nos preciamos :::: Esto nace de que en llegándose á despreciar la Religion y la fe , se tarda poco en despreciar la razon y la justicia.

Dice Jesu-Christo que en el dia del juicio se levantarán los Ninivitas contra los Judios , y los condenarán : *Surgent Ninivitæ in iudicio adversus generationem istam.* ¿ Y que otra cosa podrán

decir contra ellos, sino lo que decia un Iroques al Gobernador de Canadá? como lo refiere un Misionero, *que la codicia de los Franceses habia introducido la embriaguez entre los Salvages, y con la embriaguez todos los demas vicios.* ¿Que podrán decir, sino lo que dicen los Indios de tierra adentro, con vergüenza de los Europeos que habitan las costas para justificar el odio que los tienen?

¡Formidable conclusion del Salvador! ¿Y quien mejor que él sabrá lo que ha de pasar en el dia del juicio? *Remissius erit Sodome.* Siendo Sodoma una Sodoma, será con todo eso ménos castigada que un mal Christiano. ¡Con quanto ménos rigor sería tratada, si solo se la pudiese acusar de pecados comunes y ordinarios! ¿Pues con quanta severidad será castigado el Christiano que imitó las infamias de Sodoma?

§. II.

Comparacion con una multitud de Fieles.

De aquellos, que no habiendo teni-

do mas gracias, ántes bien, habiendo tal vez tenido ménos auxilios que nosotros, con todo eso fuéron Christianos perfectos é irreprehensibles.

Gracias al Señor, todavía es bien crecido el número de estos, á pesar de la corrupcion de nuestro siglo. ¿Quantos conocemos nosotros mismos dentro de nuestras familias, y tambien entre aquellos que la casualidad nos ha dado á tratar y á conocer? ¿Quantos que en el espacio de ocho y de quince dias apenas se encuentran en sus confesiones materia para la absolucion? Almas profundamente recogidas en medio del tumulto y de los negocios del siglo. Devociones arregladas, humor siempre igual, constante agrado y apacibilidad con el marido, con los criados, con los hijos, con una numerosa familia. Almas desasidas de todo en medio de las riquezas y de la abundancia: no tienen cosa suya, cercenan hasta lo mas necesario, para tener mas con que socorrer á los miembros de Jesu-Christo. Almas superiores á todos los respetos humanos, á pesar de la corrupcion casi uni-

versal, que desprecian generosamente los dichos y las insulseces del mundo flaco y libertino. Almas tranquilas y resignadas en medio de las mas terribles pruebas, en las enfermedades habituales, en la extrema necesidad. Almas sencillas, dóciles, rendidas penitentes, sin haber cometido grandes pecados, mortificadas debaxo del oro y de la seda, que visten á su pesar.

En presencia de estas y á vista de una nube tan espesa de testigos, ¿tendremos valor para alegar nuestras frívolas excusas? Tenia muchos negocios: era joven: sentía muy vivas mis pasiones: arrastrábame el mal exemplo: faltábanme gracias y auxílios. ¿Pero nosotras, responderán ellas, tuvimos mas, ni tuvimos otros que tú? No fuimos lo mismo que tú fuiste? ¿Quién te quitó á tí ser lo que nosotros fuimos? ¿No podias tú lo que pudimos nosotros? *Non poteris quod isti, & illæ?*

Mas porque el número de estos fieles no es ciertamente el mayor, acaso se pone los ojos en la multitud innumerable de pecadores, y en esto es-

triba la confianza. Pues de su misma conducta sacará Jesu-Christo en el juicio universal una comparacion de otra especie, que no será menos eficaz para confundirnos. Veamos, pues, dirá entónces, y consideremos lo que hicieron y padecieron por el mundo y por dar gusto á sus pasiones. Soldados de mi milicia, ¿por que no hicisteis vosotros otro tanto por mi gloria? Lo que estos hicieron por su Príncipe, por su patria, por sus ascensos; lo que aquellos imaginaron y discurrieron para vencer la constancia de la criatura, para reducirla á sus torpes, á sus violentas sollicitaciones; lo que sacrificaron tantos otros por hacer una apariencia de fortuna: dime Christiano, ¿por que no lo hiciste tú por agradar á Dios y por ganarle el corazon? Mas trabajo los costó á ellos el perderse, que á tí te hubiera costado el salvarte.

Pero acaso dirá alguno: ¿y que se me dará á mí de esos cargos en el juicio universal, como haya salido bien de el particular? Y si en este salí condenado á los infiernos, ¿que me importa

todo lo demas? Eso es haberse olvidado de las grandes razones que tenemos, para temer que el juicio particular nos sea contrario, y para creer que en el universal ha de hacer Dios que padezcamos la mas horrible confusion. Si esto no fuera así, ¿á que fin clamarán los infelices condenados, dando gritos á los montes y á los peñascos para que caigan sobre ellos y los sepulten?

Comparémonos, pues, desde ahora con aquellos, con quienes Dios infaliblemente nos ha de comparar; y no vivamos tranquilos, mientras en estas mismas comparaciones no encontremos justos y sólidos motivos, para estar satisfechos y esperar misericordia. Nunca se me viene á la imaginacion (decia San Gerónimo) el sonido de aquella fatal trompeta: *levantaos muertos, y venid á juicio*, que no se me ericen los cabellos, y no se me yeje de espanto el corazon. Mas á la mayor parte de los hombres hace poca fuerza aquello, que consideran todavía muy remoto de ellos. No pueden persuadirse á que

no han de morir ; pero estan persuadidos á que no ha de ser tan presto, y sobre este pie viven como si nunca hubiera de llegar la muerte. Librémosnos de tan peligrosa ilusion. Acaso nos espera esta misma noche este juicio tan terrible. Trabajemos pues en nuestra salvacion con temor y con temblor : *Cum timore & tremore salutem vestram operamini.*

MEDITACION II.

El Salvador en poder de los Judíos. Del sacrificio que hizo, por lo que tocaba á sus amigos.

Aun quando solo se considere á Jesu-Christo como puro hombre, ó puramente como tal, siendo tan amable y tan digno de ser amado como era, no podia ménos de tener muchos amigos. Todo el mundo sin excepcion le hubiera amado, si su mismo mérito no hubiera hecho sombra á muchos, excitando su emulacion y su envidia.

De este número de amigos y de dis-

cíbulos que tenia , uno le vendió con la mas infame traycion ; casi todos le abandonaron cobardemente , y solo algunos pocos le siguieron , ó no le perdieron de vista desde su prision hasta su muerte. ¡ Quanto tuvo que sufrir de estas tres especies de amigos ! Amigos pérfidos , amigos flacos é inconstantes , amigos constantes y generosos. Veámoslo y esforcémonos á la imitacion.

PUNTO PRIMERO.

Lo que Jesu-Christo padeció de los amigos pérfidos.

U no de sus Apóstoles , es decir , uno de sus mayores amigos (por lo ménos lo debia ser , y con efecto lo habia sido por algun tiempo) Judas fué el que le vendió y le entregó en manos de sus enemigos. Era su comensal , confidente de sus secretos , honrado con su confianza , habiéndole hecho depositario de las limosnas que le contribuían , y sin embargo nada de esto bastó para contenerle.

¿Haríasenos creible su perfidia, si nosotros mismos, despues de tantas luces, y habiendo recibido tantos favores, no le imitáramos muchas veces en la maldad y en la ingratitud, descargando mortales golpes sobre Jesu-Christo, y vendiéndole con beso de paz, ¿ó si la Historia no nos presentára cada dia semejantes vergonzosos exemplos de amigos colmados de beneficios, que al cabo son los delatores, los acusadores, y los instrumentos que traman la pérdida de su insigne bienhechor?

¡Y quanto sentiria Jesu-Christo esta alevosa traycion! Ya lo declaró él mismo por la boca del Real Profeta, quando dixo: *Si me hubiera calumniado un enemigo mio, no me quejaría; ó si me hubiera declarado una guerra abierta, ya me libreria de sus golpes.* ¡Pero tú, á cuyo cargo habia puesto yo mis intereses; tú, que eras uno de los Caudillos de mi Iglesia; tú, que habitabas conmigo debaxo de un mismo techo; tú, que comias á mi propia mesa! ¡Ah! esto me llega al corazon y es una alevosía verdaderamente insoportable.

Ninguna cosa lisonjeaba mas al odio de los Judíos, que el ver, no solo á Jesu-Christo entre sus manos, sino que esto hubiese sido por ministerio de uno de sus mismos Apóstoles. Esto era lo mismo que acreditarle de un perverso Maestro, de un embustero, y que habiéndole reconocido por tal sus mismos Discípulos, eran los primeros en pedir justicia. ¡Quanto sentiria el Salvador esta afrenta! Pero aun vendido de esta manera, y perfectamente instruido de su pérfido contrato, ántes que le hubiese puesto en execucion, ¿como se portó con él el benignísimo Maestro?

Lo primero, le trató del mismo modo que á todos los demas Discípulos, sin hacer con él demostracion alguna, que le pudiese desacreditar. Admitióle á su mesa pocas horas antes que efectuase la venta; lavóle los pies, y le dió á comer y á beber su cuerpo y sangre, como á todos los demas. Lo segundo, le dió á entender que sabia muy bien lo que andaba tramando; y porque Judas no creyese que lo decia

por meras sospechas, ó por simples conjeturas, claramente le significó (sin que los demas lo advirtiesen) que él era el que le habia de vender.

Lo tercero, al mismo tiempo que le dió el traydor beso de paz, no le recibió con desabrimiento, ni con aspereza, ántes le trató de amigo, para que reconociese su culpa: *Amice, ad quid venisti?* Lo quarto, quiso que cayese atemorizado en tierra con los Soldados y con la chusma que venian á prenderlo, para probar si hacia el miedo y el espanto, lo que no habia podido obrar el amor, ni el reconocimiento. Sirvanos este exemplo para saber como nos hemos de portar con Jesu-Christo y con nuestros amigos.

Con Jesu-Christo. Excusémosle el dolor de que vea en nosotros almas pérfidas y traydoras. Desconfiemos de todas las pasiones, que nos puedan conducir á tan desdichados extremos. Ninguna hay tan flaca en su principio, que con el tiempo no pueda llegar á tan lastimoso punto.

Si ha sido tanta nuestra desgracia,

que hemos tramado, ó andamos tramando la guerra contra Jesu-Christo, por lo ménos no añadamos á la culpa la audacia, la impiedad y el sacrilegio. Entra el demonio con el cuerpo del Señor en el alma del Christiano, que indignamente le recibe: *Cum introisset Satanas in Judam*. En nada repara el que una vez se dexó poseer de su mal espíritu.

Con nuestros amigos. Nunca contemos seguramente con ninguno de ellos. El hombre es por su naturaleza viciada inconstante, malo y propenso á la traycion. De ninguno suele ser mas furiosamente aborrecido, que del que fué mas tiernamente amado. La pasion que es desmedida en el amor, no guarda medidas en el aborrecimiento. Nunca pues, confiemos á otro cosa alguna, que con el tiempo nos podamos arrepentir de habérsela confiado. Vivamos con ellos como si algun dia hubiesen de ser nuestros mayores enemigos. Esto no quiere decir que hayamos de ser suspicaces y desconfiados, tratándolos con rezelo, con simulacion y con ar-

tificio; solo significa que debemos proceder con tanta rectitud, con tanta pureza y con tanta edificacion, que nunca temamos el ser conocidos de los demas por lo que verdaderamente somos. Nada tuvo Judas que decir contra Jesu-Christo, aunque estaba tan arabiado con él. Por el contrario, quando volvió sobre sí de su ciega pasion, confesó públicamente, y fué el primero en confesarlo, que el Salvador era hombre justo, y que él le habia vendido por pura codicia.

Jamas nos admiremos de vernos vendidos por aquellos mismos que mas nos debieran ayudar. Así fué en todos los siglos. San Pablo se queja de esto mas de una vez. Entre los peligros que corrió cuenta el de los falsos hermanos: *Periculis à falsis fratribus.*

Pero en semejantes ocasiones, á los amigos que se hicieron enemigos, los debemos tratar con tanto agrado, que los dé lugar á conocerse, si son capaces de eso. No todos son, ni pueden ser tan obstinados como Judas. No los abandonemos hasta que Dios los haya

absolutamente abandonado. Nunca han de ver en nosotros demostracion que huela á cólera : á lo mas algunas reconvenciones amistosas : *osculo me tradidisti?*

PUNTO II.

Lo que Christo padeció de los amigos flacos , é inconstantes.

Lo primero , apenas se vió en poder de los Judíos , quando todos los Apóstoles se pusieron en fuga. ¿Son estos aquellos mismos hombres que pocos momentos antes protestaban y juraban que no le habian de abandonar , aunque supiesen morir á su lado ? Si algunos le siguieron despues , fué puramente por la curiosidad de ver en que paraba aquella tragedia : *ut videret finem.*

Lo segundo , el que mas juramentos habia hecho de serle fiel hasta la muerte , no se contentó con negarle , sino que juró por tres veces , que no tenia la mas mínima conexi6n con él , que no le iba , ni le venia en nada de lo que le tocaba.

Pregunto: ¿por lo regular es mas constante nuestra adhesion á Jesu-Christo? ¿Es menester para desviarnos de él que nos amenacen con prision, ni con malos tratamientos?

Quizá habrá pocos dias que le juramos una inviolable fidelidad. ¿Y quanto durarán estos propósitos? ¿No será muy posible que el que mas promete, sea el que ménos cumple? Alguno vendrá á sorprehendernos: nos preguntará que á que fin es esta gran reforma, y no tendremos valor para responderle, que ya somos enteramente de Dios, y que lo queremos ser toda la vida. Una conversacion ociosa, un paseo alegre bastará para entibiarnos; y acaso acaso al primer acometimiento renunciaremos todas las promesas que hemos hecho á Jesu-Christo.

Pues á lo menos aprendamos en nuestra misma inconstancia con Dios, á no fiarnos de aquellas protestas, de aquellos juramentos que nos hacen de una eterna amistad. Puede ser que no haya muchos amigos que sean pérfidos y traydores; pero es bien cierto

que hay muchos ménos que no sean inconstantes y mudables. Estos quieren que siempre se les defienda en todo, y contra todos, aunque muchas veces sea contra toda razon y contra toda justicia; sin eso á ninguno reconocen por amigo.

La resolucion debe ser no amar á persona alguna, ni ligar amistad que no sea por Dios y segun Dios. La dulzura de una amistad puramente natural por lo comun, solo suele producir amargos sinsabores; mas por lo que toca á Dios y á los intereses de Dios, debemos hacer todo quanto esté en nuestra mano para conservar, ó para solicitar que vuelvan á la antigua amistad nuestros amigos. Entónces no debemos reparar en dar nosotros el primer paso: *Respexit Dominus Petrum*. Siempre que quieran volver á ella, debemos estar dispuestos á recibirlos bien, y á tratarlos como si nada hubiera pasado. No sabemos que Christo despues de su resurreccion hubiese hecho el mas mínimo cargo á sus Discípulos, ni que los hubiese dado la menor que-

ja, ni la mas ligera reprehension. Si alguna vez nos abandonan nuestros amigos, compadezcámonos de que son hombres, y no nos quejemos de que son ligeros é inconstantes. Estimémoslos como antes. Aunque ninguno habia ofendido mas á Christo que San Pedro, no por eso dexó de hacerle y declararle por Cabeza visible de su Iglesia. Hagamos gran diferencia entre el amigo pérfido ó alevoso, y entre el cobarde y el tímido. ¿No nos recibe el Salvador tantas veces, quantas nos volvemos á él verdaderamente arrepentidos? Pero vuelvo á repetir que nunca amemos sino por Dios, y segun Dios á unas criaturas, que por sí mismas de ninguna manera son amables, siendo de tan poca solidez y de tan poca constancia.

PUNTO III.

Lo que Christo padeció de los amigos constantes y generosos.

Hablamos de su Santísima Madre, y de aquellas almas virtuosas, que ha-

biéndole acompañado en el discurso de su predicacion, le siguieron tambien en su dolorosa pasion por las calles de Jerusalén, hasta que espiró en el Monte Calvario. Hablamos de aquel amado Discípulo, que no se apartó del pie de la Cruz hasta que le vió espirar.

Sin duda que tuvo Christo un gran consuelo en ver el valor y la fidelidad de estas generosas almas, que ni se acobardaban, ni se escandalizaban al verle reducido á tan lastimoso estado. Mas por otra parte ¡que dolor fué el suyo al considerar la desolacion en que los dexaba, sin que estuviese ya en su mano el condescender con lo que tan ansiosamente deseaban, que era el que baxase de la cruz y no muriese!

Olvidóse de sí mismo por acordarse de ellos. Encargó el cuidado de su Madre á San Juan, y el de San Juan á su Madre. Reservó consolar á los demas, ántes que á otros, despues de su resurreccion. Pero en todo caso se mantuvo firme en no conceder por entónces cosa alguna á sus deseos con-

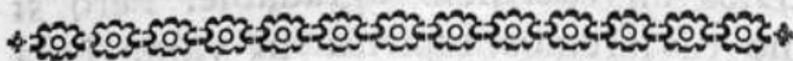
tra los decretos de su Eterno Padre.

A este mismo modo compadezcámonos de aquellos amigos, que padecen por nuestros trabajos: merécelo muy bien su generosidad. Agradecemos la parte que se toman en nuestros disgustos y en nuestras desgracias. Pudieran hacer lo que otros muchos; dexarnos padecer y no pillar fastidio por trabajos ajenos.

Pero, ni un falso reconocimiento, ni una mal entendida compasion, deben jamas hacernos olvidar de lo que debemos á Dios, á nuestra conciencia, y á nuestra salvacion. No pocas veces los verdaderos amigos, los amigos finos y constantes son para nosotros mas peligrosa tentacion, que los pérfidos y los ligeros. Estos con su mal proceder nos enseñan á tratar al mundo con desprecio; aquellos nos estrechan mas con él, y nos lo hacen amable por sus bellas qualidades. Si nos dan un consejo no tan bueno, es muy dificultoso no seguirle.

Sería muy de desear que de esta especie de amigos pudiésemos hacer á

Dios un sacrificio agradable. Pero si no tuviéremos espíritu ni valor para tanto, á lo ménos nunca tengamos por amigos á los que no lo fueren de Jesu-Christo. Constancio Cloro, padre del gran Constantino, aunque era Gentil, no admitia en sus Tropas por Oficial á Christiano alguno, fuese quien fuese, á quien considerase capaz de negar la Religion que profesaba. No amemos pues nosotros á los que no hacen escrúpulo de ser infieles á Dios, porque igualmente lo serán tambien á nosotros; ó por mejor decir, porque en breve tiempo nos harán semejantes á ellos. Si somos amigos de Jesu-Christo, pensará en nosotros desde el ara de la Cruz; en el Trono de su justicia nos tratará como tales. Esta amistad nos resarcirá con ventajas la falta de las demas. Nunca nos debemos cansar de repetir aquellas bellas palabras de Santa Teresa: no temo la muerte; porque despues de ella tendré por Juez á aquel Señor, á quien amé toda la vida.



D I A V.

MEDITACION PRIMERA.

Del infierno.

La muerte en pecado, y el tremendo juicio de Dios, que se sigue á ella, serian mucho ménos terribles, si no hubiesen de parar en el infierno; pero han de parar en él. ¿Y que cosa es infierno? Para comprehenderlo bien, considerémos en esta meditacion quales son las penas del infierno, y que viene á ser la eternidad de estas penas.

PUNTO PRIMERO.

De las penas del infierno.

¿Quales son en linea de mal las penas del infierno? Lo primero, un fuego devorador: lo segundo, un Dios enemigo: lo tercero, un gusano roedor.

§. I.

Un fuego devorador.

En el lugar mas profundo y mas obscuro de la tierra hay una especie de dilatadísimo estanque de azufre y de betun encendido por el soplo de todo el poder de Dios, dice San Juan en el Apocalipsi, donde serán sumergidos vivos todos los que mueren en desgracia del mismo Señor: *vivi missi sunt in stagnum ignis ardentis sulphure*. No dice el Apostol que nadarán los réprobos en la superficie de este estanque, sino que serán sepultados y como abismados en lo mas profundo de él. De suerte, que encima de sí, debaxo de sí, á los lados y por todas partes tendrán como un inmenso mar de materias inflamadas. En un momento se insinuará aquel fuego por todos los conductos de su cuerpo, hasta las mas íntimas medulas, y estará el infeliz condenado tan penetrado de él, como lo está el hierro y el vidrio en el horno del artífice. Ya no es un hombre

de carne, es un hombre de fuego.

¿A que cosa compararemos este atrocísimo suplicio? ¿A los dolores de las enfermedades mas agudas? ¿Al dolor de los mas crueles tormentos? Ningunos hay que no se puedan sufrir por algun instante, y á veces por considerable tiempo, sin que el paciente se desespere. Mas á la primera impresion del fuego, sale un hombre fuera de sí, grita, exclama, rabia, se desespera y se agita en contorsiones de un furioso, ó de un endemoniado.

Así, pues, quando se compara el fuego del infierno á todos los males imaginables de esta vida, solo es para decirnos: ¿quisieras exponerte á caer en el infierno, aunque el infierno no fuese mas que un dolor de la gota, un cólico violento, el tormento del potro, ó de la catasta? Porque en la realidad es cosa muy diferente, y nada de esto puede entrar en paralelo con el infierno. Todo hombre de juicio responderá que no.

Pero es de advertir que todas estas propiedades convienen al fuego del

infierno precisamente en quanto fuego; pues en quanto es fuego del infierno tiene otras muy distintas. ¿Que fin tuvo Dios en encenderlo? Hacer ostentacion de su justicia con tanta magestad, como la hizo de su misericordia, quando se hizo hombre y espiró por nosotros en un afrentoso madero. Tomar una venganza de la culpa proporcionada en algun modo á su propia grandeza y á la injuria que hace á su infinita Magestad nuestro desprecio. Reparar la profanacion de su divina sangre y el abuso de sus gracias, cuyo valor es el mismo, que sacrílegamente menosprecia, pisa y ultraja el pecador. En una palabra: así como ni en el orden de la naturaleza, ni en el de la gracia, nada hizo Dios que no fuese digno de él, que nos crió y nos redimió como Dios; que nos prometió el premio y la gloria como Dios; así tambien ha resuelto castigar á sus enemigos de una manera, que sea verdaderamente digna de todo el poder de Dios.

En las operaciones de Dios, que se

llaman ad extra, hay tres géneros de grados ó de esfuerzos, que explica diferentemente la Sagrada Escritura. En unas obra el dedo de Dios: *digitus Dei est hic*; este es el primero: en otras su mano: *dextera Domini fecit virtutem*; este es el segundo. En otras todo su brazo: *fecit potentiam in brachio suo*; este es el tercero. Este último esfuerzo se aplicó á la obra de la Redencion, y el mismo se puede aplicar al castigo de los réprobos. De aquí nace en el fuego del infierno aquella virtud que tiene, no solo para atormentar los demonios y las almas separadas, siendo así que son espíritus; no solo para conservar los cuerpos al mismo tiempo que los despedaza; sino para aplicar su actividad á cada condenado, con cierta especie de reflexiön y de discernimiento, proporcionado á la naturaleza y á la gravedad de sus culpas: *ignis inquisitor*.

Allí pues están ya encerrados todos los hombres, que han muerto en desgracia de Dios desde el principio del mundo. Allí estarán ya muchos cono-

cidos nuestros, muchos amigos, y acaso tambien muchos cómplices de nuestros pecados. Allí tambien debiera yo mismo estar treinta ó quarenta años ha, desde el primer pecado que cometí, si Dios no me hubiera tratado segun su gran misericordia. Desde aquella primera culpa, quizá habré cometido mas de las que bastarian para precipitar en los infiernos á muchos millares de almas. Allí seria acaso yo precipitado en este momento, si Dios me quitara la vida de repente.

¿Pero creí que habia infierno? ¿Comprehendí que cosa era infierno? ¿Tuve miedo al infierno? Si no lo creí, si lo dudé desde luego, puedo abjurar mi Religion y mi Bautismo. El que niega, ó el que duda de la palabra de Jesu-Christo en un solo artículo del Evangelio, niega toda la Religion. Por ventura pudo permitir Dios que su mismo Hijo me engañase en un punto tan capital, y autorizar su mentira con los mismos milagros que confirman las demas verdades reveladas. ¿No nos anunciaron los Apóstoles despues de su

Maestro este dogma formidable igualmente que los demas? ¿No le sellaron los Mártires con su sangre?

Créese que hay infierno: pero no se comprehende lo que es. ¡Ah! ¿y quien tendrá la culpa de que no se comprehenda, y aun de no hacer algunos débiles ensayos para conocerle? Vamos con espíritu de fe adonde conduce á tantos la curiosidad, esto es, á aquellos hornos donde la habilidad del artífice encontró el secreto de fundir los metales y las piedras: metámonos con la consideracion en lo mas profundo de aquellos abrasados y voraces remolinos: en un instante se derrite y desaparece todo quanto se arroja en ellos. Digámonos entónces: esta será mi habitacion, y el lugar de mi reposo por toda la eternidad. Si persevero en mi mala vida, no he de tener otro: *hæc requies mea in sæculum sæculi.*

Dirás acaso: yo haré penitencia, y así temo poco el infierno. ¿Pero hubo alguno en aquella inmensa multitud de condenados, que no hubiese dicho otro tanto? Todos se condenan, lisonjeán-

dose de que no se han de condenar. ¿Y que es menester para caer en aquel abismo con tantos otros? No mas que un solo pecado mortal, y morir en ese pecado. ¿Pero es cosa tan dificultosa el cometer un pecado? ¿Es cosa tan extraordinaria el que sorprehenda la muerte? ¿Y será tan facil la penitencia á quien no teme mucho el infierno?

§. II.

Un Dios enemigo.

Si un condenado pudiera amar á Dios, el infierno con ser infierno seria para él un suplicio tolerable. Parecia insensible el Martir San Lorenzo sobre los carbones encendidos, y es que era mas encendido su amor. Siendo el Purgatorio tan terrible, con todo eso á ninguno desespera. Pero volverse á Dios en medio de un insoportable dolor, y en lugar de aquellas dulces palabras, que responde de ordinario á los clamores de los afligidos: *ten paciencia, yo lo quiero así, yo lo dispongo todo, yo*

lo premiaré todo á su tiempo ; no oír mas que estas formidables voces : ¿ por que me llamas tu Dios ? Llámame tu enemigo, tu tirano, tu verdugo , si quieres darme esos nombres ; lo soy y quiero serlo eternamente tuyo. Este sí que es un suplicio completo, un suplicio fiero ; en una palabra , esto es infierno.

La enemistad de Dios lleva tras de si la de las criaturas. Todas fuéron criadas para nosotros , y todas se volverán contra nosotros : *armabit creaturam ad ultionem*. Job , desamparado de Dios en la apariencia , es una viva figura de este tristísimo estado. Muger , criados , amigos , dependientes y demonios , todos le fuéron contrarios : hasta él mismo se hizo ingenioso para atormentarse á sí propio : *factus sum mihi metipsi gravis*. No hay pues que esperar en el infierno alivio, ni consuelo alguno de ninguna parte, ni de ninguna persona , sea la que fuere : no hay que esperar descanso , ni compasion , ni palabras dulces , que nos animen y nos desahoguen. El Rico avariento se volvió á Abraham para que

le refrigerase con una sola gota de agua: y aquel amoroso Padre de todos los infelices, no tuvo para este mas que unas entrañas de bronce. No solo le negó lo que le pedia, sino que á la negativa añadió el insulto. No pudiendo los demonios vengarse de Dios, porque está muy superior á ellos, se vengarán en sus imágenes. ¿Que mas? En fin los cómplices del infeliz condenado, que en otro tiempo fuéron sus mas tiernos amigos, serán entónces sus mas implacables enemigos. ¡Desventurado de tí! le dirán ellos, tú fuiste el que me condenaste con tus consejos, con tus sugerencias y con tus exemplos. Mi consuelo es tenerte siempre á mi lado, para quejarme amargamente de tí por toda la eternidad.

¡Que ocupacion! ¡Que tormento, así del cuerpo, como del ánimo! porque no debemos olvidar el uno, quando meditamos el otro. Que el fuego nos atormente mas que la pérdida de Dios y la persecucion de todas las criaturas, pase; pero juntándose ambas cosas, es un infierno infinitamente terri-

ble. Suplicio espantoso del cuerpo, que no priva al espíritu de la tranquilidad necesaria para pensar en todo: suplicio inexplicable del espíritu, que no tiene virtud para suspender las dolorosas sensaciones del cuerpo. ¿Se piensa en esto quando se peca, quando se pecó, y quando se dilata un solo dia la penitencia con tanto peligro?

§. III.

Un gusano roedor.

No es otra cosa este gusano, que la memoria fixa, triste, inevitable de las gracias y de los medios de la salvacion que se tuvieron en vida, y de aquella perpetua y roedora acusacion de haber abusado de ellos, ó de haberlos malogrado, ya por negligencia, ya por el desorden con que se cometieron tantas culpas. Este es propiamente el infierno de los malos Christianos. El infierno del mismo infierno (dice el Christiano interior) es la reflexion á la facilidad con que se pudo

haber evitado el infierno , y á la locura de no haber querido evitarle.

¿Que se requería para no haber caído en aquel abismo de desdichas? No mas que volverse á Dios por una pronta y sincera penitencia : mortificarse por algun tiempo para vencer aquella mala costumbre ; formar un plan de vida christiana y arreglada , y sujetarse á él con teson y perseverancia. ¿Era esto imposible? ¿Y quanto tiempo hubiera durado este ligero trabajo?

Pero demos que me hubiera costado alguno el salvarme : ¿es posible que no me costó trabajo alguno el perderme? ¿Por ventura ha sido jamas tranquilo el estado de la culpa ? Temia , esperaba , me sentia despedazado de sobresaltos y de remordimientos : perdía el sueño , la salud , la paz , la estimacion de todas las personas juiciosas y racionales , que tenian noticia de mi desordenada vida.

¿Que no habia hecho Jesu-Christo para merecer mi salvacion , para asegurar , y para facilitar mi santificacion?

¿Que veo ahora sobre mí, debaxo de mí y al rededor de mí? un mar de sangre, y un abismo de fuego. La sangre de Jesu-Christo, que corre en arroyos de todas sus llagas, transformada en torrentes de llamas y de cólera.

¿Pero y que medios no me proporcionaba mi estado? ¿Faltóme educacion: faltáronme nunca instrucciones, luces, gracias, buenos consejos, ni buenos exemplos? ¡Ah! y quien me diera ahora un solo dia de tantos bellos años como perdí, y como malogré sin dolor! ¡O! y como me condenaría yo mismo á cien millones de siglos de penitencia! Lo uno me bastaría, y lo otro no me desesperaría. Frívolos entretenimientos, aparentes y falsos deleytes, desaparecísteis como la sombra, y jamas os volveré á ver. Deseos tan frívolos como mis divertimientos, nunca os veré ya cumplidos.

Evitemos por todos los caminos imaginables tan lastimoso y tan funesto destino. Este es el término en que viene al fin á parar la impiedad y la tibieza en la Fe. Si esto no nos espan-

ta, ó nos espanta muy poco, temblemos y temamos: *qui non expergiscitur ad hæc tonitrua, jam non dormit, sed mortuus est*, dice San Agustin. No; el que no despierta al pavoroso ruido de estos truenos, no está dormido, sino muerto.

PUNTO II.

De la eternidad de las penas del infierno.

SÍ: las penas del infierno serán eternas. Fuego eterno, eterna separacion de Dios, gusano roedor eterno. Esto es verdad, esto es cosa terrible, y esto nos toca mas de cerca de lo que podemos imaginar. Procuremos penetrar bien estas tres verdades.

§. I.

Eternidad de las penas: esto es verdad.

Y al paso que nos importa tanto el estar bien persuadidos á ella, por lo mismo es muy conveniente no dexar en eso el menor rastro de duda. Tra-

baje, pues, ahora el discurso, que despues obrará el corazon. Esto es verdad: la sentencia lo expresa en términos formales; y si el Juez se ha de explicar en alguna ocasion con voces propias, claras y populares, ha de ser quando pronuncia definitivamente: *id, malditos, al fuego eterno*: Y en consecuencia ó en consecucion de esta sentencia, *iran* (dice Jesu-Christo) *al fuego eterno*. En otra parte añade, que ni el gusano *jamas muere*, ni el fuego nunca se apaga.

Contra esta verdad, solo se puede argüir de tres maneras: ó negando la autoridad á las palabras de Jesu-Christo: ó interpretándolas en sentido contrario al que la Iglesia las da: ó creyendo que solo son amenazas, porque no caben en la justicia de Dios castigar con pena eterna los pecados de una vida tan corta, ni en su misericordia dexar de compadecerse de los clamores, y del arrepentimiento de los condenados.

A lo primero, decir que las palabras de Christo no tienen autoridad, es negar absoluta y descaradamente el

Christianismo, como ya lo hemos advertido.

A lo segundo; ¿pero no se pueden interpretar las palabras del Salvador, aplicándolas un sentido mas favorable? Claro está que se puede, pues muchos lo han hecho efectivamente, y no pocos lo están haciendo aun el dia de hoy.

Dicen que la palabra *eterno y eternidad*, no siempre significan en la Sagrada Escritura una duracion que no ha de tener término, sino un tiempo que ha de durar muchos siglos. Concédese (responde San Agustin); y aun por eso no se dice simple y sencillamente, que las penas del infierno han de ser eternas, ó que han de durar por una eternidad; añádese, que han de durar *por los siglos de los siglos*: expresion, que en ninguna parte de la Escritura se aplica sino á la duracion de Dios, ó á la de Jesu-Christo, y á la de las penas del infierno. Diez veces usa de ellas el Apocalipsi en el primer sentido, y dos en el segundo. Ya pues vemos aquí igualada la duracion de las penas con la del Reyno de Dios,

y Reyno de Jesu-Christo. Fuera de eso, añade el mismo San Agustin, el Salvador siempre contrapone la duracion de la pena á la duracion de la gloria: con que si no que queramos decir que la gloria de los Bienaventurados no ha de durar para siempre, es preciso confesar que la pena de los reprobos nunca ha de tener fin: *ibunt in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam*. Porque no es posible que en una misma linea, una misma voz tenga diversos significados, opuesto el uno al otro. Este argumento le pareció tan fuerte á Orígenes, que pretendiendo negar la eternidad de las penas, se vió precisado tambien en fuerza de él á negar la eternidad de los premios: es decir, que por engrandecer la misericordia de Dios, desacreditó la justicia que se debia al infinito valor y mérito de la sangre de Jesu-Christo.

Aun pasó el empeño mas adelante. Confesábase que el fuego á la verdad era eterno; pero que no abrasaría eternamente á los condenados. A esto replica San Agustin: Christo no dixo so-

lamente que los condenados irian al fuego eterno, sino *al suplicio eterno*. Pudiera muy bien haber un fuego eterno, sin que á ninguno quemase; pero no era posible que el fuego fuese suplicio eterno, sin relacion á algun objeto de quien fuese suplicio. En la version de que usaba la Iglesia en tiempo de San Agustin, se leían estas palabras: *ibunt in combustionem æternam*. Expresion vivísima y muy significativa, que dexa ménos lugar á la réplica, pues no se puede traducir exáctamente en nuestra lengua, sino por esta cláusula: *irán estos á estarse eternamente abrasando*.

En fin nunca debemos olvidar que Jesu-Christo instruía y predicaba á un Pueblo grosero, de quien queria hacerse entender. Pues ahora: ¿quien habria en aquel Pueblo, que oyendo de su divina boca estas palabras: *ellos arderán eternamente*, no comprehendiese, ni pudiese comprehender otra cosa, sino que jamas dexarian de arder? Solo pues resta decir, que aquellas no eran mas que amenazas, y que se puede mu-

dar el decreto de Jesu-Christo. Pero desafiamos á qualquiera á que nos señale con el dedo en la Escritura ni una sola amenaza, que no hubiese tenido su efecto, quando no se corrigieron los amenazados. *Si comiéreis del arbol vedado, morireis.* Pudo creer Adan que aquella no era mas que una pura amenaza; ¿pero dexó por eso de morir? En tiempo de Noe, quando anunciaba á los pecadores el diluvio, tuvieron sus avisos por amenazas, y muchos quizá se reirian de ellos, calificándolos de sueño y de fanatismo; ¿pero no llegó el diluvio en el mismo dia señalado? Quando Jeremías y el Salvador profetizaron la ruina de Jerusalén, los Judíos se burlaban de sus predicciones; ¿pero no fué destruida dos veces la Ciudad, sin haberse levantado jamas de su segunda ruina? Profetizó Jonás á Nínive su próxima desolacion; por entónces no fué mas que amenaza, porque Nínive se convirtió. Pero quando despues de treinta y tres años se volvió á precipitar en sus desórdenes, ¿no fué enteramente arruina-

da , segun la profecía de Nahum? Lo mismo sucede en la amenaza de un infierno eterno. En nuestra mano está que se quede en pura amenaza ; pero si no nos aprovechamos de ella , ¿ quien puede racionalmente dudar que no pase á execucion ? Pero se replica : Dios es justo y misericordioso : siendo misericordioso , ¿ como ha de ser inflexible? Siendo justo , ¿ como no ha de proporcionar la satisfaccion á la ofensa ? ¿ Y que proporcion hay entre el tiempo y la eternidad ? Pregúntase , ¿ si siendo Dios tan justo y tan misericordioso , puede querer castigar el pecado eternamente ? El mismo decide la cuestión , respondiendo que sí , quando declaró expresamente , que en el infierno no hay que esperar redencion : *in inferno nulla est redemptio*. ¿ Podrémos dexar de creerle sobre su palabra ? ¿ Creemos por ventura , que los Padres no formaron un concepto tan justo y tan elevado de los atributos de Dios , como el que formamos nosotros ? Tanto interes tendría yo como tú (dice San Agustin) en negar la eternidad de las penas , si es-

to pudiera ser: conozco el peligro en que estoy de caer en ellas; pero soy christiano, y quiero rendirme á la verdad.

La justicia de los decretos de Dios es muy superior á las luces de nuestra razon: apénas podemos comprehender como pueda merecer una pena eterna un pecado, que solo dura un instante. Todo esto es verdad; pero el que yo no lo comprehenda ¿será bastante razon para no creerlo, aunque Dios me lo asegure con el modo mas positivo? Sobre todo, ¿tan difícil cosa es comprehender que una Magestad infinita, no se puede desagraviar sino con una pena en cierta manera infinita? No lo puede ser en su intension, pues séalo en su duracion.

No, mi Dios, puede decir el infeliz condenado: de ninguno tengo que quejarme, sino de mí mismo. Es cierto que Vos me dexais para siempre en este abismo; pero yo me precipité en él por pura malicia mia. Hubiera querido vivir eternamente, para pecar eternamente. Esto me era imposible; pero

á Vos os era muy posible hacer contra mí, lo que mi obstinacion en el pecado deseaba poder hacer contra Vos. Justo sois, y esto es todo lo que yo puedo decir: *justus est Domine.*

Pero ya nos detenemos demasiado en esta materia. Somos Christianos, y sinceramente adheridos á nuestra Religion. Con todo eso no dexemos de fortificar nuestra fe con estas reflexiones. Nunca será excesiva nuestra cautela en desconfiar de todo aquello que la puede debilitar en un punto tan importante.

§. II.

La pena de la eternidad; esto es cosa terrible.

Terrible cosa es padecer, y es cosa terrible saber que se ha de padecer eternamente. Lo primero se llama eternidad de la pena, y lo segundo la pena de la eternidad.

Padecer para siempre. ¿Comprehendamos por ventura que tormento añade esta palabra *para siempre*, á esto que

se llama simplemente padecer? Serian insufribles los males mas ligeros, si hubieran de durar *siempre*. En una calentura ardiente, en un cólico, en un dolor de muelas, todo el consuelo que damos y que recibimos, es que aquello se ha de acabar presto. Desesperaria á un enfermo el que le dixese: este mal es de por vida: tiene usted enfermedad para un año.

Hasta las diversiones mas gustosas, las mesas mas delicadas, los espectáculos mas divertidos, una bella música, todo enfada, todo fastidia en pasando cierto tiempo: se convirtieran en un insufrible tormento, si nunca se hubieran de acabar, y si no las sazónara la variedad. Hasta el Paraiso temen algunos que dexen de ser Paraiso por su eterna duracion. Pero estos no consideran que hay en la esencia de Dios infinitos nuevos descubrimientos, que en cada instante producen nuevos gozos.

¿Pues que producirá aquella funesta circunstancia *para siempre*, añadida á lo que nos enseña la Fe de las pe-

nas del infierno? ¡Siempre arder, siempre estar en continua guerra con Dios, con todas las criaturas, y consigo mismo! Aquí se turba la razon, la imaginacion se confunde; y se ha de perder la Fe, ó es preciso pensar en convertirse.

¡Siempre padecer! Traigamos á la memoria las comparaciones que se suelen usar para hacer en algun modo perceptible esta cierta duracion. El páxaro, que al cabo de cien mil años, llevase en el pico una sola gota de agua, ó un solo grano de la arena que cupiese en todo el mundo desde el primer Cielo hasta el centro de la tierra, llegaría en fin á agotar toda el agua, y á consumir todo el polvo, ántes que se acabase la eternidad, ó, por decirlo así, ántes que comenzase.

Todavía es mucho mas expresiva la suposicion de los números, para quien la comprehende bien. Quatro solos números, que no son de los mayores, explican todos los años que ha durado el mundo, y cincuenta números en una sola linea representarian un número

mayor que el de todos los granos de arena. Es proposicion demostrada. Pues ahora; supongamos una inmensa linea cargada con todos los números, que se pudiesen escribir en tantos volúmenes como serian necesarios para llenar todo el espacio que hay entre el Cielo y la tierra ¿igualaria todo este cúmulo de números á la eternidad? No por cierto. Con todo eso, si se le revelara á un condenado, que despues de este incomprehensible espacio de tiempo se habian de acabar sus tormentos, se comenzara á consolar, y á bendecir á Dios.

No ignoramos nosotros estas verdades; ¿pero creemos por ventura que ello es así? Y á fuerza de oirlo, sin reflexionarlo, ¿no es cierto que ningun efecto nos hace? ¿O no habrá quizá algunos que digan allá para consigo que hay en esto un poco de exâgeracion? ¿Faltarán acaso otros que se lisonjeen de que así como la imaginacion se acostumbra á oirlo, así tambien se podrá acostumbrar á padecerlo?

Ea, repitámoslo una y muchas ve-

ces. Abismémonos en qualquiera de las referidas espantosas suposiciones. No temamos perder el gusto, ni el reposo. Lo que debemos temer es la cosa misma; no el pensar en ella, ni las buenas conseqüencias de este provechoso pensamiento.

¡Y es posible que yo consienta en padecer por toda esta incomprehensible eternidad, lo que no consentiría padecer por solo un dia, aunque me hicieran dueño de todos los tesoros del mundo! Mas esta no es mas que la eternidad de las penas.

La pena de la eternidad no es ménos espantosa. Consiste esta en tener siempre fixa en el pensamiento, sin ser posible apartarla de él, ni por un solo instante aquella interminable serie de siglos, que han de durar los tormentos. El que lleva en su mano un globo pesadísimo de plomo, aunque en realidad no le toque mas que por un solo punto, no dexa de sentir todo el peso. De la misma manera, cada instante tiene sobre sí el infeliz condenado, por decirlo así, todo el peso de la eter-

nidad, por estar bien asegurado de que jamas se ha de acabar su tormento.

Tambien será otra pena de la eternidad el cotejo, que estará haciendo continuamente el miserable condenado de todo el tiempo que podia vivir en el mundo, ó mortificándose un poco, ó enteramente abandonado á sus pasiones con la perdurable duracion de su desdichada suerte. ¿Con que ojos mirará hoy el Rico avariento los cincuenta ó sesenta años, que vivió entre gustos y deleytes, comparándolos con mas de siete mil, que está ya padeciendo? ¿Y que le parecerán estos cincuenta ó sesenta años, quando los coteje con cincuenta ó sesenta millones de ellos, pasados todos en los mas horrorosos tormentos? Pasóse la vida como la sombra, como el relámpago, como la saeta disparada que hiende los vientos; ¡y por una vida tan corta, tan rápida, tan fugaz, no veo ni término, ni salida á esta violenta muerte, á que estoy eternamente condenado en este horno encendido! ¡O! y quien apartára de mi imaginacion este cruel pensamiento! Ya

que he de padecer, á lo ménos que no piense en ello. Prometánmelo, aunque me lisonjeen, aunque me engañen, aunque despues no me lo cumplan.

Pero Dios no promete sino lo que ha de cumplir. No hay remedio, jamas se ha de aplacar; y por lo mismo que es tan grande suplicio el saber que jamas se ha de aplacar, por eso ha de hacer que padezcan todo el horror de este suplicio sus implacables enemigos: *utinam saperent homines, & intelligerent, & novissima providerent!* Esto es todo lo que se puede hacer y desear en este mundo. ¿Pero no habrá quizá algunos, que piensen que todo esto solo habla con los Ateistas, ó con los mas insignes pecadores? Sí; pues vamos adelante, y nos acabaremos de desengañar.

§. III.

La eternidad de las penas. Esto habla con nosotros mas de lo que podemos imaginar.

¿Por que? porque *ex momento pendet*

æternitas, porque la eternidad pende de un momento. En nuestra lengua solo quiere decir, que de un momento de tiempo pende la eternidad feliz ó desgraciada. Pero en latin la palabra *momento* significa mucho mas, porque no solo quiere decir una pequeñísima parte de tiempo, sino una pequeñísima parte de otra cosa. Depende pues la eternidad de un inmenso número de menudencias, de una multitud de cosas, que parecen nada, de un instante mas ó ménos de tiempo, de un instante mas ó ménos de dilacion, de un poco mas ó ménos de materia ó de reflexiõn al pecado, de un poco mas ó ménos de dolor ó de contriciõn, de un poco mas ó ménos de gracia, de libertad, de consideracion ó de auxilios: *ex momento pendet æternitas*.

Pero dirás que tampoco penden mas que de un momento de penitencia la conversion y la salvacion. Así es; pero de un momento de verdadera, de buena, de sincera penitencia. Mas sin un gran milagro, no basta un momento para tenerla. Apenas puede uno ase-

gurarse de ella , despues de muchas, grandes y reiteradas pruebas. Temian y dudaban los Santos de su verdadero dolor , despues de haber llorado sus pecados toda la vida.

Vigilancia pues , en todo tiempo y en todas las cosas. Esta es prudencia; sin esto todo se arriesga. ¿Y que es lo que se arriesga? O por mejor decir, ¿que cosa no se dexa de arriesgar? *Nulla satis magna securitas, ubi periclitatur aeternitas.*

MEDITACION II.

Del pensamiento del infierno.

El pensamiento, ó la meditacion del infierno es mas provechosa á todos de lo que comunmente se piensa , porque puede y debe inspirar lo *primero* , un gran reconocimiento á Dios en los mas duros, y en los mas ingratos. Lo *segundo* , un gran fervor en el servicio de Dios , á los mas floxos , y á los mas tibios. Lo *tercero* , un gran temor de Dios en los mas justos, y en los mas perfectos.

PUNTO PRIMERO.

Un gran reconocimiento en los mas ingratos.

Volvamos á entrar otra vez en aquel abismo, y reconozcamos en él nuestro lugar. Sí; allí habia de ir á parar yo, si hubiera continuado en mi mala vida, y hubiera muerto en pecado. Sé muy bien qué perversas eran mis inclinaciones, de qué mala costumbre estaba dominado, y á qué peligros me habia de exponer voluntariamente en lo sucesivo. Seria entónces infaliblemente lo mismo que ahora soy en todas las ocasiones, quando no me libro de ellas en fuerza de una vida mas regular y mas ajustada. ¿Y que soy ahora? La misma fragilidad, la misma miseria, y la misma complacencia. Me resisto poco, me rindo casi al primer impulso de las tentaciones inevitables, y de mas á mas añado otras muchas por mi gusto.

Aun despues que tomé la resolucion de vivir christianamente, aquel es el lugar donde acaso hubiera caido mu-

chas veces, si Dios hubiera querido usar de su exâcta justicia. ¡Pero ay de mí! ¿Que digo *acaso*? ¿Por ventura puedo dudar de ello, sabiendo muy bien quanto me olvidé de mis buenos propósitos?

¡Mas ó! y que gran misericordia de Dios! ¿Pero por que esta gran misericordia conmigo? Misericordia enteramente liberal y gratuita. Tanta gloria se le hubiera seguido á Dios de haberme perdido, como de haberme ganado.

Misericordia irritada, cansada por un número sin número de pecados. No merecí el infierno por mera fragilidad, ó por una culpa pasagera: años y años me mantuve tranquila y voluntariamente en ese peligro: repartidos mis pecados entre diez mil hombres, y acaso en mas, serian bastantes para que todos se hubiesen condenado.

Misericordia especial. ¿Con quantos otros no la hizo Dios? Si se abriera el infierno, ¿quantos Christianos, quantos Sacerdotes, y quantos Religiosos veria en él con ménos pecados que los

mios? ¿Y no descubriría quizá entre aquellas llamas algunos de mis cómplices, á quienes yo induxe al mal, y aun acaso se le enseñé?

¿Pero por que hizo Dios esta misericordia conmigo? porque me amó mucho; porque me amó mas que á otros infinitos. Esta es la única razon: *misericordia Domini, quia non sumus consumpti.*

¿Y que será razon haga yo de aquí adelante, acordándome de tan inestimable beneficio? Si despues de haber estado tres ó quatro años en aquel lugar de tormentos, baxára Dios de repente á librarme de ellos, ¡que gozo sería el mio! ¡Que gracias le daría! ¿Disminúyese el favor, ó es menor beneficio el haberme preservado hasta ahora de aquellos eternos suplicios?

Los tres niños del horno de Babilonia, solo por haberlos librado Dios de un fuego temporal y pasajero, convidaban á todas las criaturas, para que los ayudasen á bendecir al Autor de aquella maravilla: *benedicite omnia opera Domini Domino.* ¿Pero que comparacion tiene un beneficio con otro? Si

Dios no hubiera hecho con ellos aquel milagro; ¿que otro mal los podia suceder, sino que el fuego los hubiera consumido en un instante? Antes bien parece, que en cierta manera se pudieran haber quejado de que no se les permitiese lograr la corona del martirio, dexándolos padecer un instantaneo suplicio, que en un momento los hubiera trasladado al descanso de la eterna bienaventuranza.

Yo, pues, diré con David, á quien preservó Dios del mismo infierno que á mí; *exaltabo te Domine quoniam suscepisti me: eduxisti ab inferno animam meam*. Si, Señor; Vos me arrancasteis del infierno, por un exceso de vuestra infinita misericordia: sea para siempre ensalzado vuestro santísimo nombre.

Dura sicut infernus æmulatio. La grandeza de alma, el reconocimiento, una santa emulacion, una noble competencia de no dexarme vencer en generosidad, me condenan hoy á otro infierno de nueva especie. Ya debiera yo estar sacrificado á la cólera de Dios, pues

quiero yo mismo sacrificarme voluntariamente á su amor. Mi lengua le habia de maldecir; pues ella le bendecirá eternamente. Mi cuerpo habia de arder sin consumirse jamas; pues él se consumirá lentamente en su servicio, y yo ya no hago caso de él. Mas que se debilite, mas que se seque, mas que muera al rigor de la penitencia, si fuere necesario. Todas las criaturas habian de contribuir á su suplicio: pues todas serán ya víctima de su grandeza y de su bondad: á todas las olvidaré, todas las sacrificaré. Ocuparíame en blasfemarle con todos los desdichados compañeros de mi desventura: ahora llamaré y solicitaré á todos los hombres para que le sirvan conmigo. No cesaré de enseñarles con mis obras y con mis palabras lo que es, y lo que merece, y lo que ha hecho por una criatura tan indigna. *Venite, & narra-
bo vobis quanta fecit animæ meæ.* Para siempre hubiera durado mi tormento, pues para siempre durará mi agradecimiento y mi amor.

Preguntan algunos, si el temor

del infierno es contrario al amor de Dios. Respondo que no. Conviene temer mucho el infierno, para conocer lo mucho que debemos á nuestro Libertador. Mas ahora que lo conozco, y que lo experimento, aunque no hubiera infierno le amaria y le serviria, y creo que asi lo habia de cumplir con su divina gracia.

PUNTO II.

Un gran fervor en el servicio de Dios á los flacos, y á los mas tibios.

Que hay trabajos, y grandes trabajos en la constante práctica de la virtud, ninguno lo duda; es preciso hacer el ánimo á padecerlos. El no esperarlos arguye una casi moral seguridad de rendirse presto á ellos. Pero al fin, sean los que fueren, todos los trabajos que se esperan ó se temen, y todos los que se experimentan, tédio, disgusto, tristeza, enfermedades, achaques habituales, tentaciones, contradicciones, trabajo, observancia, persecucio-

nes, temores reales ó imaginarios: ¿que es todo esto en comparacion del infierno, donde debiera estar ardiendo para siempre?

Imaginémonos la pintura mas viva, y mas horrorosa de una vida fervorosa y penitente. Supongamos que fuese menester como los Stilitas, estar treinta años en pie encima de una columna, expuestos á todas las injurias del tiempo; figurémonos que fuese necesario alambicar el ingenio, para descubrir nuevos modos de mortificarnos, como aquellos Solitarios convertidos, de quienes habla San Juan Clímaco, no digo ya enterrarnos de por vida en una cueba ó condenarnos á una perpetua soledad, como los Cartuxos, porque esto seria muy poca cosa; habrá un solo condenado en el infierno, ¿que digo en el infierno? ¿habrá una sola alma en el purgatorio, que no se tuviese por muy dichosa, si se le permitiera trocar sus penas por aquellos trabajos?

Mas sobre todo, ¿á que se reducen los nuestros? al mal humor, ó á

los desprecios de un marido; á los caprichos, antojos y altanerías de una muger; á los disgustos que dan algunos malos hijos; á las desazones domésticas; á la injusticia de algunos parientes; á la infidelidad y á la ingratitude de algunos amigos; á ciertas ocupaciones, ó empleos que no son de nuestro gusto; á un porte arreglado y circunspecto; á huir de toda visita excusada y de pura diversion; á negarnos á toda conversacion impertinente, y sin substancia; á no tener mas comercio con el mundo, que el preciso para edificarle. ¡Y esto es lo que tanto nos espanta, y de lo que tanto nos quejamos! ¡Ay, hijo mio! decia aquel anciano solitario á un Monge, á quien cansaba y fastidiaba mucho la soledad de su cueba. ¡Ay, querido hijo mio! eso nace de que no has considerado bien lo que es el infierno, de que te preservaba ese enfadoso retiro.

Cierto Caballero, de vida muy des-
arreglada, tomó el hábito de los Car-
tuxos. Pasados algunos años, le fué á ver
el Misionero que le habia convertido

y dirigido en su vocacion. Y bien, Padre mio, le preguntó el Misionero, ¿como lo pasa V. P. en este género de vida? No lo puedo pasar peor, respondió el Monge. El silencio, la abstinencia, las vigili-
as, el trabajo de manos, todo se me hace tan cuesta arriba, como el primer dia. La celda es para mí un calabozo intolera-
ble; y quando salgo de ella para el Coro, me parece que me llevan al suplicio. No como bocado que no bañe con mis lá-
grimas. Oíale con mucho desconsuelo el Misionero, y apenas sabia que decirle; quando viéndole el Cartuxo tan cortado, y conociendo su dolor, le apretó estrechamente las manos, é inter-
rumpiendo las palabras con los suspiros, añadió: pero ¡ay, amado Padre mio! ¡ay, mi verdadero Padre! Todo esto se me hace muy ligero, y muy gustoso, quando considero que no he de arder eternamente, y que Dios me promete su misericordia. Tal es el valor que inspira el pensamiento del infierno á quien está bien penetrado de él.

PUNTO III.

Un gran temor á los mas justos.

Amemos en hora buena á Dios, mas que le temamos; pero temámosle ántes que ofenderle. Así lo permite él mismo, y aun así lo manda. Hay dias, y horas menguadas, en que los mas justos y los mas perfectos tienen necesidad de este saludable freno.

¿Y que razon puedo tener yo para no temer el infierno? Una sola pasion me puede perder; un solo pecado pasajero me puede condenar. ¿Y quantos caminos diferentes me pueden conducir al pecado?

Reconciliámonos con Dios por medio de la penitencia; pero sin revelacion particular: ¿quien sabe jamas si ha hecho penitencia verdadera? ¿Acaso se nos ha dicho á nosotros lo que á la Magdalena: *tus pecados te son perdonados; vete en paz?*

Pero supongamos la revelacion de estar en gracia: ¿es acaso esta tambien revelacion de perseverar en ella? Es-

tremeciánse los Santos con este pensamiento. San Pablo decia: cierto estoy de que ninguna cosa me podrá quitar la caridad de Christo: *certus sum quod nulla creatura poterit nos separare à charitate Christi*. Mas no por eso dexaba de añadir: *castigo mi cuerpo, y le tengo en sujecion, no sea que quando procuro salvar á otros, yo mismo me condene*. ¡Con que temor vivió San Agustin hasta la muerte! Amaban á Dios estos generosos corazones; hacian grandes cosas por Dios; y con todo eso estaban sobresaltados! Yo amo tan poco á Dios; yo aspiro tan tibiamente á amarle; ¡y en medio de eso vivo con tanta tranquilidad!

No neguemos á Dios cosa alguna: sus ruegos son especie de preceptos. Santa Teresa vió el lugar, que la estaba destinado en el infierno, en caso de que no fuese perfecta: parece que para la Santa no habia medio. ¿Y le habrá para nosotros? ¿De donde lo sabemos? ¿Quantos arden en el infierno por haber andado regateando mucho con Dios? Conduxéronlos á aquel abis-

mo algunas que parecen bagatelas. Escarmentemos en cabeza ajená, y no quiera Dios que en este sentido jamas sirvamos á otros de escarmiento.

MEDITACION III.

Christo en los Tribunales. Del sacrificio que hizo en ellos de su honra.

Por lo comun á la pérdida de la reputacion, se sigue la de la honra. Ninguno honra á un hombre desacreditado, ántes positivamente se desprecia al que despues de haber logrado grande y general estimacion, mereció ó se cree haber merecido perderla.

No hay duda que fué una injusticia respecto del Salvador; pero es cierto que ningun hombre fué tratado jamas con mayor desprecio, con mayor ignominia, ni con mayor indignidad. Era Rey de Reyes: *Rex Regum*, y le trataron como al mas vil de todos los hombres. Era el Sabio de los Sabios, era la misma Sabiduría: *ego Sapientia*, y fué tratado como un mentecato, como

un loco declarado. Era el Santo de los Santos: *Sanctus Sanctorum*, y fué tratado como un infame ladrón.

PUNTO PRIMERO.

El Rey de Reyes tratado como un vil esclavo.

Así fué tratado en casa de Cayfás. Acordémonos de aquella triste noche, mas tenebrosa por las densas tinieblas en que estaban envueltos los Judíos, que por su propia obscuridad: larga y funesta noche, en que arrastrado el Salvador desde el Huerto á casa del Pontífice Cayfás, y presentado ante su Tribunal, por una respuesta llena de respeto y de discrecion, recibió una afrentosa bofetada: donde por haber declarado sencillamente que era hijo de Dios, sin atencion á las pruebas que habia dado de esta verdad en sus grandes y continuos milagros, fué juzgado digno de muerte por todos aquellos Jueces. Inmediatamente una vil chusma de criados y soldados, por lisonjear á sus

amos, y por el zelo de la gloria de Dios, le comenzaron á tratar con el modo mas insultante y mas cruel. Unos le escupieron en el rostro; otros le vendaron los ojos; estos le golpeaban á puño cerrado, aquellos le descargaban furiosas bofetadas: algunos, añadiendo el insulto á los malos tratamientos, le decian por irrision: *Christo, ya que eres Profeta, adivina ahora quien te dió.*

Imaginémonos un poderoso Rey, hecho prisionero en una batalla, á quien el tirano vencedor abandonase á discrecion del populacho en la plaza de su capital, diciendo á la muchedumbre: haced con ese hombre todo lo que quisiereis; solamente os prohibo que le quiteis la vida, porque le quiero reservar para mayor suplicio. ¿Como seria tratado de aquella canalla? Como lo fué Jesu-Christo, ó por mejor decir, Jesu-Christo fué tratado, como lo seria aquel desgraciado Príncipe.

Postrados á los pies de este Divino Salvador, adorémosle nosotros mientras tanto, y reparemos la injusticia que le hacen en dudar que sea Hijo único del

Eterno Dios. Preguntémosle y oigamos con atencion sus divinas respuestas.

Señor ¿quien os reduxo á ese estado, siendo Vos el mas hermoso de los hijos de los hombres, objeto único de la ternura del Padre Celestial? ¿Ese es aquel adorable semblante, en quien se desean mirar los Angeles del Cielo? ¿No veis Vos lo que pasa despues que os vendaron los ojos? ¿No teneis oidos para oir tan exécrables blasfemias? ¿Está vuestro poder tan atado, como lo están vuestras sagradas manos?

Hombre, sin conocimiento y sin juicio, tú mismo eres el que me has puesto en este estado, tanto ó mas que los Judíos. Tú mismo te atreves á decir: el Señor no me vé, porque tiene vendados los ojos; no me puede castigar, aunque quiera, porque tiene atadas las manos, y se lo impide su misericordia. Pero yo he oido muy bien todas las blasfemias que has pronunciado dentro de tu corazon. Tú me has tratado como á un Dios flaco, y sin poder, y has tenido atrevimiento para insultarme.

Aquí estoy para reparar las injurias, que has hecho á mi Eterno Padre, desfigurando su imágen. ¡Mira á que estado has reducido á tu pobre alma! No hay en ella un rasgo que se le parezca. Pero aunque estoy tan desfigurado, mi Padre me reconoce mejor que te reconoce á tí.

A lo ménos aprende hoy en mí, lo que debes ser en adelante para reparar esta falta. Ya no mas ambicion; ya no mas vanas esperanzas; ya no mas resentimientos. Dexa que los hombres te insulten; no te quejes de ellos: bien merecido lo tienes. No los acuses; yo me haré justicia á mí, y te la haré á tí. Yo dexaré de padecer, luego que tú comiences á desear ser humillado y perseguido. Sin esto me atormentará mas tu incredulidad, que los malos tratamientos de los Judíos. Si ellos me hubieran conocido, no me hubieran tratado tan mal. Tú me conoces, y no me tratas mejor. Verdad es que ninguno me conoce bien, sino en el estado de mi gloria. Ahora te ofenden, y aun te escandalizan mis abatimientos.

Acordaréme, mi Dios, y jamas me olvidaré de estas divinas palabras: penetrada mi alma de reconocimiento se desecará de dolor: *memoria memor ero, & tabescet in me anima mea.* Pero grabad Vos mismo vuestra imagen en mi razon. ¿Como podré entregarme á una vana alegría, teniendo dentro de mi alma un espectáculo tan doloroso?

PUNTO II.

La misma sabiduría, el Sabio de los Sabios tratado como un loco y como un mentecato.

Así fué tratado en casa de Herodes. Era Rey de Galilea, y fué remitido Jesus por Pilatos á su Tribunal, por pertenecer directamente á su jurisdiccion siendo Galiléo. Ninguno podia juzgar mejor que él, si el Salvador habia verdaderamente sublevado su Provincia.

¡Que alegría para un Príncipe curioso, tener en su poder á aquel gran obrador de milagros; poderle exâminar

á su satisfaccion ; saber de su misma boca los misteriosos secretos de su arte , para merecer que le pusiese en libertad ! Pero Jesus no le respondió la menor palabra , ni quiso hacer el mas mínimo milagro. Luego es un loco , es un mentecato. Así lo pronunció el Rey y sus Cortesanos. Vístenle por burla una túnica blanca , y de esta manera le volviéron á remitir á sus primeros Jueces.

Ya que comencé , hablaré otra vez á mi Dios , y á mi Señor.

¿ Por que razon , divino Salvador mio , guardásteis tan obstinado silencio ? ¿ Por que no justificasteis los milagros antecedentes con dos ó tres que pudisteis hacer en presencia de Herodes ? Reconociéndoos este Príncipe por verdadero Profeta , ¿ quien se atreveria á contradecir el juicio de toda su Corte ? Vuestros enemigos quedarán confundidos , y el Pueblo volverá á hacer de vuestra divina persona la estimacion que ántes hacia. Acordaos que Herodes oía con gusto á Juan Bautista , y aun hacia muchas cosas buenas por con-

sejo suyo. Si ahora os llega á conocer, ¿que cosa os podrá negar?

Aprended de mí á tener por cierto, que toda la sabiduría del mundo, es locura delante de Dios, y que para ser tenidos por sabios en sus divinos ojos, es menester ser reputados por locos por la mayor parte del mundo, especialmente por las gentes mas distinguidas segun el siglo. Los mundanos son curiosos, y conviene cerrar los ojos á todo: son grandes habladores, y es preciso callar. Preguntan para contradecir, y para aferrarse mas en sus cavilaciones; y no se debe preguntar, sino para aprender, para obrar bien, y para ser cada dia mejor. Mi gloria es ser despreciado de ellos, y tambien debe ser esta la vuestra.

Todo es demasiada verdad, Dios y Señor mio. Faltó poco para que el comercio con los sabios del mundo me perdiese. Era yo muy ambicioso de sus alabanzas, de su aprobacion, y de sus aplausos. Nunca les pude pegar yo mi espíritu, y ellos me pegaron el suyo: *animalis homo non percipit quæ Dei sunt.*

Gobernéme por sus máximas, y me hice tan loco como ellos, quando pensaba ser cuerdo.

Andaba buscando la sabiduría, y preguntaba ¿donde se hallaria? *Sapientia ubi invenitur*. Lisonjéase el mundo de que se encuentra en él, y se engaña miserablemente: no se halla entre los que viven entregados á las delicias: *non invenitur in terra suaviter viventium*. Tampoco dan en ella aquellos que perdiéndose en sus mismos pensamientos, é ignorando aun lo que pasa delante de sus ojos, quieren penetrar los secretos del cielo: *volucres cæli latent*. Escondido está debaxo de esa vestidura blanca con que pretenden los hombres burlarse y divertirse á vuestra cuenta. Debaxo de este velo misterioso se debe ocultar el que quisiere ser verdaderamente sabio. Debaxo de él me esconderé yo con Vos, ó Sabiduría eterna: en vuestra escuela aprenderé estas lecciones. *Bienaventurados los pobres de espíritu. Bienaventurados los que el mundo desprecia y aborrece.*

PUNTO III.

El Santo de los Santos tratado como un infame ladrón.

Así fué tratado en casa de Pilatos. Habiendo devuelto Herodes la causa á su primer Juez, deseoso Pilatos de librar al Salvador, fué su primera diligencia proponerle al Pueblo en competencia de Barrabas. Era este un ladrón insigne, y un sedicioso digno de muerte. No importa: en nada se duda; todos á una voz gritaron, que la gracia se concediese á Barrabas, y no á Jesu-Christo: *non hunc, sed Barabbam*. En fin, no pudiendo Pilatos aplacar el furor del Pueblo, pronunció sentencia de que el Salvador fuese crucificado entre dos ladrones.

¡Ah Señor! ¡y quantas veces he dado yo esta preferencia á mis pasiones, que son vuestros mortales enemigos! ¡O, y quantos fuéron los desgraciados dias, en que llevado del ardor de mi ciega y arrebatada juventud, se me daba tan poco el perderos por conten-

tar mis apetitos! ¡Quantas veces hice el infeliz repartimiento de posponeros á Vos á mis mas infames deseos! No es posible que Vos lo hayais olvidado, ni debe serlo que yo me olvide jamas. Ahora os veo á Vos donde debiera estar yo en medio de dos ladrones, y de dos facinerosos.

¡O, y que dichoso seria yo, si conservándome inocente, me pudiese hallar en vuestra compañía!

Muy mal me conocen los hombres, quando me alaban de una apariencia de virtud, que los deslumbra. Tanto se engañan en esto, como se engañaron quando os trataron á Vos de ladron y de reboltoso. Lllaman malo á lo que es bueno, y bueno á lo que es malo. Pero yo me haré á mí mismo mas justicia.

Concluyamos, juntando las tres partes de esta pintura. El Rey de los Reyes tratado como esclavo; el Sabio de los Sabios tratado como loco; el Santo de los Santos tratado como un ladron. Este es mi Dios, mi Redentor, mi Señor, y mi Juez. Todo esto es una

especie de contemplacion en que se ve, se pregunta, y se responde.

MEDITACION IV.

De la perfecta conversion en la parábola del Hijo Pródigo.

F*ilius meus mortuus erat, & revixit; perierat, & inventus est.* Habia muerto mi hijo, y resucitó: habíase perdido, y se volvió á encontrar.

No quiera Dios que nos veamos muertos, para lograr el consuelo de vernos resucitados. Pero en la suposicion de que hayamos muerto por la culpa, no neguemos al cielo y á la tierra el gozo de vernos renacer á la gracia, mas determinados que nunca á servir á Dios de veras.

El órden de esta Meditacion será el mismo que observa el Evangelista en la narracion de la parábola. Historia de los desaciertos de aquel mal aconsejado joven. Historia de lo que hizo quando volvió en sí. Historia del recibimiento que le hizo su buen Padre. Si en sus

desaciertos reconocemos lo que nosotros hemos sido; en su arrepentimiento reconocerémos lo que podemos ser, para merecer un recibimiento favorable de nuestro Padre Celestial.

PUNTO PRIMERO.

Desaciertos del hijo Pródigo.

Consideremos sus diferentes principios, sus desordenados progresos, sus tristes y dolorosas consecuencias.

§. I.

Principios de sus desaciertos.

El primero su misma juventud. *homo habuit duos filios, & dixit adolescentior.* Representase en el mundo el retrato de dos géneros de hijos; unos maduros y prudentes; otros ligeros y aturdidos; unos inclinados á todo lo bueno, otros propensos á todo lo malo. El que sigue esta conducta siempre será joven, aunque tenga cien años: *puercentum annorum.*

La juventud en todos los estados, sean los que fueren, es el tiempo mas difícil y mas peligroso. Ningun joven se puede considerar inmortal: pero todos creen que les falta muchos años para morir. El mismo efecto hace en la imaginacion uno que otro. Dicen allá para consigo: demasiado presto se vendrá por sí el tiempo de la seriedad, de la madurez, de la observancia, y de la penitencia, sin que nosotros nos le anticipemos: logremos ahora de la mocedad, y estos bellos dias. Los que se oponen á esto hablan por envidia, ó acaso por mal humor. Se duelen de lo que ya no gozan ellos, y condenan lo que no pueden hacer.

Juventud, inconsideracion, precipitacion, temeridad audaciosa, falta de experiencia. De nada se duda, en nada se detiene, de nadie se desconfia: piénsase en los errores despues que se cometen. Compárala el Espíritu Santo á las víctimas, que se preparan para el sacrificio. Coronanlas de flores, conducenlas al altar como en triunfo, y despues las degüellan: *agnus ductus ad*

victimam, & lasciviens, nescit quod de periculo animæ illius agatur. El segundo principio fué la buena opinion que tenia de su conducta, y de su buen gobierno: *da mihi portionem substantiæ quæ mihi contigit.*

¡Pobre mozo! ó por mejor decir, mozo insensato! Teníase por mas capaz que su padre. Pero dexadle, que él se gobernará bien: él dará buena cuenta de su hacienda, él la adelantará. Quien le oyere, pensará que todo el juicio del mundo se ha juntado en su cabeza, y que juntamente con él se ha de enterrar todo el entendimiento del mundo. Si algunos se compadecen de él, él se compadece de ellos.

● Tercer principio. El deseo de libertad, y de toda independenciam: *peregre proficiscens.* El mismo es su regla y su ley. No quiso Dios que naciese esclavo, y quiere gozar de la libertad que Dios le dió. Afuera toda sujecion, afuera toda violencia. ¡Mas ay! que no sabe el infeliz que se va á amarrar con unas cadenas de hierro.

■ Cuarto principio. Apartarse lejos

de Dios, dexar su trato: *abiit in regionem longinquam*. No mas oracion, no mas devociones, no mas ejercicios espirituales, sino que sean algunos por mera costumbre, por respetos humanos, ó por pura exterioridad. ¿Pero adonde irá el infeliz, que no encuentre á Dios? *Quo ibo à spiritu tuo, & quo à facie tua fugiam?*

§. II.

Progresos de sus desórdenes.

Primero. Disipó su herencia. ¿En que paran los dones de la gracia y de la naturaleza, quando el alma se separa del gobierno de Dios? Tanta capacidad, tanto ingenio, un entendimiento tan despejado, un corazon tan noble, un genio tan bello, una conducta tan acertada, unas máximas tan devotas y tan tiernas, aquel pudor en otro tiempo tan tímido: ¿adonde se ha ido todo esto? En pocos años, en pocos meses, y aun en pocos dias lo disipó todo el esparcimiento, la relaxacion, y la

libertad de vivir á su antojo. ¡Simpleza! ¡parvulez! ¡bagatela! (esto se suele decir): era niño, y ya no lo quiero ser.

Segundo. Disipóla en una vida licenciosa: *vivendo luxuriosè*. Vida blanda regalada, enteramente pagana, con solo el nombre y la exterioridad de christiano. Todo se tiene por lícito, ménos los pecados gordos, ó los delitos mas feos; pero quiera Dios que una vez entregado el corazon á sus corrompidas inclinaciones, no se sigan á la libertad, y á la relaxacion las culpas mas vergonzosas.

§. III.

Consequencias de sus desaciertos.

Despues que gastó todo quanto tenia, sobrevino una grande hambre: *facta est fames valida*. Esta grande hambre simboliza los deseos devoradores, que son un verdadero tormento.

Comenzó á padecer gran necesidad: *cæpit egere*. No puede estar satisfecho nuestro corazon sino en Dios, y por Dios: qualquiera otra cosa enciende

mas sus deseos , en lugar de apagarlos. Mas que se viva con la mayor abundancia ; parece que todo falta , quando falta Dios.

Para suplir la ausencia de los consuelos interiores , se echa mano de algun desahogo ó arrimo en las criaturas : *adbæsit uni civium*. Ello es menester alguna diversion; pues búscase hácia fuera. Ofrécelas el mundo , pero todas cansan en llegando á ser excesivas. Arrímase el relajado á todo género de personas, hasta las mas viles, hasta las mas despreciables. ¿ Pero que puede ofrecer el mundo sino lo que ama, lo que estima , y lo que tiene ?

Considerémos si nos toca algo de este retrato. No? pues bendito sea Dios, ¡ y que gracia tan especial ! ¿ Pero es posible que nunca hemos tenido en él alguna parte ? ¿ Es posible que alguna vez no hayamos servido de parábola á los otros ? Quiera Dios que no ; pero al fin , esto puede todavía suceder , y efectivamente sucederá , si nos confiamos en nuestra inocencia pasada. Como quiera , mas ó ménos , todos hemos

tenido alguna parte. ¿Quantos prodigios se pudieran substituir al del Evangelio? No es poco que no haya hecho mas progresos el desórden.

PUNTO II.

Arrepentimiento del hijo Pródigo.

Considerémos qual fué la ocasion, y quales los pasos que dió para volverse á la casa de su padre.

La ocasion fué la soledad, y esta le hizo entrar dentro de sí mismo: *in se reversus*. Este es el medio mas eficaz para volver al cumplimiento de nuestras obligaciones. Sin retiro no nos podemos volver á Dios, y no hay que esperar volverse á Dios, sin entrar dentro de sí mismo.

Lo primero que en aquel retiro movió el corazon del hijo Pródigo, fué la comparacion de su miseria con la abundancia que lograban los criados de su padre: *quanti ministri in domo patris mei abundant panibus. Ego hic fame pereo.* ¡Quantos Christianos como yo, que

hacen profesion de virtuosos, están contentos con su estado! Llevan el yugo del Señor, y le alaban por la suavidad de su ley; ¡y yo me estoy desecando, extenuando, y consumiendo al rigor de mis continuas inquietudes y remordimientos! Dolor de lo pasado, vergüenza de lo presente, y temor espantoso de lo que está por venir. Si hubiera muerto un mes ha, ocho dias ha, ¿en donde estaria ahora? Si muriera hoy, ¿que seria de mí?

Los pasos que dió fuéron, primero, un grande esfuerzo: *surgam*. ¡Animo, alma mia! ya es demasiado desmayar: ya es demasiado sufrir unas cadenas tan vergonzosas, y tan pesadas. No creas que con unas pasiones tan violentas, con unos hábitos tan inveterados, no te ha de costar trabajo desprenderte de ellas. Esto no seria justo ni posible. Pero recurre á Dios; él te alarga la mano, ya tú mismo lo estás experimentando.

Segundo. Acordarse de su padre: *ibo ad patrem*. Al fin siempre es padre mio. Bien pude desfigurar su imagen; pero

no la pude borrar. Soy christiano, y es indeleble este carácter.

Tercero. Reconocer su pecado: *dicam ei: Pater, peccavi in caelum, & coram te.* Pequé á vista de los Angeles, y de los hombres: basta la misma razon natural, y un poco de Religion para reconocermé muy delinqüente; pero al fin, mi pecado fué ofensa de un Dios, que al mismo tiempo es amoroso Padre mio.

Quarto. Considerarse indigno de apellidarse hijo suyo: *jam non sum dignus vocari filius tuus.* Todo buen hijo está lleno de amor, de sumision, de rendimiento, y de temor reverente á su padre. Mucho tiempo ha que todo esto me ha faltado con Dios.

Quinto. Contentarse con ser tratado de su padre como qualquiera de los mas ínfimos criados: *fac me sicut unum de mercenariis tuis.* ¡Desdichado de mí, si todavía soy poco capaz de amar mucho! Pero atento á aprovecharme bien de las gracias ordinarias, procuraré adelantarse con ellas, que lo hice, quando lograba las de los hijos, y favorecidos de Dios.

Esto es lo que se piensa, y lo que no es posible dexar de pensar, quando uno entra dentro de sí mismo, y oye la voz de Dios en lo interior de su corazon. Si no se piensa, y no se discurre así, sin duda es porque todavía no está el alma bien recogida. Pues afuera afuera tumulto del mundo, pensamientos de negocios, cuidado del estudio, de familia, de proyectos. Tengo necesidad de mas virtud, para poderme ocupar en vosotros sin adhesion, y sin peligro.

PUNTO III.

Recibimiento del hijo Pródigo.

Veamos ahora como se portó el padre, y como el hermano mayor, quando volvió á casa el menor enmendado ya, y arrepentido. ¿Como se portó el padre? ¡Que ternura! *Cum adhuc longe esset, vidit eum pater, & misericordia motus est.* Apenas habia dado el hijo el primer paso: ¿que digo el primer paso? Ninguno habia dado todavía; con sola la

noticia de sus desórdenes, se le conmovieron las entrañas á su amoroso padre.

Sin esto ninguno tendria, ni aun el primer pensamiento de volverse á Dios. Sin esto, no daría siquiera oídos á las saludables verdades, que le dispiertan. A Dios debemos los interiores remordimientos, que tan saludablemente nos perturban; las exteriores infidelidades de los hombres, que tan provechosamente nos desprenden de ellos. Dios es quizá el que nos suscita esas persecuciones, que tanto nos importan por lo mucho que nos purifican. Dios el que enciende en nuestras almas aquella sed de la justicia que él solo puede satisfacer, y todos los groseros gustos de la tierra no hacen otra cosa que turbarla mas y mas. Si hubiéramos encontrado en el vicio consuelos, y satisfacciones puras, verdaderas y constantes, jamas le hubiéramos renunciado. Todos los pasos que Dios da hácia nosotros, son por decirlo así, carreras apresuradas por el deseo que tiene de alcanzarnos quanto antes. Volvámonos

á él con la misma apresuración. Arro-
jémonos á sus brazos con todo el ím-
petu de nuestros afectos, y no tema-
mos que nos falte nuestro apoyo.

Cecidit super collum ejus, & osculatus est eum. Comienza este buen padre, por donde los otros acaban. No se desdeña de él, no le riñe, no le reprehende, no gasta ceremonias, ni formalidades, no espera á que intervengan empeños, é intereses. Dios no quiere mas que un corazón sinceramente arrepentido: esto le basta. *Dixit ei filius: Pater, non sum dignus vocari filius tuus.* No le da tiempo para que acabe de decir todo lo que traia prevenido. Basta que él mismo reconozca que no merece el nombre de hijo, para no permitir que se le trate como esclavo.

Citò: apriesa: en un instante ha de ser el tránsito del pecado á la gracia, del infierno al paraíso. *Proferte stolam primam:* venga luego la ropa de la inocencia, y sea revestido mi hijo de todos los preciosos dones que la acompañan. Venga un anillo para el dedo, en señal de libertad: *date annulum: cal-*

ceamenta in pedes. Traigan unos zapatos nuevos para que pueda andar por el camino de la virtud, sin lastimarse. *Vitulum saginatum occidite.* Mátese una ternera gorda y delicada, y sírvasele á la mesa, para que conozca la diferencia que hay entre los platos que gustan los que sirven á Dios, y el alimento de los que huyen de su servicio, cuyo sustento se confunde con el de las bestias.

Epulemur. Alégranse los Angeles en el cielo con la conversion de un pecador; ¿por que no nos alegrarémos, y no la festejarémos nosotros en la tierra?

Filius meus mortuus erat, & revixit. Los muertos en el cuerpo no son tan dignos de ser llorados como lo era este. Aquellos descansan en la paz del Señor; pero este solo podia esperar ya la muerte segunda, la obstinacion, la impenitencia y el infierno. Pero resucitó: lo veo, le abrazo, y no se me volverá á escapar, ¡Que amable es un Padre tan bueno! ¡Que ciego, que miserable, que insensible es un pecador

á quien no le mueva tanta bondad!

Así se portó el padre con el hijo; pero el hermano mayor ¿como se portó con su hermano? *Frater senior, cum veniret, audivit simphoniam.* Es grande la fiesta que hay en la casa de Dios: toda se llena de gozo. Hace tan grandes favores á un pecador convertido, que apénas los pueden creer aquellos, que siempre le han servido con fidelidad.

Indignatus est; nolebat introire. Tal vez parecen asunto de envidia, y de escándalo á los justos las demostraciones, que hace Dios con los pecadores. Tal vez los tienta el diablo á dudar si será agradable á Dios su perseverancia en lo bueno, ó si los tendria mas cuenta olvidarse de la virtud por algun tiempo para ser despues mejor tratados del Señor.

Pater egressus cæpit rogare illum. Dígase Dios explicarse algunas veces con aquellos, que no comprehenden bien su soberana conducta. Las demostraciones que se hacen con un pecador convertido, aunque parecen mas tiernas, no

por eso son siempre mas permanentes. A él le toca asegurar su continuacion con la perseverancia en la virtud , temiendo no se le acaben luego estas daditas de consuelos pasajeros.

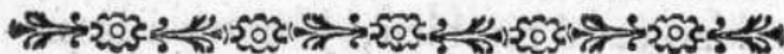
Tu semper mecum eras : omnia mea tua sunt. Alma fiel, tú siempre estás con tu Dios ; tuyos son todos los bienes ; nada tiene que no esté á tu disposicion. Espera con paciencia el dia en que ha de poner el sello á todas las cosas : entónces verás si es justo y liberal , y si sabe recompensar á cada uno segun su mérito. Pero tu hermano se habia perdido , y ves aquí que felizmente se ha vuelto á encontrar. Alégrate tú tambien , y entra á la parte en el gozo que yo siento. En eso me darás otra prueba de tu amor , de que no me olvidaré ; tendrá su mérito , y tambien su recompensa.

Decia Novaciano , que esta parábola solo era significacion de la entrada del Gentil en el gremio de la Iglesia , y de la penitencia que se hace en el bautismo. Eso no , responde la misma Iglesia : tambien representa la con-

version del Christiano pecador.

Pero debemos advertir que el Pródigo no reincidió en su pecado. Si hubiera reincidido primera , segunda y tercera vez , ¿ hubiera sido siempre recibido de la misma manera? Question muy dudosa , y no tan facil de decidir. Parece probable, y mas que probable la sentencia negativa.

Guardémonos pues mucho de no abusar demasiado de este exemplo. En ningun tiempo es imposible la penitencia; pero es muy cierto, que quanto mas se recae, es mas incierta, y mas dificultosa.



D I A VI.

MEDITACION PRIMERA.

De los frutos de la penitencia , ó de la necesidad que tenemos de hacer una vida penitente y mortificada.

Se ha de suponer, que , convertidos

á Dios de tan buena fe como el hijo Pródigo, y hecha una dolorosa confesion de nuestros pecados, ó general, ó particular, como lo pidiere la necesidad, se ha dignado Dios perdonárnoslos, y ratificar desde el cielo la absolucion que su Ministro nos haya echado en la tierra.

Pero aun despues de perdonados los pecados, hablando regularmente, nos restan todavía muchas satisfacciones. A esto llama la Escritura hacer frutos dignos de penitencia: *facite fructus dignos pœnitentiæ*. Y esta es aquella indispensable necesidad de hacer el resto de nuestros dias una vida penitente, dura, laboriosa y mortificada en satisfaccion de nuestros pecados, lo que será el asunto de esta meditacion.

Estamos, pues, obligados á entablar una vida penitente, porque todavía nos restan lo primero, grandes deudas que pagar: lo segundo, inveteradas, y perversas costumbres que corregir: lo tercero, tibieza en el servicio de Dios, que vencer.

PUNTO PRIMERO.

Grandes deudas que pagar.

Consideremos bien una sentencia de Tertuliano. Dice que la penitencia christiana debe ser como un suplemento, un equivalente, una compensacion, y por consiguiente una representacion, ó uno como compendio de las penas del infierno: *pœnitentia compendium ignium æternorum.*

Supone, con la doctrina católica, que un solo pecado mortal es merecedor de las penas del infierno. Y concluye de aquí, que siendo la penitencia como una conmutacion de estas penas, debe tener algun género de proporcion con ellas, tanto en la gravedad, como en la duracion.

Verdad es que, por mucho que padecemos, nunca puede llegar á lo mucho que se nos perdona. Todos nuestros trabajos son soportables; gozaremos algunos intervalos en ellos, y en fin á mas tardar se acabarán con la vida. En el infierno habíamos de padecer por to-

toda la eternidad , sin alivio , y sin intermision.

Pero no digas : es imposible hacer todo lo que se debe ; pues nada quiero hacer absolutamente : Dios me ha perdonado el capital ; tambien me perdonará los réditos. Esto seria insultarle. Antes por el contrario , has de decir : ya que no es posible hacer todo lo que debiera , me esforzaré á hacer todo lo que pudiere. Por tanto , procuraré indagar , y saber si en alguna parte ha indicado Dios esta proporcion , ó este equivalente , para arreglarme á él con toda resolucion.

Con efecto le ha indicado. Veamos las satisfacciones temporales que él mismo impuso , por los pecados que ya habia perdonado. Adan y David nos pueden servir de exemplo. Veamos lo que inspiró á los Santos , que hiciesen por sí mismos. Veamos las penas que tiene reservadas en el purgatorio , para los que no hicieron penitencia en esta vida. Sobre estos modelos se ha de arreglar nuestra penitencia , así como arregló la Iglesia las que imponia en

los primeros fervorosos siglos. No nos figuremos que en este particular se haya mudado su espíritu. Pudo muy bien mudar de disciplina y de práctica por buenas y justas razones ; pero jamas mudará, ni podrá mudar el dogma de la penitencia. Este dogma es el siguiente. Aun despues de remitido el pecado, restan penas temporales para satisfacer á la divina justicia : estas penas despues del bautismo, no las perdona Dios, sino en virtud de satisfacciones proporcionadas á sus ofensas : tiénenos mucha mas cuenta anticipar estas satisfacciones en este mundo, que reservarlas para el otro ; pero allá, ó acá es indispensable pagarlas.

De aquí se infiere, que todos ciertamente podemos emprender un género de penitencia proporcionada á nuestro estado, á nuestros empleos, y á nuestras fuerzas ; pero los grandes pecados, siempre piden largas, y severas penitencias. Debe haber penitencias arregladas para cada semana, y aun para cada dia. Guardar todos nuestros propósitos ; abstenernos de todas las di-

versiones, no solo de las peligrosas, pero aun de las no necesarias; no admitir otra que el cumplimiento de nuestras obligaciones, y privarnos de todas las demas sin remision, y sin misericordia. Adoptar aquella gran máxîma del penitente Casiano, que convidado á diferentes diversiones respondia: *ista felicibus: quo mihi balnea, epulas, convivias, qui in Dominum peccavi, & periclitor in æternum perire?* Diviértanse los que no han pecado: para mí no se hicieron los baños, ni los convites, ni las fiestas, porque he ofendido á Dios, y me veo en peligro de perecer eternamente.

¿Pero no tenemos ahora las indulgencias, que habia en otros tiempos? Sí; y debemos suponer, que siempre se conceden con razon, y con economía, como lo pide el Concilio de Trento; porque de otra manera se podria dudar de su valor. Con todo eso, se deben observar muchas cosas.

La primera: que aun en tiempo de los mayores Jubileos, siempre tiene gran cuidado la Iglesia de prevenir en

las Bulas que se prescriban, ó se impongan á los penitentes convenientes y saludables penitencias: *convenientes, ac salutare*s. La segunda: que un hombre que nada quiere hacer con pretexto de las indulgencias, ¿como se puede creer que esté con la disposicion que se requiere para ganarlas? Ante todas cosas, ¿se puede considerar como verdadero penitente? ¿Tendrá sincera voluntad de satisfacer á la justicia de Dios, que es una parte esencial de la contricion, y del dolor de haber pecado? Porque decir: quiero satisfacer en la otra vida, ó parece que es dudar de que haya otra vida, ó á lo ménos es no saber quales son las penas que se padecen en ella.

El deudor que merece se le perdone algo de la deuda, es aquel que hace todo lo que puede para pagar á su acreedor. Pero el que dixese: por fuerza me ha de perdonar lo que le debo, seria indigno de que se le hiciese alguna gracia. Eso seria añadir el desca-ro á la mala fe.

Mi Dios, no pretendo defraudar los

derechos de vuestra divina justicia. Yo me castigaré. ¿Pero que es lo que podré hacer por mucho que haga? Mas Vos, Señor, suplireis lo que yo no puedo: así lo espero, y así os lo suplico. Aplicareis los méritos de los Santos, y los de vuestro Hijo, que es el Santo de los Santos. Esto solo servirá para avivar mas mi reconocimiento, y para encender mas y mas mi fervor contra mí mismo. Esto es pensar como verdadero christiano, y como verdadero penitente: esto es merecer gracia, y plenaria indulgencia.

PUNTO II.

Inveteradas, y perversas costumbres que corregir.

¿Que es lo que hemos hecho hasta aquí? cortar los frutos; pero el tronco, las ramas, y las raices se han quedado intactas. Es preciso pues abatir, cortar y arrancar; ¿pero esto se podrá lograr sin grandes esfuerzos de abnegacion y de mortificacion?

Pues manos á la obra: para evitar las faltas de caridad, acostumbrarse á hablar poco, ó no hablar mas que lo necesario: excusar toda conversacion, y toda visita, que no sea mas que de pura diversion; no hablar jamas de aquellos, de quien nada bueno hay que decir: no dar lugar á que nunca se ponga el Sol, conservando en el corazon el menor resentimiento, sea el que fuere: no hacer reflexiones sobre cosa alguna que nos pueda inquietar, ó enconar.

Para huir todo peligro de impureza, arrancar de raiz aquella perniciosa curiosidad de querer leerlo todo, saberlo todo, verlo todo, y oirlo todo: tener á raya los sentidos, manteniéndolos en una continua prision: retirarse en quanto fuere posible de cierto mundo corrompido, que insensiblemente comunica su misma corrupcion: romper con todos aquellos objetos, hácia los quales se siente alguna inclinacion amorosa, y poco limpia, especialmente si se descubre en ella alguna propension al desorden y al deleyte.

Para cerrar la puerta á los pensamientos , y deseos interiores , acostumbrarse á desviar suavemente la atencion hasta de los pensamientos inútiles , y á desprender el corazon de ciertos afectos pegajosos , que siendo pegajosos , no pueden ser inocentes. La mortificacion de los unos , es muerte infalible de los otros.

En fin , contra las faltas de omision , imponerse una ley de estar siempre ocupado , no por fantasía , ó por capricho , sino precisamente por obligacion , y en cosas útiles , y correspondientes á su estado.

¿Que otra razon pudieron tener los Santos , para ser toda la vida tan mortificados , aunque muchos de ellos no recibieron el bautismo hasta despues de su conversion , y no pocos tuvieron revelacion de que estaban en gracia de Dios ? No basta (decian ellos) habernos levantado ; es necesario no volver á caer. Para esto bien está : frqüéntense las confesiones , y ténganse todas las devociones que se quisieren : estos son remedios generales ; pero aque-

llos, de que acabamos de hablar, son específicos. Los primeros tiran á reformar el mal; esto es cosa mas larga: los segundos van derechamente al centro, á la raiz: esto es mas seguro, y mas breve. Nunca se usa de ellos sin experimentar pronto y sensibles afectos; ó por mejor decir, de la union de entrambos medios resulta la pronta, la entera, y la constante conversion.

Sin esto ¿como es posible esperar destruir las perversas, las inveteradas costumbres, pues solamente los actos contrarios á la propension de las pasiones, son capaces de impedir que estos se reformen, y se fortifiquen? ¿De que otra manera se preservaron de la corrupcion natural San Juan Bautista, San Pablo el Ermitaño, San Antonio Abad, y el famoso San Hilarion? ¿De que otra manera se preservan de la corrupcion del siglo tantas personas virtuosas, como viven dentro del mundo?

¿Será mucho pedir al pecador, para que vuelva á establecerse sólidamente en el estado de la inocencia, lo que

se pide al mas justo para que persevere en ella? Si no lo quiere hacer, ¿que otra cosa puede esperar, sino una continuacion de caidas y recaidas, que den motivo para dudar de la sinceridad de su conversion, y nunca le permitan gustar el consuelo de considerarse en buen estado con Dios?

PUNTO III.

Tibieza y relaxacion en el servicio de Dios que vencer.

Porque no nos debemos imaginar que, despues de habérsenos perdonado nuestros pecados, inmediatamente, y con tanta facilidad nos mira Dios con tanto cariño, y con tanta ternura como nos miraba ántes que le hubiésemos ofendido. Hízolo así con el hijo Pródigo; hízolo así con la Magdalena; pero uno y otro amaban mucho; y en nuestra conversion acaso tuvo mas parte el temor, que el amor, ó á lo ménos se obró con la mezcla de estos dos afectos.

A no ser así, sería ocioso el consejo del sabio: *de propitiato peccato noli esse sine metu*. No dice: está sin miedo por el pecado llorado y confesado, sino por el pecado *perdonado*. El Príncipe que restituye en su gracia á un favorecido rebelde, aunque no le pida para esto ni servicios, ni satisfaccion, no por eso le restituye siempre á sus antiguos honores y empleos; para esto son menester nuevas y largas pruebas de su amor, y de su zelo.

En una palabra: trátate Dios como tú le tratas. Tú le amas, lo que basta para no querer ofenderle, y Dios te ama, lo que basta para no querer condenarte. No es tan grande tu amor, que quieras hacer en su servicio cosas extraordinarias y singulares: tampoco es tan grande el suyo, que quiera velar sobre tí con un cuidado muy particular. Y de aquí ¿que sucederá? que en alguna ocasion te faltará aquel auxilio de favor, de eleccion, y de predileccion, con el qual te mantendrías, y sin el qual te verás vencido y derribado. Te volverás á levantar con tra-

bajo; ó acaso morirás en el pecado, ántes de levantarte de él. Esta es cosa terrible.

Pero, ¿y no habrá remedio para esto? Uno solo, dice el Concilio Tridentino; y es hacernos semejantes á Christo por medio de una vida penitente y crucificada. Dios no dexará de amar con ternura á los que viere semejantes á su Hijo. Sean ellos los que fueren, los acaricia, y los protege, en consideracion de aquel á quien representan. Pongamos los ojos en el Crucifixo, y allí verémos en que estado nos debemos poner, para merecer el corazon y la complacencia de Dios: *mortificationem Christi in corpore nostro circumferentes*. Pero ¿quando será uno tan semejante á Jesu-Christo, que se pueda asegurar de la perfecta correspondencia de Dios? Eso es lo que no se puede saber precisamente. El citado Concilio de Trento dice, que toda la vida del christiano debe ser una continuada penitencia: *tota vita Christiana debet esse perpetua pœnitentia*. San Gregorio responde, que el llanto por nuestros pe-

cados debe no cesar hasta la muerte, quando ya no hay tiempo para comerlos, ni peligro de caer en ellos. Escribió al Santo una Señora noble, preguntándole si Dios la habria perdonado sus pecados, y aun pidiéndole, que suplicase al Señor se lo declarase por medio de alguna revelacion. El Santo Pontífice la respondió: *Ni es posible, ni es conveniente que yo te satisfaga. No es posible; porque no soy tan Santo, que me atreva á esperar, ni tan temerario que me atreva á pedir revelaciones. No es conveniente; porque acaso te descuidarias con esta noticia, y eso no te conviene. A tí te parece que te serviria para ser mas fervorosa; pues selo sin revelacion, como lo puedes hacer, y con eso se te perdonarán tus pecados.*

El mismo espíritu fué el de los demas Santos. Poco tiempo ántes de morir, mandó San Agustin que le escribiesen en la pared de su quarto los siete Psalmos Penitenciales, que repetia incesantemente despues del bautismo. ¿Y como habia vivido los quarenta años precedentes? ¿Dudaba por

ventura que no se hubiesen anegado en las aguas de la regeneracion las fragilidades de su juventud?

Aquellos penitentes, de quienes habla San Juan Clímaco, se preguntaban los unos á los otros con voces lastimeras: ¡Ah, hermano mio! ¿y piensas tú que Dios me habrá recibido en su gracia? Justo Juez, quando imploremos tu misericordia en el dia de las venganzas, no nos deseches, no nos desconozcas.

Hacian una vida espantosa, y en cierta manera milagrosa, por sus horribles penitencias. Unos dexaban que los atormentase la sed, negándose á sí mismos un vaso de agua, en medio de los mas abrasados ardores del estío. Otros expuestos á los rigores del invierno, ó de los ardientes rayos del Sol, en el mayor rigor del medio dia, se dexaban devorar de los insectos, ó helar la sangre al furor de los vientos mas cortantes, y mas impetuosos. Estos pasaban en pie las noches enteras, batallando con el sueño, sin arrimarse á parte alguna. Aquellos tenian siempre

los ojos fixos en el Cielo, y otros no se atrevian á levantarlos de la tierra, encorvados siempre los cuerpos hácia ella.

Al referir San Juan Clímaco estos hechos, hace una reflexión, que nos conviene mas á nosotros, que al mismo Santo. *Quando yo vi tales temores con tales obras, faltó poco para que la desconfianza me hiciese desesperar.* Si es necesario comprar el Paraiso á tanta costa una vez que se haya perdido, ¿será el Paraiso para mí? ¿Pues para quien será?

No desconfiemos; pero, sin dar lugar á la desconfianza, hagamos todo aquello que está de nuestra parte, que nunca harémos demasiado. Dios es justo y terrible, no le irrite mos; aplaquémosle, y esforcémonos á merecer las mayores ternuras de su bondad.

MEDITACION II.

*Jesu-Christo en el Pretorio de Pilatos,
y en el Calvario. Del sacrificio que
hizo en él de su cuerpo.*

Tambien esta Meditacion se debe hacer , aplicando á ella los sentidos interiores. Ver lo que se pasa, oir lo que se dice , y excitar en sí mismo una viva compasion de los dolores del hombre de Dios ; exercitándose en afectos de un santo reconocimiento al amor de Jesu-Christo , de un penetrante dolor de sus pecados , de una sincera resolution de no malograr los frutos de las llagas del Salvador , y de no renovar la causa de ellas ; con una generosa determinacion de sufrir por su parte quantos trabajos se le puedan ofrecer , ora dimanen inmediatamente de la malicia de los hombres , ora vengan dispuestos por el orden de la divina providencia. Contemplarémos pues al Salvador , primero , en los azotes á la columna. Segundo , en la coronacion de espinas. Tercero , en la cru-

cifixión. Esto se llama el sacrificio de su cuerpo, porque ninguna parte de su sagrado cuerpo fué exenta de dolor.

PUNTO PRIMERO.

Azotes á la columna.

No hablamos ahora de la infamia de este suplicio. ¡La misma inocencia, y el mismo pudor, expuesto á una vergonzosa desnudez á los ojos, y á las insolentes reflexiones de un pueblo licencioso! Acaso ningun otro tormento fué tan sensible para el Salvador. A vista de este espectáculo, un corazon casto y puro aparta los ojos y se estremece. En quanto al rigor de los azotes, aunque no sepamos por el Evangelio cosa particular, es facil conjeturarlo.

En primer lugar, Pilatos mandó azotar al Salvador con el fin de calmar el furor del pueblo: *volens populo satisfacere*. Para esto no bastaba un castigo blando y moderado. En segundo lugar, los enemigos del Señor estaban tan enconados, que no dexarian de animar á

todos los que podian hacer mal: el pueblo cada instante mas empeñado en pedir á gritos su muerte; y los soldados no ménos encarnizados en no perdonarle, sino en quanto fuese bastante para que no muriese en aquel primer tormento.

Fuera de eso, el número de los azotes no se limitó á los treinta y tres, que fixaba la ley de los Judíos, porque el que le condenó á ellos fué un Ministro del Emperador de Roma, y la ley Romana dexaba el número de los azotes á la discrecion del Magistrado: tanto que así la Historia Sagrada, como la profana refieren exemplos de muchos que murieron en este suplicio. Añádese, que la Iglesia aplica á Jesu-Christo en este doloroso paso, aquellas palabras del Profeta, que solo se pueden aplicar al Salvador: *vímosle, y no le conocimos: parecia un leproso, á quien las carnes se le caían á pedazos: todo su cuerpo era una sola llaga.*

Por otra parte muchos Santos, que piadosamente se cree fuéron alumbrados por el mismo Jesu-Christo, cuen-

tan el número de los azotes por un guarismo, que apenas se puede decir. Pero al fin fueron Santos, y sus luces valen bien las presuntuosas conjeturas de los incrédulos, y de aquellos que no quisieran reconocerse tan obligados á las finezas del Salvador.

Acerquémonos con este espíritu á aquella columna, que quedó consagrada por el suplicio de nuestro Divino Maestro. Veamos si le podemos reconocer: *non est ei species, neque decor*. Oigámosle, si nos lo permite el ruido de los azotes; pero observa un profundo silencio: *oblatus est, & non aperuit os suum*. Solo habla con el corazón: *ego in flagella paratus sum*. Descargad, Padre mio, descargad; satisfaced á Vos, y no me perdoneis á mí; pero perdonad á los hombres. Y vosotros, hombres, hermanos míos, y amados hijos de mi dolor, amadme, y no me ofendais.

Recojamos los arroyos de su preciosa sangre: ofrezcámosela á Dios por nuestros pecados: apliquémosla á todas nuestras dolencias, y á todas nues-

tras necesidades: ella es un remedio universal; *livore ejus sanati sumus*. Aliviémosle en una gran parte del peso de nuestros pecados por una viva contrición: estos son los verdaderos azotes, que le despedazan: *verè languores nostros ipse tulit*. Mezclemos nuestras lágrimas con las suyas, y nuestra sangre con su sangre, si tenemos espíritu para tanto. Nunca conocerémos mejor los tormentos de Jesu-Christo, y lo obligados que le estamos, sino quando logremos la dicha de padecer por su amor alguna cosa semejante.

Con efecto, á vista de este espectáculo, algunos Santos no tenían otra ansia, que la de padecer, ó morir: *aut pati, aut mori*. Otros deseaban vivir por solo padecer: *non mori, sed pati*. Parecíales que la pasión de Jesu-Christo no se acababa de perfeccionar, mientras ellos no se asemejasen á él. ¿Pero que especie de disposicion era la suya en no querer vivir sino para padecer? Era disposicion de reconocimiento: era disposicion de justicia contra el verdadero delinquente. *Ego sum qui peccavi, in-*

nocens iste quid fecit? Era disposicion de un ciego rendimiento al peso de la autoridad de todo un Dios, que nos precedió con el exemplo.

A lo ménos emprendamos una vida toda de mortificacion, y de cruz. Si nos perdonamos por una parte, sea para no perdonarnos en nada por la otra. Privacion general de toda delicadeza, de todo placer, de todo divertimento. Trabajo duro y continuo, y observancia, y perpetua circunspeccion. De una manera, ó de otra padezcamos, y representemos en nuestra vida la vida dolorosa de nuestro Salvador.

PUNTO II.

La coronacion de espinas.

Nueva prueba de que en los suplicios del Salvador no se guardaba medida ni formalidad. Si se hubiera observado, ¿que soldado tendria atrevimiento para inventar de su propia autoridad un suplicio nunca oido, y que no tenia exemplar?

Formaron los soldados una corona de un manajo de espinas: pusieronla en la cabeza, y se la apretaron bien. Era la única parte de su cuerpo, que hasta entónces habian perdonado, y no quisieron que se quedase sin su particular tormento.

Para dar la última perfeccion á la escena, le echaron sobre las espaldas un andrajo de púrpura raído, que hallaron á la mano, y le pusieron en la suya una caña, que hiciese papel de cetro. De quando en quando se la quitaban para golpearle con ella sobre la corona, á fin de que le penetrasen mas las espinas. En un equipage tan doloroso, como ignominioso, fué presentado á vista de todo el pueblo.

Hijas de Sion, almas verdaderamente dedicadas á su servicio, venid á ver á vuestro Rey con la diadema con que le coronó su madrastra la Sinagoga en el dia de sus desposorios. La esposa en todo ha de ser parecida al esposo. Vosotras sereis coronadas de gloria, quando él lo sea; ahora os debéis coronar de oprobrios, como él.

Este es el día de la alegría de su corazón. Deseábale con la mayor ansia, y le parecía que tardaba mucho. Tened parte en su confusión, y en su dolor, si la quereis tener en su triunfo.

No hagais caso de lo que puedan decir sus enemigos: *Ecce Rex vester*; este es vuestro Rey. Ellos lo dicen por irrisión, pero vosotras entendedlo á la letra. Es infiel la esposa que pretende ser mejor tratada que el esposo.

Ecce Homo. Veis ahí á este hombre; pero un hombre, que al mismo tiempo es Rey de todos los hombres, y el que no le reconociere por su Salvador, le reconocerá, mal que le pese, por vengador de sus ofensas. *Que sea crucificado: que sea crucificado*. Bien puede ser que en algun tiempo lo hubieses dicho tú tambien; pero ya has mudado de parecer, y sabes que no tenias razon para decirlo: pues sal valerosamente á defenderle. Pueblo ingrato, ¿que mal te ha hecho ese Hombre-Dios? Ea, respóndeme: *¿Quid feci tibi, aut in quo contristavi te? Responde mihi*. El te enseñó el camino de la sal-

vacion; él te sanó en tus enfermedades; él te sustentó en el desierto; y (lo que tú no quieres comprender) él te redimió con su sangre de la esclavitud del demonio.

Pero, mi Dios, ¿podré yo decir con verdad, que estoy inocente en la efusion de vuestra sangre? Mas lo estaria si la cosa estuviese hoy en mi poder. Haced, pues, que esta adorable sangre se derrame en arroyos sobre nosotros, y sobre todos aquellos que de algun modo nos toquen, ó nos pertenezcan. Lavadme cada dia mas y mas en este precioso baño. Desde hoy renuncio á todo género de honores, y de delicias. Si ahora os veo en este lastimoso estado, es porque yo me coroné de rosas, porque quise adornar mi cabeza con la corona del orgullo, porque continuamente andaba revolviendo en mi fantasía pensamientos de ambicion. De hoy en adelante doblaré el corazon mas que las rodillas en presencia del Rey de los Judíos, y de los Christianos. Ya he tomado mi partido. Señor, sed mi fortaleza, y mi

apoyo. Esté yo perpetuamente arrimado á Vos, como á una inmoble columna.

PUNTO III.

La crucifixión.

Solo faltaba esta para el perfecto sacrificio del cuerpo de Jesu-Christo. Es menester que sus pies, y sus sagradas manos padezcan tambien su particular tormento. ¿Que digo sus pies, y sus sagradas manos? Sus ojos, sus oidos, su lengua, todos sus miembros han de ser atormentados. Beberá hiel y vinagre; oirá blasfemias de sus enemigos; verá morir en su compañía á dos famosos ladrones; verá repartir entre los soldados sus sagradas vestiduras; delante de sus mismos ojos verá llorar su muerte á sus mas amados amigos. Consumirá un holocausto toda la víctima. Exhausto en fin de fuerzas, despues de haberse rendido mas de una vez al peso de la cruz, llega al Calvario. Despójnle de los vestidos; tiéndenle sobre el madero destinado para su supli-

cio ; taládranle los verdugos con gruesos clavos las manos y los pies ; levantan la cruz con aspereza atropellada ; y acaban de cumplir las profecías.

¡Terrible situacion para un hombre, que todavía estaba vivo ! Si hace esfuerzo para sostenerse , carga todo el peso del cuerpo sobre las llagas de los pies ; si quiere aliviar el dolor de estas , se rasgan mas las de las manos. Si levanta la cabeza , tropieza la corona con la cruz , y se le clavan mas adentro las espinas ; si la inclina sobre el pecho , aumenta el peso del cuerpo.

He aquí al Hombre-Dios colocado entre el cielo y la tierra , como mediador entre Dios y los hombres. He aquí al gran Sacerdote , esperado por tantos siglos , que en el dia de la cólera se hizo él mismo nuestra reconciliacion. He aquí á aquel , que en tiempo de su vida mortal , habiendo enviado al cielo sus oraciones , acompañadas de clamores , y de lágrimas , y dirigidas al que le podia salvar , fué oi-

do por la reverencia que se debia á su santo nombre. ¡Con que mi amor está enclavado en la cruz! ¡y podrán ya mis ansias dirigirse á otra parte! ¿Y querré yo baxar de la cruz, miéntras él está clavado en ella? ¡O sagrados votos de mi religiosa profesion, y quanto os respeto! ¡Quanto os amo! Vosotros teneis virtud para hacerme semejante á mi Divino Maestro sobre el ara de la cruz. Procuraré hacerme insensible como él á todo lo que me pueda inducir á baxar de ella. En mi perseverancia conocerá el cielo y la tierra que soy verdadero discípulo de Christo. Sol, esconde tu luz; desde luego me condeno á no ver cosa alguna de la tierra, con tal que jamas aparte los ojos de mi dulce Salvador.

Pero ¡mi Dios! todos estos propósitos son inútiles, si no los sostiene vuestra divina gracia. Toda mi confianza está colocada en vuestras promesas. No es ya una simple oracion, que os dirijo, es una humilde reconvenccion, que os hago, executándoos por vuestra misma palabra. Vos mismo nos

dixisteis: *quando yo sea exáltado de la tierra, traeré á mí todas las cosas.* Pues que! ¿soy yo mas duro que las piedras, que Vos haceis pedazos? ¿Estoy mas muerto que los difuntos, que Vos resucitais? ¿Soy mas pertinaz que los Judíos, que Vos convertis? Muera yo con Vos, Señor; y muera todo en mí fuera de Vos. Pero en horabuena, viva todavía mas, si conviniere; mas no viva ya yo mismo, sino Vos vivais en mí: *vivam ego, jam non ego; vivat verò in me Christus.*

MEDITACION III.

De la preparacion para la muerte.

Ninguna preparacion puede ser demasiada para una cosa, que solo se ha de hacer una vez, y es de la mayor importancia hacerla bien. No es menester otra razon para que conozcamos quanto nos importa prepararnos con tiempo para la muerte. Esta será la materia de la presente meditacion. Parece que en ninguna parte podia tener me-

por lugar: á vista de Christo moribundo, solo debemos pensar en morir.

Tres modos hay de prepararnos para la muerte. Primero, vivir como quien puede morir inmediatamente. Segundo, vivir como quien con efecto inmediatamente ha de morir. Tercero, vivir como si efectivamente hubiéramos muerto ya. El primero nos asegura contra las sorpresas de la muerte: el segundo infunde confianza y fervor: el tercero llena el corazon de consuelo y de alegría.

PUNTO PRIMERO.

Vivir como quien puede morir inmediatamente.

Podemos morir en este año, en esta semana, en este dia. Pero no basta decir: la muerte me puede sorprehender en cada instante. Para que su sorpresa no nos coja desprevenidos, es menester no estar ni un solo momento en estado en que no quisiéramos morir. Así, pues, si he cometido alguna cul-

pa grave, ó cosa que lo pueda ser, nunca diré: mañana me confesaré. Acaso no habrá mañana para mí. Al instante, en el mismo punto se ha de hacer un acto de contrición el mas puro, el mas perfecto que sea posible. ¡Ah, Señor! ¿que es lo que yo he hecho? ¡Perdon! ¡Misericordia! ¡Penitencia! Y si fuere dable, no dexar pasar el dia sin haberse confesado. Siempre que se oiga el relox, decirse á sí mismo: acaso será esta la última hora para mí; lo cierto es, que lo ha de ser para muchos: *suprema hora multis, forsan mihi*: hacer despues un acto de contrición de todos los pecados, que se pueden haber cometido sin conccerlos.

Estos piadosos ejercicios oprimen, sujetan algun tanto, es verdad; pero es una opresion muy importante, y aun muy necesaria, porque sin ella es mucho lo que se arriesga. Quando se trata de asegurar una eternidad, no hay precaucion que se pueda llamar demasiada. ¿No han sido muchos sorprendidos de la muerte? Es cierto que ellos no la esperaban, ni una hora án-

tes tenían razon para esperarla, y acaso solo habian dilatado el convertirse á Dios para el dia siguiente; pero este dia siguiente no llegó para ellos.

En una Ciudad llena de ladrones, ninguno se daria por seguro, si de noche dexase abiertas las puertas de la casa, aunque no fuese mas que un quarto de hora. De esta comparacion se vale Jesu-Christo para darnos á entender, quan de repente ha de ser su venida: *veniet filius hominis sicut fur in nocte; qua hora non putatis veniet.*

En las Plazas de armas se hace la centinela dia y noche: no se retira una hasta que otra la releve. Abandonar el puesto es gran delito: dormirse es un descuido que se castiga con severidad: *filii sæculi prudentiores sunt filiis lucis.* Los hijos del siglo son mas prudentes, que los hijos de la luz. Esta es demasiada verdad.

Cotéjese con esta vigilancia el descuido de la mayor parte de los hombres, pecadores y tranquilos. ¿ Como llamaremos esto? ¿ Incredulidad, ó locura? ; Ver la serenidad de un christia-

no, que pasa no sólo horas y días, sino semanas, meses y años enteros en el miserable estado de mil pecados mortales ! O esto no tiene nombre, ó se ha de llamar empedernimiento, y furor.

PUNTO II.

Vivir como quien con efecto ha de morir inmediatamente.

Esto quiere decir mas, que vivir como quien luego puede morir. Puedo morir dentro de una hora, dentro de un momento : luego no debo permanecer un solo instante en estado, en que corra peligro mi salvacion : esto basta. Pero no me restan mas que un dia ó dos de vida : así me lo han intimado ; y así lo conozco yo mismo. Luego nada debo hacer en este corto tiempo, que no sea con toda la perfeccion posible. Aprovechémonos de todos los instantes ; guardémonos de las menores faltas, que pueden ofender al que nos ha de juzgar ; dispongámonos para recibirle.

La práctica de esta segunda prepa-

racion se reduce á dos cosas, que llenan de confianza y de fervor en la hora de la muerte. La primera es hacer cada una de las obras, como si hubiera de ser la última de nuestra vida. La segunda exercitarnos de quando en quando en aquellos actos, que quisiéramos hacer en la hora de la muerte.

Por lo que toca á la primera, es cierto que todo se haria bien, si se hiciera con este espíritu. ¡Que santamente se pasaria el dia de hoy, si supiéramos que habíamos de morir mañana! ¡Como aprovecharíamos el tiempo! ¡Que desasimiento de todas las frívolas inclinaciones! ¡Que pureza de intencion! ¡Que desprecio de todo quanto pasa, considerándolo como si nunca fuera, ó como si jamas hubiera sido! Decia un hombre santo: *si supiera que me habia de morir al acabar este paseo, no le dexaria por dedicarme á otra cosa*: dando á entender, que todo lo hacia, aun las acciones mas naturales, como si inmediatamente hubiese de morir.

Pero dirá alguno: ¿como es posi-

ble hacer cada accion, como si fuese la última de nuestra vida, sin estar persuadido á que con efecto lo ha de ser? ¿Y quien se lo ha de persuadir? ¿Mas por que no? Si fundados solamente en un *puede ser*, estamos persuadidos casi siempre á que no será; ¿por que ha de ser imposible, que nos persuadamos á que será, fundados en otro *puede ser*? ¿Acaso es mas verisimil el uno que el otro? Pero en el uno se arriesga mucho; en el otro nada se arriesga, y se va á ganar infinito. Muchos Santos no tuvieron tanto entendimiento como nosotros, pero se aprovechaban mejor del que tenian, y comprehendian lo que nosotros no acertamos á comprehender. Nosotros mismos, quando estamos fervorosos, con ménos sutilezas discurrimos mas racionalmente. Entónces vemos la muerte como á dos pasos de nosotros. Y miéntras dura esta consideracion, ¡que no somos capaces de hacer!

Por lo que toca á la segunda preparacion, se ha de escoger un dia cada mes, ó á lo ménos algunos dias entre

año, para hacer aquello mismo que todos deseamos practicar en los últimos dias de la vida. Una dolorosa confesion, una comunion fervorosa, con todos aquellos afectos que corresponden á quien la recibe por modo de Viático; leer con atenta reflexion las oraciones que usa la Iglesia en la administracion del Sacramento de la Extremauncion; la recomendacion del alma, que hace por los agonizantes, las que ofrece por los difuntos, y convienen tambien á los moribundos. Considerarse despues, como si se hallára presentado ante el Tribunal de Dios, psocurar satisfacer á los cargos, y oir pronunciar la terrible sentencia. Hecho esto, volver á sus ocupaciones, como un hombre, que hallándose ya á las puertas del infierno, la misericordia de Dios le restituyó al mundo, para que hiciese penitencia.

Entónces se aprende á hacer bien aquello que se quisiera hacer bien á la hora de la muerte. Como no hay seguridad de hacerlo bien entónces, estará ya hecho anticipadamente, y en

un accidente repentino se podrá decir á Dios: Señor, quisiera poderos decir ahora lo que tantas veces os he dicho: no puedo á la verdad, pero me remito á lo que os he repetido toda la vida. El sacrificio, que el hombre hace de sí mismo en la muerte, es el mayor, y el mas meritorio, como se haga bien. Sin embargo, ¿que es lo que entónces se sacrifica, sino aquello que no se puede ménos de sacrificar? ¿Que es lo que se promete, sino lo que verisimilmente no se podrá cumplir? En vida las promesas nos obligan á mucho, y el sacrificio es enteramente voluntario.

En fin, estos freqüentes pensamientos del último instante; esta continua memoria de los postreros sacramentos; estas ideas de agonía, de funerales, de entierro, nos van poco á poco como ensayando, y domesticando con la realidad de la muerte. Testigo aquel Santo solitario. Admirábanse todos de verle tan tranquilo, y con tanta paz, quando ya estaba para morir. No os admireis, dixo á los circunstantes: he

andado tantas veces este camino con la consideracion , que en él nada me co-ge de nuevo ; y me he muerto tantas veces en sana salud , que ahora nada se me da dexar de vivir.

PUNTO III.

Vivir como si efectivamente hubiéramos muerto ya.

Muere el hombre ; pero no se le entierra inmediatamente que muere : todavía está algunas horas entre nosotros , bien que sin tener parte en nada mas que si no estuviera. Amortájasele , y poco despues se le quita la *mortaja* , ó á lo ménos se despoja al cadaver de todo lo que lleva sobre sí , y sea cosa de algun valor. Dentro de algunos dias se predicán sus honras : alábasele en público , y se censura de él en secreto. Antes de darle sepultura se incien-sa el cadaver ; y al mismo tiempo de enterrarle , se esparcen algunas flores sobre el féretro ; pero un momento despues se cubre el cuerpo de tierra , de

huesos, y de podredumbre. A todos estos diversos tratamientos se muestra insensible, todo lo sufre, ya no tiene movimiento, y solo la voluntad de Dios le puede restituir á la vida. No es ménos insensible el hombre que está muerto á las criaturas. Usa de este mundo, como si no estuviera en él: nada ménos piensa que en darse á conocer: recibe las honras, y los desprecios con igual indiferencia: *æstimate vos* (dice San Pablo) *tanquam mortuos*.

¿Pero será practicable un grado de perfeccion tan elevada? ¿y el premio de morir con alegría merecerá el trabajo que cuesta el llegar á tan sublime grado de perfeccion? Sin duda: se puede arribar á tan sublime grado; y el camino que conduce á él, es un perfecto desasimiento de todas las criaturas. Se da principio, acostumbrándose uno á pasar sin el comercio del mundo, no manteniendo con él otra comunicacion que la que pide la necesidad. Síguese despues el despojo de sí mismo, hasta reducirse á lo precisamente necesario. Hecho esto, Dios acaba

lo demas, en premio de nuestros primeros esfuerzos. Se llega en fin al estado en que se hallaba San Francisco de Sales, quando decia: *Son muy pocas las cosas que deseo, y esas las deseo bien poco.*

En orden á la recompensa de morir con alegría, aun quando no hubiera otra, se contentarian con ella los Santos. No es posible dexarse de sentir una santa envidia, y una piadosa emulacion, quando se oye exclamar al Real Profeta David: *heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est!* ¡Ay de mí, que se me va dilatando mi destierro! Y al Apostol San Pablo: *quis me liberabit de corpore mortis hujus?* ¿Quien me librará de la muerte de esta vida? Y á San Martin: *dexadme ver el cielo, hermanos míos, para que mi alma tenga el consuelo de ver anticipadamente el camino que la ha de llevar á Dios.* Y á Santa Teresa: *muerdo por el dolor de no poder presto morir.*

¡Pero que cosas no hace aun en tiempo de la vida este fervoroso deseo de gozar quanto ántes de Dios! Si hay una enfermedad popular, una epidemia,

una peste, quando todo el mundo hu-ye; quando muchos se quitan la vida á fuerza de precauciones, y de remedios para no morir; estas almas fervorosas acuden á todo; al servicio de los enfermos, á la sepultura de los muertos, á la visita de los lugares inficionados. Todo el mal que me puede suceder (se dicen á sí mismas) es irme á ver á mi Dios quanto mas ántes: morir martir de la caridad, despues de haber vivido martir de la mortificacion. ¿Pues que mas pudiera yo desear, que lo mismo que me quieren hacer temer? Nada tengo ya que perder en este mundo: todo lo he enviado delante de mí. Dexo á Dios el cuidado de mi vida, y de mi alma; ya no son mias; todo es suyo: *scio cui credidi*. Sé muy bien en que manos las he puesto.

Estos pensamientos las tienen como elevadas de la tierra. Déxase entonces conocer la nobleza de un corazon christiano, de un verdadero hijo de Dios; pero por la flaqueza de la naturaleza corrompida, se vuelve presto á caer. Pásase insensiblemente la vida en bue-

nos propósitos, diciendo siempre: yo me desprenderé, y no llegando jamas el caso, ántes prosiguiendo hasta la muerte con toda la viveza de los mas tiernos afectos, que al cabo romperá violentamente, y sin mérito la necesidad de dexarlo todo. Considerémos bien esto.



DIA VII.

MEDITACION PRIMERA.

Jesu-Christo Redentor, ó de la redencion de Jesu-Christo.

Para dos cosas fué enviado Jesu-Christo á los hombres; la primera para redimirlos de la eterna condenacion, y curarlos, aplicándolos sus infinitos méritos, de las llagas que el pecado habia abierto en sus almas. La segunda, para guiarlos de nuevo á Dios su primer principio, y su último fin, y llevarlos al cielo, su verdadera patria, por

medio de sus exemplos, de su doctrina, y de sus gracias saludables.

Con estas dos inspecciones nos representa la Escritura al Salvador, quando le llama unas veces nuestro Redentor, otras nuestra Cabeza, otras nuestro Maestro; otras nuestro exemplar, y nuestro Juez. Todos los demas títulos, si hay algunos otros, se refieren necesariamente á estos. Apliquémonos, pues, á penetrar bien todos estos dictados del Salvador, porque del conocimiento de estas verdades dependerá el fruto de las meditaciones siguientes.

En la presente, que nos representa á Jesu-Christo como Redentor, consideremos tres cosas. Primera, la necesidad que teníamos de la redencion de Jesu-Christo. Segunda, lo liberal y copioso de esta redencion. Tercera, lo mucho que debemos á Dios, y á Jesu-Christo por una redencion tan copiosa, y tan liberal.

PUNTO PRIMERO.

La necesidad que teníamos de la redención de Jesu-Christo.

Traigamos á la memoria lo que ya hemos meditado de la caída de Adán, y del estado á que reduxo su pecado á cada uno de nosotros en particular. El mismo Jesu-Christo nos lo explica en una de sus parábolas. Un hombre cayó en manos de unos ladrones, que le aguardaban en una emboscada: despojáronle de sus vestidos, maltratáronle, cubriéronle de heridas, y le dexaron medio muerto: *homo quidam incidit in latrones &c.* Habíamos perdido todos los dones de la gracia, y todos los derechos á la gloria. Estábamos gravemente heridos en el cuerpo y en el alma: tinieblas, ignorancia, violenta inclinacion á lo malo, y sin fuerzas para lo bueno. La parábola solo dice, que le dexaron medio muerto: *semivivo relicto*, en lo que no explica la verdadera muerte, que consiste en la eterna privacion de Dios, á que estábamos condenados.

¿ Quien nos pudo reconciliar con Dios, restituirnos todos nuestros derechos, la luz, la fuerza, la salud, y la vida? Ninguno, sino aquel caritativo Samaritano; ninguno sino un Dios hecho hombre. Como Dios satisfacía á su Eterno Padre; como hombre padecía. Hízose pues hombre este Dios de bondad, y nos redimió: *Samaritanus transiens curam illius egit*. Aquello que los Profetas pedian con tanto ardor: aquello que los justos ansiaban despues de tantos siglos; aquello que se cansaban de esperar, nosotros lo vemos ya cumplido: *beati oculi qui vident quæ vos videtis*. Bienaventurados los ojos que ven lo que vososros estais viendo; porque os aseguro, que muchos Profetas, y muchos Santos lo desearon ver, y no lo pudieron conseguir.

Nosotros gozamos de este beneficio; pero acaso no le conocemos bien. Para hacernos mejor cargo de él, pongámonos en lugar de tantos bárbaros, que nunca oyerón hablar de Jesu-Christo, ó viviéron ántes que naciese este Señor. Triste cosa fué para ellos haber

nacido, si solo nacieron para su eterna condenacion. *Quid nasci profuit, nisi redimi profuisset?* Nos hubiéramos salvado jamas nosotros con las condiciones, de que quiso Dios que dependiese la salvacion de aquellos infelices, ¿si apénas lo conseguimos hoy con tantas gracias de que estamos prevenidos?

Traigamos tambien á la memoria el miserable estado de que Dios nos acaba de sacar. Aun quando no hubiera pecado el primer hombre, ¿quanta necesidad tendríamos de Redentor, por nuestras propias culpas personales? ¿Acaso se nos adapta á nosotros ménos que á Adan la parábola del hombre despojado y herido por los ladrones? Hubiéramos necesitado de un Redentor para reconciliarnos, y para merecernos aquella abundante gracia con que nos acaba de restituir á su amistad. Hubiéramosla necesitado mas que nunca, para no volver á precipitarnos en el pecado, ó á caer en la tibieza despues de nuestra reconciliacion; porque decir que si no hubiéramos pecado en Adan, siempre nos conservaríamos ino-

centes, es una sentencia muy dudosa. Sin ignorancia, y sin concupiscencia pecaron los Angeles en el cielo. Adan y Eva con todos los dones, y con todas las luces que se podian desear, pecaron en el paraíso. Acaso nosotros no hubiéramos sido tan delinquentes como ellos, y acaso lo hubiéramos sido mas.

Pero consolémonos, y aseguremonos: *ubi abundavit delictum, superabundavit gratia*. Donde el pecado causó tan grandes males, la gracia causó mayores bienes. Mucho mas hemos hallado en Jesu-Christo, que perdimos en Adan. En este perdimos la gracia una sola vez, en aquel la podemos volver á encontrar todas las veces que la perdiéremos por el pecado. *O felix culpa, quæ tantum ac talem meruit habere Redemptorem! O certè necessarium Adæ peccatum quod Christi morte deletum est!* ¡Dichoso pecado el del primer hombre, por el qual nos vino un Redentor, que nos puede merecer el perdon de todos nuestros pecados! ¡Dichoso pecado, en cierta manera necesario, para cuya satisfaccion, siendo mas que suficiente la

muerte del Salvador, lo es tambien para que se olviden todas nuestras miserias, é infidelidades!

Pero esta misericordia; que nos hizo el Padre por la mediacion de su Hijo, ¿pudiera jamas haber cabido en nuestra imaginacion? Si nosotros mismos hubiéramos solicitado los medios para salir del abismo, en que nos hallábamnos sumergidos, ¿hubiéramos tenido valor para decir: yo suplicaré á Dios que me envíe á su Unigenito Hijo, y que Dios se haga hombre para redimirme? ¿Hubiéramoslo por ventura imaginado? Y aunque un Angel nos lo hubiera revelado, ¿le hubiéramos acaso creído? ¿Quién soy yo, diríamos entónces, para merecer un exceso tan grande? Soy muy poca cosa: eso es imposible; no me atrevo á esperarlo, me engañan, me lisonjean; es una ilusion. Hoy dia creemos firmemente este misterio del amor, y de la gracia; pero no le comprendemos bien.

Yo jugaba y me divertia, dice San Bernardo; y miéntras tanto se estaba tratando en el gabinete del Príncipe

de condenarme á muerte, por horribles delitos, que estaban plenamente probados contra mí. Ofrecióse á morir en mi lugar el único heredero de la Corona; fué condenado él, y yo fuí puesto en libertad. ¿Es esto posible? ¡Y todavía proseguiré jugando! ¡Todavía me divertiré, y aun me burlaré de las penas de mi libertador! *Adbuc ne ludam & illudam!*

Digámosle con toda la ternura de un corazón penetrado del mas vivo reconocimiento: *Benedic, anima mea, Domino, & omnia, quæ intra me sunt, nomini sancto ejus.* Bendice, alma mia, al Señor, y todas mis entrañas glorifiquen para siempre jamás su santo nombre. Bendice, alma mia, al Señor, y nunca olvides sus innumerables beneficios. El te perdona todos tus pecados; él cura todas tus enfermedades; él te arrancó de los brazos de la muerte eterna; él te colma de misericordias por todas partes; él te da todos quantos bienes puedes desear; él te franquea aun los que no te atrevieras á pedir. Digamos, pues con San Pablo, pero digamoslo

con toda el alma: si hay alguno que no ame á Jesu-Christo despues de una bondad tan excesiva, *anathema sit*, que sea anatematizado. ¡Ay de mí! que hasta ahora no le he amado; pero de aquí adelante yo le amaré, y no quiero cesar jamas de amarle.

PUNTO II.

La abundancia de la redencion de Jesu-Christo.

Para redimirnos, y para salvarnos, bastaba absolutamente que el Hijo de Dios se hubiera hecho hombre por un solo momento. Siendo de infinito valor un solo suspiro del Hombre-Dios, por la dignidad de su persona infinita; el mas mínimo acto de humildad, por decirlo así, bastaria para aplacar á su Padre, y para obligarle á restituirnos en todos nuestros derechos. Pero acaso no hubiera bastado para que conociésemos la enorme gravedad de nuestras culpas, la profundidad de nuestras heridas, y el exceso de su amor. Quiso

Dios quitar todo pretexto á nuestra ingratitud. ¿Pues que hizo? *Propter nimiam charitatem qua dilexit nos*: por aquel vehemente y tierno amor que se pudo juzgar excesivo, estuvo nueve meses en el vientre de una doncella; nació pobre; vivió treinta y tres años cercado de trabajos; fué bien cargado de oprobrios; espiró en una cruz, exhausto de fuerzas, y de sangre; dexónos en la Eucaristía un divino medio para renovar cada dia su sacrificio á los ojos de su Eterno Padre, y para unirnos eternamente consigo: *copiosa apud eum redemptio*. En fin, no quedaba cosa por hacer, que al punto no la hubiese hecho.

Hombre ingrato, si hubiera hecho ménos, acaso dirias: ¿que es lo que hizo por mí, para que yo le esté tan obligado? Pero dime: ¿tendrás vergüenza para decirlo ahora? Pues ¿por que no te rindes?

Antes que se cumpliese este gran misterio, solo conocíamos á Dios imperfectamente. Acaso nos parecia con el impio, que encerrado allá en el cielo

dentro de su propia bienaventuranza, no se embarazaba en lo que pasaba en la tierra: *intra cardines cæli perambulat, nec nostra considerat*. Pero ya vemos que no es así, y que no le somos indiferentes. Es justo, pero no es ménos misericordioso. Compadecido de vernos perecer, se hizo víctima á sí mismo, sin dexar de ser el Señor, á quien se sacrificaba. Y despues de esto, apreciaremos poco unas almas, á quienes él estimó tanto! ¿Harémos poco caso de la nuestra? ¿No tendremos zelo de las ajenas? ¿Cometerémos con tanto facilidad el pecado, cuya satisfaccion se hizo á tanto coste? Perezca pues todo lo que hasta ahora me ha inducido á él: esta es mi primera obligacion. Pero vamos á considerar otras muchas.

PUNTO III.

Obligaciones que nos impone una redencion tan copiosa.

Fuera del reconocimiento, de que acabamos de hablar, ademas del cui-

dato de nuestras almas, y de las de nuestros hermanos, respecto de Dios considerémos bien estas palabras: *sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito Hijo; y estas otras: *O mira circa nos tuæ pietatis dignatio! O incæstimabilis dilectio charitatis, ut servum redimeres, filium tradidisti!* ¡O asombroso efecto de una benéfica compasion! ¡O inestimable esfuerzo de un ardentísimo amor! ¡Entregar al Hijo, para redimir al siervo!

Mereció Abraham la abundancia de las bendiciones del cielo, solo porque estuvo muy dispuesto para sacrificar á su hijo Isaac: *quia fecisti hanc rem benedicam tibi.* Porque me obedeciste, y porque no me negaste, ni aun á tu querido hijo Isaac, yo echaré mi bendicion á tí, y á toda tu posteridad. ¡O mi Dios! ¡Y que bendiciones no debo yo daros, porque me concedisteis á vuestro Unigénito Hijo! Aniquílese mi corazon, ántes que yo olvide tan grande beneficio. Péguese mi lengua á mi paladar, ántes

que yo cese de alabaros, de glorificaros, ó ántes que la emplee en otra cosa por todo el resto de mi vida. Vuélvanse contra mí todas las criaturas, si alguna vez me inclinare á ellas en perjuicio vuestro, y contra vuestra santa ley: *oblivioni detur dextera mea, adhæreat lingua mea faucibus meis, si non meminero tui.*

Respecto de Jesu-Christo, su misma caridad, dice San Pablo, nos estrecha, nos anima, y en cierta manera nos precisa. ¿Pero á que? por lo ménos á no vivir para nosotros, sino para aquel que por nosotros murió. *Charitas Christi urget nos, ut qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est.*

Acordémonos de la primera meditacion, si debe ser de Dios, de solo Dios, y todo de Dios, y siempre de Dios, porque me crió, y me conservó; ¿que no le deberé por haberme redimido, y por haberme redimido del modo con que me redimió? Son incomparables las palabras de San Bernardo, hablando de esto; nada se puede añadir á lo que él dice; pero no se debe

perder ni una sola sílaba, aunque no es facil darlas en nuestra lengua toda el alma que tienen en la latina.

“Si me debo todo á Dios, porque
”me crió, ¡que no le deberé porque me
”reengendró, y me reengendró de un
”modo tan extraño como admirable!
”Porque no me reengendró con la fa-
”cilidad con que me crió. Para criar-
”me no necesitó mas que de una so-
”la palabra; mas para reengendrarme,
”¿que no dixo, y que no hizo? ¿Quan-
”tos trabajos padeció? ¡pero no solo
”trabajos, sino tormentos, é indigni-
”dades! En la primera obra dióme á
”mí mismo, á mí mismo; en la segunda,
”él mismo se entregó á mí; y quando
”se entregó á mí, me restituyó á lo que
”antes era yo mismo. Por haberme pri-
”mero dado, y despues restituido á mí
”mismo, me debia todo á él por dupli-
”cado título; ¿pero que no le deberé
”por haberse él mismo entregado á mí?
”Aunque fuera posible que yo me en-
”tregase mil veces á él; ¿quien soy yo
”para igualarme con un Dios, que se
”entregó por mí.”

Seré pues de aquí adelante todo suyo, solo suyo, y siempre suyo. Aun así y todo, siempre será su fineza infinitamente superior á la mia. El es todo, yo soy nada; él comenzó, yo no hice mas que seguirle; él me amó sin obligacion, y sin interes; yo le amo por mi provecho; porque, como dice San Agustin: *cui justius vivam, quam ei, qui si non moreretur, ego non viverem?* ¿Para quien viviré con mas razon, ni con mas justicia, sino para aquel que si no hubiera muerto por mí, no viviria yo? ¿Que mayor utilidad que servir á un Dios, que promete premio eterno? ¿Que mayor necesidad, que la de no ofender á un Dios, que amenaza con castigos sin fin?

MEDITACION II.

Jesu-Christo al morir. Del Sacrificio de su vida, que hizo en la cruz.

NO vino Jesu-Christo para enseñarnos solamente á vivir bien; tambien vino para enseñarnos á bien morir. El

sacrificio de su vida, que hizo en el calvario, es el modelo del que nosotros debemos hacer de la nuestra, quando nos llegue la hora, y del que debemos hacer todos los instantes, hasta que llegue el momento fatal de nuestra consumacion.

Es, pues, Jesu-Christo en su muerte perfecto modelo de una muerte santa, y preciosa; lo primero, por su desasimiento de los vínculos mas estimables, cuya separacion es mas dificultosa. Lo segundo, por su constancia en los mas vivos dolores. Lo tercero, por su confianza en Dios en las mas terribles pruebas.

PUNTO PRIMERO.

Desasimiento de Jesu-Christo de los vínculos mas estimables, y mas dificultosos.

Es la muerte una separacion general de todas las cosas. Morir, es dexarlo todo: la vida, los bienes, las personas, que se amaban en el mundo. Mucho desasimiento es menester para per-

der todo esto sin dolor. Pongamos los ojos en Jesu-Christo.

Dexa la vida, y la dexa á los treinta y tres años de su conversacion entre los hombres, quando podia esperar recoger una copiosísima mies de su divinos trabajos. Ya sus Discípulos no eran hombres tan groseros, ya comenzaban á conocerle. No solo en el pueblo, sino en muchos grandes de Jerusalén, se iban desvaneciendo las falsas especies en que los habian impresionado contra él. Podia todavía vivir otros quarenta ó cincuenta años, sin violentar las leyes ordinarias de la naturaleza: ¿y que fruto no hubieran hecho entónces sus sermones, y sus milagros?

Dexa la vida, y la dexa á manos de una afrentosa muerte, que se la quita en el espacio de veinte y quatro horas. El dia ántes no podian creer sus Apóstoles que habia de morir. Dexa la vida, y la dexa en medio de dos ladrones, como el mayor, y mas facinoroso de todos tres.

Mostró, pues, el Salvador su des-

asimiento, en no habersele oído en todo el discurso de la pasión, ni una sola queja, porque moría en la flor de su edad, porque moría en tan breve tiempo, porque moría con una muerte tan infame. Tampoco, pues, se debe inquietar el buen christiano, á exemplo del Salvador, ni por el tiempo, ni por el lugar, ni por las demas circunstancias de su muerte. El tiempo verdadero, y el mejor tiempo para morir, es quando Dios quisiere. No siempre se muere mejor, ni con ménos repugnancia en la vejez: es muy regular que solo sirva para acumular deudas, y á esto se reduce todo. Queremos vivir para hacer penitencia: pero la penitencia mas agradable al Señor por nuestra mala vida pasada, es sacrificarle de todo corazon el ansia que tenemos por vivir. Queremos vivir para ser mas perfectos, para glorificar mas á Dios. Dios no tiene necesidad de nosotros para procurar su gloria. Murieron muchos Santos de todas edades, y algunos con muerte repentina y espantosa. A uno de los Stílitas le quitó la vida un

rayo en su misma columna.

Conservadme, Dios mio, en vuestra gracia, ó restituidme á ella, si por desdicha mia la he perdido. Esto es lo que Vos me mandais que os pida; esto es lo que os pido, y todo lo demas lo dexo á vuestra providencia.

Dexó el Salvador todos los bienes de la vida. Es cierto, que apénas tenia cosa alguna; ¿pero quantos Christianos están tan asidos á lo poco que tienen, á un corto empleo, á un puñado de hacienda, á un comercio de poquísima entidad, como si fuese la cosa mas importante? Desde lo alto de la cruz, vió el Salvador que estaban sorteando sus vestidos. Considerábanle ya como si no estuviera en este mundo, como si no fuera. Pero no hizo caso, ni alentó la mas mínima queja.

¿Adonde están aquellos que no pueden llevar en paciencia miéntras viven, que se hable de lo que ha de ser de ellos despues de su muerte? Mucho les convendria á estos tales decirse freqüentemente á sí mismos: fulano heredará mi hacienda, citano mis muebles, este

mi empleo, aquel mi oficio, ó por mejor decir, no sé en qué manos parará todo esto; solo sé que yo presto he de dexar de ser, y que todo lo he de dexar. Esta memoria sirve para desprender el corazon.

Dexó el Salvador las personas que mas tiernamente habia amado: dexó á su Madre, á María Magdalena, al Discípulo querido, á los demas Apóstoles suyos. Este fué el desprendimiento que le pudo costar mas dolor. Con todo eso, al oírle se pudiera creer, que ninguno le costó. *Muger*, ves abí à tu *Hijo*, dixo á su Madre, señalando con los ojos á San Juan. Un corazon tierno, y traspasado de dolor, parece que se habia de valer de otra expresion ménos seca; pero quiso excusar á la Virgen la dolorosa conmocion que la causaría el dulce nombre de Madre. Nada dixo á las otras mugeres que estaban presentes; para significarnos quizá, que un moribundo necesita de toda su atencion para emplearla únicamente en Dios; sin pensar en los amigos, que acaso le arrancarían algunos

suspiros, y algunas lágrimas, las que solo se deben emplear particularmente en aquella hora en aplacar al Señor, llorando nuestros pecados. Así pues ha de desviar de sí, no solo todo lo que le puede engañar, ó pervertir, sino hasta la memoria de todo lo que es capaz de distraerle.

¿Pero de donde naceria en el Salvador aquella disposicion de ánimo tan desprendido de todo, que lo hacia entónces como insensible? No debemos recurrir á milagro; porque desde que se entregó en manos de sus enemigos, dexó obrar á la naturaleza, y por consiguiente sintió todo lo que nosotros sentimos. Dirélo en dos palabras.

Dexó la vida sin dolor, porque toda la vida habia sido llena de trabajos. Dexóla con facilidad, porque nunca habia tenido cosa superflua, y muchas veces le faltaron aun las necesarias. Dexóla sin sentimiento de perder á sus amigos, porque siempre los habia amado en Dios, y por Dios, y estaba seguro de que los habia de ver en su compañía por toda la eternidad.

Es necesario, pues, imitar al Salvador, para morir con este desprendimiento. No es soportable la muerte á quien tiene todo su consuelo en este mundo. Un prisionero puede estar tan divertido en su prision, puede contraer en ella una amistad tan de su gusto, que no solo no desee la libertad, sino que la tema, y la rehuse. Quando los Santos no padecian trabajos en la vida, ellos mismos se la hacian larga, dura y penosa, con grandes y voluntarias penitencias. La muerte espanta y atemoriza á los que tienen asido el corazon á las cosas de acá abaxo. Si sola su memoria aflige tanto, ¿que será ella misma? En fin, es dolorosa la muerte, quando coge al alma enredada en amistades, y en lazos, que necesariamente ha de romper, ó si duran despues de la vida, es únicamente para causar mas tormento en el infierno. Los que se aman en este mundo para perderse, se aborrecen en el otro para atormentarse, y para maldecirse por toda la eternidad. El justo puede decir á sus amigos en la hora de la

muerte con el Salvador: amados amigos míos, os dexo ahora, pero presto os espero: *voy delante á disponeros la posada*: presto nos volverémos á juntar para no separarnos jamas.

Este desasimiento, este divorcio voluntario, no es obra de un dia; pero cada dia nos debemos desprender de alguna cosa, para que la muerte nos encuentre ya desprendidos de todas.

PUNTO II.

Constancia de Christo en los mas vivos dolores.

Mostróla bien, quando, á pesar de tantos como le atormentaban, no alen-
tó la mas mínima queja de lo mucho que padecia, pensando en todo, y disponiéndolo todo como si nada padeciese.

No se quejó ni del pérfido Apóstol que le vendió, ni de los Discípulos que le abandonaron, ni de los Jueces que tan iniquamente le condenaron, ni de los verdugos executores de

sus órdenes con tanta crueldad. No se quejó ni de la cruz en que estaba enclavado, ni de los clavos y espinas que le taladraban, ni de la hiel y vinagre que le dieron para aliviarle la sed que le desecaba. Solo tenia libres el corazon y los ojos, y estos continuamente los levantaba hácia el cielo. Fué el exemplar, y el consuelo de los predeterminados en las terribles enfermedades con que algunas veces exercita Dios su paciencia, ántes de llevarlos para sí. No hay cama tan dura como la cruz de mi dulce Salvador: no hay dolor de cabeza comparable con el de la suya: no hay convulsiones tan violentas como las que padece un hombre amarrado á una cruz con quatro gruesos clavos, que le destrozan todos los nervios. Muchas veces son los remedios mas insoportables que la misma enfermedad. Jesu-Christo bebió hiel y vinagre para mitigar su sed. Otros en semejante constitucion, se impacientarian, se enfurecerian, y acaso blasfemarian como el mal ladron, crucificado á su lado; pero en poniendo los ojos en el Cruci-

fixo, todo calma, y la amargura se convierte en consuelo. O ménos trabajos, mi Dios, ó mas paciencia. Pero, Señor, aquí fortaleza, y en la otra vida misericordia.

En medio de su doloroso estado, Jesu-Christo pensó en todo. Verdad es, que en nada tenia ya que pensar, porque en todo habia dado providencia. Pero pensó en sus enemigos para perdonarlos; pensó en su Madre para dexarla quien la sirviese; pensó en su Padre para encomendarle su espíritu; bien que para todo esto no hubo menester mas que tres palabras.

Si hubiera dexado para entónces grandes negocios que arreglar, ó largas instrucciones que dar á sus Discípulos, ¿ como lo pudiera hacer sin milagro? Luego es confiar en un milagro el reservar ningun negocio serio para la hora de la muerte, como dificultades dudas que exâminar, ó enredosas quëstiones que proponer. Un buen christiano, nada debe tener que hacer en aquella hora, sino asegurarse en quanto sea posible, de que ha hecho bien

todo lo que debia hacer. ¡O! y quanto consuela esto á todos los que se interesan en su salvacion! No son muchos los que dexan para entónces negocios de grande conseqüencia; pero son pocos los que no dexan alguna cosa. Mas, temiéndose tanto como se teme la muerte repentina, ¿es prudencia vivir en un estado en que no se quisiera morir?

Respecto de los actos de Religion que hizo entónces el Salvador, debemos exercitarnos en ellos toda la vida. Por oprimidos que estemos de males, mucho mas lo hemos de estar en la hora de la muerte. Con todo eso nos ha de ser preciso hacerlos, sopena de que corra peligro el alma, ó á lo ménos de perder grandes méritos. No costó trabajo al Salvador pensar en Dios, quando estaba enclavado en la cruz, porque durante el tiempo de su predicacion, pasaba en oracion la mayor parte de las noches.

PUNTO III.

*Confianza de Jesu-Christo en medio de las
mas terribles pruebas.*

Por santos que seamos, en la hora de la muerte tendremos siempre gran necesidad de la misericordia del Señor. Pero nunca debemos desesperar, por mas pruebas con que nos exercite su justicia, ó su misericordia. ¿Serán nunca estas pruebas tan grandes como las de Jesu-Christo? Sin embargo, aquel lastimoso estado no le estorbó encomendar su espíritu en las manos de su Padre, y morir tranquilamente.

En dos cosas fundaba su confianza: en la memoria de lo que habia hecho por glorificar á Dios, y por obedecerle, y en el conocimiento de la bondad de su Padre Celestial. Los mismos motivos de confianza deben asistir á todo christiano. Yo guardé vuestros mandamientos; yo obedecí vuestros consejos. No descuidé de las almas que pusisteis á mi cargo. Si no las pude enseñar con mis palabras, las procu-

ré edificar con mis exemplos. Yo os temí, pero mucho mas os amé. Mi juez es mi Padre; ¿pues en qué mejores manos puedo caer? Teman y tiemblen aquellos que siempre os miraron como un amo, á quien solo se sirve con la violencia de esclavos.

Pero ay! que yo no fuí el que debiera de ser. No por eso desesperes. Todavía tienes motivo para confiar en Jesu-Christo. Sus méritos alcanzaron misericordia para el ladron arrependido. Por otra parte tienes expreso precepto de confiar en él. ¡O! y quanto quiere que confiemos en su bondad, aquel que nos amenaza con la eterna condenacion, si no confiamos en ella!

Sirvamos de buena gana, y alentemos en aquellos últimos instantes á nuestros hermanos, á nuestros parientes, á nuestros amigos, y aun á los mismos extraños. Volvámonos muchas veces á Jesu-Christo en su agonía: *per sanctam agoniam tuam*; á la Santísima Virgen, que estaba agonizando con su Hijo, sin que pudiese morir: *stabat Mater dolorosa* &c. Es cierto, que este

devoto ejercicio sujeta y oprime, si dura mucho tiempo; pero acordémonos de que se trata de lograr una santa muerte, y no ménos del importante paso á una gloria eterna.

MEDITACION III.

Sobre el uso del Crucifijo.

Todo christiano debe tener un Crucifijo, y convendria mucho, que al pie de él se leyesen escritas ó grabadas estas tres inscripciones, ó alguna de ellas.

Stimulus charitatis.... Ecce quomodo amabat eum.

Portentum justitiæ..... Proprio Filio non pepercit.

Incentivum cœli.... Empti estis pretio magno.

Amar á Jesu-Christo, temer á Dios, salvar nuestras almas, y las de nuestros hermanos: estos son los tres grandes afectos, y resoluciones, á que nos debe mover la vista del Crucifijo.

PUNTO PRIMERO.

Amar á Jesu-Christo.

Amor con amor se paga ; pues mira en esta imagen hasta donde llegó su amor. Haberse hecho hombre por nosotros , haber nacido pobre , haber vivido treinta y tres años rodeado de trabajos ; todo esto le pareció poco. Faltaba todavía alguna cosa posible , y el amor nunca dice *basta* , mientras puede hacer todavía mas. Subió , pues , á la Cruz , derramó en ella toda su sangre ; cubierto de oprobrios , exhausto de fuerzas , consumido de dolores , espiró : *ecce quomodo amabat*. No nos pase por el pensamiento que estuvo en la cruz contra su gusto , que no sintió los tormentos que padeció en ella , ni mucho ménos que hiciese milagros para no sentirlos. No hubo cosa mas voluntaria , ni mas cruel , que sus tormentos. Mas cruel , porque se queja ; y no es capaz de fingir , ni de exâgerar. Mas voluntaria , porque ninguno le podia echar mano sin su permission ; vendrian

á socorrerle doce legiones de Angeles, si él lo hubiera querido. ¿ Pues quien le puso en aquel infame leño , y quien le mantiene en él ? El amor ; su inefable amor : *ecce quomodo amabat.*

Siendo esto así ¿ con que recíproco amor le debemos corresponder ? Si nos pidiere que demos la vida por él , no se la podemos negar. Así lo hicieron los Mártires , y así lo debemos hacer nosotros en iguales circunstancias , sopeña de perdernos. Pero á lo ménos, mientras llega este caso , vivir únicamente para él : esta es justicia.

Verdaderamente es una cosa incomprehensible nuestra insensibilidad , y nuestra indiferencia con Jesu-Christo, despues del misterio de su muerte. No lo digo porque no derramemos lágrimas , ni porque no se vea en nosotros alguna demostracion exterior de un corazon tiernamente movido , y lastimado : esto quizá no está en nuestra mano. Pero quando se nos pide algun sacrificio ; quando se nos dice : por amor de Jesu-Christo da una limosna ; moderate por amor de Jesu-Christo ; per-

dona á tu enemigo por su amor; que no estemos prontos á hacerlo, esto es lo que verdaderamente no se puede comprender.

Ciertamente que no se portó así el mismo Jesu-Christo. No se negó á morir por los hombres, quando su Padre se lo mandó. Lo peor es, que pretendemos justificar nuestra insensibilidad, disminuyendo en nuestro concepto la grandeza del beneficio.

Algunos dicen, ó por lo ménos así lo piensan para consigo: Jesu-Christo solo padeció por espacio de veinte y quatro horas: otro tanto tambien lo haria yo. ¿Pero que otra cosa fué toda su vida, sino una muerte continuada, cuyo fin fué la afrentosa muerte que ahora estamos meditando? ¡Con que Jesu-Christo hizo muy poco por nosotros, para merecer que le amemos! Pero si hubiera hecho mas, diríamos entónces que habia hecho demasiado para obligarnos á que le imitemos. Demasiado lo decimos ya, si no con nuestras palabras, á lo ménos con nuestras obras.

Otros pretenden excusar su ingrati-

tud con la generalidad del beneficio. Christo, dicen, no murió por mí solo, sino por todos: así, pues, yo no le estoy obligado en particular. Pero dime: ¿habia de dexar perecer á todos los hombres, por pensar solamente en tí? ¡Que injusticia! ¡que crueldad! ¿Habia de morir tantas veces, quantos hombres ha habido, hay y ha de haber en el mundo? ¡Que quimera! ¿Y su muerte por todos, es ménos útil para tí? ¿Por que te hacen los otros tanto bien? ¿Por que te aman tanto, y tienen tanto zelo por tu salvacion, sino para manifestar en tí su reconocimiento á Jesu-Christo, que murió por todos? Si ellos se reconocieran ménos obligados á él que tú, de todos estos beneficios te privarías.

Pero Jesu-Christo era Dios. ¿Que quieres decir con eso? ¿Que por ser Dios nada le costaba el padecer? Eso seria desmentirle formalmente. Jesu-Christo hizo muchos, y grandes milagros para sentir sus tormentos; pero ninguno para no sentirlos. Jesu-Christo era Dios; ¡pues que bondad fué la suya, quando debiéndosele, por ser Dios, to-

da gloria, todo honor, todo gusto, se entregó á los mas abatidos oprobrios, á los mas crueles tormentos, todo por una criatura tan vil y tan indigna como yo! ¡Y despues de esto, nada querer padecer, siendo tan pecador como soy! ¡Que indignidad! ¡Que trastorno de cosas!

Pero su muerte ya pasó, ya no la puedo impedir; ¿pues de que me aflijo? Poco movido está el corazon quando todavía se duda si hay motivo de afligirse. Es cierto que su muerte ya pasó; pero yo fuí la causa de ella. Si no me aflijo, la hago inútil para mí, vuelvo á caer en el pecado, y en cierta manera la renuevo. Pero si no me afligen sus tormentos, tampoco tendré parte en su gloria.

Avergoncémonos por lo ménos, y humillémonos, á vista de nuestra dureza. Roguemos á Dios que mude nuestro corazon: todo lo alcanza la oracion. Digamos con San Pablo: *si quis non amat Dominum Jesum, sit anathema*. El que no amare á Jesu-Christo nuestro Señor, sea confundido, sea aniqui-

lado, perezca para siempre sin remedio. Bien merecido lo tiene.

PUNTO II.

Temer á Dios.

Horrenda cosa es caer en manos de Dios vivo: *horrendum est incidere in manus Dei viventis*. Gran prueba son de esta verdad las penas del infierno por un solo pecado mortal; pero la muerte de un Dios, por rescatar del infierno al pecador, todavía es una demostracion mas convincente, y mas terrible. Aquellas son esfuerzo del brazo de un Dios irritado; esta es un milagro, un prodigio; y si es lícito explicarme así, una monstruosidad de justicia: *portentum justitiæ*; pero al fin, siempre es justicia.

Es cierto, que todos los que contribuyeron á su pasion, reconocieron su iniquidad. Judas, que le vendió, murió desesperado, desconfiando alcanzar perdon de su delito. Pedro, que le negó, vivió derramando continuamente

lágrimas amargas; los Discípulos, que le desampararon, se arrepintieron de su cobardía; los Sacerdotes, que le condenaron, conocieron muy bien, que solo lo habian hecho por envidia; Herodes le trató de loco, pero no de delinqüente: Pilatos se lavó las manos ántes de enviarle al suplicio; los Judíos que le pidieron para la muerte, volvian del calvario hiriéndose los pechos. Esta es su defensa.

Pero respecto de Dios, la injusticia de los hombres era una rigurosa justicia. Habia sido ofendido el Señor de todas maneras, y por toda clase de personas: era, pues, necesario que el Hijo de Dios, cargado de la iniquidad universal, padeciese de todos modos, y por todo género de gentes; que fuese tratado como es tratado Dios, por lo que toca al pecador, siempre que le ofende: *portentum justitiæ.*

Bien está, dirá por ventura alguno; pero á lo ménos, despues de la muerte de Jesu-Christo, ya está satisfecho Dios, y así nada tiene que temer el pecador. Acaso lo creerian muchos, si el

Salvador no hubiera tenido cuidado de desengañarnos á todos. No lloreis tanto por mí (dixo á las piadosas mugeres) que no lloreis mucho mas por vosotras, y por vuestros hijos; porque si esto se hace en el leño verde, ¿que se hará en el seco? *Quia si hæc in viridi ligno fiunt, in arido quid fiet?* Meditemos bien estas palabras, y todo lo que significan. Quieren decir:

Si así se trata al fiador, ¿como será tratado el deudor principal, que abusó de la fianza? Si así se trata al Hijo querido, ¿como será tratado el vil esclavo, que, aun despues de la muerte del Hijo, se levantó contra su Señor? Si es tan rigurosa la justicia mezclada de misericordia, ¿que tal será la justicia pura, quando no haya misericordia que esperar? Si Dios no se da por satisfecho, sino porque el que le satisface es Dios igual, y consubstancial con él, ¿como le podrá satisfacer un hombre puro, haga lo que hiciere, por sus propios merecimientos?

Esta es la razon, por la qual, como ya hemos visto, deben ser eternas las

penas del infierno. La ofensa de una Magestad infinita, pide una satisfaccion infinita; y ya que esta no lo pueda ser por su intension, séalo por su extension, ó duracion. Esto es justicia.

No miramos al Crucifixo, como debemos. Un volver los ojos á él con un poco de fe, quando nos combate alguna tentacion, serviria de freno á las pasiones mas indómitas: *portentum justitiæ. Proprio Filio non pepercit.*

PUNTO III.

Atender á nuestra salvacion, y á la de nuestros hermanos.

Esta es la última leccion que nos da el Crucifixo. *Empti estis pretio magno. O anima tanti vales!* Ves ahí el precio de nuestras almas: nosotros no la sabemos valuar; pero aprendámoslo en esa imágen. No hagas juicio de lo que son, ni por el miserable cuerpo en que están encerradas, ni por los despreciables harapos, que cubren á ese cuerpo. El alma mas vil (á juicio de los sen-

tidos) está toda cubierta, teñida, y como empapada, por decirlo así, en la sangre de todo un Dios, sin que el alma en la apariencia mas noble, la haga la menor ventaja, por la qual sea digna de particular consideracion. Debemos, pues, acudir á los pies del Crucifixo á solicitar el zelo de nuestra salvacion, y de la de todos los hombres sin excepcion.

A solicitar el zelo de la nuestra. ¿Que es lo que he hecho yo por la salvacion de mi alma? ¿No hizo mas por ella Jesu-Christo? Por ella precisamente murió: para purificarla, para perficionarla, para santificarla. No murió para merecernos grandes prendas naturales; para asegurarnos talentos, honras, estimacion, gustos. Murió para desprendernos de todo esto, para que conociésemos su inanidad, y sus peligros.

La cruz será mi escuela desde aquí adelante; con ella iré á consultar todas mis dudas. Hasta ahora buscaba amigos, consejeros, y libros, ménos por entender la verdad, que por con-

tentar á mi amor propio , y por satisfacer mis pasiones. ¿ Cuantas veces me engañaron? De hoy en adelante , solo será mi consultor Jesu-Christo crucificado. El me dirá : sé apacible , humilde , sufrido , caritativo , desinteresado : dexa hablar al mundo : vete siempre á lo mas seguro , y á lo mas perfecto ; no descieras de la cruz ; vive y muere enclavado en ella. ¿ Me podré nunca engañar , siguiendo estos consejos?

A ella iré á buscar aliento en mis desmayos. *Nondum usque ad sanguinem restitistis.* Una leve indisposicion me detiene ; una ligera contradicción me acobarda ; un poco de tedio me disgusta , me desalienta , me hace volver atrás. ¡ Ah ! que hasta ahora no he resistido , hasta derramar sangre !

A ella acudiré á consolarme en mis desgracias. Perdílo todo ; pero no he perdido mi alma ; pues en suma ¿ que es lo que perdí ? *Liberius tibi servitura sum , quia tanto me onere liberasti.* Así se explicaba la generosa Melania , segun refiere San Gerónimo. Murióse la

su único hijo, quando todavía estaba llorando la muerte del marido, á quien tiernamente amaba. Al principio quedó inmóvil, y como atónita al rigor de dos golpes tan terribles; pero volviendo despues sobre sí, y abrazándose tiernamente con su Crucifixo, exclamó: Rompisteis, Señor, todas mis cadenas: ya no hay en el mundo cosa que tenga preso mi corazon; con eso te serviré mas libremente, y no amaré mas que á solo Vos. Sereis bendito para siempre.

A ella acudiré á recibir la reprehension que merecen mis caidas. *Nunc judicium est mundi*. Un Dios que muere, no solo condena el pecado, condena toda imperfeccion, todo repartimiento del corazon, todo apego.

A ella acudiré por fuerza, y por confianza en todas mis tentaciones. Las cinco llagas de mi Salvador, son cinco fuentes de gracia, que siempre estan abiertas. Huid, demonios: este es vuestro vencedor. Soy, y he sido pecador; pero ya no lo quiero ser: este Señor responderá por mí. Soy imper-

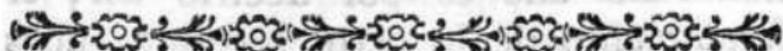
fecto; pero son míos los merecimientos de este Señor; él me ha hecho donación de ellos. Está Dios irritado; pero este es mi escudo. ¿Descargará el golpe sobre su propio Hijo? No puede ser.

A solicitar la salvación de mis hermanos. La cruz me debe inspirar el mismo zelo por ella, que por la mía. Todos ellos valen tanto como valgo yo. Lo mismo hizo Dios por ellos que por mí. ¡Y me contentaré con servirlos no más que medianamente! ¡Y perdonaré á trabajo mío por solicitar que se salven! ¡Pero ah! que quizá los escandalizaré en lugar de ayudarlos. Mientras no padezca muerte, y muerte de cruz por su salvación, como la padeció el Salvador de todos, aun me restará mucho que hacer.

Todo lo tiene el que tiene un Crucifijo, y se sabe aprovechar bien de él. Oigámosle todos los instantes, si fuere posible. Siempre nos está hablando, aunque está muerto. ¿Pero que nos dice? Amame á mí; teme á mi Padre; salva tu alma, y la de los otros. A estas tres palabras se reduce el Testa-

mento de nuestro divino Maestro.

Cierta doncellita joven pretendia ser Monja Carmelita. La Priora, para probar su vocacion, la hizo una vivísima pintura de todos los rigores de la Religion: llevóla con la consideracion por todas las oficinas del Convento, poniéndola delante mil instrumentos de penitencia, y todos aquellos objetos, que causan mas horror á la naturaleza. La pretendiente quedó suspensa por algun rato, y se mostró como algun tanto vacilante, despues de lo qual la preguntó: *Pero, Madre, ¿no hay en el Convento algun Crucifixo? Sí, hija mia,* la respondió la Prelada, *en todas las celdas, donde las pobres Religiosas viven con tanta incomodidad; hasta en el Refectorio, donde comen tan pobre y parcamente; hayle en el Coro, donde pasan tan largas horas en oracion; hayle en el Capítulo, donde se las dan tan severas reprehensiones, y se las imponen tan rigurosas penitencias. ¡Ay, Madre mia!* replicó la fervorosa doncella: *segun eso, ninguna cosa se me hará dificultosa, porque en todas partes encontraré á mi Crucifixo.*



DIA VIII.

Jesu-Christo Cabeza, ó la vida de Jesu-Christo en los Christianos.

Despues de haber considerado el beneficio de la redencion, pasaremos á considerar el modo con que el Redentor nos aplica los frutos de ella á cada uno de nosotros en particular.

Todos los Christianos podemos decir en cierto sentido, lo que decia de sí el Apóstol San Pablo: *yo vivo; pero ya no vivo yo, Jesu-Christo vive en mí.* No hablamos ahora de aquella vida mística de Jesu-Christo en el hombre, que consiste en la transformacion del espíritu, del corazon, y de las costumbres del hombre en Jesu-Christo, haciéndole pensar como él, amar como él, y obrar como él: todavía se trata de cosa mas esencial. Para ser perfecto christiano, primero es menester ser chris-

tiano. Lo uno es por decirlo así, el fundamento de lo otro. La vida, pues de que vamos ahora á hablar, es aquella que nos hace ser christianos.

Por tanto, considerémos lo primero, en qué consiste esta vida. Lo segundo, para qué nos sirve. Lo tercero, á qué nos obliga. No se pueden ignorar estas verdades, sin que al mismo tiempo se ignore lo substancial de nuestra Religion. Y así, todo lo que escribieron los Apóstoles, particularmente San Pablo, á esto se refirió, y por lo mismo ninguna otra cosa es mas capaz de movernos, de consolar-nos, y de santificarnos, que el meditarlas, y comprehenderlas bien.

PUNTO PRIMERO.

En qué consiste la vida de Jesu-Christo en nosotros.

El mismo Jesu-Christo nos lo enseña, quando dice, que él es la vid, y nosotros los sarmientos: *ego sum vitis, vos palmites*. San Pablo nos lo declara

quando dice, que la Iglesia es un cuerpo, cuya Cabeza es Jesu-Christo, y nosotros los miembros: *Vos estis corpus Christi: caput autem omnium Christus.*

Así como la vid y el sarmiento no componen mas que una sola cepa, y así como la cabeza y los miembros no componen mas que un solo cuerpo; así Jesu-Christo y los Christianos no hacen mas, en cierta manera, que un solo compuesto, ó una sola persona. Mas: Así como los sarmientos no tienen mas vida que la que la vid los comunica, ni los miembros tienen otra que la que los comunica la cabeza; así la vida sobrenatural del christiano, solo proviene de su union con Jesu-Christo. Separado de este Señor, está espiritualmente muerto: unido á él, mientras dura la union se mantiene vivo. En fin, quanto mas estrecha es esta union, mas vigorosa es su vida: por el contrario, á proporcion que esta union se debilita, se embaraza, ó se interrumpe; aquella vida se deseca, se desmaya, ó se marchita.

La primera cosa que forma esta

union del hombre con Jesu-Christo, es el Sacramento del Bautismo: Por él fuimos como ingertos en nuestro Salvador: *complatati Christo*. La confirmacion aseguró despues, estrechó, y apretó mas este nudo, con el que estábamos ya unidos al hombre Dios. *Confirmavit nos, unxit nos, signavit nos in Christo*. La Eucaristía conserva esta union, y la hace cada dia mas indisoluble. El que come mi carne, y bebe mi sangre está en mí, y yo estoy en él: *in me manet, & ego in illo*. El pecado mortal es como una perlesía, que impide el curso y comunicacion de los espíritus de la cabeza á los miembros: ó como una cuerda apretada fuertemente al tronco, que impediria la comunicacion del jugo nutricio á las ramas. *Pecata vestra diviserunt inter vos, & Deum vestrum*. El pecado venial es como un humor grueso y maligno, que formando algunas obstrucciones, turbaria la libre circulacion del mismo jugo nutricio. El Sacramento de la Penitencia, y el de la Extremauncion son como el complemento de esta mística union,

quando deshacen los impedimentos que la perturban y restituyen la libertad á los espíritus vitales, para que sigan su curso natural. *Quæcumque solveritis, erunt soluta.*

O! y que cosas tan grandes me enseña la Religion! ¡que de misterios me descubre! Cierto que no pensaba en ellos; ¿pero cómo habia de pensar, si acaso ni aun los conocia? Hoy que los conozco me exercitaré en su consideracion. No tanto soy de Jesu-Christo, quanto parte suya, y en cierto modo el mismo Jesu-Christo. El está en el Cielo, está en el Sacramento del Altar; pero sin ir mas léjos, tambien está en mí: en mí vive, en mí obra, y á mí me hace vivir.

Haré, pues, de aquí adelante el mas elevado aprecio de los Sacramentos, conociendo que de ellos me viene esta invisible union. Hasta aquí, por no sé qué especie de preocupacion, ó de costumbre, casi confundia el uso de los Sacramentos con los demas exercicios espirituales de la Religion Christiana. ¡Pero Santo Dios, y que diferencia

hay de unos á otros ! El Sacramento es una divina operacion , que Dios hace en mi alma ; cuya virtud solo se puede frustrar por una voluntaria separacion , ó como divorcio de la misma alma con Dios. Las otras devociones , ó exercicios espirituales , no tienen otro efecto , que el que corresponde á la fé , ó á la devocion del que los hace. Los Sacramentos por el contrario , por sí mismos obran alguna gracia , siempre que el pecado mortal no impide la operacion. Podrá hacerla mas eficaz y mas copiosa nuestra mejor disposicion ; pero absolutamente siempre produce algun fruto , miéntras alguna indisposicion mortal y positiva no lo embarace.

Tendré un grande horror á todo lo que pueda destruir , ó debilitar esta union de Jesu-Christo conmigo , deteniendo ó perturbando el curso de su gracia. ¿ Consideraba por ventura yo los bienes de que me privaba , quando con tanta facilidad , y tan ciegamente me entregaba al pecado ? Temeré infinitamente ménos una perlesía que deseque

mi mano , interrumpiendo la comunicacion á los espíritus vitales , que qualquiera cosa que impida la comunicacion de Jesu-Christo á mi alma , por medio de la abundante efusion de su divino espíritu. Abriré , dilataré los senos de mi corazon , para que , segun su capacidad pueda recibir el riego de aquel manantial inagotable. Desterraré de él todo apego , todo amor á las criaturas , que le pueda ocupar ó comprimir. Verdaderamente esto será lo ménos que yo deberé hacer , si llego á conocer el don de Dios , y á comprehender lo que es la vida de Jesu-Christo en mí.

PUNTO II.

De qué nos sirve la vida de Jesu-Christo en nosotros.

Es el principio de nuestra grandeza , y el suplemento de nuestros méritos , el fundamento de nuestra confianza.

El principio de nuestra grandeza. ¿Qué es el hombre por sí mismo , y de su

propia cosecha? *Quid est homo?* Nada: miseria, pecado. Pero unido á Jesu-Christo, levante la cabeza, déxese ver: puede dar envidia á los mismos Angeles. Está muy superior á ellos, es parte de Dios, es semejante á Dios: *eritis sicut Dii*. Si una pobre labradorcita se desposara con un Rey, que fuese Monarca del mundo, ¿no sería Reyna del universo? ¿Y no olvidaríamos presto lo que habia sido?

He aquí, pues, dos profundísimos cimientos, en que funda la humildad christiana: altísimo desprecio propio, considerándonos en nosotros mismos; y elevadísimo concepto de nuestras almas, considerándolas unidas á Jesu-Christo: *agnosce, ò homo dignitatem tuam*. Esta es aquella nobleza, que tanto ensalzaron, y tanto ponderaron los Apóstoles, y los Santos: *quotquot receperunt, dedit eis potestatem filios Dei fieri*. A todos los que recibieron á Jesu-Christo por la Fe, se les dió virtud para poder ser hijos de Dios. Ya no los mira este Señor, como enemigos, ni como extraños: aplícalos todos los nombres,

que dá á su Unigénito Hijo. Llámalos amigos suyos, domésticos suyos, herederos suyos; y con efecto lo son: *vide-te qualem charitatem dedit nobis Pater, ut Filii Dei nominemur & simus*. Este parentesco no está fundado en la carne y sangre, nace únicamente de la pura bondad, de la gratuita misericordia de Dios, y del amor que tiene á su Hijo, unido con nosotros, y que no solo habita con nosotros, sino que está dentro de nosotros: *habitavit in nobis*. Ninguna otra nobleza bastaría, para que no fuésemos el desprecio de Dios, y de los Angeles, el juguete de los demonios, y presa eterna del infierno.

El suplemento de nuestros méritos. No siempre son pecados todas las obras que hacemos, quando estamos separados de Jesu-Christo; pero de nada nos sirven para el cielo: *magni passus, sed extra viam*. Esto dixo San Agustin de las virtudes morales de los Gentiles. Diéron pasos muy largos, pasos de gigantes; ¿pero que importa? todos fuera de camino. *Ego sum via*, dice Jesu-Christo; yo soy el camino. Sin mí, ninguna co-

sa buena se puede hacer , ninguna aun dentro del orden natural, sin mi concurso : quanto ménos en el orden de la gracia , y de la salvacion ? Pero un suspiro , una breve oracion , una buena obra , un acto de mortificacion , de templanza , de moderacion , hecho en Jesu-Christo , y con el espíritu de Jesu-Christo , muda de naturaleza , y es por decirlo así de un valor infinito : merece el cielo. Sí ; el cielo , y su eternidad , no son demasiado para recompensarle. Desde entónces nos mira Dios , y nos oye con singular complacencia. Ya no es precisamente un hombre ; es Jesu-Christo el que ora , el que gime , el que trabaja , el que padece con él , y en él.

El fundamento de toda nuestra confianza. Es Jesu-Christo en nosotros , dice el Apóstol. San Pablo , la esperanza de nuestra gloriosa resurreccion : y por otra parte no hay condenacion para los que viven en Jesu-Christo. No ; no hay gracia , ni gloria que no deban esperar á título de esta vida. Estos son bienes míos : tengo á ellos todos los de-

rechos de Jesu-Christo: él me los comunica, y me los traspasa. Este es mi consuelo en los trabajos de esta vida. Con él, lleno de una viva confianza, me presentaré delante de Dios en la hora de la muerte. Mi Dios es mi Padre, y el que ha de ser mi Juez apenas se distingue de mí mismo. Solo sería yo muy infeliz, si me adormeciera en estas ventajas, como que nada me restaba ya que hacer por mi parte. Es cierto que tengo grandes derechos, y grandes recursos; mas por lo mismo debo hacer mayores esfuerzos para meter alguna cosa de mi propio caudal en el tesoro comun. Aquel, que todo me lo da gratuitamente, merece que le corresponda con todo, á lo ménos por reconocimiento. La cabeza siempre comunica á los miembros mucho mas que lo que recibe de ellos; pero ellos tienen sus propias, y particulares funciones, con las cuales deben ayudar á la cabeza. De estas obligaciones de los miembros quiero instruirme ahora bien, pidiendo á Dios, por los méritos de Jesu-Christo, mu-

cha gracia para desempeñarlas dignamente.

PUNTO III.

A qué nos obliga la vida de Jesu-Christo en nosotros.

Esta obligacion se ha de considerar respecto de Jesu-Christo, respecto de nosotros mismos, y respecto de nuestros próximos.

Respecto de Jesu-Christo á pensar en él continuamente; á servirle y amarle ardientemente; á solicitar su mayor gloria con fervoroso zelo; á compadecernos tiernamente de sus penas; á gemir por los trabajos, y persecuciones que padece la Iglesia; á reparar los ultrages, que cada dia se le hacen aun en el mundo christiano, y tal vez por las mismas personas Religiosas; é interesarnos en todo lo que puede contribuir á que las criaturas le reconozcan, y le adoren.

Ignorar á Jesu-Christo, es no conocernos á nosotros mismos. Leamos las obras de los Sagrados Evangelistas,

y de los Santos Apóstoles San Pedro, San Pablo, y San Juan, que perfectamente le conocían. No amar á Jesu-Christo, ni hacernos impresion las cosas que le tocan, es considerarnos á nosotros mismos como forasteros, y aun como enemigos nuestros. No es tan estrecha la union de un padre con sus amados hijos, ni de una esposa con su querido esposo, como la nuestra con nuestro Salvador. Con todo eso, ¡que solicitud en las familias para ayudarse todos recíprocamente, quando no están sofocados en ellas los movimientos mas inevitables de la misma naturaleza! ¡Y no amarémos nosotros á nuestro Redentor, que es nuestro Hermano, nuestra Cabeza, y nuestra única esperanza! ¡Y con todo eso nos gloria- rémos de nuestra bondad, de nuestra equidad, de nuestra generosidad, y nos darémos por muy agraviados de que nos traten de insensibles, de ingratos, y de bárbaros!

Por hallarse los Santos en una disposicion enteramente contraria, nacia en ellos aquellas perennes fuentes de lá-

grimas, quando veían las ofensas del Señor, quando consideraban su dolorosa pasión, y quando se unían á él en el Sacramento de la Eucaristía. Procedían muy de otra manera que nosotros, y es que meditaban incesantemente en aquello que nosotros no queremos considerar, y acaso nos escandaliza en lugar de movernos. Apenas acertamos á creer que Jesu-Christo haya hecho y padecido tanto por nosotros, quizá por no reconocernos tan obligados á servirle, y á imitarle.

Respecto de nosotros mismos. Nos obliga Jesu-Christo á conservarnos en una extrema pureza de cuerpo y alma. ¿Querria yo profanar mi carne, manchar mi alma, y quitar la vida, por decirlo así, á mi Redentor Jesu-Christo dentro de mí mismo? ¡Horrible cosa es pensarlo! ¡Pero terrible sacrilegio seria consentirlo!

En fin, respecto de nuestros próximos. Nos obliga Jesu-Christo á amar tierna, y constantemente á todos aquellos que por la misma Fe, y por los mismos Sacramentos son Christianos como

nosotros. Ellos son miembros de Jesu-Christo, como nosotros lo somos. No está la mano mas unida al brazo, ni los ojos á la cabeza, que lo estamos todos los fieles á nuestro Salvador. Quando nos recomienda aquellos, se recomienda en cierta manera á sí mismo. Sufrámoslos, puesto que él los sufre, mas que sean desgraciados, imperfectos, y acaso tambien viciosos. No los escandalicemos, ni los ofendamos: eso seria tocar á Jesu-Christo en las niñas de sus ojos. Amémoslos, aunque ellos nos aborrezcan, puesto que los ama Jesu-Christo, y que no los ha privado de los derechos que él mismo tiene para pedir en ellos, y por ellos los efectos de nuestra caridad, y de nuestro reconocimiento.

MEDITACION II.

Jesu-Christo en el sepulcro.

No solo puede y debe servirnos de modelo el Salvador en su milagrosa vida, y en su santísima muerte, sino

tambien despues de esta, y ántes de su gloriosa Resurreccion. Todavía nos habla despues de muerto, y sepultado: *defunctus adhuc loquitur*. En el sepulcro nos representa la imágen de la vida mas perfecta, lo primero en su extrema soledad: lo segundo, en su absoluta dependencia de la voluntad agena; lo tercero, en su inseparable union á la divinidad.

PUNTO PRIMERO.

Extrema soledad de Jesu-Christo en el sepulcro.

Sigamos con el espíritu al cuerpo del Salvador en la sepultura, y quedémonos á solas con él por algun tiempo. ¡Que obscuridad! ¡Que silencio! ¡Que retiro! Recogimiento profundo, sosiego inalterable, olvido general activo y pasivo; ningun uso de los sentidos; ciego, sordo, y mudo: en una palabra: ya no es de este mundo. Imágen, segun San Pablo, de lo que debiéramos ser todos los Christianos. Quando se

querian alistar en las banderas de Jesu-Christo, se les bautizaba sumergiéndoles tres veces en el agua, en significacion de los tres dias que estuvo el Salvador en el sepulcro. Pero imágen muy particularmente de lo que deben ser los Religiosos, despues de haberse retirado del mundo, para cumplir mejor con las obligaciones del bautismo. Son ya hombres muertos: esta es su vocacion.

Para explicar esta muerte voluntaria, se han inventado en casi todas las Religiones ciertos símbolos, ó ciertas ceremonias lúgubres en el mismo acto de la profesion, que á no ser por este místico significado, podrian parecer extraordinarias. En unas se tiende el recién profeso sobre un paño de difuntos, con quatro velas á los lados, y allí se le dexa solo por algun poco tiempo. En otras, quando la profesion se hace en la Iglesia fuera de la clausura, se le conduce al profeso en unas andas, como si se le llevara á enterrar, cantando las mismas oraciones que usa la Iglesia, quando se da sepultura á los cadáveres.

Todas las vírgenes Religiosas, tan diferentes en el color de sus hábitos, como en la diversidad de sus institutos, y en las virtudes particulares que corresponden á cada uno, convienen todas sin embargo en cubrir la cabeza con un velo negro, para significar, que todas se consideran como muertas. Quando algun Religioso ha de hacer la profesion, se convida á sus amigos y parientes como se pudiera, para que concurriesen á sus funerales. Desde aquel dia ya no se hace cuenta de ellos para nada en la sociedad civil: ninguna accion tienen ya á los bienes de este mundo; y si á alguno de ellos se le antojara demandar la legítima que renunció, se le diria: ¿ que hombre eres tú? ¿ de donde vienes? ¿ no sabes que tal dia te enterraron? Aquí está el instrumento auténtico, que hace fe.

¿ No era una verdadera sepultura aquella cueva donde San Pablo, primer Ermitaño, estuvo encerrado por espacio de ochenta años, despues que se retiró del siglo? No habia en ella

mas luz, que la que entraba por una rendija de la peña. Vivía sin saber si había aun hombres en el mundo. Por eso preguntaba á San Antonio tres dias ántes de morir: ¿ se fabrican todavía casas, y se levantan palacios? ¿ Hay guerras como otras veces? ¿ Quienes gobiernan el mundo? ¿ Han quedado algunos hombres de aquellos que adoraban los ídolos?

No todos somos Religiosos: es verdad; pero no es ménos cierto que todos estamos muertos, ó lo debemos estar. ¿ Mas no somos todos Christianos? ¿ Pues que otra cosa es un Religioso, sino un christiano perfecto y verdadero? Vivamos, pues, como si verdaderamente estuviéramos muertos. Gobiérnese el mundo como se le antojare; ya no somos de él; ni tenemos con él mas comercio, que precisamente el que pide la necesidad. Un christiano, que por una parte profesa ser todo de Dios, y por otra pretende figurar, producirse, y darse á conocer en el mundo, es como una fantasma, ó como un espectro, que se nos aparece, y debiera tener

miedo de sí mismo. De aquí nace, que quando los seglares ven á un Religioso en ciertas concurrencias, donde no se debiera de hallar, como en espectáculos, en comedias, en saraos, ó en otros concursos profanos, tuercen el hocico, ponen mal gesto, y no dexan de preguntarse unos á otros: ¿que hará este hombre aquí? ¿á que vendrá? ¡que mal parece esta gente en semejantes diversiones!

Las utilidades que nos produce esta perfecta soledad, de que vamos tratando, nos las explica David, quando considera á Jesu-Christo hablando consigo dentro del sepulcro, y diciendo: metiéronme debaxo de tierra, tratáronme, como á un hombre sin amparo, y sin recurso; pero yo encontré mi libertad entre los muertos: *inter mortuos liber*. Todos me olvidaron, y yo he olvidado á todos. Nada deseo, y nada temo. Es menester que tiemble la tierra, y que todo el mundo se trastorne, para que yo lo perciba. La gloria del verdadero, del perfecto christiano, es vivir oculto y escondido. Los Grandes

del mundo iban al desierto á visitar á los Antonios, y sin duda despreciarian á los Solitarios, que por su mera voluntad concurriesen á las Cortes.

Guardemos nuestro retiro todo quanto nos sea posible. En él hallaremos nuestra seguridad, nuestra paz, y nuestra gloria. Metámonos muchas veces con la consideracion en la sepultura, donde nos han de enterrar despues de muertos. Penetremos con el espíritu los sepulcros, donde yacen los que nos precedieron. Llamémoslos, preguntémoslos, y oigamos lo que nos dicen. Bienaventurados aquellos que se acostumbran en tiempo á morir á todo. Nada hace novedad en este nuestro mundo á los que se acostumbraron á morir en el que vosotros vivis. Pues déxenme á solas con mi Dios, y conmigo. Mas que ninguno se acuerde de mí, ni me haga lugar en su corazon, ni en su memoria persona alguna viviente: vengo en ello. Soy libre, por mas atado, y mas ligado que parezca: *inter mortuos liber.*

PUNTO II.

Absoluta dependencia de Jesu-Christo en el sepulcro de la voluntad agena.

Por sí mismo ya no tiene voluntad, ni movimiento. Tambien el christiano le debe imitar en esto. Espera á que otros le muevan, y le muden. Llamareisme, y os responderé, pero no tan presto. Así se lo dice á Dios, para quien hasta los muertos viven: y así se lo dice tambien á los hombres con su insensibilidad, y con su silencio. Es un cadáver, que se dexa mover como quieren. Que se le amortaje, que se le desnude; que le cubran de flores, ó de tierra, que le inciensen, que le alaben, ó que le vituperen; para él todo es á un precio. Lo alto, lo baxo, lo mas, lo ménos, las honras, y las ignominias, todo es igual para él. Sufre, calla, y no se mueve.

De la misma manera, insensibles á todo, indiferentes para todo, suframos, y callemos, dexando que hagan de nosotros lo que quisieren. Que nos amen,

ó que nos olviden; que nos estimen, ó que nos desprecien; que nos eleven, ó que nos abatan, todo nos debe ser indiferente. Solamente dóciles, y flexîbles á la voz de Dios, debemos estar prontos para obedecer sus inspiraciones interiores: *statim prodiit qui erat mortuus*. Como aquella Irene, que desde el fondo de la sepultura respondió á la voz de su padre el Obispo San Spiridion, quando la preguntó qué habia hecho de cierto depósito. Esto es ser christiano, porque esto es estar verdaderamente muerto. ¿Soylo yo? ¿quiero serlo? y si no lo soy ¿para quando espero á serlo?

PUNTO III.

Union inseparable de Jesu-Christo en el sepulcro á la divinidad.

Aunque separado del alma, nunca dexó de estar el cuerpo de Jesu-Christo unido al divino Verbo, segun aquel principio: *quod semel assumpsit, numquam dimisit*. Por lo qual, á un mismo tiempo estaba muerto, y vivia con una vi-

da sobrenatural. Tambien en esto puede, y debe ser nuestro modelo.

Vosotros estais muertos, decia el Apóstol San Pablo; *pero al mismo tiempo vuestra vida está escondida en Dios con Jesu-Christo*. Luego se puede estar vivo y muerto al mismo tiempo: muerto al mundo, y vivo para Dios. A esta vida sobrenatural nunca se llega sino por la muerte de los sentidos, y del hombre carnal; pero casi infaliblemente se llega á ella, quando el hombre no se perdona á sí mismo, y se entrega á Dios sin reserva.

Entónces se anda continuamente en su divina presencia, apénas se le pierde nunca de vista. Oracion elevada; nada ménos que admitir medio entre Dios y la criatura. ¡Que poco se echan ménos los gustos de los sentidos, ni las diversiones del mundo, quando se llega á un grado tan sublime de perfeccion! Entónces se puede decir con Jesu-Christo, segun la expresion del Profeta Rey: *descansaré en la experanza ¡ó Dios y Señor mio! No entregareis mi alma á los fureros del infierno, ni permi-*

tireis que vuestro Santo esté sujeto á la corrupcion. Esta es aquella perfecta inocencia, aquella dichosísima *apathia*, que es fruto como necesario de la total abnegacion de sí mismo. Preservado de toda culpa, y libre de los temores de mi eterna condenacion, me habeis descubierto el manantial de la verdadera vida. Esta es la inundacion de luz, el medio dia de la gracia, la manifestacion de los decretos de Dios, y las reglas de la vida interior. Estos aquellos íntimos consuelos, aquellos gozos inexplicables, que penetran hasta el centro del alma. Los demas se quedan en la superficie, y el corazon siempre está penando.

Este dichoso estado tan envidiable, y tan apetecible, era el que hacia tan breves las noches á los Antonios, tan imposible el tedio á los Hilariones, á los Arsenios, y á los otros Angeles del desierto; tan gustosa la mortificacion á los Stílitas *divina patiebantur*. Recibian las operaciones de Dios en un estado pasivo. Entónces sí que podian decir seguramente: *nunca creí que fuese co-*

sa tan dulce el morir. No tiene la tierra gusto, ni atractivo alguno para los que comenzaron así su bienaventuranza. Muera mi alma con la muerte de los justos, y goce yo á lo ménos en el último dia de mi vida algun gusto semejante. Entónces la muerte natural no es mas que un pasar de Dios á Dios, y el tránsito de un paraíso á otro.

MEDITACION III.

De la conversion de algunos grandes Santos.

Para confirmarnos mas en la firme resolucion, que supongo hemos hecho de entregarnos á Dios enteramente, convendrá mucho representarnos la conversion de algunos grandes Santos, como por exemplo la de San Pablo, San Agustin, considerando en ellas tres circunstancias, que nos podrán servir de tres puntos para la Meditacion.

Primera: se convirtieron, siendo poco mas ó ménos de nuestra edad. Segunda: despues de su conversion en

nada se perdonaron. Tercera : por todo el resto de su vida nunca se desmintieron.

PUNTO PRIMERO.

Se convirtieron siendo poco mas ó ménos de nuestra misma edad.

San Pablo tenia treinta y tres ó treinta y quatro años. San Agustin treinta y uno; y la mayor parte de los demas Santos que fuéron pecadores, mudaron de vida entre los veinte y quarenta. De aquí se infiere legítimamente, que todavía estamos en tiempo de ser Santos, por perversas é inveteradas que hayan sido nuestras costumbres; que todavía podemos ser perfectos, aunque hayamos perseguido á Christo, y á sus siervos, como San Pablo, y aunque hayamos profanado nuestros cuerpos, y abusado de nuestros talentos para defender el error como San Agustin.

Tratemos pues de ser Santos, sea el que fuere el motivo de nuestra conversion; ó ya sea una voz interior que

nos grite: *¿para que me persigues?* como á San Pablo; ó ya el disgusto, el tedio, la amargura, y las pesadumbres que se encuentran en los deleytes de la carne, y en la misma satisfaccion de las pasiones, como sucedió á San Agustín; ó ya el exemplo de tantos Héroes Christianos, y la vergüenza de no tener tanto valor como ellos, consideracion que convirtió algunos Santos; ó ya finalmente unos ejercicios comenzados por necesidad, ó por condescendencia, y proseguídos con fervor, y con desengaños en virtud de aquellas penetrantes palabras: *¿que le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?*

El mismo Dios que los llamó á ellos, nos tiende sus brazos á nosotros: su mano no está abreviada, ni sus entrañas encogidas, ni se ha disminuido su misericordia: arrojémonos á ella ciega y confiadamente, y encontraremos en él sólido apoyo. No temamos que se retire, para dexarnos caer: *projice te in eum: non se subtrahet, ut cadas.* Esto nos dice con mucha ternura el autor

del libro de la Imitacion de Christo, por estas palabras: *no pierdas, hermano mio, la esperanza, y la confianza de adelantarte en la vida espiritual, todavía tienes comodidad y tiempo. ¿Por que lo dilatas? Levantate, pues, comienza desde este mismo punto, y dí: este es el tiempo de obrar, este es el tiempo de combatir, este es el tiempo de enmendarme.*

Pero advirtamos bien, que se habla del tiempo presente; y esto es lo segundo que debemos inferir. Porque si no lo hacemos ahora, esto es, en la edad en que nos hallamos, es muy verisimil que nunca lo harémos. A lo ménos en toda la Historia Eclesiástica no se lee exemplo de algun Santo, que se haya convertido en edad muy avanzada; porque aunque David, y San Pedro eran ya viejos quando se convirtieron, lo eran tambien quando pecaron: su caida fué muy pasagera, y por lo mismo fué tan pronta su conversion, la qual es mas facil, quando los vicios no estan arraigados, y se cae por sorpresa, en virtud de una vehemente y repentina tentacion.

Hasta ahora, podíamos atribuir nuestros desórdenes á la vivacidad de una naturaleza lozana, intrépida, y fogosa, casi incapaz de reflexiones serias. Mas hoy ¿á que esperamos? ¿Quando hemos de vivir arreglados, si no comenzamos desde luego? Quando Christo, y el Bautista se produxeron en el mundo, eran poco mas ó ménos de nuestra edad.

Sobrada ha sido ya nuestra desgracia en no haber dedicado á Dios el mejor tiempo de nuestra vida, siendo su Magestad tan zeloso de él. Y sobre que no sabemos quanto es el que nos resta de vivir; ¿que es lo que ya le podemos dar, sino precisamente aquel tiempo que el mundo no quiere, ó acaso aquel, en que ya nosotros no estaremos en el mundo? ¡Por cierto que este es muy bello repartimiento, y muy digno de que se le presentemos á Dios!

Pero no: si lo dilatamos, nunca nos entregaremos á él. ¿Se cuentan por ventura muchos malos Christianos, que se hubiesen hecho buenos en edad muy

avanzada? Pocos se contarán. Por el contrario se vé en hombres que pasan ya de sesenta años toda la ligereza, y aun todas las locuras de la juventud mas insensata, la misma poca ó ninguna devocion, el mismo disgusto en todo lo que suena á piedad, la misma vanidad, el mismo amor á todas las cosas del mundo, la misma inclinacion á las diversiones, y al esparcimiento, la misma poca reserva, poco moderacion, poca modestia, y acaso mucho mayor amor á la vida, mucho mayor temor en una enfermedad peligrosa, y quando ven que se va acercando la muerte. Estos tuvieron los mismos auxilios que nosotros, y no se aprovecharon de ellos. No permita el cielo que á nosotros nos suceda la misma desgracia.

PUNTO II.

Despues de su conversion, en nada se perdonaron.

Antes se puede decir, que en cierta manera se excedieron. ¿A que traba-

jos no se expuso desde luego el Apóstol San Pablo? ¿Que guerra no declaró á su cuerpo San Agustin desde el mismo punto en que se convirtió? ¿Que piadosas crueldades no executaron en sí mismos aquellos Anacoretas penitentes, de quienes habla San Juan Clímaco? Parecíales, que para quedarse en un medio proporcionado, era menester desde el principio pasar de un extremo á otro. Por eso en poco tiempo se elevaron tan altos, que muy presto se les perdió de vista.

Siempre ha estado expuesto el fervor á ir descayendo poco á poco; pero con tantas condescendencias es imposible que no descaezca demasiado. Lo que no venciere uno en sí mismo los tres ó quatro meses primeros de su conversion, nunca lo vencerá. Es menester entregarse, digamoslo así, ciegamente al uso de los remedios, si se quiere asegurar la cura. De los excesos en que se puede caer, es facil preservarse con el consejo, y con la direccion. Pero el gran fervor de los Santos, de quienes vamos hablando, no los permitia, ó no

los dexaba libertad para tomar consejo. Su disposicion interior era abandonarse absolutamente á la gracia. *Domine, quid me vis facere?* Hablad, Señor, y sereis ciegamente obedecido. Respecto de los hombres, lejos de ocultarse por medio de sus zumbas, ni de sus persecuciones, hacian gloria de padecerlas por tan justa causa: *ibant gaudentes, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* Gloriábanse de padecer persecucion sin haberlo merecido, en satisfaccion de lo que en otro tiempo habian merecido, y no habian purgado.

En fin, se esforzaban á procurar, que ahora sirviesen á cooperar con la gracia, los mismos talentos que ántes habian sido causa, ó instrumentos de su disolucion. El inmoderado zelo, que San Pablo habia tenido por la Ley de Moyses, era la regla del que tuvo despues por la Ley del Evangelio; y la misma memoria de sus propios errores, y flaquezas animaba á San Agustin contra la libertad de las nuevas opiniones, y de las costumbres estragadas.

Es dificultoso mudar de genio: por tanto conviene mudar de objetos, y presentar á las pasiones otro cebo con que se alimenten; pero que sea mas digno de su ardor. La única pasion á que no es facil encontrar substituto equivalente, es cierto dexamiento, cierta insulsez, ó cierta letárgica indolencia, que no se aficiona, ni tiene inclinacion á cosa alguna. ¿Quando se ha visto jamas Santo alguno de este carácter? A los que son de este humor, conviene acometerlos por su flanco. Por no tomarse un poco de trabajo en esta vida, ¡á quantos espantosos tormentos no se exponen en la otra!

Confortate manus dissolutas. Oigamos, pues á los Santos, que son nuestros Maestros, y nuestros modelos, exclamar, y asegurarnos, que ellos mismos se espantaban tambien de la sombra; pero que el consuelo siempre corresponde al trabajo; que se puede mas de lo que se piensa; que todo consiste en no dar tantos oidos al amor propio, sino entregarse á la gracia sin tantas escrupulosas reflexiones.

PUNTO III.

Despues de su conversion jamas se desmintieron.

No queremos decir que dexaron de ser hombres, ni que se preservaron de todo género de faltas, aunque eran tan grandes Santos. Pero nunca experimentaron el menor desmayo en su progreso habitual, ni cayeron en la mas mínima cosa, que los volviese á acercar á lo que ántes habian sido.

La razon de esto es, porque hay gran diferencia entre la conversion que se hace en una edad un poco adelantada con pleno conocimiento de causa, despues de madura consideracion, de grandes y dilatados combates, de fuertes movimientos de la gracia, y la que es efecto de un ephimeron, ó fervorcillo pasagero. Por eso no se ve, que ni el hijo Pródigo, ni la Magdalena reincidiesen en sus pasados desórdenes: si hubieran vuelto á ellos, verisimilmente se hubieran perdido. A estos penitentes inconstantes, que despues de una

ruidosa , y muy circunstanciada conversion , reinciden en sus antiguos pecados , se les puede aplicar aquella sentencia de San Ambrosio : Es mas facil hallar algunos que conserven siempre la inocencia bautismal , que encontrar quienes la recobren , despues de haberla perdido. Y es porque en tiempo del Santo no se conferia el bautismo (fuera de necesidad) sino á los adultos , despues de muchas pruebas , y de grandes disposiciones.

Tambien se les puede aplicar lo que dice el Apostol San Pablo : *que el que ha gustado una vez el don del Espiritu Santo , esto es , el que ha recibido la gracia , si llega á caer , es imposible que se levante* : sentencia exâctísima y verdadera , si por aquella expresion *es imposible* , se entiende (como se debe entender) es cosa muy rara , muy dificultosa , punto ménos que imposible. Y añade dos razones para esto : la primera , porque abusan de la misericordia de Dios , despreciando la abundante aplicacion de la Sangre , y de los méritos de Jesu-Christo : *Rur-*

sum crucifigentes filium Dei , & ostentui habentes : siendo cierto que ninguna cosa irrita mas á Dios que este desprecio.

La segunda , porque si aquellas grandes verdades , y aquellos poderosos motivos que los convirtieron , no tienen ya fuerza para sostenerlos , tampoco la tendrán para volverlos á levantar. Si reincidieron , fué porque se endurecieron , porque criaron callos contra aquellos mismos motivos , y contra aquellas mismas verdades. ¿ Qué cosa pueden oír , ni considerar de nuevo , que no tengan muy penetrada , y que no haya perdido ya toda su fuerza para ellos ? Imitemos , pues , la fé , y la perseverancia de los Santos. Apliquémonos á esto con toda resolucion , y no desistamos de ello hasta haberlo conseguido.



DIA IX.

MEDITACION PRIMERA.

Jesu-Christo, Maestro, modelo y Juez.

Jesu-Christo vino al mundo para merecernos la salvacion , y para mostrarnos el camino de ella. Nos la mereció como nuestro Redentor , y como nuestra cabeza , rescatándonos , y aplicándonos los frutos de su Redencion en el modo que ya hemos meditado.

Tuvo tres calidades , ó tres títulos , baxo los quales nos enseñó el camino de la salvacion , y por ellos estamos mas y mas obligados á servirle. Porque su Eterno Padre le hizo en primer lugar Maestro y Legislador de los hombres. En segundo lugar imagen y modelo de los predestinados. En tercer lugar Juez soberano de vivos y muertos.

A esto alude lo que él mismo de-

cia de sí : *Yo soy la verdad , el camino y la vida : Ego sum via , veritas , & vita.* La verdad para enseñarnos , el camino para conducirnos , la vida para premiarnos , ménos que voluntariamente queramos preferir la muerte , y el castigo á la vida y á la gloria. Considerémos , pues , atentamente , que como *Maestro* es el único á quien debemos oír : como *modelo* el último á quien debemos imitar , y como *Juez* el único de quien todo lo debemos esperar , y á quien únicamente debemos temer.

PUNTO PRIMERO.

Jesu-Christo Maestro y Legislador de los hombres.

Por tal le declaró su Padre auténticamente desde lo mas alto del cielo: *Hic est Filius meus dilectus , ipsum audite.* De esta declaracion se valió el Salvador para querer que no reconociésemos otro Maestro que á él , quando dixo: Un único Maestro teneis , que es Christo: *Magister enim vester unus est Christus.*

Este es uno de los mayores favores del Nuevo Testamento, en dictámen de San Pablo. Aquel Dios (escribe á los Hebreos) que en otro tiempo en tantas ocasiones, y de maneras tan diferentes habló á nuestros Padres por medio de los Profetas, ahora recientemente, y en nuestros mismos dias se ha dignado hablarnos á nosotros por la boca de su propio Hijo, heredero de su gloria, y autor de todos los siglos. *Multifariam, multisque modis olim Deus loquens Patribus in Prophetis, novissimè diebus istis locutus est nobis in Filio.* Con efecto tiene todo quanto es menester para ser un Maestro perfectamente soberano.

Nada ignora, nada se le esconde. No está fundada su ciencia en opiniones, ni en simples conjeturas: bebióla en la misma fuente de la verdad. ¿ Quien penetra los pensamientos del Señor (pregunta el Apóstol á los Gentes) ni quien asistió á sus consejos? A esto podemos responder con el Discípulo amado: es verdad, que ninguno vió jamás á Dios, ni estuvo presente

á sus consejos; pero su único Hijo, que descansa en el seno del Padre, nos reveló sus secretos: *Deum nemo vidit unquam; Unigenitus, qui est in sinu Patris, ipse enarravit.* Por otra parte, Jesu-Christo da entendimiento, comprehension, y docilidad á los que no la tienen. Todos, dice Isaías, se harán capaces de comprehender sus lecciones: *erunt omnes docibiles Dei*; y como dice San Ambrosio, muy presto aprende lo que se le enseña el que logra la dicha de tener á Dios por Maestro: *ubi Deus Magister est quam cito discitur quod docetur!* Yo soy, dice el Salvador en el librito de la Imitacion de Christo, el que hablo mas al corazon que al espíritu. Yo levanto al alma humilde en un instante, y en ese instante la enseño mas cosas de las verdades eternas, que en diez años de estudio en las escuelas.

En fin, el método de Jesu-Christo es perceptible á los mas ignorantes, y á los mas rudos. El enseñó al mundo con sus exemplos, mas que con sus palabras. Dió principio haciendo, y des-

pues hablando : *cæpit facere & docere.* Ademas de que este camino es mas breve que el de los discursos; es un lenguaje, que le entienden todas las Naciones, y todos los Pueblos en general. Aquel famoso apothegma de los Pitagóricos, *el Maestro lo dixo*, era una especie de idolatría: pero aplicado á Jesu-Christo Dios y Hombre, él lo dixo, él lo hizo, él lo aconsejó, debe ser para nosotros una especie de primer principio, con que se concluye todo.

Luego Jesu-Christo debe ser nuestro Teólogo para arreglar nuestra fe; nuestro Moralista para arreglar nuestra conciencia; y nuestro Consejero para gobernar nuestras operaciones. Si damos oídos á otros v. gr. á la Iglesia, y á sus Doctores, solo es, y solo debe ser para saber de ella, y de ellos lo que Jesu-Christo nos enseñó. Fuera de esto, quanto ménos escuchemos á Jesu-Christo, mas seguros debemos estar de que nos apartamos mas y mas del camino de la verdad, y de nuestra obligacion. Dirijamonos, pues, siempre á nuestro primero, á nuestro único, y á

nuestro verdadero Maestro. Gloriémosnos de saber bien lo que nos enseñó Jesu-Christo. Es inútil, y no pocas veces tambien es peligroso querer saber mas: ¿Y á quien irémos, mi Dios? Vos solo teneis palabras de vida eterna. *Ad quem ibimus? Verba vitæ æternæ habes.*

Uno de los mayores abusos, y una de las cosas que mas debemos temer en la Religion, es querer reducir la autoridad divina á nuestra razon; quando todo nuestro empeño debiera siempre ser sujetar nuestra razon, y nuestro juicio á la divina revelacion. Si creemos, porque nos hacen ver que son muy verisímiles nuestros misterios; si obramos, porque nos parece que nuestra misma razon nos dicta lo mismo que la ley, ¿adonde está nuestra fé? ¿Es esto por ventura creer católicamente? Para esto es menester, que despues de treinta razones, todas de mucho peso, nos haga mas fuerza esta sola palabra: *Jesu-Christo lo dixo*, que todas quantas razones se nos pueden ofrecer.

Así pues á todas nuestras meditaciones debemos dar principio por esta

verdad fundamental: *El cielo y la tierra pasarán; pero las palabras de Jesu-Christo no pasarán.* Sentado este principio, oigamos lo que nos dice el Maestro. El dice, *que el que desprecia las cosas pequeñas, caerá en las grandes.* El dice, *que el que es grande delante de los hombres, será quizá abominable delante de Dios.* El dice, *que es mas facil que un grueso cable entre por el hondon de una aguja, que el que un rico entre en el cielo.* El dice: *¡ay de los que vivis en el mundo entre gustos y delicias!* El dice: *el que no lo dexa todo, y no se dexa tambien á sí mismo, no puede ser mi discípulo.* No me faltarian explicaciones, interpretaciones, y modificaciones á estos oráculos, si quisiera dar oidos á mi amor propio. Quizá me estará diciendo mi razon, que encuentra en ellos algunas cosas incomprendibles; que no acierta á entender, como se puede hallar la paz en la guerra, la gloria en la ignominia, ni las delicias en la cruz. Pero yo solo doy oidos á mi Maestro: *el lo dixo;* y si ello no fuera así, no lo hubiera dicho. Créolo, y obro consi-

guientemente á lo que creo. Esta es toda mi Filosofía, y esta es la que da la verdadera luz, y la verdadera docilidad.

PUNTO II.

Jesu-Christo imagen y modelo de los predestinados.

La mas terrible entre las verdades de la Fe, es la incertidumbre de nuestra predestinacion. Me estremezco, y se me erizan los cabellos (dice San Bernardo) siempre que suenan en mis oidos, ó se me vienen á la memoria estas palabras: *no sabe el hombre si es digno de amor, ó de odio.* ¿Me habrá perdonado Dios? ¿Estaré yo en gracia suya? Y si lo estoy, ¿perseveraré en ella hasta el fin? ¿Puede uno pensar atentamente en esto, no tener cosa que le asegure, ántes bien tener mil razones para temer, acordándose de su vida pasada, y vivir tranquilo? Bueno es mantenernos por algun tiempo en este saludable temor, y desconfianza, porque nos puede ser muy provechoso.

Pero despues de haber comprehendido vivamente la extension de este peligro, ¿no habrá alguna cosa, que nos libre de esta cruel incertidumbre? Sí, responde el Concilio de Trento. Una revelacion particular de tu predestinacion. ¡Una revelacion particular! ¡Santo Dios! ¿Y podré yo pedirla, ni mucho ménos esperarla? No; pero tenemos una revelacion general, y comun á todos, tan capaz por lo ménos, y aun en cierto sentido mucho mas capaz de tranquilizarnos, que una revelacion particular. En esta puedo padecer ilusion, y tener por revelacion la que no lo es; pero las revelaciones generales son tan infalibles, como el mismo cuerpo de la Religion, á quien ellas sirven de apoyo. Pues ves aquí esta revelacion general: *quos præscivit, & prædestinavit fieri conformes imagini Filii sui.* Esto quiere decir, segun las diferentes sentencias de la Teología Católica: ó bien que aquellos, á quienes Dios quiso salvar, aquellos á quienes quiso predestinar para su gloria, determinó hacerlos semejantes á su Hijo Jesu-Christo; ó

bien que aquellos que previó habian de ser semejantes á su Hijo Jesu-Christo, los predestinó para su gloria. Pero de una manera, ó de otra, como claramente se ve, la semejanza con Jesu-Christo es la señal cierta de predestinacion, porque infaliblemente es siempre, ó causa, ó efecto de ella.

Hacemos grandes discursos, entablamos disputas interminables, quisiéramos claras explicaciones: dexemos todo eso á los demas, y nosotros atengámonos á esto: ¿no soy semejante á Jesu-Christo? ¿no procuro parecerme á este Señor? pues temo, y tengo mucha razon para temer.

Todas las demas señales de predestinacion, que se suelen ponderar, ó son muy equívocas, ó todas se refieren á esta.

¡Bienaventurados los que padecen!
¡Bienaventurados los que lloran! ¡Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia! ¡Bienaventurados los que van por el camino estrecho! ¿Por que? Porque en esto son semejantes á Jesu-Christo, y Dios los trata como

trató á su propio Hijo, ó porque ellos se tratan á sí mismos como saben que fué tratado el Hijo de Dios.

Abrazar el estado Religioso, tambien parece que es señal de predestinacion. ¿Por que? Porque se supone que es abrazar un género de vida, que se acerca mucho á la que el Salvador hizo en la tierra.

Imitemos, pues, la obediencia, la simplicidad, la dulzura, la pobreza de Jesu-Christo: procuremos ser (si fuera posible) tan humildes, tan sufridos, tan castos, tan caritativos, tan laboriosos, tan zelosos, tan unidos á Dios, como lo fué el mismo Señor, y no será posible que seamos réprobos.

Acaso dirá alguno, que esta perfecta semejanza con el Salvador, no es de precepto. Pero hay una semejanza con Jesu-Christo, que ciertamente lo es. ¿Y en que cosa se distinguirá de la que es precisamente de consejo? Esto es lo que no se puede fácilmente decidir. Y así, el que no quisiere seguir el consejo, muchas veces dexará de obedecer el precepto. ¿Y por que otra ra-

zon se quebrantan con tanta freqüencia estos preceptos, sino porque se buscan otros maestros, y otros modelos que Jesu-Christo. Si nos atuviéramos mas á la letra, á sus máximas, y á sus exemplos, jamas nos sucederia esta desgracia.

En fin, sea ó no precepto, bien puede ser que no te condenes, si no imitas tan perfectamente á Jesu-Christo; pero infaliblemente te salvarás, si le imitas con todo el poder de tus fuerzas. ¿Es menester mas para que todo hombre prudente, y que se ame verdaderamente á sí mismo, lo procure hacer? El que todavía delibera, y á quien no le hace una gran fuerza esta consideracion, nunca ha comprehendido bien, ó está muy olvidado de lo que es condenarse uno eternamente. Atrévome á decirlo: ó es un insensato, ó no tiene Religion.

PUNTO III.

Jesu-Christo, Juez soberano de los vivos y los muertos.

Este es uno de los artículos del Símbolo. Despues que el Verbo Divino encarnó, descargó Dios en él (por decirlo así) el derecho de absolver, y condenar. *Ipse est constitutus à Deo Judex vivorum & mortuorum.* ¿Y á quien convenia mejor este derecho, que á aquel Señor, que pasó por todos los estados en nuestra humanidad, y sabe por consiguiente qué cosa es el hombre, y quanto le cuesta al hombre observar la Ley? ¿Ni á quien pertenecia mejor el derecho de juzgar á los hombres, que á aquel que fué juzgado por ellos, y permitió que los hombres le juzgasen? Esta es su gloriosa recompensa; esta la satisfaccion que se le dió por tantas ignominias.

Segun eso, un poco mas temprano, ó un poco mas tarde, es preciso que todos comparezcamos delante de él, que todos caigamos en sus manos. Lue-

go de él lo debemos esperar, ó lo debemos de temer todo.

Pues quando se acerque este terrible juicio, del qual hasta los mas Santos tienen justo motivo para temblar, ¿que cosa nos podrá asegurar mas, que el ser semejantes á nuestro Juez? Si fuera posible que yo presentase en mí á Jesu-Christo otro Jesu-Christo, ¿tendria razon para temer? ¿Podria este Señor emplear su cólera contra otro que no se distinguiese de él mismo?

En la hora de la muerte, nos ponen á la vista un Crucifixo : esta es toda la esperanza, todo el consuelo, y todo el recurso de un christiano. ¿Pero que consuelo recibirá entónces un moribundo, que entre sí, y entre aquel admirable objeto de la Religion, no reconoce mas que una oposicion espantosa? ¡Una cabeza coronada de espinas, y una cabeza atestada de pensamientos de luxuria, de ambicion, de enredos, y de vanidad! ¡Unas manos, y unos pies clavados á un afrentoso madero, teatro del oprobrio y del dolor; y una libertad desenfrenada, una in-

vencible obstinacion en correr á todos los objetos adonde le dió la gana! ¡Un cuerpo despedazado á azotes, y un perpetuo buscar todos los regalos, y todas las conveniencias! ¡Una vida tan preciosa sacrificada á la obediencia, y á la salvacion de los hombres, y una vida dedicada á huir todo género de sujecion, de trabajo, y de buenas obras!

Santa Teresa no teme el juicio. ¡O! decia ella, tengo por Juez á aquel Señor, á quien únicamente he amado, y de quien procuraré siempre hacerme viva copia. Tampoco le teme San Pablo. Yo (dice) llevo en mí las señales de mi Salvador vivo y muerto. Estoy indivisiblemente crucificado con él: *Christo crucifixus sum. Stigmata Domini Jesu in corpore meo porto.* Huid de mí, demonios, enemigos míos, nada se me da de vuestras violencias, ni de vuestros artificios.

¿Pues de que me podrá hacer cargo mi Juez? ¿Me dirá por ventura que me engañé en dedicarme á su servicio? O, Señor, le responderia yo entónces, Vos fuisteis el que me engañasteis. Yo

no hice más que lo que oí decir, y lo que os ví hacer: en mis dudas solo hice lo que me pareció que habriais hecho Vos, ó aquello que me aconsejariais que yo hiciese. Bien sé yo de quien me fié. *Scio cui credidi.* Nunca me arrepentiré, nunca seré confundido.

MEDITACION II.

Jesu-Christo resucitado, ó de la gloriosa vida de Jesu-Christo despues de su Resurreccion.

La nueva vida de Jesu-Christo resucitado debe ser el modelo de la nuestra. San Pablo decia á todos los Christianos: *quomodo surrexit à mortuis Christus, ita & nos in novitate vitæ ambulemus.* Con quanta mayor razon nos lo hubiera dicho, despues de haber hecho tan serias reflexiones sobre nosotros mismos, al fin de unos exercicios, y á lo ménos despues de muchos dias de retiro, y de recogimiento interior, en que con conocimiento de causa debi-

mos renovar tantas veces la solemne profesion , que hicimos en el Bautismo.

Oigamos pues todavía á Jesu-Christo ; imitémosle en el glorioso estado, que por algun tiempo va á gozar en la tierra. Si aun estando muerto puede hablar , ¿ quanto mejor hablará , ó podrá hablar despues de resucitado ? Antes bien , solamente por instruirnos mas y mas , en lugar de pasar al cielo inmediatamente desde el sepulcro , quiso quedarse otros quarenta dias mas entre los hombres. Enseñónos con su exemplo en este intermedio lo primero , qual debe ser nuestra vida , como sinceramente convertidos. Lo segundo ; qual será la vida gloriosa , que nos espera , como fieles imitadores de sus virtudes.

PUNTO PRIMERO.

La vida nueva que debemos hacer , como sinceramente convertidos.

Esta se explica en la que hizo Jesu-

Christo. Verdaderamente resucitó ; dexóse ver resucitado ; ya no volverá á morir. *Surrexit verè apparuit ; jam non moritur.*

Lo primero : *Surrexit verè*. Resucitó verdaderamente , no fué fingida , no fué aparente su resurreccion. No nos lisonjeémos , no nos engañemos á nosotros mismos ; porque á Dios nunca le engañarémos. ¿ No somos ya aquello que éramos ántes ? ¿ No está ya pegado nuestro corazon á cosa alguna que sea contra la Ley de Dios , ni contra los fines de su gracia ? ¿ No hay en nuestro sacrificio alguna excepcion que nos haga sospechosos todos los demas propósitos que hemos hecho ?

Apareció Samuel en la Escritura , como si hubiera resucitado ; pero en la realidad aun estaba muerto. ¿ Por que ? Porque todavía hablaba el language de los muertos. Mañana , dixo á Saul , tú y tus hijos estareis conmigo en el sepulcro. *Cras tu , & filii tui mecum eritis.*

El hombre verdaderamente resucitado nada tiene de comun con los difuntos. Vive , habla , y obra como los

vivos : gusta de estar en su compañía: *Quid quæritis viventem cum mortuis? Surrexit, non est hic.* Gustar de estar entre los Santos, es complacerse en su conversión; pensar, hablar, obrar como ellos, ó por mejor decir, como el mismo Jesu-Christo. Esta es señal de una verdadera Resurreccion.

Otra señal es experimentar en sí alguna cosa de aquello que se ve en un cuerpo resucitado : mayor facilidad, mayor agilidad en el servicio de Dios; mas ánimo para vencer todo lo que se opone á la perfeccion; ménos sentimiento en los trabajos, que acompañan á la virtud. Bien puede uno absolutamente haberse mudado, manteniéndose todavía en él mucha repugnancia, y muchas reliquias de sus malos hábitos antiguos: pero no está segura la mudanza sino á proporcion de la menor resistencia, y de la menor pesadez, á lo ménos en la parte superior, con que se anda por el camino de la virtud, respectivamente á lo de ántes.

Lo segundo, *apparuit*: Segunda señal de verdadera Resurreccion. Dexar-

se ver de todos como verdaderamente es, en caso de que sea lo que debe ser. Poderse exponer con toda seguridad como Jesu-Christo á todo género de pruebas: *palpate, & videte; cognoscite loca clavorum*. Por mas que nos miren, por mas que nos observen, que no descubran cosa que desdiga de nuestro estado; hay cierto ayre de recogimiento, de modestia, y de circunspeccion, que él mismo está diciendo lo que pasa dentro del corazon; pero no se lo dice á todos igualmente. Demasiado desconfiará el mundo maligno de la sinceridad de nuestra resurreccion, sin que nosotros le demos motivo para ello.

Hemos deshonorado públicamente á Dios con nuestra vida, y le estamos debiendo una pública satisfaccion. Lloraban muchos nuestros escándalos; pues alégrense con nuestros exemplos: fuéron testigos de nuestra muerte; pues séanlo de nuestra resurreccion. ¿Acaso tememos que se diga de nosotros lo mismo que se dixo del hijo Pródigo? *mortuus erat, & revixit; perierat, & in-*

ventus est. Eso es desconfiar uno mismo de su propia conversion, es temer de constituirse en la dichosa necesidad de perseverar. Y pregunto: el que teme perseverar, ó teme con demasiado fundamento no perseverar, ¿se podrá decir resucitado?

No, ya no quiero disimularme mas: *venite & narrabo quanta fecit animæ meæ.* Venid todos los que temeis al Señor, y yo os referiré todo lo que ha hecho por mí; os contaré como me ha llamado á su servicio. Vi la gravedad de mis pecados, la vanidad de mis inclinaciones, la perdicion de tantos bellos años. Estremecíme, y me indigné contra mí, volvíme á mi amoroso Padre: *sugam & ibo ad Patrem.* ¡O, y quanto me costó este paso! ¡Quanto trabajo tuve en resolverme! Llamóme Dios, como á pesar mio: fué mas fuerte la gracia que la naturaleza, mas que la vergüenza, mas que la mala costumbre. ¡Pero que bondad, y que facilidad encontré en Dios para recibirme! Hoy mi único dolor es haberlo dilatado tanto: *serò te amavi.*

Lo tercero : *jam non moritur*. Tercera señal de resurreccion el no volver á morir. En el orden natural , bien puede uno resucitar verdaderamente , y volver á morir otra vez. Lázaro , la hija de Jayro , el hijo de la viuda de Naim , resucitaron , y segunda vez murieron. Los que resucitaron en la muerte de Jesu-Christo , y se dexaron ver en Jerusalén , se volviéron despues á sus sepulcros.

Pero en el orden de la gracia , para resucitar como Christo , y para asegurarse de la verdad de su Resurreccion , es menester no volver á morir mas. Por lo ménos es menester no volverse á ver ni con mucho en el mismo estado en que se hallaba ántes de su resurreccion : ya no mas pecados , ya ménos flaquezas. Pidamos á nuestro Señor Jesu-Christo la gracia de esta perseverancia en el bien ; y para merecerla , huyamos en adelante de todas las ocasiones , que nos pueden precipitar en el mal. Considerándonos muy capaces de reincidir , y de volver á ser lo que fuimos , evitemos el mundo , des-

confiemos del mundo, y de todos los que tienen el espíritu del mundo. Nuestros enemigos nos buscan; aun no están desconfiados de perdernos, tienen muchos exemplares de la fragilidad, de la inconstancia de las mas fuertes resoluciones. La virtud, especialmente en sus principios, tiene necesidad de muchos refuerzos. Oracion, soledad, retiro, ocupaciones santas, y propias de la profesion. Es necesario absolutamente no volver á morir jamas.

PUNTO II.

La vida gloriosa que debemos esperar, como fieles imitadores de Christo.

Esta vida se nos representa en la que hizo el Salvador despues de su Resurreccion. ¿Quien no se acobardaria á vista de tantas, y tan penosas obligaciones, como se le proponen para adelante, si no le animara alguna esperanza? Mas:

Lo primero. Estos trabajos no pueden durar mucho. Jesu-Christo solo

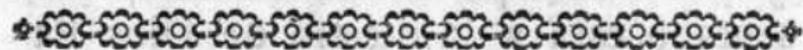
á ganar mucho en perder de esta manera. *Qui perdidit animam suam in hac vita, in vitam æternam custodiet eam.*

Lo tercero. Nuestro cuerpo mortal, principio ordinario de todas las pesadeces del alma, tendrá tanta parte como ella en la gloria, y en la recompensa. *Mortale hoc induet immortalitatem; corruptibile hoc induet incorruptionem.* Tierra, tierra, mantente firme: sufre las violencias que te haces á tí misma, ó que otros se ven precisados á hacerte. Tu misma caducidad te promete tu corta duracion; pero las promesas de todo un Dios son fiadoras de tu inalterable mudanza por toda la eternidad.

En fin, una de dos: ó hemos de resucitar gloriosos con Jesu-Christo, ó hemos de resucitar desdichados para siempre. Ninguno cogerá mas que aquello que hubiere sembrado. *Quæ seminauerit homo, hæc & metet.*

Representémonos aquel instante fatal, en que la trompeta llamará á los muertos, para que salgan de sus sepulcros. Quando se encuentre con los Apóstoles, y con los demas Santos, rodea-

dos todos de un brillantísimo resplandor, ¿que pensará un hombre que se vea penetrado de tinieblas? ¿Como se reprehenderá á sí mismo entónces? ¡Que vergüenza! ¡Que desesperacion! ¡Que arrepentimiento! ¿Pero llegará este á tiempo? Ea, démonos prisa: *bora est jam de somno surgere.*



D I A X.

De la bienaventurada vida de Jesu-Christo en el cielo.

Cumpliéronse en fin todos los misterios. Ya el glorioso Gigante está de vuelta del largo y penoso viage que vino á hacer al mundo, por la gloria de su Padre, y por nuestro amor. *Exultavit ut gigas ad currendam viam.* ¿Quieres saber los agigantados pasos que dió en su carrera? pregunta San Gregorio. De lo alto del cielo, del seno de su Eterno Padre, baxó al de la Virgen; del seno de María al pesebre de Belen;

de Belen á Egipto; de Egipto á Nazareth; de Nazareth á diversas Provincias de la Judéa; desde aquí á la cruz; desde la cruz al sepulcro, del sepulcro al Monte de las Olivas, desde este Monte á lo mas alto del cielo, de donde habia partido. *A summo Cælo egressio ejus, & occursus ejus usque ad summum ejus.* Ya de aquí adelante descansará: sentado está á la diestra de Dios Padre, vestido de su humanidad, y su Reyno no tendrá fin.

El cielo es nuestro origen, como lo fué suyo: si seguimos sus pisadas, infaliblemente llegaremos al mismo término. Su estado en el cielo es imágen de nuestra bienaventuranza. ¿Y en que es imágen de ella? En tres cosas. Lo primero. Ya no tiene mas que padecer: está sentado: *sedet.* Lo segundo. Ya no tiene mas que desear: goza de los abrazos de su Padre: *à dextris Dei.* Lo tercero. Ya no tiene mudanza que temer, su Reyno no tendrá fin. *Regni ejus non erit finis.*

PUNTO PRIMERO.

*Jesu-Christo en el cielo no tiene mas que pa-
decer.*

N*on accedet ad te malum.* Ya no mas pobreza, ya no mas trabajo, ya no mas sudores, ya no mas lágrimas, ya no mas espinas, ya no mas cruz, ya no mas muerte. Pasóse ya aquel tiempo, y el que está sentado en el Trono dice, que todas las cosas las hace de nuevo: *ecce nova facio omnia.* Lo mismo es nuestra bienaventuranza, una total libertad de todo género de males, y de miserias.

Traigamos á la memoria todo lo que nos aflige en este mundo: poca salud, enfermedades, disgustos, pesadumbres, tentaciones, angustias interiores, desgracias, pérdidas, aflicciones, gentes enfadosas, falta de bienes, y de comodidades, amigos ligeros, ó traidores, pasiones violentas, difíciles de reducir y de domar, &c.

Dios enjugará nuestras lágrimas, y cerrará el manantial de ellas para siem-

pre jamas. *Absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum.* Descansarémos en el seno mismo del consuelo. Esperamos al Salvador (dice el Apóstol) que mejorará el temperamento de este cuerpo de humillacion, que ahora arrastramos. Sabemos que si se arruina esta casa de barro, tendremos otra, que edificará el mismo Dios: casa, que como no fabricada por mano de hombres, permanecerá eternamente en el cielo.

Entónces no se dirá: ¿quién me librárá del cuerpo de esta muerte, ó de la muerte de este cuerpo? No exclamarémos: ¡Ay de mí! que se ha prolongado mi destierro. Así la muerte como todo lo que la precede, y todo lo que la acompaña, quedará como absorbida en su victoria: *Absorta est mors in victoria tua. Ubi est mors, stimulus tuus?*

¡Qué consuelo será entónces ver desde léjos aquellos dias en que fuimos humillados, perseguidos y sepultados, y aquellos en que nosotros mismos nos sepultamos, nos humillamos,

y nos perseguimos por amor de Jesu-Christo! El Salvador conserva todavía las cicatrices de sus llagas en el seno de su reposo, y se complace en mirarlas. San Lorenzo, y los demas Mártires estan viendo los instrumentos de su martirio: los solitarios aquellos vastos desiertos, testigos de sus penitencias, y de sus rigores. Esta es una parte de su gloria.

Quando lleguen los trabajos, traigamos á la memoria el premio que los espera. En la misma víspera de su muerte se consolaba el Salvador con la cercanía del cielo. Ninguno como él sabia lo que habia de padecer, y lo que tenia que esperar. Aunque estaban tan cerca los excesivos tormentos que le preparaban, no queria que tuviesen lástima de él.

Digamos como este Señor: *Si diligeretis, me gauderetis utique, quia vado ad Patrem.* Si me amaran los que se compadecen de mí, y si yo me quisiera bien á mí mismo, me alegraria quando padezco. Este momento de pena, y de amargura, se recompensará con

una felicidad que no tendrá fin. Solamente los infieles pueden pensar de otra manera. Yo soy christiano y católico por la misericordia de mi Dios.

PUNTO II.

Jesu-Christo en el cielo no tiene mas que desear.

Cumplióse todo lo que pedia á su Eterno Padre. Aquel velo que cubria el resplandor de su alma, y no le dexaba refundir en su cuerpo pasible, se rasgó para siempre jamas. Todo entero posee á Dios, y es poseído de Dios entera y totalmente: ama, y es amado.

Nuestra bienaventuranza es un vivo remedo de todos aquellos bienes: una hartura de todas las facultades del hombre espiritual y corporal.

¿Será esto decir, que en el cielo se hallan todos aquellos bienes, que en la tierra excitan y sirven de pasto á nuestra concupiscencia, y á nuestra sensualidad? No por cierto: ese seria el paraiso de Epicuro, ó de Mahoma.

Ni los ojos vieron , ni los oídos oyeron , ni los demás sentidos percibieron lo que Dios tiene preparado para sus escogidos. En el cielo se halla un bien superior á todos estos bienes , que los incluye todos eminentemente : este es la vista y la posesion de Dios , fuente de todo bien , y de toda felicidad.

Si aquellas apariciones que hemos meditado tantas veces , si aquellos dulces momentos , si aquel estado de clarísima luz , y de ternísimos afectos , con que algunas veces se dexa sentir Dios en la oracion , comunicándose á las almas fieles ; si todo esto durara para siempre , ¿ no seria una especie de paraíso ? Siéntese en el corazón una dulce herida , que parece solo se podrá curar con la muerte. Hállase uno bañado en suavísimas lágrimas. Exclama con Santa Teresa : ¿ cuándo me libraré de este cautiverio ? Me muero , porque no me acabo de morir.

Estos momentos , que aquí son pasajeros , son permanentes en el cielo ; pero ni aun estos son mas que unas tibias centellas de aquel divino fuego,

en que hemos de ser abrasados, devorados y consumidos. No podríamos con este peso inmenso de gloria, con estos extáticos raptos de amor, si elevando Dios nuestra flaca naturaleza, no nos transformara, por decirlo así, en sí mismo. Esta es una dicha que ninguno la conoce, sino el que la gusta, y el que la gusta no tiene voces para poderla explicar. Piérdese en el abismo de Dios.

Después de una conversacion que San Agustín tuvo con su madre Santa Mónica en el Puerto de Ostia, sobre la gloria que gozan los Santos en el cielo, aunque solo discurrieron en ella por unas leves conjeturas, dice el Santo, que el mundo ya les parecia á los dos un puro nada: *mundus iste nobis viluerat*; que por mucho tiempo se estuvieron mirando el uno al otro como extáticos y pasmados; y que su madre, considerándose ya como á las puertas del paraíso, exclamó: "¿Qué hago yo aquí? ¿Qué cosa me puede ya detener en este mundo? Ya tengo el consue-
"lo de verte conyertido, de que eres

„buen christiano , y estás lleno de esperanzas de la otra vida : *Quid hic facio , aut cur ibi sum nescio.*” Pero nosotros no pensamos en el cielo tanto como debiéramos : nuestro tesoro está en la tierra , y nuestro corazon está donde está nuestro tesoro.

Hablando en otra parte de un amigo suyo , que habia muerto : *Nebridio* (dice para consolarse) *está en el seno de Abraban.* *Sí por cierto , sea lo que fuere este seno de Abraban , en él está mi querido amigo ; porque ¿ en qué otra parte habia de estar una alma tan bella , y tan christiana ? Sin duda está en aquel lugar de la gloria y de reposo , sobre el qual me hacia tantas preguntas. Ya no tiene sus oidos pendientes de mi boca , antes tiene aplicada su boca á aquel vivo manantial que sois vos , Dios mio. Mil veces dichoso él para siempre , si se sacia de vuestra sabiduria , segun su capacidad , y segun toda la extension de su sed.*

Así se consolaban los Santos con la esperanza de la gloria. Este es el concepto que formaban de ella. Exclamemos , pues , muchas veces con el au-

vivió treinta y tres años en la tierra, quince ó diez y seis horas en los tormentos de la pasion, tres en la cruz, y quarenta á lo mas en el sepulcro. Resucita, y resucita para siempre. Mas ha de mil y setecientos años que descansa, y descansará por toda la eternidad. Pensemos en esto, meditémolo; y aunque nos restáran todavía cincuenta años de trabajos sin intermision, ¿que son cincuenta años de trabajos, comparados con una eternidad de gloria?

Lo segundo. Nada perderémos con Dios, pues nada hacemos por este Señor, que no ganemos en ello un ciento por uno. En su Resurreccion halló Christo todo lo que habia sacrificado, y mucho mas; mayor consuelo interior, mayor libertad, mas amigos, mas reputacion, mas honra, y un cuerpo mas perfecto que el primero. *Resurrectionis gloria sepelivit morientis injuriam.*

Ahora sembramos: parece que se pierde el grano; pero á su tiempo se cogerá multiplicado. Solamente unos insensatos pueden creer que no se va

tor de la Imitacion de Christo: ¡O dia sereno de la eternidad, que nunca tienes noche, porque te alumbra siempre la eterna verdad! ¿quándo amanecerás para mí? Merezcamos por nuestro desasimiento, y por nuestra fidelidad gozar alguna vez aquellos como destellos de la gloria, que de tiempo en tiempo muestra Dios á sus fieles amigos. Ninguna cosa fortifica tanto la fé y la esperanza: son como una sensible demostracion de la herencia que nos está reservada. Entónces se ve de léjos nuestra patria, la saludamos, y nos consideramos como peregrinos y extranjeros en la tierra, sin pensar en establecernos en ella: *quia peregrini, & hospites sunt super terram.*

PUNTO III.

Jesu-Christo en el cielo no tiene mas que temer.

Allí no tiene que temer mudanza alguna: siempre feliz, siempre gozando el mismo grado de gloria, mién-

tras sea Dios. *Regni ejus non erit finis.* Si dexa alguna vez el cielo, será por un solo dia para venir á juzgar la tierra : *Quemadmodum vidistis eum ascendentem. . . . ita veniet.*

La bienaventuranza christiana está segura de una inmutable felicidad. Ya no hay mas mudanzas, ni el mas mínimo temor de ellas, así lo prometió Dios, y es irrevocable su juramento. *Justi autem in perpetuum vivent.* Vivirán los justos perpetuamente, y vendrán en tronos á juzgar al mundo; pero sin separarse de Jesu-Christo.

Acá abaxo busco, y no hallo. Corro tras unos bienes que se me escapan, y no abrazo mas que una sombra: si los alcanzo, y los agarro, no los puedo detener, al punto se me desaparecen de las manos. O ellos se fastidian de mí, ó yo me fastidio de ellos. Busco á Dios: soy de Dios, ó á lo ménos me parece serlo: amo á Dios, ó por lo ménos me parece que le amo. ¿Pero le amaré siempre? ¿Amaréle mañana? ¿Quién me sacará de esta cruel incertidumbre? El dia de la eter-

nidad, la entrada en la gloria.

Entónces sí que tendré á mi Dios, y no se me escapará jamas: *inveni quem diligit anima mea, tenui eum, nec dimittam.*

No temo que me canse la duracion de aquellos éxtasis inefables. Conversa uno dias enteros con un hombre de entendimiento, y de mérito: si le tiene passion, trata con él años enteros; pero no puede sufrir la conversacion de otro, ni por un solo quarto de hora. En un objeto infinitamente perfecto, infinitamente amable, siempre hay que conocer, siempre hay que descubrir, y siempre con nuevo gusto, que no es capaz de fastidiarse.

Convertere anima mea in requiem tuam. Vuélvete pues, alma mia, al centro de tu reposo. Olvídate de este valle de lágrimas, y de miserias. El Señor te prepara eternas misericordias: él mismo quiere ser tu recompensa: *ero merces tua.* ¡O que grande es! ¡que deseable! Santo Thomas de Aquino, no pedia otra cosa á Jesu-Christo, quando dexó en su mano la eleccion. ¡O que avariento es aquel á quien no le basta todo un Dios!

Eripiet animam meam de morte. El te librá de la muerte, y del temor de morir. *Oculos meos à lacrymis:* él enjugará tus lágrimas, y él quitará la causa de ellas. *Pedes meos à lapsu.* Ya no le ofenderás mas, y penetrado de su amor, y de lo que te merece, ni aun le podrás ofender. *Placebo Domino in regione vivorum.* Tú le darás gusto á él, y él te dará gusto á tí en aquella region de los vivos. Pero de aquí allá, ¿quáles deben ser tus deseos? De aquí allá, ¿qual debe ser tu ocupacion? Agradar á Dios en la region de los muertos: no querer agradar á otro que á Dios, y no tener mas comercio con los hombres, que el puramente necesario. Este es un paraiso anticipado, y el camino que conduce infaliblemente al otro. Aplícate á Dios; fixate constantemente en su servicio. Este servicio constante, y generoso, es el que merece la gloria eterna.

MEDITACION

De la perseverancia.

¿De que nos servirá haber entrado dentro de nosotros mismos en este santo retiro? ¿De que nos servirán las gracias que hemos recibido, y las reflexiones que hemos hecho en él? ¿De que nos servirán tantos buenos propósitos, sino para hacernos mas reos, y ménos excusables delante de Dios, en caso de que no perseveremos en el bien que hemos abrazado? Busquemos pues alguna cosa que nos mueva á perseverar en lo comenzado. Hallarémosla en el mismo Dios. Consideremos en este Señor tres perfecciones, que nos deben determinar á amarle, y á servirle constantemente, y á no desdecir jamas de lo que hemos emprendido. La primera: su inmutabilidad. La segunda: su larga paciencia en sufrirnos, y en esperararnos. La tercera: su eternidad.

PUNTO PRIMERO.

Inmutabilidad de Dios: primer motivo de nuestra perseverancia.

Dios siempre es el mismo; jamas se muda. Siempre igualmente grande, igualmente amable, igualmente digno de que le sirvamos: *ego Deus, & non mutor.*

Jesu-Christo, siempre nuestro Salvador, nuestra Cabeza, nuestro Maestro, nuestro Juez: *Christus heri, & hodie, & ipse in sæcula.*

Las palabras de Dios, sus promesas, y sus amenazas, tampoco se mudan jamas: *verba mea non transibunt.*

Yo bien podré mudar; pero solo yo me mudaré. Los pensamientos de Dios, sus mandamientos, sus oráculos, sus decretos serán tan inmutables, como él mismo.

Si aquello que me movió, ya no me mueve; si aquello que me hizo tanta impresion, ya no me la hace, no por eso dexará de ser tan eficaz, y tan espantoso como lo era entónces. Las sor-

presas de la muerte, el juicio de Dios, el infierno, la eternidad, todo esto tan formidable es, tan riguroso, tan horrible, tan tremendo es ahora como lo era quando pensaba en ello con mayor recogimiento.

En la hora de la muerte, seguramente que veré las cosas como me parecían, quando las consideraba en mis ejercicios, y no como hoy se me representan. Porque vamos claros: ¿no tengo mas motivo para desconfiar de mis luces presentes, que de las pasadas?

En los ejercicios me hallaba tranquilo, sin pasion, sin otro interes que el de mi salvacion, sin otro fin, que ser todo de Dios, y santificarme: acuérdomé muy bien de esto. Si me mudé, fué en virtud de muy fuertes, y muy poderosas razones: si me rendí, no fué en fuerza de vanas aprehensiones; ántes por el contrario, tuve que lidiar contra mis preocupaciones, y contra mis violentas inclinaciones: todavía me atrevo á decir mas: tuve que vencer la resolucion que habia hecho de no ren-

dirme jamas. Hoy me hallo turbado, y combatido de la tentacion, incapaz de hacer alguna reflexion sosegada, ni de tomar alguna deliberacion con pleno conocimiento de causa.

Pues ningun hombre prudente pide nunca mas, para mantenerse uno firme en el partido que ha tomado. Siempre se mantiene uno christiano, aunque no siempre tenga presentes los motivos que le determinaron á serlo. Solamente se sabe en general, que le hicieron mucha fuerza quando consideró despacio la materia, ó quando oyó hablar de ella á personas de juicio, y bien instruidas.

De la misma manera, en los demas negocios temporales, sigue uno un pleyto por exemplo. No siempre tiene presentes distinta, y claramente las razones que le movieron á ponerle; pero se acuerda siempre muy bien, que ántes de entablarle consultó á los mas hábiles Abogados, que exâminaron, y ponderaron bien todas las cosas, y en sus pareceres y alegatos tiene con que responder á quanto le puede oponer la

parte contraria. Por tanto, lleva adelante su intento, gasta, litiga, y apenas quiere oír que se le hable de composicion. Gran locura seria entonces decir: quando vuelva á hacer otros ejercicios: quando esté mas tranquilo, y mas recogido: quando esté mas medido dentro de mí mismo, de lo que me siento ahora; entónces exâminaré si me empeñé ó no me empeñé demasiado, si me engañé en aquella ocasion, ó si ahora es quando estoy verdaderamente engañado. Insigne locura, vuelvo á decir, si en un instante quisiera mudar lo que quise, lo que determiné, y lo que concluí despues de tantas, tan serias, y tan maduras reflexiones.

Lisonjéome de que otra vez me podré volver á Dios, si me vuelvo á descaminar. Pero lo primero, ¿tengo por ventura alguna certeza de que todavía he de poder hacer otros ejercicios, he de alcanzar otra Pasqua para confesarme en ella? Pero aun quando tuviera esta seguridad, es cierto, que algunos de esos ejercicios han de ser los últimos; y si lo fueren ¿me moverán en-

tónces mas, me harán más fuerza, estaré mas convencido con ellos, de lo que lo estoy ahora? En llegando uno á viejo, bien puede ser que no se lisonjee de que todavía ha de vivir veinte años mas; ¿pero quien hay tan decrépito, que todavía no se prometa por lo ménos uno ó dos años mas de vida?

Fuera de eso, aun suponiendo que Dios me conceda esa otra ocasion, ¿estoy seguro de que en ella me querrá restituir á su gracia? ¿No estará ya cansado de tantas recaídas? Aun ahora mismo lo estoy temiendo. Y este temor no será mucho mas fundado, despues que haya correspondido á su misericordia con tan fea ingratitud? Y el mismo temor de no perseverar en adelante, ¿no me podrá acobardar, representándome como vanos, y como inútiles todos mis esfuerzos? Parece que hago la cuenta sin Dios; ¿y por que no podrá tambien Dios hacer la cuenta sin mí? ¡Desgraciada cosa, hallarme con la muerte en casa, quizá dentro de seis meses, despues de ha-

ber vuelto á ser tan malo como era, ó peor quizá que lo que nunca he sido!

Pero supongamos que Dios esté pronto á recibirme: ¿tan presto se me ha olvidado lo mucho que me ha costado ahora volverme á su Magestad? Una confesion general humillante y vergonzosa; el gran trabajo en que se mudase el corazon, y en hallar motivos para aborrecer el pecado, en aquellas mismas consideraciones, que no me bastaron para dexar de cometerle, la pena de no saber como he de satisfacer á la justicia de Dios por las nuevas deudas que contraigo cada dia, sin que apénas haya cosa que las pueda contrabalancear.

Y Finalmente ¿es posible que ya no temo la inquietud de no estar en gracia de Dios? Mi perseverancia me aseguraria de mi reconciliacion. La perseverancia en el bien, es cierta especie de continuada conversion, como la conservacion es una especie de continuada creacion. No se perseverará en el bien, sino perseverando en los motivos, y en el uso de los medios que nos inci-

taron, y de que nos valimos para abrazarle. ¡Vivir en la duda del estado en que se halla el alma con su Dios! ¿Como es posible tener fe, y consentir en ella?

PUNTO II.

La grande, y larga paciencia de Dios: segundo motivo de nuestra perseverancia.

Dios nos ha sufrido, nos ha estado llamando á sí por largo tiempo: no se ha cansado hasta ahora. Nosotros le estamos ofendiendo: á vista de su silencio, y de su tranquilidad, se pudiera creer, que no lo ve, ó que no se le da nada.

Pues si nosotros hallamos disgusto, tedio, y dificultades en su servicio, si le llamamos por largo tiempo, y parece que se hace sordo, ó que no nos quiere responder, ¿será razón que por eso nos cansemos, y desistamos? ¿Será razón abandonarlo todo? ¿Hace el Señor mas que castigar nuestras dilaciones? Esta es justicia. Si vende tan

caros sus beneficios y sus gracias, es para que las estimemos mas, y para que las conservemos con mayor cuidado: esta es misericordia. Si fuera demasiadamente facil, ó estuviera demasiadamente pronto en volverse á nosotros con todas sus gracias, y favores, tambien nosotros lo estaríamos á recaer con la esperanza de que le encontraríamos siempre que quisiéramos, y pudiera sorprendernos la muerte en uno de estos desgraciados intervalos.

Pero consideremos bien dos cosas muy particulares, que se encuentran en la paciencia con que Dios nos espera; porque de ellas singularmente debemos formar nuestro modelo.

Toda la gran paciencia de Dios, no le impide que ántes del pecado no nos amenace con el modo mas terrible. Pero despues del pecado, todas sus precedentes amenazas no le estorban que no nos esté continuamente llamando, y que él mismo no nos salga al encuentro.

Imitemos pues esto mismo para perseverar, y para fixarnos en el bien. Te-

mamos, espantémonos, amenacémonos á nosotros mismos ántes de cometer las menores faltas; pero no nos desalentemos, ni caigamos de ánimo, aun despues de las mayores. Levantémonos prontamente, volvamos sobre nosotros sin perder un instante de tiempo. En una palabra, nada debemos dexar de hacer, y de nada nos debemos espantar.

Lo primero, ántes de las faltas nada debemos dexar de hacer. No cometamos ni una sola si es posible, de propósito deliberado, por ligera que nos parezca. Ninguna hay, que no pueda ocasionarnos las mayores caidas. En comenzando una vez, no se sabe adonde se vendrá á parar. Hoy se dexa un buen propósito, mañana se quebranta otro: en breve tiempo se vuelve al mismo infeliz estado de ántes.

Pero, ¡ó Señor, que esta es una bagatela! ¿Acaso Dios es tan delicado? ¿Hemos de ser tan escrupulosos? Yo tampoco lo seria (nos debemos responder) si pudiera olvidar lo que me ha sucedido tantas veces, por no haberlo

sido tanto como debiera. No me dexaré ya engañar. Lo pasado me debe servir de aviso para lo futuro.

Lo segundo: despues de las faltas, de nada nos debemos espantar. ¿Cometióse la falta? pues por grande que sea, dite luego á tí mismo: mal he hecho; muy mal he hecho; perdon, mi Dios; yo me acuso. Al instante me voy á confesar, si es necesario. Y despues continuar en servir á Dios, como si nada hubiera sucedido. Mucho dolor, mucha confusion; pero ninguna turbacion, y no volver á caer.

Procediendo de otra manera, se atoriga el alma, se conturba, se desalienta, desconfia, todo lo dexa, y se desespera diciendo: esto es hecho, nunca perseveraré, me es imposible; apénas se han pasado dos dias, y he caido en nuevos pecados. En todo esto se mezcla mucho orgullo. Quisiera uno desde luego ser impecable.

Aprendamos á conocernos mejor. Entónces no nos admiraríamos de caer algunas veces, sino de que no cayésemos muchas mas. ¿Quien se admira de

que una piedra de molino no se levante de la tierra, ni que el viento se lleve las hojas de los árboles? El milagro seria, que la piedra se mantuviese en el ayre, y que el ayre no se llevase á las hojas. Quando alguno cose, si se rompe la seda ó el hilo, no hay otro remedio que volverle á atar, ó á dar un fiudo; y se perderia el tiempo sobre ser mucha necedad, enfadarse porque se hubiese roto ó quebrado una cosa tan debil.

Es consejo de San Juan Chrisóstomo, y le da aun á aquellos mismos, que han caido en pecados graves. "Si despues de haber comenzado á enmen-
"dar tu vida (dice este Padre) vuelves
"á caer una, dos, tres, y veinte veces,
"no te desesperes:" vuélvete á levantar otras tantas veces, renueva tus propósitos, repite tus esfuerzos, y no dudes de que al fin conseguirás una completa victoria. ¿Con quanta mas razon daria el Chrisóstomo este consejo á aquellos que hubiesen emprendido una alta perfeccion, cuyas primeras faltas solo podian ser algunas infidelida-

des, ó á lo mas unos pecados veniales?

¿Pero no está ya Dios muy lejos de mí? Supongamos que lo esté: grita, corre tras de él, llámale, y aplácale. ¿Pero como le he de aplacar? Duplica, triplica lo que has dexado de hacer. El mismo demonio, en vez de ganar, perderá con tus faltas, y se cansará de tentarte.

Nada se ha de dexar, y de nada se ha de espantar. Dos avisos tan importantes, que ninguno puede negar, que sus recaidas no nazcan del olvido, y acaso tambien del menosprecio del uno ó del otro.

¡Tentacion verdaderamente espantosa! Antes de cometer el pecado, nos resolvemos, porque se nos representa muy ligero; despues de cometerle nos desesperamos, porque se nos figura muy enorme. El autor de esto es el padre de la mentira: volvamos contra él sus mismos artificios, y estratagemas. Antes de pecar llenémonos de terror; despues de haber pecado llenémonos de confianza. Así como un padre se com-

padece de un hijo que se le escapa , así el Señor se compadece de nosotros , porque sabe muy bien , y conoce la flaqueza del barro de que él mismo nos formó. *Quomodo miseretur Pater filiorum.*

PUNTO III.

Eternidad de Dios: tercer motivo de nuestra perseverancia.

Dios no tiene fin , porque no tiene principio. Solo el que le hizo lo que es , podia hacer que dexase de ser ; ¿pero quien es el que le hizo?

Por otra parte , Dios ninguna necesidad tiene de nosotros. La soledad no le causará pena ni tedio. Antes del mundo se supo pasar sin el mundo. Con todo eso , criándonos en el mundo , quiso hacernos capaces de que fuésemos participantes de su gloria , y de que pudiéramos ser eternamente bienaventurados como él.

¡Pero ser eternamente bienaventurados! ¿Quien lo podria merecer en todo rigor de justicia? Ninguno ; porque

la justicia pide una perfecta igualdad entre el trabajo, y la recompensa. De un trabajo que se acaba, á una recompensa, que no tiene fin; de un hombre que se entrega á Dios, á un Dios, que él mismo se entrega al hombre para ser su bienaventuranza, no hay, ni puede haber proporcion. ¿Pero podrá alguno conseguir esta recompensa por pura misericordia? Sí. ¿Y quien será ese hombre tan feliz? El que perseverare constantemente hasta la muerte en la práctica del bien.

Por esta perseverancia, en primer lugar trae sobre sí las gracias de la protección, y de predilección, de las cuales depende la buena muerte, y la entrada en una dichosa eternidad. En segundo lugar, hace todo quanto puede para poner alguna especie de igualdad entre su trabajo, y aquella eternidad dichosa.

Trae sobre sí las gracias de la protección. Es la perseverancia final, ó una continuacion de las gracias de predestinacion, que preservan al hombre hasta la muerte de caer en culpa grave; ó

un concurso, ó una junta cuidadosamente preparada de mil circunstancias, que impiden al hombre caer desgraciadamente en el pecado, ó si cae, que no sea sorprendido de la muerte, ántes que se levante de él. Dios siempre liberal con aquellos que habitualmente le sirven, de tal manera dispone las cosas en provecho suyo, que su salvacion depende muchas veces de aquellos mismos accidentes, que ocasionarian la perdicion de otros. De esta manera por exemplo, una muerte repentina, que ordinariamente hablando, es de suyo tan temible, no pocas veces es un golpe de predestinacion para algunos. En un instante los arrebatá, quando estaban en su mayor fervor, que acaso no hubiera durado. Este concurso feliz de circunstancias, está reservado en los tesoros de la sabiduría de Dios. El solo las conoce, y el hombre que presumiera componerlas, caminaría á su perdicion en lugar de asegurar su bienaventuranza.

Los juicios de Dios son incompreensibles; es verdad. Pero se compre-

hende muy bien, que á lo ménos en este orden regular, Dios debe proteger á los que le aman, y abandonar á los que no le quieren seguir, sino aquel tiempo que les parece es precisamente necesario para no caer en manos de su justicia.

La experiencia de todos los siglos confirma lo que vamos diciendo. Por otra parte facilmente se concibe, que aun hablando naturalmente, un hombre que tiene cincuenta y cinco años, y que quizá ha vivido en pecado mas de los cincuenta, corre diez veces mas peligro, que el que solo ha cometido algunas culpas pasajeras, y de corta duracion, aplicándose por lo demas seriamente al cumplimiento de sus obligaciones. Puede muy bien el uno ser sorprendido, sin que el otro lo sea.

Lo segundo, el que persevera en el bien, hace quanto puede para poner alguna proporcion entre lo que trabaja, y lo que espera. Espera, por decirlo así, la eternidad grande de Dios, y dá á Dios su pequeña eternidad. Quiere que Dios le premie todo el tiempo que Dios

sea Dios; pero tambien está muy resuelto á servir á Dios todo el tiempo que él sea hombre.

Dixe, *que hace quanto puede*; porque ¿que comparacion puede haber entre la eternidad de Dios, y la nuestra? La nuestra no dura mas que miéntras vivimos, treinta ó quarenta años puede ser, y tambien puede ser, que no sean mas que treinta ó quarenta dias. La de Dios al contrario, no tiene fin, así como tampoco le tiene el mismo Dios. Pero el que no quiere dar á Dios todo lo que puede, ¿se atreverá á pedirle que le dé á él todo lo que puede Dios? Entremos por la última vez en el abismo de aquella vasta eternidad, que esperamos, y que nos espera. Desenvolvamos en nuestra imaginacion aquella infinita duracion de siglos, que se han de suceder unos á otros, sin que jamas se pueda ver el fin. Inmediatamente se desaparecerá de nuestra vista la mas larga perseverancia con todo lo mas penoso que pueda tener.

Refiérese, que fué hallado un Solitario en un bosque muy retirado. Es-

taba ni mas ni ménos, como nos pinta la Escritura á Nabucodonosor, reducido al estado de las bestias. Habian crecido tanto sus cabellos, que casi le cubrian todo el cuerpo. Sus huesos cubiertos con la piel seca y denegrida, mas que con la carne: su vista era feroz, y apénas sabia hablar. Detuviéronle á pesar de su resistencia; y haciendo concepto por todas estas señales de que habia mucho tiempo que estaba en aquella soledad, le preguntaron ¿como habia podido tolerar una vida tan espantosa? Levantando entonces los ojos al cielo, y mirándole fixamente, respondió: medité en la eternidad, que precede á este mundo, y en la eternidad que le ha de seguir: *cogitavi dies antiquos, & annos æternos in mente habui*. No me preguntéis mas. Con esto se pasa la vida sin sentir: todo se sufre sin quejarse: no se echa ménos compañía, ni otra alguna ocupacion. Y diciendo estas palabras, se huyó apresuradamente. Quiero, pues, comenzar á vivir; comienzo para no dexarlo jamas. Al Rey de los cielos invisible é

inmortal, á Dios sea la gloria, y la honra por los siglos de los siglos. *Re-gi sæculorum immortalis, & invisibili, soli Deo honor & gloria in sæcula sæculo-rum.*

Pero es menester, que él mismo fixe nuestra inconstancia: que nos haga conocer alguna cosa de las inmensas perfecciones, que inviolablemente tienen unidos á él los bienaventurados en el cielo.

Pidámosselo con fervor por su infinita bondad, y por los infinitos méritos de Jesu-Christo.

FIN.

inmortal, y Dios sea la gloria, y la
 honra por los siglos de los siglos. Am-
 en. *Et in spiritu sancto, et in ecclesia
 una, sanctorumque sanctorum, quorum
 societas in gloria in secula seculi
 durabit.*

Pero es menester, que el mismo fi-
 xe nuestra inconstancia; que nos haga
 conocer algunas cosas de las muchas
 perfecciones, que invisiblemente tie-
 nen unidos a él los bienaventurados en
 el cielo.

Plenamente con fervor por su in-
 finita bondad, y por los infinitos meri-
 tos de Jesu-Christo.

FIN





312 E (09)

R/C FUEL





ISLA

Reflexu

Chimney

